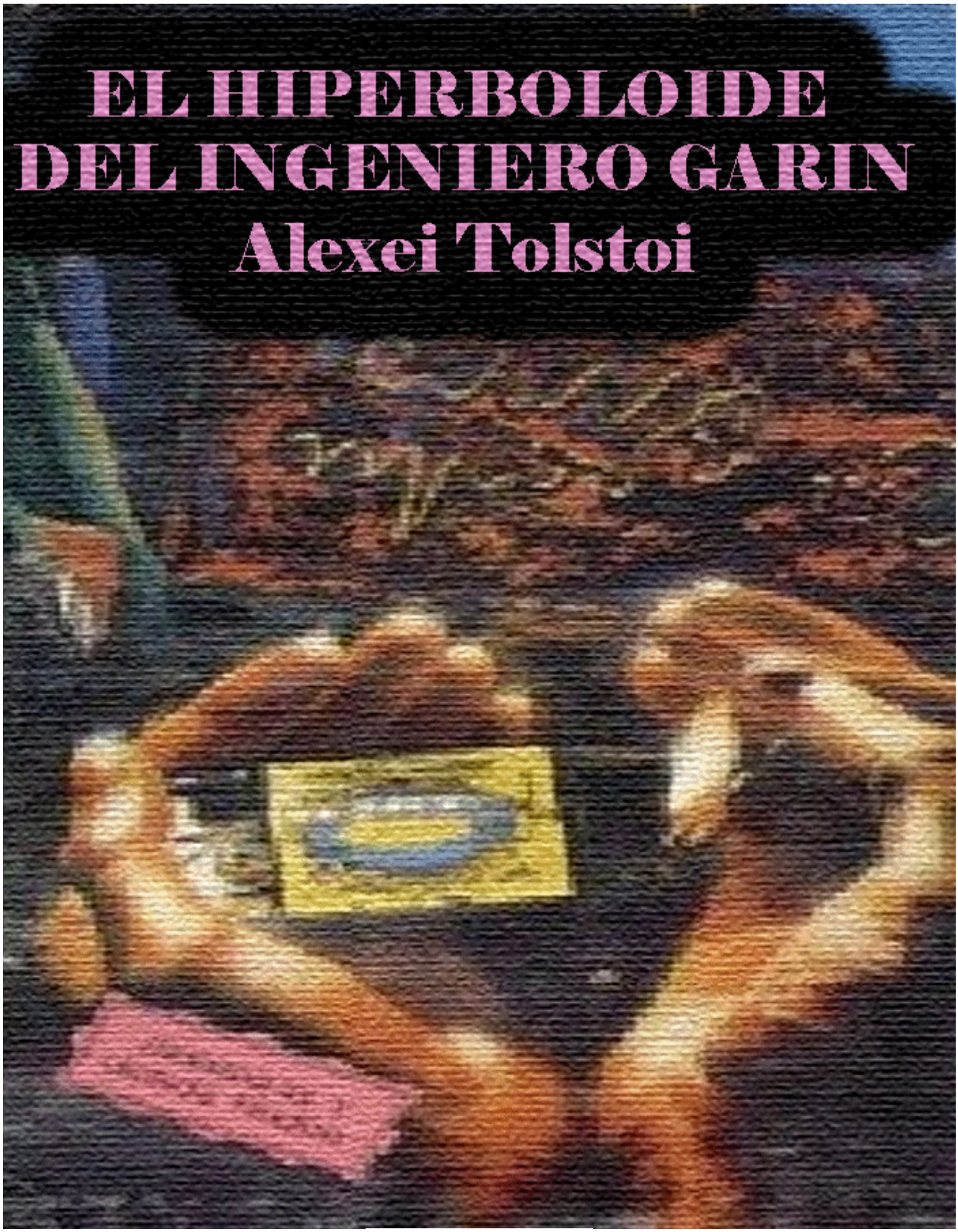
EL HIPERBOLOIDE DEL INGENIERO GARIN

Alexei Tolstoi



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Aquella temporada, los hombres de negocios de París almorzaban en el "Majestic". Podía verse allí a ejemplares de todas las naciones, menos de la francesa. Entre plato y plato, se hablaba allí de negocios, cerrando tratos bajo los acordes de la orquesta, los taponazos del champagne, el cantarino parloteo de las mujeres.

En el lujoso vestíbulo del hotel, ornado con valiosas alfombras, un hombre alto, de cabellera cana y rostro enérgico, pulcramente afeitado, que traía a la memoria el heroico pasado de Francia, iba y venía con grave empaque junto a la encristalada puerta giratoria. Vestía un holgado frac negro, medias de seda y zapatos de charol con hebillas. Cruzaba su pecho una cadena de plata. Era el conserje mayor, el representante espiritual de la sociedad por acciones que explotaba el "Majestic".

A la espalda sus manos gotosas, el conserje se detenía ante la pared de cristal tras la que, entre palmeras y otros árboles florecientes en verdes cubas, almorzaban los parroquianos. Parecía en aquellos instantes un profesor que estudiara la vida de plantas e insectos metidos en un acuario.

Las mujeres, huelga decirlo, eran preciosas. Las jóvenes cautivaban por su frescor y por el brillo de sus ojos, azules los de las anglosajonas, negros como la noche los de las criollas y liláceos los de las francesas. Las mujeres de mediana edad lucían vestidos extraordinariamente llamativos, que sazonaban, como una salsa picante, su marchita belleza.

Sí, a las mujeres no se les podía poner peros, mas el conserje mayor no hubiera dicho lo mismo de los hombres que llenaban el restaurante.

¿De dónde diablos habrían salido después de la guerra todos aquellos cebados sujetos de menguada estatura, velludos dedazos colmados de anillos e irritadas mejillas insumisas a la navaja de afeitar?

De la noche a la mañana tragaban apresuradamente todas las bebidas imaginables. Sus vellosos dedos hacían del aire dinero, dinero, más dinero... En su mayor parte habían llegado de América, país maldito en el que la gente andaba con el oro por la rodilla y se disponía a comprar a bajo precio, como una ganga, el buen viejo mundo.

2

Un Rolls Royce se detuvo silencioso ante el hotel. Era un coche largo, con carrocería de caoba. El conserje, acompañado del tintineo de su cadena, se llegó, presuroso, a la puerta giratoria.

Entró primero un hombre bajo, de tez amarillenta, barba negra muy recortada y carnosa nariz de dilatadas aletas. Vestía un ancho y largo abrigo y un bombín calado hasta las cejas.

El hombre se detuvo, esperando con cara de mal humor a su acompañante, una mujer muy bonita que estaba hablando con un joven que había salido de la columnata de la entrada al encuentro del automóvil. Despidiéndose con una leve inclinación, la mujer cruzó la puerta giratoria. Era la célebre Zoya Monroz, una

de las cortesanas más elegantes de París. Llevaba un traje blanco de lana, con las mangas guarnecidas, de la muñeca al codo, de largas pieles de mono negro. Su sombrerito de fieltro era creación de la mejor casa de modas de París. Sus movimientos eran a la vez graciosos y lánguidos. Zoya era guapa, fina, alta, con cuello de cisne, boca un poco grande y naricita ligeramente respingona. Sus ojos, de un azul grisáceo, denotaban un carácter frío y voluptuoso.

-¿Vamos a almorzar, Rolling? -preguntó al hombre del bombín.

-No. Quiero hablar con él antes del almuerzo.

Zoya Monroz sonrió irónica, como si perdonara, condescendiente, el brusco tono de la respuesta. En aquel instante entró rápido el joven que había hablado con Zoya Monroz junto al automóvil. Llevaba, desabrochado, un viejo abrigo y sostenía en sus manos un bastón y un sombrero de fieltro. Su excitado rostro lo acribillaban incontables pecas rojizas. Su ralo y áspero bigote parecía pegado al labio superior. El hombre quiso tender la mano a Rolling, pero éste, sin sacar las suyas de los bolsillos del abrigo, dijo en tono aún más duro:

-Llega usted con un cuarto de hora de retraso, Semiónov.

-No he podido venir antes... Estaba ocupado en nuestro asunto... Mil perdones... Lo he arreglado todo... Están de acuerdo... Pueden salir mañana para Varsovia...

-Si sigue usted gritando de esta manera, lo echarán del hotel -observó Rolling, clavando en el joven sus ojos turbios, que nada bueno prometían.

-Perdone, hablaré en un hilo de voz... En Varsovia ya lo tienen todo preparado: los pasaportes, la ropa, las armas y demás. A primeros de mayo cruzarán la frontera...

-La señorita Monroz y yo vamos a almorzar -dijo Rolling-. Mientras, irá usted a ver a esos caballeros y les dirá que deseo entrevistarme con ellos después de las cuatro. Adviértales que, si piensan engañarme, los entregaré a la policía...

Esta conversación tuvo lugar a comienzos de abril de mil novecientos veintitantos.

3

En Leningrado, una barca de dos remos se detenía al amanecer junto al atracadero del club náutico del Krestovka.

Saltaron a tierra dos hombres y, junto al agua misma, sostuvieron una breve conversación. Uno de ellos hablaba en tono brusco e imperioso; el otro miraba el caudaloso, apacible y oscuro río. En el azul de la noche se iba extendiendo, tras los bosques de la isla Krestovski, el rosa primaveral de la aurora.

Los dos hombres se inclinaron sobre la barca, y la llama de una cerilla iluminó sus rostros. Sacaron del fondo de la embarcación unos envoltorios, el hombre que callaba se ocultó con ellos en el bosque, y el que había hablado saltó a la barca, empujó con un remo y, apresurado, hizo chirriar los escalamos. La silueta del hombre que iba a los remos cruzó una franja de agua iluminada por la aurora y se esfumó luego en la sombra de la orilla opuesta. Una dulce ola golpeó el embarcadero.

Tarashkin, remero de la sociedad deportiva Espartaco, estaba aquella noche de guardia en el club. Bien porque era joven o bien porque en torno reinaba la primavera, en vez de gastar insensatamente en el sueño las cortas horas de la vida, Tarashkin, sentado en el atracadero, los brazos ceñidos a las rodillas, contemplaba absorto el dormido río.

El silencio invitaba a pensar. Hacía ya dos veranos que los malditos moscovitas, aunque no sabían ni qué olor tenía el agua de verdad, zurraban al club en todas las pruebas. ¡Era desesperante!

Pero cada deportista sabe que la derrota lleva a la victoria. Esto, y quizás también el encanto de la primaveral alborada, que olía intensamente a hierbas y a madera húmeda, daban a Tarashkin la presencia de ánimo necesaria para entrenarse antes de las grandes regatas de junio.

Desde el embarcadero vio Tarashkin que atracaba y se alejaba después aquella lancha de dos remos. Tarashkin acogía muy tranquilamente todos los fenómenos de la vida. Sin embargo, no pudo por menos de causarle extrañeza que aquellos dos hombre se parecieran el uno al otro como se parecen dos remos. Eran de la misma estatura, llevaban dos anchos abrigos idénticos y dos sombreros de fieltro muy encasquetados y gastaban ambos pequeña y puntiaguda barbita.

En fin de cuentas, en la república no se prohibía a nadie vagar de noche, en compañía de su doble, por tierra o por agua. Seguramente, Tarashkin no hubiera vuelto a recordar a los hombres de puntiaguda barbita de no haber ocurrido aquella misma mañana un extraño acontecimiento en un chalet, medio derruido y con las ventanas condenadas, que se alzaba en el bosquecillo de abedules cercano al club.

4

Cuando el sol se levantó del tenue arrebol que se extendía sobre el arbolado de las islas, Tarashkin se desperezó, haciendo crujir sus brazos, y se encaminó, para recoger unas astillas, hacia el patio del club. Era poco más de las cinco de la mañana. Chirriaron los goznes de la cancela y, por el húmedo sendero, se acercó, llevando de la mano su bicicleta, Vasili Vitálievich Shelgá.

Era Shelgá un deportista muy entrenado, musculoso y ligero, de talla media y fuerte cuello, rápido, tranquilo y prudente. Trabajaba en una brigada de investigación criminal y practicaba el deporte a fin de no perder agilidad.

-¿Qué tal, camarada Tarashkin, no hay novedad? -preguntó Shelgá, dejando la bicicleta junto a la terracilla-. He venido a desentumecerme un poco... ¡Fíjate cuanta basura! ¡Es una vergüenza!

Shelgá se quitó la guerrera, se arremangó la camisa, descubriendo sus brazos, magros y musculosos, y se puso a limpiar el patio del club, en el que se veían, tirados por todas partes, restos de los materiales con que habían reparado el atracadero.

-Hoy vendrán los chicos de la fábrica y en una noche lo asearemos todo -dijo Tarashkin-. ¿Qué, Vasili Vitálievich, se apunta para el equipo de la yola de seis?

-No sé que decirte -respondió Shelgá, haciendo rodar un barril de alquitrán-. Hay que pegarles a los moscovitas, pero me temo que no podré asistir a todos los entrenamientos... Nos ha salido un asunto muy divertido.

-¿Bandidos otra vez?

-Te quedas corto. Criminales de categoría internacional.

-Es una lástima -observó Tarashkin-, pues podría usted participar en las regatas.

Shelgá salió al atracadero, contempló cómo encendían la superficie del río los alegres rayos del sol, golpeó en las tablas con el mango de la escoba y preguntó a media voz:

-¿Sabéis bien quién vive en los chalets cercanos?

-En algunos vive gente todo el año.

-¿Y no se mudó nadie a uno de los chalets a mediados de marzo?

Tarashkin miró de soslayo el río, iluminado por el sol, se rascó un pie con las uñas del otro y dijo:

-En aquel bosquecillo hay un chalet con las ventanas condenadas. Hace unas cuatro semanas, lo recuerdo bien, salía humo de la chimenea. Creímos que se habrían refugiado allí vagabundos o bandidos.

-¿Y no habéis visto a nadie de ese chalet?

-Espere, Vasili Vitálievich. Quizás viva allí la gente que he visto hoy.

Tarashkin habló a Shelgá de los dos hombres que habían desembarcado al amanecer en la pantanosa orilla.

Shelgá escuchaba diciendo de vez en cuando: "Sí, sí", y sus punzantes ojos se convirtieron en dos finas rendijas. Luego, cuando Tarashkin hubo acabado su relato, dijo, llevándose la mano a la funda del revólver, que colgaba de su cinturón:

-Vamos, muéstrame el chalet ese.

5

El chalet en el ralo bosquecillo de abedules parecía deshabitado: la terracilla estaba toda carcomida, y los postigos de las ventanas, condenados por fuera con tablas.

Los cristales de la buhardilla aparecían rotos, las esquinas de la casa estaban recubiertas de musgo al pie de los canalones, y bajo las ventanas crecían verdes matojos de armuelle.

-Tiene usted razón, ahí vive alguien -dijo Shelgá, examinando la casa desde detrás de los árboles.

Shelgá rodeó cauteloso el chalet y comentó:

-Hoy han estado aquí... Pero ¿a qué diablos habrán entrado por la ventana? Acérquese, Tarashkin, ocurre algo anormal.

Se aproximaron rápidamente a la terracilla. En ella veíanse pisadas. A la izquierda colgaba oblicuamente el postigo de una ventana, recién arrancado. La ventana estaba abierta, las hojas hacia adentro. Bajo ella, en la húmeda arena, descubrieron también pisadas. Unas huellas eran grandes, pertenecientes, por lo visto, a un hombre muy corpulento, y otras, menores y más estrechas, denotaban que quien las había dejado andaba con los pies torcidos hacia adentro.

-Las huellas que hay en la terracilla son distintas -observó Shelgá.

Miró por la ventana, emitió un ligero silbido y gritó:

-¡Eh, buen hombre, cierre la ventana, no vaya a ser que le roben algo!

No hubo respuesta. De la habitación, sumida en la penumbra, emanaba un olor dulzón y desagradable.

Shelgá volvió a llamar, esta vez más alto, se subió al alféizar, empuñó el revólver y saltó blandamente al interior. Tarashkin le imitó.

La primera habitación estaba vacía, el piso sembrado de ladrillos rotos, lascas de enlucido y viejos papeles de periódico. La puerta, entreabierta, llevaba a la cocina. Allí, sobre la plancha, así como en mesas y taburetes, veíanse hornillos a petróleo, crisoles de porcelana, retortas de vidrio y metálicas, botes y cajones de cinc. Uno de los hornillos chisporroteaba, apagándose.

Mielga volvió a gritar: "¡Eh, buen hombre!" Luego meneó la cabeza y abrió con gran cautela la puerta de la oscura habitación, cortada por las cintas de luz solar que atravesaban las rendijas de las maderas.

-Ahí está -dijo Shelgá.

En lo hondo de la habitación, un hombre yacía de espaldas, vestido, en una cama metálica. Sus manos, levantadas sobre la cabeza, aparecían atadas a las barras de la cama. Una cuerda sujetaba sus piernas. La chaqueta y la camisa del hombre mostraban unos desgarrones en el pecho. Tenía la cabeza muy echada hacia atrás, en posición poco natural, y su puntiaguda barbita apuntaba al techo.

-¡Fíjese que metido le han dado! -dijo Shelgá. examinando el puñal que el muerto tenía hundido en el pecho hasta la empuñadura-. Lo han atormentado... Mire...

-Vasili Vitálievich, es el mismo hombre que llegó en la barca. Hace hora y media, a lo sumo, que lo han asesinado.

-Quédese aquí de guardia, no toque nada y no deje entrar a nadie, ¿me oye, Tarashkin?

Unos minutos después, Shelgá hablaba por teléfono desde el club:

-Envíen patrullas a las estaciones... Comprueben la documentación de todos los pasajeros... Hay que ir también a los hoteles y ver quién ha regresado entre las seis y las ocho de la mañana. Envíe a mi disposición un agente y un perro.

6

Antes de que llegara el perro policía, Shelgá se puso a examinar meticulosamente el chalet, empezando por la buhardilla.

Todo estaba lleno de basura, vidrios rotos, jirones de empapelado y oxidados botes de conservas. Las ventanas estaban cubiertas de telarañas y en los rincones había moho. Al parecer, el chalet estaba abandonado desde 1918. Únicamente semejaban habitadas la cocina y la habitación con la cama metálica. No había allí la menor comodidad ni tampoco restos de comida, de no contar un panecillo y una gruesa lonja de salchichón hallados en un bolsillo del muerto.

Nadie vivía en el chalet, pero alguien lo visitaba para hacer allí algo que necesitaba ocultar. Esta fue la primera conclusión de Shelgá cuando hubo registrado la casa entera. El detenido examen de la cocina mostró que producían en ella cierto preparado químico. Al investigar los montones de ceniza sobre la plancha de la cocina, donde, por lo visto, se hacían experimentos, y después de hojear algunos folletos con las puntas de algunas hojas dobladas. Shelgá estableció un hecho más: el muerto se dedicaba simplemente a la pirotecnia.

Esta conclusión llevó a Shelgá a un callejón sin salida. Volvió a registrar la ropa del muerto, pero no descubrió nada nuevo. Entonces, enfocó el asunto desde otro ángulo.

Las huellas al pie de la ventana evidenciaban que los asesinos eran dos y habían entrado por la ventana, corriendo el inevitable riesgo de encontrar resistencia, pues el habitante del chalet no podía dejar de oír el ruido hecho al arrancar el postigo.

Ello significaba que los asesinos necesitaban a toda costa hacerse con algo muy importante o matar al hombre aquel.

Si se admitía que únicamente deseaban asesinar al hombre, hubieran podido hacerlo mucho más fácilmente acechándolo camino del chalet; de otra parte, la

posición del cadáver demostraba que lo habían atormentado antes de clavarle el puñal. Los asesinos necesitaban sacarle al hombre aquel un secreto que no quería descubrirles.

¿Qué querrían de él? ¿Dinero? Era poco probable que el hombre, al ir de noche al chalet abandonado para dedicarse a la pirotecnia, llevara encima una suma considerable. Seguramente, los asesinos querían arrancarle un secreto relacionado con sus ocupaciones nocturnas.

Así, pues, el curso de sus pensamientos hizo que Shelgá volviera a examinar con detenimiento la cocina. Apartó los cajones de la pared y descubrió una cuadrada boca que llevaba a una bodega de esas que suelen hacerse en los chalets bajo el piso de la cocina. Tarashkin encendió un cabo de vela y se tendió de bruces, iluminando el húmedo subterráneo, al que descendía muy despacio Shelgá por una resbaladiza y carcomida escalera.

-¡Baje con la vela! -gritó Shelgá desde la oscuridad-. ¡Mire donde tenía su verdadero laboratorio!

La bodega se extendía bajo todo el chalet: junto a las paredes de ladrillo había varias mesas de tablas sobre caballetes, unos bidones de gas, un pequeño motor y una dínamo, unas bañeras de cristal de las empleadas para la electrólisis, herramientas de cerrajero y, en todas las mesas, montones de ceniza...

-¡Mire lo que hacía! -exclamó un tanto desconcertado Shelgá, examinando los gruesos maderos y las hojas de hierro apoyados contra la pared. Las hojas y los maderos aparecían perforados en muchos lugares y algunos cortados por la mitad; los cortes y los orificios parecían quemados y fundidos.

Una tabla de roble mostraba orificios de un diámetro de una décima de milímetro, como si hubiesen sido hechos con una aguja. Unas grandes letras que se veían en medio de la tabla decían así: "P. P. Garin". Shelgá dio la vuelta a la tabla y en la parle opuesta vio las mismas letras, pero al revés: por un procedimiento incomprensible, aquella tabla de tres pulgadas había sido quemada, de parte a parte, con aquella inscripción.

-¡Diablos! -exclamó Shelgá-. ¡No cabe duda de que P. P. Garin no se dedicaba aquí a la pirotecnia!

-¿Qué es eso, Vasili Vitálievich? -inquirió Tarashkin, señalando una pirámide de una pulgada y media de altura y casi una pulgada en la base, hecha de una sustancia grisácea.

-¿Dónde ha encontrado eso?

-Ahí hay un cajón lleno.

Después de examinar y de oler la pirámide, Shelgá la dejó en el borde de una mesa, hincó en uno de sus costados una cerilla encendida y se retiró al rincón opuesto del sótano. La cerilla prendió fuego a la pirámide, que fulguró con llama azulenca y estuvo ardiendo poco más de cinco minutos, sin humo y casi sin olor.

-A la próxima vez no volveremos a hacer tales experimentos -dijo Shelgá-. Hubiera podido ser una vela de gas, y, en tal caso, no hubiéramos salido vivos de este sótano. Bien, ¿qué hemos sabido? Trataremos de establecerlo: en primer lugar, el asesinato no ha tenido por fin la venganza ni el robo. En segundo lugar, hemos averiguado el apellido del muerto: P. P. Garin. Eso es todo, por el momento. Quizás objete usted, Tarashkin, que Garin puede ser el hombre que se marchó en la barca. Es poco verosímil. Quien escribió el apellido en la tabla fue el propio Garin. Psicológicamente, eso está claro. Si yo, pongamos por caso, descubriera un aparato maravilloso, de seguro que, entusiasmado, escribiría mi apellido, y en ningún caso el de usted. Sabemos, además, que el muerto trabajaba en el laboratorio: por tanto, él es el inventor, es decir, Garin.

Shelgá y Tarashkin salieron del sótano y, después de encender un cigarrillo, se sentaron en la terracilla, de cara al sol, esperando al agente y al perro policía.

7

En una de las ventanillas de la Oficina Central de Correos y Telégrafos se introdujo una mano gruesa y rojiza que, temblorosa, sostenía el texto de un telegrama.

El telegrafista contempló la mano aquella durante algunos segundos y, por fin, comprendió qué le extrañaba: "¡Ah, le falta un dedo, el meñique!" Luego, leyó el texto, que decía:

"Varsovia. Calle Marzalkovska. Semiónov. Encargo cumplido a medias. Ingeniero partió. Documentos sin conseguir. Espero indicaciones. Stas".

El telegrafista subrayó con un lápiz rojo la palabra Varsovia. Se levantó luego y, tapando con su cuerpo la ventanilla, examinó por encima del cristal a la persona que había entregado el telegrama. Era un hombre corpulento, de edad media, cara abotargada, de tez enfermiza, gris amarillenta, y colgantes bigotes rojos que medio tapaban su boca. Sus ojos apenas si se veían en las rendijas que separaban los inflamados párpados. Una gorra de terciopelo marrón cubría su afeitada cabeza.

-¿Qué ocurre? -preguntó brusco el hombre-. Trasmita el telegrama.

-Está cifrado -dijo el telegrafista.

-¿Cifrado? ¡Qué tonterías dice usted! Es un telegrama comercial y debe usted aceptarlo. Ahora le mostraré mi documentación, trabajo en el consulado polaco; tendrá que responder, si el telegrama llega tarde.

El hombre de los cuatro dedos estaba encolerizado y sacudía sus fláccidas mejillas; más que hablar, ladraba, pero la mano que descansaba en la ventanilla seguía temblando, como si su dueño se sintiera temeroso de algo.

-Mire, ciudadano -dijo el telegrafista-, aunque asegura usted que se trata de un telegrama comercial, yo afirmo que es un telegrama político cifrado.

El telegrafista esbozó una sonrisa. El señor de la tez amarilla, exasperado, levantó la voz. Mientras tanto, una de las empleadas tomaba, sin que nadie lo advirtiera, el despacho y lo llevaba a la mesa tras la que Vasili Vitálievich Shelgá examinaba todos los telegramas recibidos aquel día en la oficina.

Apenas vio la dirección -"Varsovia, calle Marzalkovska"-, salió a la sala, se ubicó detrás del encolerizado caballero e hizo una seña al telegrafista. Este, torciendo el hocico, se metió gruñón con la política de los *panis* y se puso a extender el recibo. El polaco, resoplando de rabia, rebullía inquieto, haciendo crujir sus zapatos de charol. Shelgá examinó atento sus grandes pies, se alejó luego hacia la puerta y, señalando con la cabeza al polaco, dijo al agente de guardia:

-Sígale.

Las pesquisas hechas el día anterior con el perro policía llevaron del chalet en el bosquecillo de abedules al río Krestovka, donde se perdía el rastro: por lo visto, los asesinos habían tomado allí una barca. Aquel día no se había podido obtener ningún otro dato. Era evidente que los criminales estaban bien ocultos en Leningrado. La revisión de los telegramas tampoco había dado nada que valiera la pena. Sólo el último, dirigido a Varsovia, a un tal Semiónov, encerraba algún interés.

El telegrafista entregó el recibo al polaco, que hundió dos dedos en el bolsillo del chaleco, disponiéndose a pagar. En aquel momento se acercó rápidamente a la ventanilla, con el texto de un telegrama en la mano, un hombre guapo, de ojos negros y puntiaguda barbita, que, esperando su turno, contemplaba con tranquila antipatía la abultada panza del irascible polaco.

Después, Shelgá vio que el hombre de la barbita ponía todos sus músculos en tensión: había visto la mano con los cuatro dedos y, al instante, miraba al polaco a la cara.

Sus ojos se encontraron. El polaco abrió la boca, lleno de asombro. Sus hinchados párpados se dilataron. Sus turbios ojos reflejaron espanto. Su rostro, como si fuera el de un monstruoso camaleón, mudó de color adquiriendo un tinte plomizo.

Shelgá comprendió repentinamente qué pasaba, pues había reconocido al individuo de la barbita: era el doble del hombre asesinado en el chalet...

El polaco emitió un ronco grito y se dirigió con increíble rapidez a la salida. El agente de guardia, que tenía la orden de seguirle a cierta distancia, lo dejó salir a la calle y echó tras él.

El doble del muerto continuó junto a la ventanilla. Sus ojos de mirada fría, rodeados de oscuras sombras, no expresaban nada que no fuera sorpresa. Se encogió de hombros y, cuando el polaco desapareció, entregó al telegrafista el siguiente texto:

"París. Bulevar des Batignolles. Lista de Correos 555. Emprenda inmediatamente análisis. Eleve calidad 50% Mediados mayo espero primera partida. P. P."

-El telegrama se refiere a unos trabajos científicos que lleva a cabo un camarada mío en comisión de servicio en París, enviado por el Instituto de Química Inorgánica -dijo el hombre al telegrafista.

Luego, muy pausado, sacó del bolsillo una cajetilla de cigarrillos, golpeo en la tapa uno de ellos y lo encendió con mucha parsimonia. Shelgá se acercó al hombre y le dijo muy cortés:

-¿Podría usted escucharme unos segundos?

El hombre de la barbita lo miró, bajó los ojos y respondió con gran amabilidad:

-Con mil amores.

-Soy un agente del servicio de investigación criminal -se presentó Shelgá, entreabriendo su carnet-. ¿Quizás busquemos un lugar más adecuado para nuestra conversación?

-¿Quiere usted detenerme?

-¡No tengo la menor intención. Quiero advertirle que el polaco que acaba de salir corriendo está dispuesto a asesinarle del mismo modo que asesinó ayer al ingeniero Garin en la isla Krestovski.

El hombre de la barbita quedó un instante pensativo, pero no perdió ni su cortesía ni su tranquilidad.

-Con mucho gusto. Vamos, tengo quince minutos disponibles.

8

Ya en la calle, cerca de la Oficina de Correos, el agente de guardia, todo sofocado, el rostro cubierto de purpúreas manchas, se acercó corriendo a Shelgá.

-Camarada Shelgá, se ha escapado.

-¿Cómo ha podido ocurrir eso?

-Lo estaba esperando un automóvil, camarada Shelgá.

-¿Dónde está su moto?

-Ahí -dijo el agente, señalando a la máquina, que se encontraba tirada en suelo a unos cien metros de la oficina de correos-. Se acercó de un salto y le dio una cuchillada a una cubierta. Toqué el pito, pero él se metió en el coche y salió a todo gas.

-¿Se ha quedado usted con la matrícula?

-No.

-Tendré que quejarme.

-¿Cómo quiere que me quedara con ella cuando le había untado adrede de barro?

-Está bien, vaya usted a la oficina, yo estaré allí dentro de veinte minutos.

Shelgá alcanzó al hombre de la barbita. Caminaron en silencio unos segundos. Torcieron hacia la Avenida de los Sindicatos.

-Se parece usted asombrosamente al asesinado -dijo Shelgá.

-Eso dice mucha gente. Yo me apellido Piankov-Pitkiévich -respondió locuaz el hombre-. Por los periódicos de la tarde me enteré ayer del asesinato de Garin. Es terrible. Lo conocía bien. Era un magnífico trabajador, un excelente químico. He estado muchas veces en el laboratorio que tenía en el chalet. Estaba a punto de hacer un gran descubrimiento de química de guerra. ¿Sabe usted lo que son las bujías fumígenas?

Shelgá miró a su acompañante con el rabillo del ojo y preguntó a su vez:

-¿Cree usted que el asesinato de Garin está relacionado con los intereses políticos de Polonia?

-No. La causa del asesinato es más profunda. En la prensa americana han aparecido noticias acerca de los trabajos de Garin. Polonia sólo puede ser un eslabón intermedio.

Ya en la avenida, Shelgá propuso al hombre de la barbita sentarse en un banco. En torno no se veía un alma. Shelgá sacó de la cartera unos recortes de periódicos rusos y extranjeros y los dejó sobre sus rodillas.

-Dice usted que Garin hacía experimentos químicos y que noticias de ellos aparecieron en la prensa extranjera. Aquí hay algo que coincide con sus palabras, pero yo no acabo de entenderlo todo. Lea usted.

> "...En América han despertado gran interés las noticias llegadas de Leningrado acerca de los trabajos de un inventor ruso. Se supone que el aparato ideado por él posee mayor fuerza destructiva que todos los conocidos hasta ahora".

Pitkiévich sonrió al leer estas palabras.

-Es extraño... No sé... No he oído hablar de eso. No creo que se refiera a Garin.

Shelgá le tendió el segundo recorte, que decía:

> "...En relación con las próximas grandes maniobras de la Flota norteamericana en aguas del Pacífico, se ha hecho una interpelación al Departamento de Defensa preguntando si se tiene noticia de los aparatos de colosal fuerza destructiva que se están construyendo en la Rusia soviética".

Pitkiévich se encogió de hombros, como diciendo: "Tonterías", y tomó el tercer recorte, que corría así:

"...El multimillonario Rolling, rey de la industria química, ha salido para Europa. Su viaje está relacionado con la organización de un trust de fábricas que transforman alquitrán y sal común. Rolling ha concedido una interviú en París, expresando su seguridad de que su colosal consorcio químico pondrá fin a la inquietud en los países del Viejo Mundo, sacudidos por las fuerzas revolucionarias. Rolling ha hablado en tono particularmente agresivo de la Rusia soviética, donde, según rumores, se llevan a cabo enigmáticos trabajos para transmitir a distancia energía térmica".

Pitkiévich leyó atentamente el recorte. Quedó pensativo y, luego, comentó, frunciendo las cejas:

-Sí, es muy posible que el asesinato de Garin guarde relación con este suelto.

-¿Es usted deportista? -preguntó de sopetón Shelgá, tomando la mano de Pitkiévich y volviéndole la palma hacia arriba-. Yo siento pasión por el deporte.

-¿Quiere usted comprobar si los remos me han producido callos, camarada Shelgá...? Mire usted, aquí tengo dos ampollas, indicio de que remo muy mal y de que hace dos días estuve remando cosa de hora y media, para llevar a Garin en barca a la isla Krestovski... ¿Le satisfacen estos datos?

Shelgá soltó la mano de Pitkiévich y rió:

-Es usted un valiente, camarada Pitkiévich; me gustaría que midiésemos en serio nuestras fuerzas.

-Nunca renuncio a una lucha seria.

-Diga, Pitkiévich. ¿conocía antes a ese polaco de los cuatro dedos?

-¿Quiere usted saber por qué me asombré al ver su mano? Es usted muy observador, camarada Shelgá. Sí, me asombré... Es más, me llevé un buen susto.

-¿Por qué?

-No se lo diré.

Shelgá se mordió los labios, mirando a lo largo de la desierta avenida.

Pitkiévich continuó:

-No sólo tiene mutilada la mano; una monstruosa cicatriz le cruza todo el pecho. Se la hizo Garin en 1919. Ese hombre se llama Stas Tyklinski.

-Diga -preguntó Shelgá-, ¿el difunto Garin mutiló al polaco por el procedimiento con que cortaba tablas de tres pulgadas?

Pitkiévich volvió rápido la cabeza, y, por unos instantes, se miraron fijamente a la cara: uno con aire tranquilo e impenetrable y el otro, alegre y abiertamente.

-¿Piensa, a fin de cuentas, detenerme, camarada Shelgá?

-No... Para eso siempre estamos a tiempo.

-Tiene razón. Sé muchas cosas. Pero, naturalmente, no hay medidas coercitivas con las que usted pueda sacarme lo que yo no quiera descubrir. Usted sabe que no tengo nada que ver con el crimen. ¿Quiere que juguemos sin tapujos? Las condiciones de la lucha serán que, después de cada buen golpe, nos entrevistemos para hablar con toda franqueza. Será algo parecido a una partida de ajedrez. Queda terminantemente prohibido matar al contrincante. Por cierto, ha estado usted en peligro de muerte durante esta conversación. Le aseguro que no bromeo. Si en su lugar se encontrara Stas Tyklinski, yo hubiera mirado en torno y, al ver que no había un alma, me hubiera dirigido, pausadamente, hacia la Plaza del Senado, y a él lo hubieran encontrado en este banco muerto sin remedio, con unas repugnantes manchas en el cuerpo. En fin, le repito que no emplearé con usted esos trucos. ¿Acepta la partida?

-Está bien, de acuerdo -dijo Shelgá, brillantes los ojos-. Yo atacaré el primero, ¿sí?

-Comprenderá que si no me hubiera cazado usted en Correos, no le hubiese propuesto la partida. En cuanto al polaco ese de los cuatro dedos, le prometo que le ayudaré a dar con él. Dondequiera que lo encuentre, se lo comunicaré en seguida, por teléfono o telégrafo.

-De acuerdo. Ahora, Pitkiévich, muéstreme que artefacto es ese con que amenaza...

Pitkiévich volvió la cabeza, sonrió, como diciendo: "Sea como usted quiere, jugamos con las cartas descubiertas", y sacó con muchas precauciones del bolsillo interior de la chaqueta una caja plana en la que había un tubo metálico del grueso de un dedo.

-Esto es todo. No hay más que apretar uno de los extremos y en el interior se rompe un cristalillo.

9

Camino de la oficina, Shelgá se detuvo de pronto, como si hubiera chocado con un poste de telégrafo. "¡Vaya tío! -exclamó, dando, rabioso, un taconazo en el suelo-. ¡Qué listo es, qué artista!"

En efecto, a Shelgá se la habían jugado bien. Estando a dos pasos del asesino (de ello no quedaba ya duda alguna) no lo había detenido. Había estado hablando con un hombre que conocía, por lo visto, todos los hilos del asesinato y se las había ingeniado para no decir nada esencial. Piankov-Pitkiévich poseía un secreto... Shelgá comprendió de pronto que era un secreto de importancia para el país, para todo el mundo... "Ya tenía cogido del rabo a Piankov-Pitkiévich, pero el maldito se ha escurrido, me ha dejado con un palmo de narices".

Shelgá subió corriendo al tercer piso y se metió en su despacho. Sobre la mesa yacía un paquete envuelto con papel de periódico. En el profundo hueco de la ventana estaba sentado, muy quieto, un hombre gordo con botas de burdo cuero. Sosteniendo la gorra apretada contra el vientre, el hombre saludó a Shelgá con una inclinación.

-Soy Bábichev -dijo el hombre, dejando escapar por la boca una fuerte vaharada aguardentosa-, el administrador de la casa número 24 de la calle Pushkárskaia, perteneciente a la cooperativa de viviendas.

-¿Es usted el que ha traído este paquete?

-Sí, yo lo he traído. Es del apartamento número 13... Eso no está en el pabellón principal, sino en un pequeño edificio anexo. Hace dos días que el inquilino no aparece. Hoy hemos llamado a las milicias, abrimos la puerta y levantamos acta, como manda la ley, y yo he encontrado, además, este paquete, oculto en la estufa.

El administrador se tapó la boca con la mano. Tenía las mejillas enrojecidas; los ojos, húmedos, se le pusieron saltones, y un fuerte olor de aguardiente llenó la habitación.

-¿Cómo se llama el inquilino desaparecido?

-Iván Alexéievich Savéliev.

Shelgá abrió el paquete. Había allí una foto de Piankov-Pitkiévich, un peine, unas tijeras y un frasco con un líquido oscuro: tintura para el cabello.

-¿A qué se dedicaba Savéliev?

-A la ciencia. Cuando reventó en la casa una tubería, el comité le pidió ayuda... El respondió: "Lo haría con mucho gusto, pero soy químico".

-¿Salía con frecuencia de noche?

-¿De noche? En eso no hemos reparado -el administrador de nuevo se llevó la mano a la boca-. Pero en cuanto amanecía abandonaba la casa. Ahora, que saliera de noche... en eso no hemos reparado, y nunca le vimos borracho.

-¿Iban a verle sus conocidos?

-En eso no hemos reparado.

Shelgá telefoneó a la sección de milicias de la barriada Petrográdskaia. Resultó que en la casa número 24 de la calle Pushkárskaia vivía, efectivamente, Iván Alexéievich Savéliev, de 36 años, ingeniero químico. Se había mudado allí en febrero, presentando un carnet de identidad extendido por las milicias de Tambov.

Shelgá envió un telegrama a Tambov y fue en coche con el administrador a Fontanka, donde en el depósito de cadáveres de la sección de investigación criminal se encontraba el cuerpo del hombre asesinado en la isla Krestovski. El administrador identificó inmediatamente al inquilino del número 13.

10

Mientras tanto, el individuo que dijera apellidarse Piankov-Pitkiévich llegó en un coche de alquiler, con la capota subida, a un descampado de la barriada Petrográdskaia, pagó al cochero y echó a andar por la acera. Abrió una cancela en una valla de tablas, cruzó un patio y subió por una angosta escalera de servicio al quinto piso. Abrió con dos llavines la puerta, colgó el abrigo y el sombrero en el único clavo que había en el vacío recibimiento, entró en una habitación cuyas cuatro ventanas estaban hasta la mitad untadas de alabastro, se sentó en un desgarrado diván y se tapó la cara con las manos.

Sólo allí, en la solitaria habitación con estanterías llenas de libros y aparatos de física, se dejó dominar por la terrible inquietud, rayana en la desesperación, que venía acometiéndole desde la víspera.

Se apretó el rostro con manos trémulas. Comprendía que el peligro mortal no había pasado aún. Estaba copado.

Sólo tenía a su favor una probabilidad de cada cien. "¡Qué imprudente he sido, qué imprudente he sido!", balbuceó. Haciendo un esfuerzo, logró serenarse, hundió el puño en una sucia almohada, se tendió de bruces y cerró los ojos.

Su cerebro descansaba después de una insoportable tensión. Unos minutos de inmovilidad completa lo refrescaron. Se levantó, llenó un vaso de vino de madeira y lo apuro de un golpe. Una oleada de calor invadió su cuerpo, y se puso a recorrer de un ángulo a otro la habitación, con metódico andar, buscando las contadas posibilidades de salvación.

Luego apartó cuidadosamente el viejo empapelado junto a un plinto, sacó de debajo unos diseños e hizo con ellos un rollo. Luego tomó de los estantes varios libros y, con los diseños y algunas piezas de aparatos de física, los metió en un maletín. Aguzando el oído a cada instante, llevó el maletín abajo, a una oscura leñera, y lo ocultó bajo un montón de basura. Volvió a la habitación, sacó de la escribanía un revólver y, después de examinarlo, se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

Eran las cinco menos cuarto. El hombre se tendió de nuevo en el diván. Fumaba un cigarrillo tras otro, echando las colillas a un rincón. "Está claro que

no lo han encontrado", casi gritó y, levantándose del diván, se puso de nuevo a recorrer diagonalmente la habitación.

Al anochecer, se puso unas feas botas y un abrigo de verano y abandonó la casa.

11

A media noche llamaron por teléfono al oficial de guardia de la 16 sección de la milicia. Una apresurada voz le dijo al oído:

-Envíen inmediatamente una patrulla al chalet de la isla Krestovski donde anteayer se cometió un asesinato...

La voz enmudeció. El agente de guardia soltó un taco en el auricular; luego llamó a la centralilla de teléfonos. Resultó que habían hablado desde el club náutico. Telefoneó allí. El timbre sonó largo rato hasta que, por fin, una voz soñolienta, preguntó:

-¿Qué pasa?

-¿Ha llamado alguien desde ahí?

-Sí -respondió la voz, con un bostezo.

-¿Quién ha llamado...? ¿Lo han visto?

-No, no tenemos luz. Nos dijeron que venían de parte del camarada Shelgá.

Media hora después, cuatro milicianos saltaban de un camión junto al chalet con las ventanas condenadas. Tras los abedules veíase el apagado arrebol de la agonizante aurora. En medio del silencio se oían débiles gemidos. Un hombre con abrigo de piel de carnero yacía de bruces en la terracilla trasera. Le dieron la vuelta. Era el guardián. A su lado veíase un algodón impregnado de cloroformo.

La puerta estaba abierta de par en par, con el cerrojo arrancado. Cuando los milicianos entraron, de la bodega llegó una voz apagada, que gritaba:

-¡Abran la escotilla de la cocina, abran la escotilla, camaradas...!

Junto a la pared de la cocina había amontonados mesas, cajones y pesados sacos. Los apartaron precipitadamente y abrieron la bodega.

De ella salió, como alma que lleva el diablo, Shelgá, cubierto de telarañas y polvo, los ojos errantes, como si estuviera loco.

-¡Vengan aquí, vivo! -gritó, desapareciendo tras de la puerta-. ¡Enciendan inmediatamente una luz!

En la habitación en que se encontraba la cama metálica vieron en el suelo, a la luz de las linternas, dos cápsulas de revólver, una gorra de terciopelo marrón y repugnantes huellas de una fétida vomitera.

-¡Cuidado! -vociferó Shelgá-. ¡No respiren, salgan de aquí, eso es la muerte!

Retrocediendo y empujando a los milicianos hacia la puerta, Shelgá miraba con espanto y repugnancia un tubo metálico, del tamaño de un dedo, que aparecía tirado en el suelo.

12

Como todos los grandes hombres de negocios, Rolling, el rey de la industria química, tenía sus oficinas en un local donde su secretario "filtraba" a los visitantes, determinando su peso e importancia, leía sus pensamientos y, con una cortesía monstruosa, respondía a todas las preguntas. Una taquimeca hacía cristalizar en palabras las ideas de Rolling, que (si se tomaba su media aritmética

anual y se multiplicaba por su equivalente monetario) encerraban un valor aproximado a cincuenta mil dólares por segundo. Las uñas de almendra de cuatro mecanógrafas recorrían sin cesar las teclas de cuatro "Underwoods". A la primera llamada de Rolling surgía ante él, cual por arte de magia, la figura de un botones, como una materialización de la voluntad del magnate.

La oficina de Rolling en el bulevar Malesherbes era un local sombrío y adusto. Paredes revestidas de damasco oscuro, alfombras oscuras en el piso y oscuros muebles tapizados de cuero. En oscuras mesas con cristales veíanse catálogos de cubiertas marrón y prospectos de fábricas de productos químicos. Unos cuantos herrumbrosos proyectiles de gas y un mortero recogidos en los campos de batalla decoraban la chimenea.

Tras las altas y oscuras puertas de nogal de su despacho, rodeado de diagramas, cartogramas y fotografías, se encontraba Rolling, el rey de la industria química. Los visitantes ya "filtrados" entraban en la antesala pisando silenciosamente las alfombras, se sentaban en sillas tapizadas de cuero y miraban, nerviosos, las puertas de nogal. Tras ellas, en el despacho del rey, hasta el aire era incalculablemente valioso, pues lo impregnaban pensamientos cuyo valor se cifraba en cincuenta mil dólares por segundo.

¿Qué corazón humano podía seguir latiendo acompasadamente cuando en medio de aquel respetable silencio se movía de pronto en la antesala la dorada y maciza manecilla de la puerta de nogal -representaba una garra sosteniendo un globo- y aparecía bajo el dintel un homúnculo terriblemente hosco, con chaqueta gris oscuro y una barbilla conocida en todo el mundo cubriendo sus mejillas, aquel cuasi superhombre de rostro apergaminado y enfermizo que recordaba una marca conocida en todo el mundo: un círculo amarillo con cuatro barras negras... Entreabriendo la puerta, el rey perforaba con la mirada al visitante y decía con marcado acento norteamericano: "¡Tenga la bondad!"

13

Con un lápiz de oro entre el pulgar y el índice, el secretario preguntó con su monstruosa cortesía:

-¿Sería tan amable de decirme su apellido?

-Soy el general Subbotin, emigrado ruso...

El interrogado se encogió de hombros con enojo y pasó por su gris bigote un estrujado pañuelo.

Sonriendo lo mismo que si la conversación versara, cordial, sobre los temas mas agradables, el secretario deslizó rápidamente su lápiz por el bloc y preguntó, muy cauto:

-¿Cuál es el fin, monsieur Subbotin, de su posible conversación con mister Rolling?

-Se trata de un asunto extraordinario, muy importante.

-¿Quizás yo lo recoja resumido para informar a mister Rolling?

-El fin, ¿sabe usted?, es muy simple, darle a conocer un plan... Encierra interés para él y para nosotros...

-Se trata de un plan de lucha química contra los bolcheviques, ¿no? -preguntó el secretario.

-Exacto... De eso quiero hablar con mister Rolling.

-Me temo -le interrumpió con encantadora cortesía el secretario, adoptando incluso una expresión compungida-, me temo que mister Rolling tenga ya

muchos planes semejantes que examinar. En el transcurso de una semana, sólo los rusos han presentado a la oficina ciento veinticuatro planes de lucha química contra los bolcheviques. Tenemos ya, para su examen, un magnífico plan de ataque aeroquímico simultáneo a Jarkov, Moscú y Petrogrado. El autor disloca muy ingeniosamente las fuerzas en las plazas de armas que representan los estados vecinos. Es muy interesante. El autor incluye además el cálculo exacto: seis mil ochocientas cincuenta toneladas de gas mostaza para el exterminio completo de los habitantes de esas tres capitales.

Congestionado el rostro, el general Subbotin interrumpió al secretario:

-¿A qué aguardan ustedes, mister...?, ¿cuál es su apellido? Mi plan no es peor, ¡pero ese también me parece magnífico! ¡Hay que actuar! ¡Hay que pasar de las palabras a los hechos...! ¿Qué estamos esperando?

-Mi querido general, lo que pasa es que el señor Rolling no ve hasta ahora el equivalente de sus gastos.

-¿El equivalente? ¿A qué se refiere usted?

-Lanzar con aviones seis mil ochocientas cincuenta toneladas de gas mostaza no es para el señor Rolling nada difícil, pero ello requiere ciertos gastos. La guerra cuesta dinero, ¿no es cierto? En los planes que le han presentado hasta ahora, mister Rolling no ve más que gastos. Desgraciadamente, en esos planes no se habla del equivalente, es decir, de los ingresos que puede proporcionar a mister Rolling la lucha contra los bolcheviques.

-Está claro, claro como el agua... Ingresos... colosales ingresos obtendrá quien devuelva a Rusia sus legítimos gobernantes, quien haga retornar el país al orden de cosas legítimo y normal. ¡La persona que haga eso sacará montañas de oro!

El general clavó una mirada de águila en el secretario y concluyó:

-¡Ya veo! Así, pues, ¿hay que indicar también ese equivalente?

-Con toda exactitud, con cifras; a la izquierda el pasivo, a la derecha el activo y después una raya y una diferencia con el signo mas, que pueda interesar a mister Rolling.

-¡Ya veo! -el general lanzó un resoplido, se caló hasta las cejas su polvoriento sombrero, rápido, se dirigió hasta la puerta.

14

Apenas si había salido el general, cuando se ojo en la entrada la voz airada del botones y luego otra expresando el deseo de que el chico se fuera al diablo, y ante el secretario apareció Semiónov, el abrigo desabrochado, el sombrero y el bastón en la mano, un mordido cigarro puro en un ángulo de la boca.

-Buenos días, amigazo -dijo apresuradamente Semiónov al secretario y dejó sobre la mesa el sombrero y el bastón-. Necesito ver al rey inmediatamente.

El lapicero de oro del secretario quedó suspendido en el aire.

-Mister Rolling está hoy extraordinariamente ocupado.

-¡Tonterías, amigazo...! En mi coche espera una persona recién llegada de Varsovia... Dígale a Rolling que venimos para tratar el asunto de Garin.

El secretario arqueó las cejas y desapareció tras la puerta de nogal. Al instante asomó la cabeza y dijo con tierno susurro: "Monsieur Semiónov, tenga la bondad de pasar". El secretario hizo girar la manecilla de la puerta, la garra sosteniendo un globo.

Semiónov se presentó ante el rey de la industria química. Por cierto, no aparentaba particular inquietud, en primer lugar porque era fresco de nacimiento

y, en segundo, porque en aquel momento el rey necesitaba más de él que él del rey.

Rolling perforó con sus verdes ojos al visitante. Sin inmutarse, Semiónov se sentó frente al magnate, por medio la escribanía. Rolling dijo:

-¿Qué?

-Todo se ha hecho.

-¿Y los diseños?

-¿Sabe, mister Rolling?, hemos tenido un pequeño contratiempo.

-Yo le pregunto dónde están los diseños. No los veo -rugió Rolling, dando una ligera palmada sobre la mesa.

-Escuche, Rolling, hemos convenido en que yo no sólo le traeré los diseños, sino también el aparato... He hecho ya mucho, muchísimo... Encontré gente... La envié a Petrogrado. Mis hombres penetraron en el laboratorio de Garin. Vieron el aparato funcionando... Pero luego ocurrió algo incomprensible... En primer lugar, resultó que había dos Garin.

-Eso me lo suponía yo desde el comienzo mismo -dijo Rolling con una mueca desdeñosa.

-A uno hemos conseguido apartarlo del camino.

-¿Lo han matado?

-Sí, algo de eso ha ocurrido. En todo caso, ha muerto. Ello no debe preocuparle: lo hemos suprimido en Petrogrado, se trata de un ciudadano soviético; en fin, la cosa no tiene importancia. Pero después apareció su doble... Entonces hicimos un esfuerzo sobrehumano...

-En pocas palabras -le interrumpió Rolling-, el doble o el auténtico Garin está vivo y usted no me ha traído ni los diseños ni el aparato, a pesar del dinero que he gastado.

-¿Quiere que llame a Stas Tyklinski? Espera en el automóvil. Ha participado en el asunto y podrá contárselo con todo detalle.

-No deseo ver a ningún Tyklinski; lo que necesito son los diseños y el aparato... Me asombra su atrevimiento de presentarse con las manos vacías.

A pesar de la frialdad con que aquellas palabras fueron dichas y de la fulminante mirada que Rolling le lanzó, seguro de que el piojoso emigrado ruso se convertiría en un montón de cenizas y desaparecería sin dejar rastro, Semiónov, inmutable, se metió en la boca el cigarro puro y dijo con el mayor desparpajo:

Si no quiere ver a Tyklinski, no lo vea. En realidad es un placer del que se puede prescindir. Ahora bien, Rolling, yo necesito dinero, unos veinte mil francos. ¿Piensa extenderme un cheque o me los va a dar en billetes?

A pesar de su enorme experiencia y conocimiento de los hombres, Rolling jamás había tropezado con tan gran desvergüenza, e hizo tal esfuerzo para no estampar el tintero en la pecosa jeta de Semiónov, que su carnosa nariz se perló de sudor... (¡Cuántos valiosísimos segundos había perdido en aquella estúpida conversación!) Dominándose, Rolling tendió la mano hacia la campanilla.

Semiónov, que seguía con atención sus movimientos, dejó caer:

-El caso es, querido mister Rolling, que el ingeniero Garin se encuentra en París.

15

Rolling se levantó de un salto, las aletas de la nariz dilatadas, una abultada vena pulsando entre sus cejas. El rey de la industria química se llegó de un salto

a la puerta, la cerró con llave, acercóse después a Semiónov, descansó una mano en el respaldo del sillón y se aferró con la otra al borde de la mesa. Inclinándose hacia el emigrado ruso, le espetó:

-Miente usted.

-¿Qué necesidad tengo yo de mentir? La cosa ha ocurrido así: Stas Tyklinski vio en la central de correos de Petrogrado al doble de Garin, cuando el hombre enviaba un telegrama, y pudo leer la dirección: "París, boulevar des Batignolles..." Tyklinaki llegó ayer de Varsovia, yo le acompañé inmediatamente a ese bulevar, en un café, nos dimos de narices con Garin o con su doble, allá lo entienda el diablo.

Rolling escrutó el pecoso rostro de Semiónov. Luego, irguiéndose, dejó escapar una bocanada de aire fétido.

-Comprenderá usted perfectamente que no estamos en la Rusia soviética, sino en París. Si preparan ustedes un asesinato, yo no haré nada por salvarles de la guillotina. Pero si intentan engañarme, los machacaré.

Rolling se sentó en su sillón, abrió con gesto de repugnancia el talonario, diciendo:

-Veinte mil no le daré, con cinco mil ya está bien...

Extendió el cheque, lo empujó con la uña hacia Semiónov y después -sólo por un segundo- apoyó los codos en la mesa y se oprimió el rostro con las manos.

16

No fue por capricho del azar, ni mucho menos, por lo que la hermosa Zoya Monroz se hizo la amante del rey de la industria química. Sólo los tontos y quienes no saben lo que es la lucha ni la victoria ven en todas partes casualidades. "Ese hombre tiene suerte", dicen mirando con envidia al afortunado, como si este fuera un ser sobrenatural. Pero, si da un traspié, miles de tontos pisotean con voluptuoso placer al hombre a quien el divino azar ha vuelto la espalda.

No hubo en ello nada casual: fueron su inteligencia y su voluntad lo que llevó a Zoya Monroz a la cama de Rolling. Las aventuras del año 1919 habían templado como el buen acero la voluntad de aquella mujer. Poseía una inteligencia tan aguda, que ella misma fomentaba entre sus amigos y conocidos la creencia de que el divino azar, o la Fortuna, si se quiere, le era extraordinariamente propicio.

En el barrio donde vivía (en la calle del Sena, sita en la margen izquierda del río) no había ninguna droguería, ultramarinos, taberna, carbonería o tienda de comestibles donde no creyeran a Zoya Monroz algo así como una santa.

Su coche de las mañanas, la limousine negro de veinticuatro caballos, su automóvil de paseo, un semidivino Rolls Royce de ochenta, su carreta de las tardes, con luz eléctrica, paredes tapizadas de raso, ánforas para las flores y manecillas de plata, así como, particularmente, la racha de suerte que había tenido en el casino de Deauville, donde ganó millón y medio de francos, suscitaban en el barrio un éxtasis religioso.

Sabiendo muy bien lo que se hacía, Zoya Monroz "invirtió" con gran cautela en la prensa la mitad de lo ganado.

Desde octubre, mes en que comienza en París la temporada, la prensa "levantó sobre sus plumas a la hermosa Zoya Monroz". Empezó la cosa porque en un periódico pequeño burgués apareció un violento artículo hablando de los hombres a quienes Zoya había arruinado. "¡Esa beldad nos cuesta demasiado

cara!", exclamaba el periódico. Después, un influyente diario radical empezó, sin que viniera para nada a cuento, a lanzar rayos y centellas contra los pequeños burgueses que enviaban al Parlamento a tenderos y comerciantes en vinos, cuyos horizontes no iban más allá de su barrio. "¿Qué importa que Zoya Monroz haya arruinado a una docena de extranjeros? -comentaba el diario-. El dinero de esos hombres circula en París, incrementando la energía de la vida. Para nosotros, Zoya Monroz no es más que el símbolo de relaciones vitales sanas, el símbolo del movimiento perpetuo, en el que unos caen y otros se levantan".

Todos los periódicos publicaban fotografías y detalles de su vida:

> "Su difunto padre trabajaba en la Opera Imperial de San Petersburgo. Cuando tenía ocho años, Zoya, que era una niña preciosa, ingresó en una escuela de ballet. En vísperas de la guerra salió de la escuela y debutó con un éxito que había de recordar la capital norteña. Empezó la conflagración, y Zoya Monroz, su joven corazón henchido de misericordia, marcha voluntaria al frente, vistiendo un modesto traje gris con una cruz roja en el pecho. Podía vérsela en los lugares más peligrosos, inclinada serenamente, en medio de un huracán de fuego, sobre los soldados heridos. Sufrió una lesión que, por fortuna, no afeó el cuerpo de la joven gracia, y fue trasladada a Petersburgo, donde hizo amistad con un capitán del ejército francés. Estalló la revolución. Rusia traicionó a sus aliados. La paz de Brest hizo a Zoya el efecto de una bomba. Con su amigo, el capitán francés, huyó al sur, donde, a caballo, fusil en mano, luchó contra los bolcheviques como una gracia enfurecida. Su amigo murió del tifus. Unos marinos franceses la llevaron a Marsella en un torpedero. Zoya llegó a París. Aquí cayó de hinojos ante el Presidente, pidiéndole que le otorgara la ciudadanía francesa. Zoya bailó en una fiesta de beneficencia para ayudar a los desgraciados habitantes de la destruida Champaña. Participa en todas las veladas de beneficencia. Zoya es una estrella deslumbrante caída sobre las aceras de París".

A grandes rasgos, la biografía era verídica. En París, Zoya se orientó rápidamente y resolvió avanzar, avanzar siempre, sin dejar de combatir, hacia lo más difícil y valioso. Había arruinado, efectivamente, a una docena de nuevos ricos, achaparrados sujetos de vellosos dedos ensortijados y de cerril barba. Zoya era una mujer cara, y aquellos hombres se hundieron.

Muy pronto comprendió la cortesana que los nuevos ricos no podían abrirle la puertas del gran mundo Parisiense. Entonces se hizo la amante de un joven periodista, al que traicionó con un parlamentario representante de la gran industria, y, por fin, discernió que lo más chic en el segundo decenio del siglo XX era la química.

Zoya se buscó un secretario que la informaba diariamente de los progresos de la industria química y le facilitaba todos los datos necesarios. Así fue cómo se enteró de que Rolling, el rey de la industria química, se disponía a ir a Europa.

Zoya partió inmediatamente para Nueva York. Una vez allí se ganó, en cuerpo y alma, a un reportero de un gran periódico, y pronto en la prensa aparecieron sueltos diciendo que había llegado a Nueva York la mujer más inteligente y bella de Europa, una mujer que compaginaba su profesión de bailarina con un interés apasionado por la química, la ciencia de moda, y, en vez de banales brillantes,

llevaba un collar de bolitas de cristal llenas de gas luminiscente. Lo de las bolitas impresionó a los americanos.

Cuando Rolling tomó el barco que salía para Francia, en la cancha de tennis de la cubierta superior vio sentada en un sillón de mimbre, entre una palmera de anchas susurrantes hojas y un almendro en flor, a Zoya Monroz.

Rolling sabía que aquélla era la mujer más chic de Europa; además, le gustaba de verdad. Le insinuó que fuera su amante. Zoya Monroz puso como condición la firma de un contrato en el que estipulase que si una de las partes lo rescindía, debería pagar a la otra un millón de dólares.

La extraordinaria noticia fue radiada desde alta mar. La torre Eiffel recogió la sensacional nueva, y todo París, hablaba ya al día siguiente de Zoya Monroz y del rey de la industria química.

17

Rolling no se equivocó al hacer de Zoya su concubina. Viajaban todavía en el barco, cuando ella le dijo:

-Querido amigo, yo sería una tonta si metiera la nariz en sus negocios, pero no tardará en convencerse de que puedo ser aún mejor secretaria que amante. No me interesan las futilezas que quitan el sueño a otras mujeres. Soy muy ambiciosa. Usted es un hombre fuerte, en el que yo creo. Usted debe vencer. No olvide que he vivido la revolución, he tenido el tifus, he combatido como un simple soldado y he cubierto a caballo mil kilómetros. Hay cosas que no se pueden olvidar. Mi alma ha sido agostada por el odio.

A Rolling le pareció divertida aquella fría pasión. Tocando con un dedo a Zoya la puntita de la nariz, le dijo:

-Tiene usted, queridita, demasiado temperamento para ser la secretaria de un hombre de negocios, es una loca, y en los negocios y en la política nunca pasará de diletante.

En París, Rolling empezó las negociaciones con vistas a reunir en un trust las fábricas de productos químicos. América invertía grandes capitales en la industria del Viejo Mundo. Los agentes de Rolling compraban en secreto acciones y más acciones. En París llamaban a Rolling el "Búfalo americano". En efecto, entre los industriales europeos parecía un titán. Lo barría lodo. Su campo visual era estrecho. Veía un solo objetivo: la concentración en una sola mano (la suya) de toda la industria mundial de productos químicos.

Zoya Monroz estudió rápidamente su carácter y sus métodos de lucha. Comprendió en que consistía su fuerza y en que su debilidad. Rolling se orientaba mal en política y a veces decía necedades acerca de la revolución y de los bolcheviques. Zoya lo rodeó poco a poco, sin que él se diera cuenta, de personas útiles y necesarias. Lo introdujo en el mundillo del periodismo, dirigiendo ella las conversaciones. Zoya compraba pequeños reporteros de quienes él no hacía caso y que le prestaban mayores servicios que las plumas de renombre, pues, como mosquitos, penetraban en todas las rendijas de la vida.

Por último, Zoya "organizó" en el Parlamento un pequeño discurso de un diputado de derechas, que habló de la "necesidad de un estrecho contacto con la industria americana a fin de organizar la defensa química de Francia". Fue entonces cuando Rolling estrechó por primera vez la mano de Zoya sacudiéndola con fuerza, como si su amiga fuera también un hombre.

-Muy bien. Le ofrezco el puesto de secretaria con un sueldo de veintisiete dólares semanales.

Rolling, convencido ya de que Zoya Monroz podía serle útil, tenía con ella la franqueza propia de los hombres de negocios, es decir, una franqueza absoluta.

18

Zoya Monroz mantenía contacto con algunos emigrados rusos. A uno de ellos, Semiónov, lo tenía a sueldo. Semiónov había acabado la carrera de ingeniero químico durante la guerra, fue después teniente, luego oficial blanco, y en la emigración se dedicaba a pequeñas comisiones, incluida la venta de vestidos usados a las prostitutas callejeras.

Semiónov dirigía el servicio de contraespionaje de Zoya Monroz. Le proporcionaba revistas y periódicos soviéticos y le comunicaba toda clase de datos, chismes y rumores Semiónov era cumplidor, enérgico y poco escrupuloso.

En cierta ocasión, Zoya mostró a Rolling un recorte de un periódico de Revel en el que se hablaba de un aparato de enorme fuerza destructiva que se estaba construyendo en Petrogrado. Rolling rió:

-Tonterías, eso no asusta a nadie... Tiene usted una imaginación excesivamente calenturienta. Los bolcheviques son incapaces de construir nada.

Entonces, Zoya invitó a Semiónov, que, de sobremesa, contó una extraña historia relacionada con aquel suelto.

"...En el año 1919 -dijo Semiónov-, encontré en Petrogrado, poco antes de mi huida, a un amigo polaco, Stas Tyklinski, que había estudiado conmigo en el Instituto de Tecnología. Llevaba a la espalda un saco, los pies, envueltos en pedazos de alfombra, y en el abrigo, cifras escritas con tiza, huellas de las colas. En pocas palabras, en nada se distinguía del resto de la gente. Sin embargo, parecía contento. Me hizo un guiño. Le pregunté qué ocurría "He dado con un filón de oro, con millones. ¡Qué digo millones! ¡Centenares de millones, en oro, naturalmente!" Yo, claro está, insistí en que me descubriera su secreto, pero él se desentendió con una broma. Nos separamos. Unas dos semanas después iba yo por Vasílievski Ostrov, donde vivía Tyklinski. Recordé las palabras que entonces cambiamos y me dije: voy a pedirle media libra de azúcar a ese millonario. Entré. Tyklinski yacía casi moribundo, con un brazo y el pecho vendados.

-¿Quién te ha puesto así?

-Espera -respondió-, si la virgen quiere que me levante, mataré a ese hombre.

-¿A quién?

-A Garin.

Me contó entonces, muy vaga y nebulosamente, sin querer dar detalles, que un viejo amigo, el ingeniero Garin, le había propuesto hiciese unas bujías de carbón para un aparato de extraordinaria fuerza destructiva. A fin de interesar a Tyklinski, le prometió parte de las ganancias, Garin pensaba fugarse con el aparato a Suecia una vez terminados los experimentos, patentarlo y ocuparse él mismo de su explotación.

Tyklinski se puso a trabajar lleno de entusiasmo. Quería conseguir que las bujías fueran pequeñas y proporcionasen la mayor cantidad posible de calor. Garin mantenía en secreto la construcción del aparato, alegando que era extraordinariamente sencilla y, por ello, la más ligera alusión podría descubrir el secreto. Tyklinski lo abastecía de bujías, pero no logró ni una sola vez que le mostrase el aparato.

Aquella desconfianza ponía a Tyklinski fuera de sí. Entre los amigos se producían frecuentes altercados. Un día, Tyklinski siguió furtivo a Garin hasta el lugar en que llevaba a cabo los experimentos: una casa medio derruida en una sorda calle de la barriada Petrográdskaia. Tyklinski entró en la casa en pos de Garin y estuvo largo rato errando por escaleras y habitaciones vacías y con los cristales rotos, hasta que, al fin, percibió en el sótano un fuerte ruido, como el que produce un chorro de vapor, y el conocido olor de las bujías de carbón al arder.

Tyklinski bajó cautelosamente al sótano, pero tropezó con un montón de ladrillos rotos, cayó, levantando mucho ruido y, a unos treinta pasos de distancia, tras un arco, vio el crispado rostro de Garin, iluminado por un quinqué. "¿Quién hay ahí?", rugió Garin, y, en aquel mismo instante, un cegador rayo del grueso de una aguja de hacer punto saltó de la pared y golpeó a Tyklinski, oblicuamente, en el pecho y en el brazo.

Tyklinski volvió en sí al amanecer, estuvo pidiendo socorro largo rato y salió a rastras del sótano, manando abundante sangre. Unos transeúntes lo recogieron y lo llevaron a casa en un carrito de mano. Apenas si se había repuesto, cuando estalló la guerra con Polonia y tuvo que escapar de Petrogrado".

Este relato causó a Zoya Monroz una profunda impresión. Rolling sonrió incrédulo: sólo tenía fe en la fuerza de los gases asfixiantes. Para él, los acorazados, las fortalezas, los cañones y los grandes ejércitos eran vestigios de la barbarie. Los aviones y las substancias químicas eran para él las únicas armas en cuya fuerza creía. Aquellos cuentos acerca de unos aparatos construidos en Petrogrado no podían ser más que absurdos y tonterías.

Sin embargo, Zoya Monroz no se dio por satisfecha. Envió a Semiónov a Finlandia para que adquiriera datos exactos acerca de Garin. Un oficial blanco pagado por Semiónov cruzó en esquíes la frontera rusa, encontró a Garin en Petrogrado, habló con él y hasta le propuso trabajar de acuerdo. Garin se mostró muy prudente y receloso. Por lo visto, sabía que desde el extranjero seguían su actividad. De su aparato dijo que un poder fabuloso esperaba a quien lo poseyera. Los experimentos habían dado resultados brillantísimos. El ingeniero aguardaba únicamente a que terminaran los trabajos de producción de las bujías.

19

En aquella lluviosa tarde dominical de comienzos de la primavera, las luces de las ventanas y de los incontables faroles de París se reflejaban en el asfalto de las calles.

Como por canales negros, sobre un abismo colmado de luces, rodaban mojados automóviles y corrían, tropezaban y giraban mojados paraguas. La lluviosa bruma estaba impregnada del olor de los húmedos bulevares, de las tiendas de verduras, de la gasolina quemada y de los perfumes de las mujeres.

La lluvia corría por los tejados de grafito, por el enrejado de los balcones y por los enormes toldos rayados de los cafés. En la niebla se encendían con apagado brillo, giraban y titilaban anuncios luminosos que ofrecían las más variadas diversiones.

La gente sencilla -encargados y encargadas, funcionarios y oficinistas- pasaban el rato como mejor podían. La gente de peso, los hombres de negocios,

descansaban en sus casas, ante las cálidas chimeneas. El domingo era el día del populacho, el día que se entregaba a la muchedumbre para que lo destrozase.

Zoya Monroz descansaba, las piernas recogidas, en un ancho diván, entre multitud de cojines. Fumaba, puesto los ojos en el fuego de la chimenea. Rolling, enfundado en un frac, los pies sobre un taburete, aparecía hundido en un gran sillón y también fumaba, contemplando las ascuas.

Su rostro, iluminado por el fuego de la chimenea, parecía metal al rojo vivo, y en él destacaban la carnosa nariz, las mejillas, pobladas de barba, los entornados párpados y sus ojos, un tanto enrojecidos, de señor del Universo. Rolling se entregaba a ese agradable tedio necesario, una vez por semana, para el descanso del cerebro y de los nervios.

Zoya Monroz extendió ante sí sus bellos y desnudos brazos y dijo:

-Rolling, ya han pasado dos horas desde que almorzamos.

-Sí -respondió él-. Como usted, supongo que la digestión ha terminado.

Los ojos trasparentes y casi soñadores de Zoya resbalaron por la cara del rey. En voz queda, muy seria, lo llamó por su nombre. Rolling respondió, sin moverse en el tibio sillón:

-La escucho, querida.

Aquello significaba que Zoya podía ya hablar. La mujer se sentó en el borde del diván, abrazando una de sus rodillas.

-Diga, Rolling, ¿es grande el peligro de que salten al aire las fábricas de productos químicos?

-¡Oh, sí! El cuarto derivado de la hulla, el trotilo, es un explosivo de extraordinaria potencia. El octavo derivado es el ácido pícrico, y con él se rellenan los proyectiles de los cañones de los barcos. Pero hay algo aún más fuerte: el tetril.

-¿Qué es eso, Rolling?

-Pues lo mismo, hulla. El benzol (C_6H_6), mezclado a una temperatura de 80° con el ácido nítrico (NO_3H), nos da el nitrobenceno. Su fórmula es $C_6H_5O_2N$. Si sustituimos las dos partes de oxígeno por dos partes de hidrógeno, es decir, si mezclamos lentamente el nitrolienceno, también a una temperatura de 80°, con polvo de hierro fundido y una pequeña cantidad de ácido clorhídrico, obtendremos anilina ($C_6H_5NH_2$). La anilina, mezclada a una presión de 50 atmósferas con alcohol metílico, nos proporciona dimetilanilina. Después se abre una gran fosa, se la rodea de un muro de tierra, se levanta en el interior del modesto edificio y allí se mezcla la dimetilanilina con ácido nítrico Cuando se produce la reacción, los termómetros se observan desde lejos, con un potente anteojo. La reacción de la dimetilanilina con el ácido nítrico nos da el tetril. El tetril es un explosivo infernal: a veces, al producirse las reacciones, explota por causas que no hemos llegado a descubrir y convierte en un montón de polvo enormes fábricas. Desgraciadamente, nos vemos obligados a producirlo porque, tratado con fosgeno, nos da la pintura azul llamada cristal violeta. Yo he ganado así mucho dinero. Me ha hecho usted una pregunta muy divertida... ¡Hem...! Creí que sus conocimientos de química eran mayores. ¡Hem...! Para hacer de alquitrán mineral una tableta de piramidón, pongamos por caso, para el dolor de cabeza, se necesita toda una larga serie de transformaciones... En la cadena que va de la hulla al piramidón, a un frasco de esencia o al más corriente preparado fotográfico, hay eslabones tan infernales como el trotilo y el ácido pícrico, cosas tan magníficas como el cianuro de bromobencilo, la cloropicrina, la difenilcloroarsina, etc., etc., es decir, esos gases que hacen que la gente

estornude, llore, se arranque los antigases, se asfixie, escupa sangre, se cubra de úlceras y se pudra viva...

Como se aburría en aquella lluviosa tarde dominical. Rolling hablaba gustoso del gran porvenir de la química.

-Creo -dijo agitando cerca de su nariz un puro a medio fumar- que Jehová creó el cielo y la tierra y todo lo vivo de brea mineral y sal común. En la Biblia no se dice así con claridad, pero uno puede adivinarlo. Quien posea la hulla y la sal, domina el mundo. Los alemanes se lanzaron a la guerra del catorce porque Alemania poseía las nueve décimas partes de todas las fábricas de productos químicos del mundo. Los alemanes conocían el secreto de la hulla y de la sal: eran la única nación culta en aquellos tiempos. Sin embargo, no suponían que los americanos fuésemos capaces de construir en nueve meses el arsenal de Edgewood. Los alemanes nos abrieron los ojos, comprendimos en qué debíamos invertir nuestro dinero y ahora seremos nosotros, y no los alemanes, los dueños del mundo. Después de la guerra somos nosotros quienes poseemos el dinero y las fábricas de productos químicos. Convertiremos a Alemania, en primer lugar, y después a otros países que sepan trabajar bien (los que no sepan se extinguirán por vía natural, y nosotros contribuiremos a ello) en una inmensa fábrica... La bandera americana ceñirá la Tierra, como si ésta fuera una bombonera, por el Ecuador y de polo a polo...

-Rolling -le interrumpió Zoya-, usted mismo provocará una catástrofe... Si obra como dice, *ellos* se harán comunistas... Llegará un día en que *ellos* declararán que no necesitan de usted y desean trabajar para sí mismos... ¡Oh, yo he vivido una vez esa pesadilla...! Se negarán a devolverle sus miles de millones.

-Entonces, queridita, inundaré toda Europa en gas mostaza.

-¡Será tarde, Rolling! -Zoya se apretó la rodilla con las manos, inclinando hacia delante el busto-. Créame, Rolling, yo nunca le he aconsejado mal... Le he preguntado si existe el peligro de que exploten las fábricas de productos químicos porque sé que los obreros, los revolucionarios, los comunistas, nuestros enemigos van a poseer un arma de fuerza monstruosa... Podrán volar a distancia las fábricas químicas y los polvorines, incendiar los aeroplanos, destruir las reservas de gases, todo lo que pueda saltar al aire y arder.

Rolling bajó los pies del taburete, sus enrojecidos párpados se cerraron y abrieron, y por unos instantes miró muy atento a Zoya.

-Si no me equivoco, alude usted de nuevo al...

-Sí, Rolling, sí, a la máquina del ingeniero Garin... Usted no ha parado su atención en lo que se ha comunicado de él... Pero yo sé lo serio que es todo eso... Semiónov acaba de traerme un extraño objeto. Lo ha recibido de Rusia...

Zoya hizo sonar la campanilla. Entró un lacayo. Zoya dio una orden, y el hombre salió para volver al instante llevando en sus manos un pequeño cajón de madera de pino, en el que había un fragmento de una pletina de acero de media pulgada. Zoya sacó la pieza de acero y la acercó al fuego de la chimenea. En la pletina habían sido cortadas de parte a parte, con un fino instrumento, unas rayas y garabatos, y de derecha a izquierda, como con una pluma, había escrito: "Prueba de la fuerza... Prueba... Garin". En el interior de algunas de las letras se habían desprendido los pedacitos de metal. Rolling examinó largamente la pletina.

-Parece como si alguien hubiera probado una pluma -dijo en voz baja-, como si hubiesen escrito con una aguja en una masa blanda.

-Eso ha sido hecho durante tas pruebas del aparato de Garin, a una distancia de treinta pasos -dijo Zoya-. Semiónov afirma que Garin confía en construir un

aparato que podrá partir un acorazado, tan fácilmente como si fuera de mantequilla, a una distancia de veinte cables... Perdone, Rolling, pero yo insisto en que debe usted hacerse con esa terrible máquina.

Rolling había pasado por la escuela de la vida en América, y cada célula de su cuerpo estaba bien entrenada para la lucha.

El entrenamiento, como es sabido, distribuye con exactitud el esfuerzo entre los músculos y hace que cada uno de ellos alcance la máxima tensión. Cuando Rolling se lanzaba a la lucha, lo primero que empezaba a funcionar era su fantasía, que se adentraba en la espesa selva de los negocios y descubría en ella lo que era digno de atención ¡Alto! La fantasía terminaba aquí su misión. Le llegaba el turno al sentido común, que aquilataba, comparaba, sopesaba y llegaba a la conclusión: vale la pena. ¡Alto! Entraba en juego el sentido práctico, calculando y haciendo el balance: activo. ¡Alto! Por último salía al palenque la voluntad, la terrible voluntad de Rolling, fuerte como el acero al molibdeno, y el americano, como un búfalo con los ojos inyectados en sangre, se precipitaba hacia su objetivo, alcanzándolo a toda costa.

Este proceso se produjo también aquella tarde. Rolling dirigió su mirada a las selvas de lo ignoto, y el sentido común le dijo: Zoya tiene razón. Luego, el sentido práctico hizo el balance: lo más ventajoso era robar los diseños y el aparato y matar a Garin. Punto. La suerte de Garin había sido decidida y el crédito abierto; la voluntad salía al palenque. Rolling se levantó del sillón y, de espaldas a la chimenea, dijo, avanzando la mandíbula inferior:

-Mañana espero a Semiónov en el bulevar Malesherbes.

20

Siete semanas habían transcurrido desde aquella tarde. El doble de Garin había sido asesinado en la isla Krestovski. Semiónov se había presentado en el bulevar Malesherbes sin los diseños y sin el aparato. Rolling estuvo a punto de partirle la cabeza con el tintero. A Garin o a su doble lo habían visto la víspera en París.

Al día siguiente, como era su costumbre, Zoya pasó a la una de la tarde por el bulevar Malesherbes. Rolling se sentó a su lado en la limousine, apoyó la quijada en el puño del bastón y dijo entre dientes.

-Garin está en París.

Zoya se recostó en los cojines. Rolling la miró con enojo y gruñó:

-Hace tiempo que hubieran debido guillotinar a Semiónov. Es un inútil, un asesino de baja estofa, un sinvergüenza y un alcornoque. He confiado en él y me ha dejado en ridículo. Es de esperar que aquí me mezcle en algún asunto feo...

Rolling hizo participe a Zoya de su conversación con Semiónov. No habían podido hacerse con los diseños y el aparato porque los zánganos pagados por Semiónov no habían asesinado a Garin sino a su doble. La aparición del doble era lo que más preocupaba a Rolling. Comprendía que su enemigo era listo. O bien Garin sabía que contra él se gestaba un atentado o bien lo había intuido y, para confundir el rastro, buscó a una persona que se pareciera a él. Todo aquello era muy confuso, pero lo más incomprensible era su presencia en París. ¿Por qué diablos estaba allí?

La limousine rodaba por los Campos Elíseos entre todo un torrente de coches. El día era tibio, suave, y en la ligera y azulenca bruma se perfilaban los caballos alados y la cúpula de cristal del Gran Salón, los tejados semicirculares de las

casas altas, las marquesinas de las ventanas y las tupidas y opulentas copas de los castaños.

En los automóviles iban -unos repantigados, otros pierna sobre pierna o chupando el puño del bastón-, achaparrados nuevos ricos con sombreros de primavera y chillonas corbatas. Iban a almorzar al bosque de Bolonia con esas encantadoras jovencitas que París ofrece gustoso a los extranjeros para que no se aburran.

En la plaza de la Estrella, la limousine de Zoya Monroz adelantó a un taxi que ocupaban Semiónov y un hombre de rostro abotargado y amarillo, con ceniciento bigote. Inclinados adelante, ambos tenían puesta la mirada, como presas de un inexplicable frenesí, en un pequeño automóvil verde que torcía por la plaza hacia la estación del ferrocarril subterráneo.

Semiónov señalaba a su chofer el coche verde, pero era muy difícil abrirse paso en aquel torrente de automóviles. Por fin lo lograron y, a toda marcha, quisieron cortar el camino al pequeño automóvil verde. Pero éste ya se había detenido ante el Metropolitano.

De él se apeó rápidamente un hombre de edad media, que vestía un ancho abrigo de paño.

Todo aquello ocurrió en el transcurso de dos a tres minutos ante los ojos de Rolling y de Zoya. Esta gritó al chofer que torciera hacia el Metro. Se detuvieron casi al mismo tiempo que el coche de Semiónov. Agitando en el aire su bastón, Semiónov corrió a la limousine, abrió la portezuela y dijo, terriblemente excitado:

-Era Garin. Ha escapado. No importa. Hoy iré en busca suya al boulevar des Batignolles y le propondré un convenio. Rolling, hay que llegar a un acuerdo. ¿Cuánto asigna usted para la adquisición del aparato? No se preocupe, actuaré dentro de la ley. A propósito, permítame que le presente a Stas Tyklinski. Es un hombre del todo decente.

Sin esperar la autorización de Rolling, Semiónov llamó a Tyklinski. Este se acercó a la rica limousine. se quitó el sombrero precipitadamente y besó la mano a Soya Monroz.

Rolling no dio la mano a ninguno de los dos, y en lo hondo de la limousine, sus ojos centellearon como los de un puma enjaulado. Seguir en la plaza, a la vista de todo el mundo, era poco prudente, y Zoya propuso que fuesen juntos a almorzar a la orilla izquierda, al restaurante "Lapeyrouse", poco frecuentado en aquella estación del año.

21

Tyklinski hacía reverencias a cada instante, atusaba su caído bigote y miraba a Zoya con ojos de borrego degollado, al tiempo que comía con ansia refrenada. Rolling, muy sombrío, estalla sentado de espaldas a la ventana. Semiónov charlaba con su acostumbrado desparpajo. Zoya parecía tranquila, sonreía encantadora y, con la mirada, ordenaba al *maître* que tuviera siempre llenas las copas de los invitados. Cuando les hubieron escanciado el champagne, Zoya pidió a Tyklinski que empezara su relato.

El polaco se quitó la servilleta.

-Nosotros no regateamos esfuerzo para servir a mister Rolling. Nosotros pasamos la frontera rusa en las cercanías de Siestrorietsk.

-¿Nosotros? ¿A quién se refiere usted?

-A mi ayudante, por decirlo así, un ruso de Varsovia, oficial del ejército de Balajóvich, y a mí... Es un hombre muy cruel... ¡Maldito sea, como todos los rusos, voto al diablo! Más que ayudarme, me estorbó. Yo debía descubrir el lugar en que Garin llevaba a cabo sus experimentos. Fui a la casa destruida. La señora y el señor saben que ese bastardo me partió allí en dos con su maldita máquina. Allí, en el sótano, encontré una pletina de acero. *Pani* Zoya la recibió y pudo convencerse de mi celo. Garin había desaparecido. Yo no pegaba ojo ni de día ni de noche, deseoso de justificar la confianza que madame Zoya y mister Rolling habían depositado en mí. Pesqué una pulmonía en los pantanos de la isla Krestovski, pero logré mi propósito. Di con Garin. El 27 de abril por la noche mi ayudante y yo penetramos en su chalet, atamos a Garin a una cama metálica y efectuamos el más minucioso registro... Nada... Era como para volverse loco: no había allí ni rastro del aparato... Pero yo estaba seguro de que lo ocultaba en el chalet... Entonces, mi ayudante fue un poco brusco con Garin. Los señores sabrán comprender nuestro estado de ánimo... Yo no digo que obrásemos siguiendo indicaciones del señor Rolling... No; mi ayudante se dejó llevar de su carácter...

Rolling tenía la vista clavada en el plato. La fina y larga mano de Zoya descansaba sobre el mantel, sus dedos tamborileando rápidos, las pulidas uñas y los anillos con brillantes, esmeraldas y zafiros despidiendo un brillo cegador. Aquella preciosa mano inspiraba a Tyklinski.

-Los señores saben que al día siguiente me tropecé con Garin en la Oficina Central de Correos. ¡Virgen Santa! ¿quién no se asustaría al darse de manos a boca con un cadáver viviente? Además, los malditos milicianos se lanzaron en persecución mía. Fuimos víctimas de un engaño; ese perro de Garin nos endosó a otro en lugar suyo. Resolví registrar de nuevo el chalet: allí debía de haber un sótano. Aquella misma noche me planté allí, solo, y narcoticé al guardián. Entré por una ventana... No me vaya a entender mal mister Rolling... Cuando Tyklinski arriesga su vida, lo hace por sus ideas... No me hubiera costado nada salir por donde había entrado cuando oí un ruido que a cualquiera le hubiese puesto los pelos de punta... Sí, mister Rolling, en aquel instante comprendí que Dios le guiaba a usted cuando me envió a quitar a los rusos esa arma terrible, que pueden utilizar contra todo el mundo civilizado. Fue aquel un momento histórico, *pani* Zoya, se lo juro por mi honor de gentilhombre. Me lancé como una fiera a la cocina, donde sonaba el ruido aquel. Vi a Garin amontonando junto a la pared mesas, sacos y cajones. Al verme entrar echó mano al maletín de cuero que yo tan bien conocía -en el que solía guardar el modelo del aparato- y se metió de un salto en la habitación contigua. Saqué el revolver y me lancé en pos. Estaba abriendo la ventana, dispuesto a saltar a la calle.

»Disparé. Él, la maleta en una mano, un revólver en la otra, se refugió en lo hondo de la habitación, se parapetó tras la cama y abrió fuego. Fue un verdadero duelo, *pani* Zoya. Una bala me perforó la gorra. De pronto, Garin se tapó la boca y la nariz con un pañuelo, tendió hacia mí un tubo metálico, sonó un estampido como los taponazos del champagne y, en aquel mismo instante, miles de pequeñas uñas se clavaron en mi nariz, en mi garganta, en mi pecho... Un dolor insoportable llenó de lágrimas mis ojos, y empecé a estornudar, a toser, se me revolvieron las entrañas y perdone, *pani* Zoya, me dio tal vomitera que me desplomé inconsciente.

-Difenilcloroarsina mezclada con fosgeno mitad por mitad. Eso es muy barato. Ahora pertrechamos a la policía con granadas de ese tipo -observó Rolling.

-Sí... El señor tiene razón, era una granada de gas... Afortunadamente, una corriente de aire no tardó en llevarse aquel veneno. Recobré el conocimiento y llegué a casa medio muerto. Estaba intoxicado, me dolía todo, los agentes me buscaban por la ciudad... No quedaba más salida que escapar de Leningrado, cosa que hicimos con gran riesgo y salvando mil dificultades.

Tyklinski se encogió de hombros con aire de impotencia y abatió la cabeza, entregándose a la merced de Rolling. Zoya preguntó:

-¿Está usted seguro de que Garin también ha huido de Rusia?

-Creo que sí. Después de lo que ha pasado, hubiera tenido que dar explicaciones al servicio de investigación criminal.

-Pero ¿por qué ha venido precisamente a París?

-Necesita bujías de carbón. Sin ellas, su máquina es como un fusil sin cartuchos. Garin es físico. No entiende nada de química. Antes me encargaba a mí las pirámides y, posteriormente, al hombre a quien eso costó la vida en la isla Krestovski. Pero Garin tiene otro ayudante aquí, en París, y es a él a quien mandó el telegrama dirigido al bulevar des Batignolles. Garin he venido a París para seguir de cerca los experimentos de ese químico.

-¿Qué datos han reunido ustedes acerca del cómplice del ingeniero Garin? -preguntó Rolling.

-Vive en un hotel de mala muerte en el bulevar des Batignolles. Estuvimos ayer allí, y el portero nos dio algunos datos de él -respondió Semiónov-. Únicamente pernocta en el hotel. No guarda allí ningún objeto. Sale de casa con una bata de las que usan en París los estudiantes de medicina, los de química y los auxiliares de laboratorio. Por lo visto, trabaja cerca de allí.

-¿Qué aspecto tiene? ¡Vayan ustedes al diablo! ¿Qué puede importarme a mi su bata? ¿Les ha descrito el portero el aspecto de ese individuo? -casi gritó, Rolling.

Semiónov y Tyklinski cambiaron una mirada. El polaco se llevó la mano al corazón y dijo:

-Si el señor lo desea, hoy mismo le daremos pelos y señales de ese caballero.

Rolling calló unos minutos, fruncidas las cejas, y luego preguntó:

-¿Qué fundamento tienen ustedes para afirmar que el hombre a quien vieron ayer en el café del bulevar des Batignolles y el sujeto que esta mañana se ha metido bajo tierra en la Plaza de la Estrella sean una y la misma persona, es decir, el ingeniero Garin? Ya se han equivocado ustedes una vez en Leningrado. Contesten.

El polaco y Semiónov volvieron a mirarse. Tyklinski sonrió y dijo con la mayor delicadeza posible:

-No querrá usted afirmar, señor Rolling, que el ingeniero Garin tenga un doble en cada ciudad...

Rolling sacudió obstinado la cabeza. Zoya Monroz, los brazos abrigados en unas pieles de armiño, miraba indiferente por la ventana.

Semiónov dijo:

-Tyklinski conoce demasiado bien a Garin y no puede equivocarse. Lo importante ahora, Rolling, es aclarar otro punto. ¿Deja usted el asunto en manos nuestras, para que un buen día nos presentemos en el bulevar Malesherbes con el aparato y los diseños, o prefiere trabajar con nosotros?

-¡De ningún modo! -exclamó inesperadamente Zoya, sin apartar los ojos de la ventana-. A mister Rolling le interesan sobremanera los experimentos del ingeniero Garin, mister Rolling desearía adquirir la patente del invento, mister Rolling trabaja siempre sin transponer el marco de la ley; si mister Rolling creyera una sola palabra de lo que ha contado Tyklinski, telefonearía sin dilación, como

es natural, al prefecto de policía, poniendo en manos de las autoridades a tan peligroso canalla y criminal. Pero como mister Rolling comprende perfectamente que Tyklinski ha inventado toda esa historia para sacarle más dinero, le permite, bondadosamente, que siga prestándole pequeños servicios.

Rolling sonrió por primera vez desde que se habían sentado a almorzar, sacó del bolsillo un mondadientes de oro y se hurgó con él en la boca. En las grandes entradas que remataban la congestionada frente de Tyklinski aparecieron unas gotitas de sudor; las mejillas del polaco pendieron fláccidas. Rolling dijo:

-La misión de ustedes es proporcionarme datos exactos y minuciosos, conforme a unos puntos que les serán comunicados hoy a las tres en el bulevar Malesherbes. Lo que se requiere de ustedes es que trabajen como decentes detectives, y nada más. Ni un solo paso, ni una sola palabra sin orden mía.

22

El blanco tren del ferrocarril subterráneo Norte-Sur, radiantes sus enormes ventanillas de cristal, se deslizaba con sordo traqueteo por las oscuras entrañas de París. Por los sinuosos túneles corrían en dirección contraria las telarañas de cables, los nichos en la pared de cemento, contra la que se apretaba de vez en cuando un obrero iluminado por brillantes luces en raudo vuelo, y unas letras amarillas sobre fondo negro: "Dubonnet, Dubonnet, Dubonnet", repugnante bebida que los anuncios imponían, machacones, a los buenos Parisienses.

Una breve parada. Una estación inundada de luz subterránea. Los coloridos cuadrados de los anuncios: "Jabón Maravilla", "Tirantes Titán", "Betún Cabeza de León", "Neumáticos", "Tacones de gorra Diablo Rojo", se venden, baratos, en los grandes almacenes "Louvre", "La hermosa florista" y "Galerías Lafayette".

Apretujándose se acerca al tren una bulliciosa y riente multitud de mujeres bonitas, modistillas, botones, extranjeros, jóvenes con apretadas chaquetas, obreros de sudadas camisas ceñidas con fajas de tela roja. Las puertas de cristal se abren instantáneamente: "¡O-o-oh!", y un torbellino de sombreros, ojos desorbitados, bocas abiertas y caras rojas, unas alegres y otras enojadas, penetra en los vagones. Los empleados del tren subterráneo, con sus chaquetillas color ladrillo, se agarran a los pasamanos y empujan con el vientre al público para embutirlo en los vagones. Las puertas se cierran ruidosas, suena un seco y corto silbido. El tren, como una serpiente de fuego, penetra en el negro túnel subterráneo.

Semiónov y Tyklinski ocupaban uno de los asientos laterales e iban sentados de espaldas a la puerta del vagón. El polaco no podía contener su indignación.

-Pido a su merced que me crea -decía-; si no he armado un escándalo ha sido por dignidad... ¡Cien veces he estado a punto de estallar! ¡Maldita la falta que me hace a mí almorzar con un multimillonario! ¡Me cisco yo en esos almuerzos! ...Puedo comer por mi cuenta en el "Laperouse" sin escuchar insultos de una mujer de la calle... ¡Mira que ofrecerle a Tyklinski el papel de sabueso...! ¡Hija de perra, so puta!

-No lo tome así, amigo Stas, usted no conoce a Zoya, es una buena mujer, una excelente camarada. En fin, si ha estado un poco impertinente...

-Por lo visto, *pani* Zoya está acostumbrada a tratar con canallas, con sus emigrantes... Pero yo soy polaco, téngalo en cuenta el señor -Tyklinski hinchó las mejillas, adelantando con aire terrible el bigote-, y no permitiré que me hablen en ese tono...

-Bueno, hombre -le dijo Semiónov tras una breve pausa-, ahora que ya te has desahogado, escucha con atención: nos ofrecen, Stas, una buena suma y, si se mira bien, en cambio no nos piden nada. Es un trabajo sin riesgos y hasta agradable: ir por las tabernas y los cafés... Yo, por ejemplo, estoy muy satisfecho de la conversación que hemos tenido hoy... Tú dices: sabuesos... ¡Tonterías! Yo te digo que nos han propuesto desempeñar el noble papel de agentes de contraespionaje.

Junto a la puerta, tras el asiento que ocupaban Tyklinski y Semiónov, se encontraba, acodado en la barra metálica, el hombre que, hablando con Shelgá en la Avenida de los Sindicatos, había dicho llamarse Piankov-Pitkiévich. Llevaba subido el cuello del abrigo, ocultando la parte inferior de su rostro, y el sombrero, calado hasta los ojos. Con aire negligente y perezoso, rozándose los labios con el puño del bastón, no se perdió una palabra de las pronunciadas por Semiónov y Tyklinski, se apartó cortés cuando ambos se levantaron presurosos y se apeó del vagón dos estaciones más allá, en Montmartre. En la estafeta de correos más cercana expidió el telegrama siguiente:

"Leningrado. Investigación criminal. Shelgá. Cuatro dedos aquí. Acontecimientos giro peligroso".

23

Después de abandonar la estafeta de correos, el hombre salió al bulevar Clichy, siguiendo por la acera que quedaba a la sombra.

Allí, por cada puerta, por las ventanas de las bodegas y de debajo de los rayados toldos extendidos sobre los veladores y las sillas de mimbre dispuestos en las anchas aceras, salía ese agrio olor de los cabarets nocturnos. Camareros con cortos smokings y blancos delantales, de rostro abotargado y abrillantinada cabellera, echaban serrín húmedo en los pisos de azulejos y en las aceras, entre los veladores, ponían flores frescas en los búcaros y daban vueltas a los manubrios de bronce, levantando los toldos.

De día, el bulevar Clichy parecía sin brillo, como las decoraciones después de un baile de carnaval. Las casas, altas, feas y viejas, eran casi todas restaurantes, cabarets, cafés, tiendas de bisutería para las mujeres públicas y hoteles nocturnos. Las carteleras, las desconchadas aspas del famoso "Moulin Rouge", los anuncios del cine en las aceras, las dos filas de anémicos árboles en medio del bulevar, los urinarios con las paredes acribilladas de palabras indecentes, el empedrado, por el que pasaban ruidosos los siglos, las filas de barracas de ferias y los carrouseles, tapados con lonas; todo esto cobraba vida por la noche, cuando los ociosos y los juerguistas llegaban de las barriadas del París burgués.

Por la noche se encendían las luces, se agitaban los camareros, silbaban y giraban los carrouseles; en cerdos de oro, en toros de dorados cuernos, en barcas, en cazuelas y en pucheros, al son de orquestriones a vapor, muchachas con la falda por la rodilla, asombrados burgueses, ladrones con suntuosos bigotazos, japoneses con sonrisa de careta, golfillos, pederastas y sombríos emigrados rusos, que esperaban la caída de los bolcheviques, daban vueltas y más vueltas, reflejándose en miles de espejos.

De noche giraban las aspas de fuego del "Moulin Rouge". Por las fachadas de las casas corrían quebradas e ígneas flechas. Se encendían los rótulos luminosos de famosos cabarets, y por las abiertas ventanas salía al caluroso bulevar el estrépito salvaje, el batir de tambores y los aullidos de los jazz-band.

Entre le gentío sonaban silbatos de cartón y carracas. Del subsuelo salían sin cesar nuevas muchedumbres, vomitadas por el Metropolitano y el ferrocarril subterráneo Norte-Sur. Aquello era Montmartre, el lugar más frívolo del mundo, que toda la noche espléndida con sus alegres luces sobre París. Había allí dónde gastar el dinero, dónde pasar una nochecita de jarana con reidoras jovencitas.

El alegre Montmartre era el bulevar Clichy, y dos plazas circulares -la de Pigalle y la plaza Blanca- donde reinaba un jolgorio absoluto. A la izquierda de la plaza de Pigalle se extendía el anchuroso y apacible bulevar des Batignolles. A la derecha de la plaza Blanca empezaba el arrabal de Saint-Antoine. Allí vivían los obreros y los pobres de París. Desde allí, desde el bulevar des Batignolles, desde las alturas de Montmartre y Saint-Antoine habían bajado más de una vez los obreros en armas para dominar París. Cuatro veces los habían hecho replegarse a aquellas alturas a cañonazo limpio. La ciudad baja, que se extendía a orillas del Sena, con sus bancos, oficinas, lujosos comercios, hoteles para los millonarios y cuarteles para treinta mil policías, había pasado a la ofensiva cuatro veces, y en el corazón de la ciudad obrera, en aquellas alturas, había dejado impreso, con las vivas luces de los tugurios que el mundo entero conocía, el sello sexual de la ciudad baja: la plaza de Pigalle, el bulevar Clichy y la plaza Blanca.

24

Al llegar a la mitad del bulevar, el hombre del abrigo de paño torció hacia una estrecha calle lateral que llevaba, con sus desgastados peldaños, a lo alto de Montmartre, miró atentamente en torno y entró en una oscura taberna frecuentada por prostitutas, choferes, hambrientos poetastros que componían cuplets y otros fracasados que llevaban, siguiendo la vieja costumbre, anchos pantalones y sombreros de grandes alas.

El hombre pidió un periódico y una copa de oporto y se puso a leer. Tras el mostrador, revestido de cinc, el dueño de la taberna, un bigotudo francés de rostro muy encarnado y ciento diez kilos de peso, descubiertos hasta el codo sus peludos brazos, enjuagaba unos vasos y hablaba sin parar mientes en si el parroquiano aquel deseaba o no escucharle.

-Diga usted lo que diga, Rusia nos ha traído muchos quebraderos de cabeza, (el dueño sabía que el parroquiano era ruso y se llamaba monsieur Pierre). Los emigrados rusos ya no nos proporcionan ganancias. Se les han acabado los cuartos, oh, la, la. Pero aún somos bastante ricos y podemos permitirnos el lujo de dar albergue a unos miles de infelices. (Estaba el hombre seguro de que el parroquiano hacía en Montmartre negocios de poca monta.) Sin embargo, a todo le llega su fin. Los emigrados tendrán que volver a casa. Sí, por más pena que dé. Haremos que se reconcilien ustedes con su inmensa patria, reconoceremos los Soviets, y París tornará a ser el buen viejo París de antes. Debo decirle que estoy harto de la guerra. Esta indigestión dura ya diez años. Los Soviets expresan el deseo de pagar a los pequeños propietarios de valores rusos. Sí, eso es muy inteligente, ¡Vivan los Soviets! No aplican mal su política. Los Soviets bolchevizan a Alemania. ¡Magnífico! Lo aplaudo. Alemania se hará soviética y se desarmará ella misma. A nosotros no nos dolerá el estómago al pensar en su industria química. Los tontos del barrio me creen bolchevique. ¡Oh, la, la...! Yo no soy tonto. A nosotros no puede asustarnos la bolchevización. Cuente usted los buenos burgueses que hay en París y los obreros. ¿Comprende? Los burgueses podemos defender nuestros ahorros. Yo contemplo tranquilamente a nuestros

obreros cuando gritan "¡Viva Lenin!" y agitan banderas rojas. El obrero es como un barril de vino en fermentación, que no se puede tener cerrado. Déjales que griten "¡Vivan los Soviets!" Yo mismo gritaba eso la semana pasada. Tengo ocho mil francos en papel de la deuda ruso. Sí, deben ustedes hacer las paces con su gobierno. Ya está bien de tonterías. El franco baja. Los malditos especuladores, esos piojos que se comen a cada nación en la que empieza a bajar la moneda, esa tribu de hijos de la inflación de nuevo se ha trasladado de Alemania a París.

En la taberna entró rápidamente un hombre delgado y de cabellera rubia, que vestía una bata blanca, y dijo al parroquiano enfrascado en la lectura del periódico:

-Muy buenas, Garin, puedes felicitarme... He dado con ello...

Garin se levantó impetuoso y le estrechó con fuerza ambas manos:

-Víctor...

-Sí, sí. Estoy contentísimo... Insisto en que saquemos la patente.

-De ningún modo... Vamos.

Salieron de la taberna, echaron calle arriba, torcieron a la derecha y caminaron largo tiempo por delante de las sucias casas del arrabal de pequeñas fábricas y talleres artesanos y de solares, cercados con hilo espino, donde había pobres ropas puestas a secar en cuerdas.

El día tocaba a su fin. En dirección contraria pasaban grupos de cansados obreros. Parecía que allí, en las colinas, vivía gente de otra raza, pues sus rostros, magros y de facciones enérgicas, como tallados en piedra, eran muy distintos. Hubiérase dicho que la nación francesa, para salvarse de la obesidad, la sífilis y la degeneración, se había refugiado en las alturas que dominaban París y esperaba tranquila y grave la hora de limpiar de escoria la ciudad baja para que el pequeño bajel de Lutecia pudiera poner rumbo al soleado océano.

-Aquí -dijo Víctor, abriendo con un llavín la puerta de un bajo edificio de ladrillo.

25

Garin y Víctor Lenoire se acercaron a un pequeño hornillo. Al lado, en una mesa, veíanse unas filas de pequeñas pirámides. Sobre el hornillo había, de canto, un grueso anillo de bronce con doce pequeñas cazoletas de porcelana dispuestas en círculo. Lenoire encendió una vela y, con una extraña sonrisa en los labios, miró a Garin.

-Nos conocemos ya, Piotr Petróvich, desde hace unos quince años, ¿no es así? Hemos pasado juntos no pocos apuros. Ha podido usted convencerse de que soy un hombre honrado. Cuando escapé de la Rusia soviética, me ayudó usted... De ello deduzco que me aprecia. Dígame, ¿por qué diablos me oculta el aparato? Sé que sin mí, sin las pirámides, no puede usted hacer nada... Pongámonos de acuerdo como buenos amigos...

Examinando atentamente el anillo de bronce con las cazoletas de porcelana, Garin preguntó:

-¿Quiere que le descubra mi secreto?

-Sí.

-¿Quiere participar en mi empresa?

-Sí.

-Si es necesario, y creo que en el futuro lo será, deberá usted estar dispuesto a todo, con tal de vencer...

Sin quitar ojo a Garin, Lenoire se sentó en el borde del hornillo, temblantes las comisuras de los labios, y dijo con voz firme:

-Sí, de acuerdo.

Lenoire sacó un trapo del bolsillo de la bata y se enjugó la frente.

-No le hago a usted fuerza, Piotr Petróvich. Si he sacado la conversación se debe a que, por más extraño que parezca, es usted para mí la persona más cercana... Cuando estudiaba yo el primer curso, estaba usted en el segundo. Desde entonces, ¿como decirlo?, siempre me he inclinado ante usted... Es un hombre de gran talento... de brillante talento... Posee una audacia terrible... Su intelecto es analítico, temerario, de una fuerza terrible. Es usted un hombre que da miedo. Es usted muy duro, Piotr Petróvich, y, como todos los grandes talentos, es muy seco. Me pregunta si estoy dispuesto a todo para trabajar con usted... Naturalmente, claro está... ¿Qué duda puede caber? No tengo nada que perder. Sin usted, me espera un trabajo gris, una vida gris hasta el fin de mis días. Con usted, una vida radiante o el hundimiento... Pregunta si estoy dispuesto a cualquier cosa... Tiene gracia... ¿Qué quiere decir "a cualquier cosa"? ¿A robar, a matar...?

Víctor hizo una pausa, y al ver que Garin decía "sí" con los ojos, sonrió torcidamente.

-Conozco el código penal francés... ¿Estoy dispuesto a sufrir su rigor? Sí... Le diré que vi el famoso ataque con gases que los alemanes efectuaron el 22 de abril del año quince. Una nube espesa se levantó de debajo de tierra y se arrastró hacia nosotros en oleadas amarillo verdosas, como un espejismo. ¡Ni en una pesadilla se ve cosa igual! Miles de hombres huían espantados por los campos, presa de un espanto irrefrenable, abandonando sus armas. La nube los alcanzó. Los que lograron escapar tenían la cara negra, congestionada, la lengua colgando, los ojos quemados... ¡Qué absurdo son los "conceptos morales"! ¡Sí, después de la guerra ya no somos niños!

-En pocas palabras -dijo irónico Garin-, usted ha comprendido, por fin, que la moral burguesa es uno de los cuentos chinos más ingeniosos y que hay que ser tonto para tragar, por ella, gas verde. Si le he de decir la verdad, apenas he pensado en esos problemas... Bien... le admito a usted voluntariamente como socio. Cumplirá sin rechistar todas mis disposiciones. Pero he de ponerle una condición...

-Estoy dispuesto a aceptar todas las condiciones que me ponga.

-Usted sabe, Víctor, que he llegado a París con pasaporte falso y que cada noche me mudo de hotel. A veces me veo obligado a dormir con una prostituta, para no despertar sospechas. Ayer supe que me seguían. La vigilancia se ha encomendado a unos rusos. Por lo visto, me creen un agente bolchevique. Necesito que los sabuesos sigan una pista falsa.

-¿Qué puedo hacer yo?

-Maquillarse de forma que se parezca a mí. Si lo apresan, muestre usted su documentación. Quiero desdoblarme. Somos de la misma talla. Tíñase el pelo, póngase una barba postiza; compraremos dos trajes iguales. Después, esta misma tarde, abandonará usted su hotel y se trasladará a cualquier parte de la ciudad donde no le conozcan, al Barrio Latino, pongamos por caso. ¿Hace?

Lenoire se levantó de un salto y estrechó con fuerza la mano de Garin. Luego explicó que había conseguido hacer las pirámides mezclando termita (aluminio y óxido de hierro) con aceite sólido y fósforo amarillo.

Víctor colocó en las cazoletas de porcelana del anillo de bronce doce pirámides y les prendió fuego con una mecha. Sobre el hornillo se encendió una llama

cegadora. Ambos socios tuvieron que retirarse al extremo opuesto del desván: tan insoportables eran la luz y el calor.

-¡Magnífico! -aprobó Garin-. Confío en que no quedarán residuos de la combustión.

-A esa terrible temperatura, la combustión es completa. Los componentes son todos químicamente puros.

-Está bien. En días próximos verá usted maravillas. Vamos a almorzar. Enviaremos a un mozo de cuerda al hotel para que recoja sus bártulos. Pernoctaremos en la orilla izquierda. Mañana aparecerán en París dos Garin... ¿No tiene usted otra llave del desván?

26

Allí no había ni aquel deslumbrante torrente de automóviles, ni ociosos que miraran los escaparates de los comercios, ni mujeres mareantes, ni reyes de la industria.

Pilas de tablas recién aserradas, montones de adoquines, en medio de la calle dos bajos terraplenes de azulosa arcilla, y a un lado de la acera, como si fueran una gigantesca lombriz hecha pedazos, tuberías de canalización.

Tarashkin se dirigía calmosamente al club. Estaba el joven de un humor excelente. A cualquier transeúnte hubiera podido parecerle sombrío, pero ello se debía a que era un hombre serio, muy equilibrado, que sólo expresaba su buen humor silbando quedamente y caminando con gran parsimonia.

Cuando se hallaba a unos cien metros de la parada del tranvía, Tarashkin oyó ruido y gritos entre las pilas de tablas. Naturalmente, todo lo que ocurría en la ciudad le interesaba del modo más directo.

Tarashkin se asomó tras las pilas y vio tres rapaces de pantalón chanchullo y gruesa cazadora que, resoplando irritadamente, aporreaban a otro, más bajito, descalzo, sin gorro y con un chaquetón guateado tan haraposo que causaba asombro. El chico aquel se defendía en silencio. Su flaca carita estaba cubierta de arañazos, la pequeña boca muy apretada, los ojos castaños centelleantes como los de un lobezno.

Tarashkin agarró a dos de los rapaces por el cuello de la cazadora y los levantó en vilo, dando al tercer agresor un rodillazo en las asentaderas que le hizo lanzar un alarido y ocultarse tras las tablas.

Los otros dos, agitándose en el aire, amenazaron a Tarashkin entro horribles juramentos, pero el deportista los zarandeó aún más fuertemente y ambos se tranquilizaron.

-No es la primera vez -les reprendió Tarashkin mirando mis resoplantes hociquillos- que veo que en la calle se abusa de los pequeños, so granujas. ¡Que eso no vuelva a ocurrir! ¿Entendido?

Obligados a contestar afirmativamente, los chicuelos; dijeron muy sombríos:

-Entendido.

Entonces Tarashkin los soltó, y ellos, diciéndole: "Cómo te agarremos ya verás", se alejaron, las manos hundidas en los bolsillos.

El aporreado también quiso esfumarse, pero no pudo más que dar la vuelta y, con leve gemido, se dejó caer en el suelo, ocultando la cabeza en su andrajoso chaquetón.

Tarashkin se inclinó sobre él. El chicuelo estaba llorando.

-¡Pero hombre! -dijo Tarashkin-. ¿Dónde vives?

-En ninguna parte -respondió el chico sin levantar la cabeza.

-¿Cómo es eso? ¿Tienes madre?

-No.

-¿Y padre tampoco? ¡Vaya, hombre! ¿Eres huérfano? ¡Muy bien!

Tarashkin permaneció unos instantes meditabundo, fruncida la nariz. El chico zumbaba como un moscardón, el rostro oculto en la zamarra.

-¿Quieres comer? -le preguntó severo Tarashkin.

-Sí.

-Bueno, vente conmigo al club.

El chico quiso levantarse, pero las piernas no le sostenían, Tarashkin lo tomó en brazos -el pequeño no pesaba más allá de quince kilos- y lo llevó al tranvía. El viaje fue largo. Al pasar de un tranvía a otro, Tarashkin compró un bollo al chico, que, convulsivo, ahogándose de ansia, clavó los dientes en él. De la última parada al club náutico fueron a pie. Al abrir la cancela para que entrara el chico, Tarashkin le advirtió:

-No se te ocurra robar nada.

-Yo sólo robo pan.

El chico miró soñoliento el agua, que, iluminada por los alegres rayos del sol, se reflejaba en las acharoladas barcas; en un argentado sauce que volcaba en el río su belleza; en los botes de dos y cuatro remos ocupados por musculosos y bronceados deportistas. La flaca carita del niño expresaba indiferencia y cansancio. Cuando Tarashkin se volvió de espaldas, el chico se metió bajo el tablado que unía el ancho portón del club con el atracadero y se durmió al instante, hecho un ovillo.

Al anochecer, Tarashkin lo sacó de allí, le mandó que se lavara en el río las manos y la cara y lo llevó a cenar. Al chico lo sentaron a la mesa con los remeros. Tarashkin dijo a sus camaradas:

-Al rapazuelo este podemos dejarlo en el club, no nos arruinará y se irá acostumbrando al agua poco a poco. Necesitamos tener aquí un chico avispado.

Los camaradas se manifestaron de acuerdo, diciendo que el rapaz podía quedarse allí. El chico escuchaba la conversación comiendo mesuradamente. Después de cenar, se levantó en silencio del banco. Nada podía asombrarlo, ¡había visto tantas cosas!

Tarashkin llevó al chico al atracadero, se sentó a su lado y le preguntó:

-¿Cómo te llamas?

-Iván.

-¿De dónde eres?

-De Siberia. Del Alto Amur.

-¿Hace tiempo que has llegado de allí?

-Llegué ayer.

-¿Cómo?

-Unas veces a pie, otras oculto bajo los vagones.

-¿Y qué te ha traído a Leningrado?

-Eso es cosa mía -respondió el chico, y volvió la cabeza-. Si he venido, es porque tenía que venir.

-Dímelo, no voy a hacerte nada malo.

El chico dio la callada por respuesta y, poco a poco, escondió de nuevo la cabeza en el chaquetón. Aquella noche, Tarashkin no logró sacarle nada.

27

El fino bote de caoba, elegante como un violín, apenas si se movía en el espejo del río. Las palas de los remos se deslizaban de plano sobre el agua. Shelgá y Tarashkin, con pantalones blancos, desnudos de cintura arriba, las espaldas y los hombros pelados por el sol, permanecían inmóviles, las rodillas levantadas.

El timonel, un muchacho de aspecto serio, que llevaba gorra de marino y una bufanda anudada al cuello, consultaba su cronómetro.

-Hoy tendremos tormenta -observó Shelgá.

En el río hacía calor, y en los opulentos bosques de la orilla no se movía ni una hoja. Los árboles parecían exageradamente estirados. El cielo estaba tan saturado de sol, que su luz azulenca y cristalina parecía precipitarse en montones de cristales. Los ojos dolían, las sienes martilleaban.

-¡Remos, al agua! -mandó el timonel.

Los remeros se inclinaron a una hacia sus abiertas rodillas y, hundiendo los remos en el agua, se inclinaron hacia atrás, casi se tendieron y, estirando las piernas, se desplazaron sobre sus asientos movibles.

-¡Uno, dos...!

Los remos se combaron y el bote, como si fuera una navaja de afeitar, cortó la superficie del río.

-¡Uno, dos, uno, dos, uno, dos! -mandaba el timonel. Acompasada y rápidamente, de acuerdo con los latidos del corazón, con la respiración, se doblaban sobre sus rodillas los cuerpos de los remeros para enderezarse luego como muelles de acero. Los músculos, en calurosa tensión, trabajaban acompasados, al mismo ritmo a que circulaba la sangre.

El bote volaba por delante de lanchas de paseo, en las que hombres con tirantes sobre las camisas movían torpemente los remos. Shelgá y Tarashkin miraban de frente, a la nariz del timonel. Los ocupantes de las lanchas gritaban al verlos pasar:

-¡Qué diablos...! ¡Cómo arrean!

Salieron al mar. Después, por un instante, quedaron inmóviles sobre el agua. Se enjugaron el sudor. ¡Uno, dos! Regresaron pasando por delante del Yate Club, donde en el cristalino y caliginoso aire pendían como muertas las enormes velas de los balandros de los sindicatos leningradenses. En la terraza del Yate Club tocaba una orquesta. Los coloridos indicadores y los banderines que se extendían a lo largo de la orilla guardaban una inmovilidad absoluta. Hombres de piel chocolate se lanzaban de las barcas a las aguas del río, levantando surtidores de espuma.

Deslizándose entre los bañistas, el bote llegó al Nievka, cruzó rápido por debajo del puente, casi rozó durante unos segundos el timón de un outrigger de cuatro remos perteneciente al club "Flecha", lo adelantó luego (el timonel del bote gritó por encima del hombro: "¿Queréis que os remolquemos?"), entró en el Krestovka, río estrecho y de arboladas orillas, donde por la verde sombra de los argentados sauces se movían rápidos, los pañuelos rojos y las desnudas rodillas de los equipos de remo femeninos, y acabó deteniéndose junto al atracadero del club.

Shelgá y Tarashkin saltaron a las tablas, dejaron cuidadosamente en la empinada pasarela los largos remos, se inclinaron sobre el bote y, a una voz del timonel, lo sacaron del agua, lo levantaron en vilo y lo llevaron, por el ancho portón, al interior del tinglado. Después se ducharon. Se frotaron con las toallas basta que su piel adquirió un tinte rosado y, como era de rigor, se tomaron un té con limón. Después de ello les pareció que acababan de nacer en aquel mundo

maravilloso que merecía se aplicase por fin todo esfuerzo para organizarlo lo mejor posible.

28

En la terraza al aire libre, situada a la altura del piso (tomaban allí el té), Tarashkin habló a Shelgá del rapazuelo a quien había encontrado el día anterior.

-Es muy listo e inteligente, un encanto.

Inclinándose por encima de la barandilla, Tarashkin gritó:

-Iván, ven aquí.

Inmediatamente se oyó el golpear de unos pies desnudos en los peldaños de la escalera. Iván apareció en la terraza. Se había quitado su desgarrado chaquetón. (Por razones de higiene lo habían quemado en la cocina.) Llevaba el chico unos pantalones de remero y, sobre la piel, un chaleco de paño increíblemente vetusto, atado por todas partes con cordeles.

-Aquí lo tiene -dijo Tarashkin, señalando con el dedo al chico-. No sé ya cómo decirle que se quite el chaleco, pero no quiere por nada del mundo. ¿Cómo vas a lavarte?, le pregunto. Si el chaleco fuera bueno, lo comprendería, pero es un verdadero asco.

-Yo no puedo bañarme -dijo Iván.

-Hay que darte un baño de agua caliente con jabón, estás negro de tanta mugre.

-Yo no puedo bañarme. Hasta aquí puedo -dijo Iván llevándose el dedo al ombligo, y luego, turbado o temeroso, se retiró hacia la puerta.

Tarashkin, rascándose sus broncíneos muslos, en los que las uñas dejaban unas rayas blancas, rezongó:

-Tiene un carácter imposible.

-¿Es que te asusta el agua? -preguntó Shelgá. El chico lo miró sin sonreír, respondiendo:

-No, no me asusta.

-¿Y por qué no quieres bañarte?

El rapazuelo agachó la cabeza, apretando obstinado los labios.

-¿Temes que te roben el chaleco si te lo quitas? -Le preguntó Shelgá.

El chico se encogió de hombros, sonriendo irónico.

-Mira, Iván, si no quieres bañarte, eso es cosa tuya. Pero no podemos consentir que lleves ese chaleco. Toma el mío y póntelo.

Shelgá empezó a desabrocharse el chaleco. Iván retrocedió unos pasos. Sus ojos se movieron azogados. Implorante, miró a Tarashkin sin dejar de moverse, de lado, hacia la abierta puerta encristalada, que daba a la oscura escalera interior.

-¡Eh, amigo, no es así como hemos convenido jugar! -dijo Shelgá levantándose y cerrando la puerta, después de lo cual sacó la llave de la cerradura y se sentó frente a los cristales-. Anda, quítate el chaleco.

El chico miró en torno como una fierecilla acorralada. Hallábase junto a la misma puerta, de espaldas a los cristales, fruncidas las cejas. De pronto, se despojó decidido de sus harapos y los tendió a Shelgá, diciéndole:

-¡Ea, déme su chaleco!

Pero Shelgá miraba con el mayor asombro, no al chico, sino, por encima de éste, los cristales de la puerta.

-¡Déme el chaleco! -repitió enojado Iván-. ¿De qué se ríe? ¿Es que tengo monos en la cara?

-¡Pero qué original eres! -exclamó Shelgá, soltando una carcajada-. Vuélvete de espaldas.

Al oír estas palabras, el chico, como si lo hubieran empujado, dio con la cabeza en los cristales.

-Date la vuelta -insistió Shelgá-, de todos modos veo lo que llevas escrito en la espalda.

Tarashkin se levantó de un salto. El chico, encogiéndose todo él, cruzó veloz la terraza y saltó la barandilla. Tarashkin lo atrapó al vuelo. Iván clavó sus agudos dientecillos en la mano del remero.

-¡No seas tonto! ¡No muerdas!

Tarashkin abrazó con fuerza al rapaz, acariciando su afeitada cabeza.

-Es como una fierecilla, el pobrecito. Tiembla como un ratonzuelo. No tengas miedo, no te haremos nada malo.

El chico quedó inmóvil entre los brazos de Tarashkin -el corazón le latía tumultuoso- y, de pronto, le dijo al oído:

-Dígale que no lea lo que llevo en la espalda. Nadie debe hacerlo. Me matarían por eso.

-No lo leeremos, no nos interesa -le aseguró Tarashkin, llorando de risa.

Mientras duraba esta escena, Shelgá, de pie en el extremo opuesto de la terraza, se mordía las uñas, los ojos entornados, con el aire de quien trata de descifrar un acertijo. Inopinadamente se acercó de un salto y, a pesar de la resistencia de Tarashkin, dio la vuelta al muchacho. Su rostro expresó asombro, casi espanto. En la delgada espalda del muchacho, mas abajo de las paletillas, alguien había escrito con lápiz tinta unas líneas ya medio borradas por el sudor:

"...A Piotr Gar... los resul... dos son por demás alenta... supongo que la capa de olivino se encuentra a una profundidad de cinco kilómetros. Conti... la exploración. Necesi... ayuda... Hambre... apresura la expedi..."

-¡Garin, se trata de Garin! -gritó Shelgá.

En aquel mismo instante entró en el patio del club la escandalosa moto de la brigada de investigación criminal. y el agente que la conducía gritó desde abajo:

-¡Camarada Shelgá, le traigo un telegrama urgente!

Era el telegrama que Garin enviaba desde París.

29

El lapicero de oro rozó el bloc.

-¿Cuál es su apellido, caballero?

-Piankov-Pitkiévich.

-¿Cuál es el fin de su visita?

-Dígale a mister Rolling -respondió Garin- que estoy facultado para entablar con él negociaciones acerca del aparato, que él conoce, inventado por el ingeniero Garin.

El secretario desapareció instantáneamente. Un minuto después, Garin entraba en el despacho del rey de la industria química. Rolling estaba escribiendo. Sin levantar la cabeza, ofreció asiento al visitante.

-De las pequeñas operaciones monetarias está encargado mi secretario -Rolling levantó con mano débil el secante y lo aplicó a lo escrito-, sin embargo, estoy dispuesto a escucharle. Le doy dos minutos. ¿Qué hay de nuevo acerca del ingeniero Garin?

Cruzando las piernas y abrazándose las rodillas, muy estirados los brazos, Garin dijo:

-El ingeniero Garin quiere saber si usted conoce con exactitud para qué sirve su invento.

-Sí -respondió Rolling-. Si no me equivoco, encierra cierto interés para la industria. He hablado con algunos miembros del Consejo de dirección de nuestro consorcio. Están de acuerdo en adquirir la patente.

-El aparato no está destinado a la industria -respondió seco Garin-. Es una máquina de destrucción. Podría ser utilizado con buen éxito en la metalurgia, en la minería. Pero, en el presente, Garin tiene otros planes.

-¿Políticos?

-Hem... La política interesa poco al ingeniero Garin. El desea establecer un régimen social de su gusto. La política es una nimiedad, una simple función.

-¿Dónde quiere establecer ese régimen?

-Por doquier, en las cinco partes del mundo.

-¡Caramba! -dijo Rolling.

-El ingeniero Garin no es comunista, tranquilícese. Sin embargo, debo decirle que tampoco comparte plenamente sus ideas. Repito: tiene grandes planes. Su invento le permite realizar las fantasías más calenturientas. El aparato existe ya y puede ser probado hoy mismo.

-¡Hem! -emitió Rolling.

-Garin ha estudiado su actividad, mister Rolling, y le parece que es usted un hombre de bastantes vuelos, aunque le falta una gran idea. La constitución de un consorcio químico. La guerra aeroquímica. La conversión de Europa en un mercado de América... Todo eso es mezquino, carente de una idea medular. El ingeniero Garin le propone que coopere usted con él.

-¿Quién de los dos está loco, él o usted? -preguntó Rolling.

Garin soltó una carcajada, frotándose la nariz fuertemente, con un dedo.

-¿Sabe?, usted lleva escuchándome nueve minutos y medio, en lugar de dos ¡Buena señal!

-Estoy dispuesto a ofrecer a Garin cincuenta mil francos por la patente de su invento -dijo Rolling, poniéndose de nuevo a escribir.

-¿Hay que entender esa propuesta en el sentido de que tratará usted de apropiarse del aparato por la fuerza o mediante argucias y hará con Garin lo que ya hizo con su ayudante en la isla Krestovski?

Rolling dejó rápidamente la pluma sobre la mesa; sólo dos manchas rojas en los pómulos denotaban su turbación. Luego tomó del cenicero su humeante cigarro puro, se recostó contra el respaldo del sillón y clavó en Garin sus ojos turbios e inexpresivos.

-¿Y qué diría usted si admitimos que pienso obrar así con Garin?

-Pues diría que Garin se ha equivocado.

-¿En qué?

-En suponer que era usted un canalla de más categoría.

Garin dijo estas palabras muy claramente, casi sílaba por sílaba, mirando, alegre y atrevido, a Rolling, que se limitó a lanzar una bocanada de azuloso humo y a agitar ligeramente el cigarro ante su propia nariz.

-Sería estúpido -dijo el rey de la industria-, dividir con Garin las ganancias cuando puedo embolsarme el cien por ciento. Para terminar de una vez, le ofrezco cien mil francos, y ni un céntimo más.

-Le juro, mister Rolling, que todo el tiempo da usted pasos en falso. No arriesga nada. Sus agentes Semiónov y Tyklinski han averiguado en dónde vive Garin.

Avise a la policía y lo detendrán como espía bolchevique. El aparato y los diseños los robarán Tyklinski y Semiónov. Todo eso no le costará a usted más allá de cinco mil francos. A Garin, para que luego no intente hacer de nuevo los diseños, pueden enviarlo por etapas a Rusia, a través de Polonia, donde, en la frontera, lo acogotarán. Sencillo y barato ¿Qué necesidad tiene usted de dar cien mil francos?

Rolling se levantó, miró de soslayo a Garin y se puso a recorrer de un ángulo a otro el despacho, sus zapatos de charol hundiéndose en la mullida y argentada alfombra. De pronto, sacó la mano del bolsillo y chasqueó los dedos.

-Su juego es burdo -dijo Rolling-, está usted mintiendo. He pensado bien, con todas sus consecuencias, cualquier combinación imaginable. No hay el menor peligro. Usted es, sencillamente, un desventurado charlatán. A Garin le hemos dado ya jaque mate. Él lo sabe, y lo ha enviado a usted aquí para que regatee. No doy por la patente ni dos luises. Hemos encontrado a Garin, y está perdido. (Rolling miró rápido el reloj y lo volvió a guardar, también rápido, en el bolsillo del chaleco.) ¡Fuera de aquí! ¡Al diablo!

Garin también se había levantado y se bailaba de pie junto a la mesa, la cabeza gacha. Cuando Rolling lo envió al diablo, se pasó la mano por el pelo y dijo con la voz desmayada de quien ha caído inopinadamente en una trampa:

-Está bien, mister Rolling, acepto todas sus condiciones. Habla usted de cien mil francos...

-¡Ni un céntimo! -vociferó Rolling-. ¡Largo de aquí, sino quiere que lo echen a patadas!

Garin tiró del cuello de su camisa y, los ojos en blanco, se tambaleó. Rolling emitió un rugido.

-¡Sin trucos! ¡Fuera de aquí!

Garin dejó escapar un estertor y cayó de lado sobre la mesa. Su mano derecha golpeó las hojas que había escrito Rolling y, convulsa, las estrujó con fuerza. El magnate se acercó rápido al timbre eléctrico. El secretario apareció al instante...

-¡Eche de aquí a este sujeto!

El secretario se agachó como un leopardo dispuesto a saltar, erizado su elegante bigotito, y bajo la fina chaqueta se abultaron, poniéndose en tensión, unos músculos de acero. Pero Garin se apartaba ya de la mesa, de lado, siempre de lado, haciendo reverencias a Rolling. Luego bajó en un vuelo la escalinata de mármol, salió al bulevar Malesherbes, montó de un salto en un taxi con la capota levantada, gritó la dirección al chofer, subió los cristales, bajó las verdes cortinillas y lanzó una breve y seca risotada.

Del bolsillo de la chaqueta extrajo un arrugado papel que alisó, cuidadosamente, sobre sus rodillas. En la susurrante hoja, arrancada de un gran bloc, Rolling, con su letra descomunal, había tomado algunos apuntes relativos a los negocios del día. Por lo visto, cuando Garin entró en el despacho, Rolling, todo él alertado, no advirtió que su mano se ponía a escribir maquinalmente, descubriendo sus pensamientos más secretos. Tres veces, una debajo de otra, había puesto: "Calle de los Gobelinos, 63, ingeniero Garin". (Aquella era la nueva dirección de Víctor Lenoire, que Semiónov acababa de comunicarle por teléfono.) Luego seguía: "A Semiónov, cinco mil francos..."

-¡Qué suerte, diablos! ¡Pero qué suerte! -musitó Garin, alisando meticulosamente sobre sus rodillas las hojas de papel.

30

Diez minutos más tarde, Garin se apeaba del taxi en el bulevar Saint-Michel. Los enormes ventanales del café "Panteón" estaban abiertos. Víctor Lenoire se encontraba tras un velador en lo profundo de la gala. Al ver a Garin levantó la mano y chasqueó los dedos.

Garin se sentó apresurado de espaldas a la luz. Parecía que se hallaba frente a un espejo: Víctor Lenoire lucía una puntiaguda barbita, idéntica a la suya, sombrero de fieltro, chalina y chaqueta a rayas.

-¡Puedes felicitarme, hemos tenido suerte! ¡Una suerte extraordinaria! -dijo Garin, rientes los ojos-. Rolling ha aceptado todas nuestras condiciones. Los gastos previos corren todos por cuenta suya. Cuando empecemos a explotar el aparato, el cincuenta por ciento será para él y otro cincuenta para nosotros.

-¿Has firmado el contrato?

-Lo firmaremos dentro de dos o tres días. Las pruebas habrá que aplazarlas. Rolling no quiere firmar hasta que no vea con sus propios ojos cómo funciona la máquina.

-¿Me convidas a beber una botella de champagne?

-Dos, tres, una docena.

-A pesar de todo, es una pena que ese tiburón se trague la mitad de las ganancias -dijo Lenoire, llamando al camarero-. Una botella de champagne del más seco...

-De todos modos, sin capital no podemos hacer nada. ¿Sabes, Víctor?, si me saliera bien lo de Kamchatka, podríamos mandar al diablo a diez Rolling juntos.

-¿Qué es eso de Kamchatka?

El camarero trajo el champagne y las copas. Garin encendió un puro, se repantigó en la silla de mimbre y, balanceándose, entornados los ojos, dijo:

-¿Te acuerdas de Nikolái Jristofórovich Mántsev, el geólogo? En el año 1915 vino a verme a Petrogrado. Acababa de regresar del Lejano Oriente. Tenía miedo de que lo movilizaran y me pidió que le ayudara para que no lo enviasen al frente.

-¿No trabajaba Mántsev en una compañía inglesa que explotaba unos placeres auríferos?

-Hizo exploraciones en el Lena y en el Aldán y después en el Kolimá. Contaba maravillas. Encontraban casi a flor de tierra pedazos de oro que pesaban quince kilos... Fue entonces cuando nació mi idea, la idea central de mi vida... Es muy audaz, casi loca, pero yo creo en ella. Y si creo, ni el propio diablo puede detenerme. ¿Sabes, querido amigo?, lo único que deseo con todas las fibras de mi alma es ser poderoso... Y no ansío el poder de un rey o de un emperador, pues eso es fútil, banal, aburrido. Quiero un poder absoluto... Alguna vez te hablaré con detalle de mis planes. Para dominar, se necesita oro. Para dominar como yo lo deseo hay que poseer más oro que todos los reyes de la industria, la bolsa y demás juntos...

-Tus planes son, efectivamente, muy atrevidos, -rió alegre Lenoire.

-He encontrado ya el camino. Tendré aquí a todo el mundo -dijo Garin, contrayendo su pequeña mano-. Los jalones de ese camino son el genial Nikolái Jristofórovich Mántsev, después Rolling, mejor dicho, sus miles de millones, y, por último, mi hiperboloide...

-¿Y qué es de Mántsev?

-Entonces, en el año 1915, invertí todo mi dinerillo y con mucha frescura, más que recurriendo al soborno, conseguí que no fuera al servicio y lo envié con una pequeña expedición a Kamchatka, a la quinta del diablo... Hasta 1917 me escribía: su trabajo era muy duro, dificilísimo, y vivía en las condiciones más

perras... En 1918, como puedes comprender, perdí su rastro... De sus exploraciones depende todo.

-¿Qué es lo que busca allí?

-No busca nada... Mántsev debe únicamente confirmar mis hipótesis. Las costas del Pacífico, tanto la asiática como la americana, son los bordes de un antiguo continente hundido en el mar. La gigantesca presión producida por su hundimiento no pudo por menos de influir en la distribución de las capas minerales profundas, que se encuentran en estado de fusión... Las cadenas de volcanes activos en los Andes y las Cordilleras de América del Sur, los del Japón y, por último, los de Kamchatka, confirman que los minerales en fusión de la capa olivínica -el oro, el azogue, el olivino y demás- se encuentran a orillas del Pacífico más cerca de la superficie terrestre que en otros lugares del globo... ¿Comprendes?

-No comprendo para qué necesitas esa capa olivínica.

-Para conquistar el mundo, querido amigo... ¡Ea, bebamos! ¡Por el éxito...!

31

Vistiendo una blusa de seda negra, como las modistillas, y una falda corta, la cara muy empolvada, y las pestañas con abundante azul, Zoya Monroz se apeó del autobús en la Puerta de Saint-Denis cruzó la bulliciosa calle y entró en "El Globo", enorme café con salida a dos calles y en el que se reunían todos los cantantes de Montmartre, mediocres actores, ladrones, prostitutas y jóvenes anarquistas de esos que, con cincuenta céntimos en el bolsillo, van y vienen por los bulevares, lamiéndose sus labios, resecos por la fiebre, y ansiando mujeres, zapatos, ropa interior de seda y todo lo del mundo...

Zoya Monroz buscó un velador libre. Encendió un cigarrillo y descansó una pierna sobre la otra. Inmediatamente pasó junto a ella, con galicoso andar, un hombre que barbotó con voz aguardentosa: "¿Por qué estás de mal humor, nena?" Zoya miró hacía otro lado. Otro parroquiano, sentado tras un velador, entornó los ojos y le sacó la lengua. Un tercero acercándose presuroso, como si se hubiese equivocado, dijo: "Kiki, por fin te he encontrado..." Zoya lo mandó al cuerno, parca en palabras.

Por lo visto, había tenido éxito, aunque trataba de parecer una mujer de la calle. En "El Globo" tenían buen olfato para las mujeres. Zoya pidió al camarero un litro de tinto y quedó inmóvil, las mejillas apoyadas en las manos, ante el vaso de morapio. "Eso no está bien, pequeña, empiezas a alcoholizarte", le reprochó un viejo actor, que pasó junto a ella, dándole unas palmaditas en la espalda.

Zoya se había fumado ya tres cigarrillos. Por fin, pausadamente, se acercó la persona que ella esperaba: un hombre hosco y corpulento, de frente estrecha y ojos fríos. Llevaba retorcidas hacia arriba las guías del bigote, y el cuello de la camisa de color se le hinchaba en el fuerte pescuezo. Iba impecablemente vestido, sin excesivo chic. Se sentó frente a Zoya y la saludó conciso. El hombre miró en torno, y algunos bajaron la vista. Era Gastón Nariz de Pato, en el pasado ladrón y punto fuerte en la banda del famoso Bonot. En la guerra había llegado a suboficial, y después de la desmovilización se dedicaba al tranquilo trabajo de chulo de postín.

Por entonces lo mantenía la célebre Susana Bourget. Pero Susana se estaba marchitando. Descendía a un peldaño que Zoya Monroz había salvado hacía tiempo. Gastón Nariz de Pato decía:

-Susana tiene un cuerpo que vale un capital, pero no sabe explotarlo. No percibe el espíritu de la época. ¿A quién pueden asombrar sus bragas con puntilla y sus baños de leche por las mañanas? Eso es viejo y ya no vale más que para los bomberos de provincias. Juro por el gas mostaza que me quemó la espalda junto a la casa del barquero del Isere, que una prostituta moderna, si quiere ser una mujer chic, debe tener en su habitación un aparato de radio, dedicarse al boxeo, ser punzante como el hilo de las alambradas, estar entrenada como un mozo de dieciocho años, saber andar sobre las manos y saltar al agua desde una altura de veinte metros. Debe asistir a las reuniones de los fascistas, hablar de gases asfixiantes y cambiar de querido cada semana, para que no se acostumbren a hacer cochinerías. La mía, fíjese usted, se mete en una bañera llena de leche, como si fuera un salmón noruego, y sueña con una granja de cuatro hectáreas. Es tonta de remate, se ve que ha sido pupila en una casa de trato.

Gastón sentía grandísimo respeto por Zoya Monroz. Cuando se veían en los restaurantes nocturnos, la sacaba muy correcto a bailar y le besaba la mano, cosa que no hacía con ninguna otra mujer en París. Zoya apenas si saludaba a la famosa Susana Bourget, pero estaba en buenas relaciones con Gastón, que cumplía, de vez en cuando, sus más delicadas comisiones.

Aquella mañana, Zoya había enviado recado a Gastón de que deseaba verle urgentemente en "El Globo", adonde ella misma acudió con mi sugestivo disfraz de modistilla. Gastón sabía conducirse y, al verla, no hizo más que apretar las mandíbulas.

Bebiendo a pequeños tragos el ácido vino y entornando los ojos para evitar el humo de la pipa, escuchaba con aire sombrío lo que decía Zoya. Al terminar, ella chasqueó los dedos. Gastón objetó:

-Eso es peligroso.

-Gastón, si sale bien, será usted rico mientras viva.

-¿Sabe, señorita?, no hay suma por la que me encargue hoy de robar o de matar a alguien. Los tiempos no están para eso. Hoy los apaches prefieren servir en la policía, y los ladrones profesionales, editar periódicos y dedicarse a la política. Hoy sólo matan y roban los novatos, gente de provincias y chicos a quienes han pegado alguna enfermedad venérea. Además, en seguida se apuntan en la policía. ¿Qué se le va a hacer? Los hombres maduros debemos buscar puertos tranquilos. Si piensa pagarme con dinero, me niego. Otra cosa sería hacerlo por usted. En tal caso, yo arriesgaría la pelleja.

Zoya despidió una fina vedija de humo por entre sus coralinos labios, sonrió tiernamente y descansó su bella mano en la manga de Nariz de Pato.

-Me parece que nos pondremos de acuerdo.

A Gastón se le dilataron las aletas de la nariz y se le movió el bigote. Sus violáceos párpados se cerraron para ocultar el encendido brillo de los saltones ojos.

-¿Quiere usted decir que puedo presentar a Susana la dimisión?

-Sí, Gastón.

Nariz de Pato se dobló sobre la mesa y apretó en su mano la copa.

-¿Y mi bigote olerá a su piel?

-Creo que es inevitable, Gastón.

-Está bien -Gastón volvió a la posición que ocupara antes-. Está bien. Todo se hará como usted lo desee.

32

El almuerzo había terminado. Habían tomado ya café con coñac de cien años. El puro "Corona coronas", que costaba dos dólares, había sido fumado hasta la mitad sin que la ceniza cayera. Había llegado el crítico momento: ¿A dónde más ir? ¿De qué modo lograr que la diabólica guitarra de los nervios tocara algo alegre?

Rolling pidió el programa de todas las diversiones de París.

-¿Quiere bailar?

-No, -respondió Zoya, cubriendo con una valiosa piel la mitad de su rostro.

-Teatro, teatro, teatro... -leía Rolling.

Todo aquello era aburrido: una comedia de tres actos en la que los actores, muertos de tedio y de asco, ni siquiera se maquillaban; las actrices, vestidas por famosos modistos, miraban a la sala con ojos inexpresivos.

-Revista, revista. Escuche esto: "Olimpia" ciento cincuenta mujeres desnudas, sólo con zapatos, y el prodigio de la técnica: un telón de madera, dividido en cuadros de ajedrez, en los que, cuando se levanta y se baja, hay mujeres en cueros. ¿Vamos?

-Querido amigo, todas esas mocitas de los bulevares son patizambas.

-"Apolo". Ahí no hemos estado aún. Doscientas mujeres desnudas que sólo llevan... Eso lo dejaremos. "Escalca". Otra vez mujeres... Además. "Los clowns musicales Pim y Jack, famosos en el mundo entero".

-De ellos se habla mucho -dijo Zoya-. Vamos.

Ocuparon un palco junto a la escena. Estaban ya representando la revista.

Un joven en continuo movimiento, con impecable frac, y una mujer entrada en años, vestida de rojo, con un sombrero de anchas alas y un cayado de pastor, se permitían inofensivos alfilerazos contra el gobierno y el jefe de policía y se burlaban graciosamente de los ricachones extranjeros, aunque de modo que no se marcharan de París inmediatamente después de la revista y no disuadieran a sus amigos y parientes de que visitasen la alegre Ciudad Luz. Después de charlar de política, el joven de las piernas en continuo movimiento y la dama del cayado exclamaron: "¡Hupa!". Y salieron a escena unas jóvenes desnudas muy blancas y empolvadas. Representaron en escena la ofensiva de un ejército. En la orquesta sonaron bizarramente cornetas y clarinetes.

-Eso debe de producir impresión a los jóvenes -dijo Rolling.

Zoya respondió:

-Cuando salen tantas mujeres, no produce impresión.

Después bajó el telón para levantarse al poco. Junto a la rampa, ocupando media escena, veíase un piano descomunal. Sonó el tambor del jazz-band y aparecieron Pim y Jack. Pim vestía el grotesco frac de rigor, un chaleco que le llegaba a las rodillas, unos pantalones desmesuradamente anchos y unos zapatos de una vara de largo que escaparon de él apenas hubo salido a escena (Aplausos). Su jeta era la de un tonto bonachón. Jack, todo empolvado con harina, llevaba una caperuza de fieltro en la cabeza y un murciélago de trapo en las posaderas.

Primero hicieron todo lo necesario para que la gente se desternillara de risa. Jack daba mamporrazos a Pim, que dejaba escapar de los pantalones una nube de polvo. Después le dio una puñada en la cabeza, y a Pim le salió un chichón de goma.

Jack dijo: "Escucha, ¿quieres que toque algo en ese piano?" Pim soltó una risotada que parecía un rebuzno y dijo: "Si, toca algo en ese piano", y se sentó a cierta distancia. Jack aporreó con toda su fuerza las teclas, y la cola del piano se

desprendió. Pim de nuevo soltó su espantosa risotada. Jack volvió a golpear las teclas, y uno de los costados del instrumento se desplomó sobre las tablas.

"Eso no tiene importancia", dijo Jack, y propinó una bofetada a Pim. Este salió despedido a través de toda la escena y dio con sus huesos en el suelo (el tambor hizo: "bon"). Pim se levantó, dijo "No tiene importancia", escupió al suelo un puñado de dientes, sacó del bolsillo una escobilla y una paleta de las que se usan para recoger las boñigas en la calle y luego se sacudió el polvo. Entonces, Jack golpeó las teclas por tercera vez, el piano se desencuadernó del todo y bajo él apareció un auténtico piano de cola. Echándose su caperuza de fieltro sobre la nariz, Jack tocó con exquisito arte y gran inspiración "Campanela", de Liszt.

Zoya Monroz sintió frío en los brazos. Volviéndose hacia Rolling, musitó:

-Es un gran artista.

-Eso no tiene importancia -dijo Pim, cuando Jack hubo acabado de tocar-. Ahora escúchame tú a mí.

Pim sacó de sus bolsillos unos pantalones de señora, un zapato viejo, una lavativa, un gatito vivo (aplausos) y, por último, un violín. Luego, volviendo hacia el público su cara de tonto bonachón, tocó un inmortal estudio de Paganini.

Zoya se levantó, con un refulgir de brillantes, y abrigó su cuello con un boa de marta cebellina.

-Vámonos, siento asco. Desgraciadamente, yo misma he sido artista.

-¿A dónde podríamos ir, pequeña? Son las diez y media.

-Vamos a beber.

33

Unos minutos después, su limousine se detenía en una estrecha calle de Montmartre iluminada por los diez ventanales del cabaret "La Cena del Rej". En el bajo salón tapizado de seda roja, con espejos en el techo y en las paredes, hacía un calor espantoso y apenas si se podía respirar por el humo del tabaco. Entre las volantes cintas de serpentina, las pelotitas de celuloide y el confeti se mecían, hallando con cintas de papel enroscadas a sus cuerpos, unas mujeres desnudas de la cintura para arriba, a cuyas mejillas, cubiertas de afeites, se apretaban rostros masculinos purpúreos y pálidos, beodos, demacrados, llenos de excitación. El piano martilleaba en los oídos. Aullaban y gritaban los violines, y tres negros, sudando a mares, batían el gong, hacían sonar bocinas de automóvil y carracas, estremecían el aire con el estrépito de los platillos y aporreaban el bombo. Un sudoroso rostro se acercó a Zoya, llegando casi a rozarla. Una mujer anudó sus brazos al cuello de Rolling.

-Paso, hijos míos, paso al rey de la industria química -gritaba, desgañitándose, el *maître*, a quien costó lo suyo encontrar una estrecha mesa, pegada a la pared.

Rolling y Zoya se sentaron, y al instante llovieron sobre ellos bolitas, confeti y serpentinas.

-La gente nos mira -dijo Rolling.

Zoya entornó los párpados y se puso a beber champagne. Bajo la fina seda que apenas si ocultaba sus turgentes senos sentía un calor húmedo. Una bolita de celuloide le golpeó en la mejilla.

Zoya volvió la cabeza lentamente: los ojos de un hombre, tan oscuro como si hubiesen sido sombreados con carbón, la contemplaban con sombrío embeleso. Zoya se inclinó hacia adelante, descansó los desnudos brazos en la mesa y

absorbió, como si fuera vino, aquella mirada: puesta a emborracharse, ¿podía importarle con qué?

El rostro del hombre aquel pareció enflaquecer en unos segundos. Apoyando la barbilla en sus dedos, entrelazados, Zoya captó con el rabillo del ojo su mirada... ¡Dónde había visto al hombre aquel! ¿Quién sería? No parecía ni francés ni inglés. Unos confetis salpicaban su oscura barbita. Sus labios eran atractivos. "Es curioso, será Rolling capaz de sentir celos", se preguntó Zoya.

Abriéndose paso por entre las parejas que bailaban, un camarero se acercó a Zoya para entregarle una esquela.

Asombrada, se recostó contra el respaldo del sofá. Mirando de reojo a Rolling, que chupaba su cigarro puro, leyó:

"Zoya, el hombre a quien usted mira ton tanta ternura es Garin... Beso su mano. Semiónov".

Zoya debió de palidecer terriblemente, pues una voz dijo muy cerca, entre el ruido del cabaret: "Mirad, esa dama se siente mal". Al oírlo, Zoya levantó su vacía copa y el camarero se la llenó de champagne.

Rolling preguntó:

-Qué le escribe Semiónov.

-Luego se lo diré.

-¿Dice algo de ese caballero que la mira con tanta impertinencia? Es el hombre que estuvo ayer a verme. Lo despedí con cajas destempladas.

-¿Es que no lo conoce usted, Rolling...? Acuérdese, fue en la plaza de la Estrella... Ese hombre es Garin.

Rolling resopló por la nariz, a guisa de respuesta. Luego he quitó de la boca el cigarro: "¡Ah!", y su rostro tomó de pronto la expresión que adoptara cuando el rey de la industria química se puso a recorrer, por la plateada alfombra, su despacho, ponderando las posibles eventualidades de la lucha. Aquella vez chasqueó alegre los dedos. Ahora se volvió hacia Zoya, crispado el rostro.

-Vamos, necesito hablar con usted de algo muy serio.

Al llegar a la puerta, Zoya volvió la cabeza. Entre el humo y la red de las serpentinas vio de nuevo los brillantes ojos de Garin. Después, de un modo incomprensible, mareante, aquel rostro se desdobló: alguien, sentado ante él, de espaldas a las parejas, se le había acercado, y ambos miraban a Zoya. ¿No sería aquello una ilusión óptica creada por los espejos?

Zoya cerró los ojos un instante y luego corrió por la raída alfombra del cabaret hacia el automóvil. Rolling la estaba esperando. Después de cerrar la portezuela, rozó su brazo y le dijo:

-No le conté todo lo ocurrido en mi entrevista con ese falso Piankov-Pitkiévich... Hay algo que no puedo comprender: ¿para qué fingió aquel ataque de nervios? No creo que esperase compasión alguna por mi parte... Toda su conducta es sospechosa. Pero ¿por qué vino a verme...? ¿Por qué se dejó caer sobre la mesa...?

-Eso no me lo había contado usted, Rolling...

-Sí, sí... Volcó el reloj... Arrugó mis papeles...

-¿Intentó robarle sus papeles?

-¿Qué? ¿Robar mis papeles? -Rolling enmudeció por unos instantes y prosiguió luego-. No, nada de eso. Perdió el equilibrio y se golpeó una mano en la escribanía... Había allí unos cuantos papeles...

-¿Está seguro de que no ha desaparecido nada?

-Eran apuntes sin importancia. Los arrugó y yo los eché después al cesto.

-Le ruego que me repita toda la conversación con el mayor detalle...

El coche se detuvo en la calle del Sena. Rolling y Zoya entraron en su dormitorio. Ella se desnudó rápidamente y se metió en la ancha cama tallada, con patas de águila y dosel de raso, en aquella cama que había pertenecido a Napoleón I. Rolling se despojó de su atuendo lentamente, yendo y viniendo por encima de la alfombra y dejando prendas en las sillas doradas, en las mesitas de noche, en la repisa de la chimenea, mientras relataba a Zoya, con los más ínfimos detalles, la visita que Garin le había hecho la víspera.

Zoya escuchaba, apoyada en un codo. Rolling saltó sobre un pie al quitarse los pantalones. En aquellos instantes no se parecía en nada a un rey. Después se acostó y, diciendo: "Eso es todo", se tapó, con el edredón de raso, hasta la nariz. Una lámpara de noche de pantalla azul iluminaba el lujoso dormitorio, la ropa esparcida en él, los cupidos de oro en los pilares de la cama y la carnosa nariz de Rolling, hincada en el edredón. El rey de la industria química tenía la cabeza hundida en la almohada y la boca muy abierta: se había dormido.

Aquella nariz que resoplaba sin cesar estorbaba a Zoya en sus meditaciones, trayendo a su mente recuerdos innecesarios. Zoya sacudió la cabeza para espantarlos, y en lugar de la de Rolling vio otra cabeza en la blanca almohada. Cansada de luchar, cerró los ojos y se sonrió. Ante ella apareció el rostro de Garin, lívido por la emoción..." ¿Y si le telefoneo a Gastón Nariz de Pato que espere un poco?" Y de pronto hirió su cerebro, como si fuera una aguja, la punzante idea: "Con él estaba su doble... Lo mismo que en Leningrado..."

Zoya bajó los pies de la cama y se calzó presurosa las medias. Rolling balbuceó en sueños, volviéndose del otro costado.

Zoya se dirigió rápida a su guardarropa. Una vez allí se puso unas faldas y un impermeable, que se ciñó apretadamente con el cinturón. Luego regresó al dormitorio en busca del bolso donde guardaba el dinero...

-Rolling -llamó muy quedo Zoya-, Rolling..., estamos perdidos...

El rey emitió de nuevo un sonido inarticulado. Zoya bajó al vestíbulo y abrió con gran esfuerzo la alta puerta principal. La calle del Sena aparecía desierta. En un estrecho claro entre los tejados de las guardillas asomaba una luna macilenta. Zoya sintió una angustia terrible. Miró el disco de la luna, que pendía sobre la dormida ciudad... "¡Dios mío, Dios mío, qué terrible, qué sombrío es todo...!" Luego se encasquetó con ambas manos su gorrito y corrió hacia el malecón.

34

El numero 63 de la calle de los Gobelinos era una vieja casa de tres pisos, uno de cuyos muros daba a un solar. Allí no había ventanas más que en el tercer piso, es decir, en la guardilla. La otra pared, sin ventana alguna, daba a un parque. En la planta baja había un café que frecuentaban cocheros y choferes. El segundo piso lo ocupaba un hotel para citas nocturnas. En el tercero se alquilaban habitaciones a inquilinos fijos. Para entrar allí había que cruzar un portón y un largo túnel.

Eran casi las dos de la madrugada. En la calle de los Gobelinos no se veía luz en ninguna ventana. El café estaba ya cerrado y todas las sillas se encontraban recogidas sobre los veladores. Zoya se detuvo por un instante junto al portón y se fijó en el número de la casa: era, efectivamente, el 63. Sintió un escalofrío en la espalda. Se hizo el ánimo. Llamó. Se oyó el rozar de una cuerda y se abrió la puerta. Zoya se deslizó al oscuro portal. De lejos llegó hasta ella la voz de la

conserje: "Las noches son para dormir, hay que volver a casa a tiempo". Sin embargo, la mujer no preguntó quién había entrado.

Allí reinaba el orden de cosas propio de un garito. Zoya sintió espanto. Ante ella se extendía un bajo y sombrío túnel. En la irregular pared, color de sangre de toro, lucía mortecino un farol de gas. Según Semiónov, una vez salvado el túnel había que torcer a la izquierda, subir por una escalera de caracol hasta el tercer piso y torcer de nuevo a la izquierda: allí estaba la habitación número 11.

Zoya se detuvo en medio del túnel. Le parecía que a lo lejos alguien había asomado rápidamente, para volver a ocultarse. ¿Y si volvía sobre sus pasos? Zoya aguzó el oído: todo callaba. Corriendo, llegó a un pestilente rellano. Allí comenzaba la angosta escalera de caracol, apenas iluminada desde arriba. Zoya subió de puntillas, temiendo rozar con sus manos la pegajosa y mugrienta barandilla.

Toda la casa dormía. En el descansillo del segundo piso había un desconchado arco que llevaba a un oscuro pasillo. Zoya siguió subiendo, volvió la cabeza y de nuevo le pareció que alguien asomaba por el arco y volvía a esconderse... ¿No sería Gastón Nariz de Pato...? "¡No. No, Gastón aún no ha estado aquí, no ha podido estar, no ha tenido tiempo...!"

En el descansillo del tercer piso ardía un farol de gas, vertiendo su luz sobre una pared marrón, con inscripciones y dibujos que hablaban de deseos insatisfechos. Si Garin no estaba en casa, lo esperaría allí hasta el amanecer. Si estaba en casa y dormía, Zoya no se marcharía sin llevarse lo que él había escamoteado de la escribanía en el bulevar Malesherbes.

Zoya se quitó los guantes, se ahuecó el pelo y torció a la izquierda por el pasillo. En la quinta puerta se veía en grandes cifras trazadas con pintura blanca: 11. Zoya hizo girar la manecilla, y la puerta se abrió suavemente.

La luz de la luna entraba en la pequeña habitación por la abierta ventana. En el suelo se veía una maleta abierta, y unos papeles esparcidos, que destacaban por su blancor.

Junto a la pared, entre el lavabo y la cómoda, había sentado en el suelo un hombre en camiseta; tenía levantadas las desnudas rodillas, y sus pies, descalzos, parecían enormes... La luna iluminaba la mitad de su cara, en la que brillaba un ojo muy abierto y blanqueaban los dientes: el hombre sonreía. Con la boca abierta, la respiración en suspenso, Zoya miraba al inmóvil y sonriente rostro: era Garin.

Aquella mañana, en "El Globo", ella había dicho a Gastón Nariz de Pato: "Róbale a Garin los diseños y el aparato y, si puedes, mátalo". Aquella noche había visto entre el humo, sobre una copa de champagne, los ojos de Garin, y había comprendido que si él se lo pedía lo abandonaría todo, lo olvidaría todo para seguirle. Por la noche, cuando intuyó el peligro que corría y se lanzó en busca de Gastón para advertirlo, ella misma no tenía aún conciencia de que la hacía correr, angustiada, por el París nocturno, de cabaret en cabaret, de garito en garito, buscando por todas partes a Gastón, ni qué la llevó, por último, a la calle de los Gobelinos. ¿Qué sentimiento obligaba a aquella mujer inteligente, fría y cruel a abrir la puerta de la habitación de un hombre condenado a muerte por ella misma?

Zoya no apartaba la mirada de los dientes y del abierto ojo de Garin. Lanzó un ronco y apagado grito y se acercó para inclinarse hacia él. Estaba muerto. Tenía la cara amoratada. En su cuello destacaban unos hinchados arañazos. Era aquel rostro chupado, atrayente, de ojos llenos de deseo, con unos confetis en la sedeña barbita... Zoya se agarró al frío mármol del lavabo y se levantó con dificultad.

Había olvidado que la llevó allí. Una saliva amarga llenó su boca. "Lo único que falta es que me desmaye". Haciendo un supremo esfuerzo arrancó un botón del cuello, que la asfixiaba. Se dirigió hacia al puerta. Bajo el dintel se hallaba Garin.

Una extraña sonrisa distendía sus labios: los dientes le brillaban como al hombre sentado en el suelo. Garin la amenazó con un dedo. Zoya lo comprendió todo y se tapó la boca con la mano, para no gritar. El corazón le latía como si acabara de emerger de debajo del agua... "Vive... vive..."

-El muerto no soy yo -musitó Garin, sin dejar de amenazarla-, han matado ustedes a Víctor Lenoire, mi ayudante. Rolling irá a la guillotina...

-Vive, vive -balbuceó Zoya con ronca voz.

Garin la cogió del brazo. Ella levantó al punto la cabeza, entregándose toda, sin ofrecer resistencia. Garin la atrajo hacia sí, y, al advertir que las piernas no la sostenían, la abrazó:

-¿Qué hace usted aquí?

-Vine en busca de Gastón...

-¿De quién, de quién?

-Del hombre a quien ordené que lo matara...

-Eso me lo figuré -dijo Garin, mirándola a los ojos. Zoya respondió como en sueños:

-Si Gastón lo hubiera matado, yo me suicidaría...

-No comprendo...

Zoya repitió, como si delirara, con voz tierna y desmayada:

-Yo misma no lo comprendo...

Aquella extraña conversación tenía lugar en la puerta. Por la ventana, se veía la luna poniéndose tras un negro tejado. Junto a la pared mostraba los dientes Lenoire. Garin dijo quedo:

-¿Ha venido usted por el autógrafo de Rolling?

-Sí, compadézcase.

-¿De quién, de Rolling?

-No. De mí. Compadézcase -repitió Zoya.

-He sacrificado a mi amigo para hundir a su Rolling. Soy un asesino como usted... ¿Compadecerme...? No, no...

Súbitamente Garin puso en tensión todo su cuerpo, alentado el oído. De un brusco tirón sacó a Zoya del cuarto. Sin dejar de oprimirle el brazo, miró por el arco hacia la escalera...

-Vámonos. La sacaré de aquí por el parque. Escuche, es usted una mujer maravillosa -los ojos le brillaron con apasionado arrebato-, nuestros caminos coinciden... ¿Se da usted cuenta?

Garin y Zoya bajaron en un vuelo la escalera de caracol. Ella no oponía resistencia, aturdida por el extraño sentimiento que se alzaba en ella como si fuera un vino turbio que fermentara por primera vez.

Al llegar al pie de la escalera, Garin torció por un oscuro pasillo, se detuvo, encendió una cerilla y, con gran esfuerzo, abrió una herrumbrosa cerradura. Por lo visto, aquella puerta no la había utilizado nadie durante muchos años.

-Como ve -dijo el ingeniero- lo tengo todo previsto.

Salieron al parque de árboles oscuros y húmedos. En aquel mismo instante transponía el portón la policía, que Garin había llamado por teléfono quince minutos antes.

35

Shelgá recordaba bien el "peón perdido" en el chalet de la isla Krestovski. En la Avenida de los Sindicatos había comprendido que Piankov-Pitkiévich volvería sin falta a la casa para recoger lo que tenía oculto en el sótano. Al anochecer de aquel mismo día, Shelgá, se dirigió al chalet y, sin ser advertido por el guardián, bajó, provisto de una linterna, al oscuro sótano. El "peón" lo perdió en seguida: en la cocina, a dos pasos de la boca del sótano, se encontraba Garin. Había salido de la cueva, con una maleta en la mano, unos segundos antes de que apareciera Shelgá y se hallaba pegado a la pared, tras la puerta. Garin cerró la escotilla del sótano ruidosamente y amontonó encima sacos de carbón. Shelgá levantó la linterna y se puso a contemplar, con triste sonrisa, cómo caía el polvo por las rendijas de la escotilla. Tenía la intención de emprender negociaciones de paz, pero, súbitamente, arriba todo quedó en silencio. Se oyeron unos pasos, alejándose, luego sonaron disparos y, por fin, un grito terrible. Fue aquello el duelo de Garin con el polaco. Al cabo de una hora se presentaba la milicia.

Después de perder el "peón", Shelgá hizo una buena jugada. Del chalet corrió en el coche de la milicia al "Yate Club", despertó al marinero de guardia, un hombre de alborotada cabellera y bronca voz, y le preguntó de buenas a primeras:

-¿Qué viento hace?

El marinero, naturalmente, respondió sin titubear:

-Sudoeste.

-¿Qué tal está la mar?

-Picada.

-¿Garantiza usted que todos los balandros están aquí?

-Lo garantizo.

-¿Quién cuida de ellos?

-Petia, el guardián.

-Permítame examinar el atracadero.

-A sus órdenes -respondió el marino, que, adormilado, no acertaba con las mangas del chaquetón.

-Petia -gritó el hombre con voz aguardentosa, saliendo con Shelgá a la terraza del club.

No hubo respuesta.

-Seguramente, estará durmiendo, el maldito -observó el marino, subiéndose el cuello para protegerse del viento.

Encontraron al guardián en unos arbustos cercanos: roncaba como un bendito, tapada la cabeza con el cuello de su abrigo de piel de borrego. El marino soltó un terno. El guardián, carraspeando, se levantó. Se dirigieron al atracadero, donde, sobre el agua, azul como el acero pavonado, -empezaba a amanecer-, se mecía un bosque de mástiles. Las olas embestían furiosas. Soplaba un fuerte y arrafagado viento.

-¿Están seguros de que todos los balandros se encuentran aquí? -volvió a preguntar Shelgá.

-Falta el "Orion", que ha ido a Petergof... Otros dos han salido para Strelna.

Shelgá se acercó, por las mojadas tablas, al borde del atracadero, levantó una amarra: un extremo aparecía sujeto a una argolla; el otro, a todas luces había sido cortado. El marino examinó calmoso la amarra. Luego se echó sobre la nariz la gorra. Sin decir nada, recorrió de punta a punta el atracadero, contando los balandros con el dedo. Por último hendió el aire con el puño y, como la disciplina

del club prohibía el uso de palabras militares imperialistas, se limitó a lanzar expresiones un tanto veladas:

-¡Así le dieran a tu madre lo que pienso! -gritó con increíble energía-. ¡Ojalá te tragues una escota! Se han llevado el "Bibigonda", el mejor balandro de carreras. ¡Maldita sea el alma de ese hijo de perra! ¡Así le metan una briza embreada donde no hace falta...! ¡Petia, ojalá te hundas treinta veces en agua podrida! ¿Dónde tenías los ojos, parásito, paleto tiñoso? ¡Se han llevado el "Bibigonda"! ¡Así le dieran a tu madre lo que yo pienso! .

El guardián lanzaba exclamaciones de asombro, golpeándose los costados con las mangas de su abrigo. El marino navegaba viento en popa por ignotas simas de la lengua rusa. Allí ya no había nada que hacer. Shelgá se encaminó al puerto.

Pasaron tres horas, por lo menos, antes de que lograra hacerse a la mar en una motora del servicio de guardacostas. El oleaje era tremendo. La motora cortaba las olas. El polvo del agua empañaba los cristales de los prismáticos. Cuando salió el sol vieron una vela lejos tras el faro, cerca de la costa finlandesa. Era el desdichado "Bibigonda", que brincaba entre los escollos. La cubierta estaba desierta. Hicieron unos disparos desde la motora, para cubrir el expediente y tuvieron que volverse con las manos vacías.

Así fue como huyó al extranjero Garin, ganando aquella noche otro "peón". Sólo él y Shelgá sabían que el polaco de los cuatro dedos había terciado en la partida. Cuando regresaban al puerto, Shelgá se hizo la siguiente reflexión:

"En el extranjero, Garin venderá el enigmático aparato o lo explotará él mismo. Por ahora, el invento se ha perdido para la Unión Soviética, y en el futuro quizás desempeñe un papel fatal. Sin embargo, en el extranjero Garin tendrá su coco: el polaco de los cuatro dedos. Mientras la lucha contra él no haya terminado, Garin no asomará con el aparato a la luz del día. Si en esa lucha nos ponemos al lado de Garin, podemos, en fin de cuentas, ganar la partida. En todo caso, lo más tonto que se podría hacer ahora (y lo más ventajoso para Garin) sería detener inmediatamente al polaco en Leningrado". La conclusión era sencilla: del puerto, Shelgá se fue directamente a casa, se puso una muda seca, telefoneó a la oficina del servicio de investigación criminal, para comunicar que "el asunto había quedado zanjado de por sí", desconectó el teléfono y se metió en la cama, riéndose al pensar que el polaco, intoxicado por el gas y, tal vez, herido, huía de Leningrado a todo correr. Tal fue el contragolpe de Shelgá para resarcirse del "peón perdido".

Ante sus ojos tenía el telegrama recibido de París: "Cuatro dedos aquí. Acontecimientos giro peligroso". Era aquel un clamor pidiendo ayuda.

Cuanto más lo pensaba, tanto más convencido estaba Shelgá de que debía tomar el avión para París. Pidió por teléfono el horario de salida de los aviones de pasajeros y regresó a la terraza, donde, a la viva luz del norteño crepúsculo, se encontraban Tarashkin e Iván. Desde el día aquel en que leyeron la inscripción hecha en su espalda con lápiz tinta, el huérfano parecía haberse tranquilizado y no se apartaba de Tarashkin.

Por los claros entre las ramas llegaban desde la anaranjada agua alegres voces, un chapoteo de remos y risas femeninas. Bajo las oscuras copas de los árboles de las islas, donde se llamaban con voces alarmadas insomnes pajarillos y trinaban los ruiseñores, ocurrían cosas viejas como el mundo. Todo lo vivo, al salir de las lluvias y las nieves del largo invierno, se apresuraba a gozar de la vida, absorbiendo con ansia jubilosa el embriagador encanto de la noche. Tarashkin, un brazo sobre los hombros de Iván, contemplaba inmóvil, acodado en la barandilla, el agua del río, por el que las barcas se deslizaban silenciosas.

-¿Qué hay Iván? -preguntó Shelgá, acercando su silla e inclinándose hacia el chico-. ¿Dónde te sientes mejor, aquí o allí? Seguro que en el Lejano Oriente vivías mal, siempre hambriento.

Iván miró sin pestañear a Shelgá. En el crepúsculo, los ojos del niño parecían tristes, como los de un anciano. Shelgá sacó del bolsillo del chaleco un caramelo y golpeó ligeramente con él a Iván en los dientes, hasta que éstos se abrieron y el dulce fue a parar a la boca del chico.

-Nosotros, Iván, no tratamos mal a los niños... No los obligamos a trabajar, no escribimos cartas en su espalda ni los enviamos a una distancia de siete mil kilómetros escondidos bajo los vagones. ¿Ves qué bien se está aquí en las islas? ¿Sabes tú de quién es todo esto? Lo hemos entregado a los niños por los siglos de los siglos. El río, y las islas, y las barcas, y el pan con salchichón -puedes comer cuanto quieras-, todo es tuyo...

-Hablando así, desconcierta usted al chico -observó Tarashkin.

-No creas; el pequeño es listo. ¿De dónde eres, Iván?

-Somos del Amur -respondió de mala gana Iván-. Mi madre murió, y a mi padre lo mataron en la guerra.

-¿Y cómo vivías?

-Trabajando.

-¿Tan pequeñito?

-¿Y qué...? Pacía caballos...

-¿Y después?

-Después me llevaron...

-¿Quién?

-Unos hombres. Necesitaban un chico que trepara a los árboles, recogiera setas y avellanas, cazara ardillas para la comida e hiciera los recados...

-¿Te llevaron con una expedición?

Iván pestañeó, sin contestar.

-¿Lejos? Responde, no tengas miedo. Nosotros no te entregaremos. Ahora eres hermano nuestro...

-Viajamos en barco ocho días... No creímos escapar vivos. Luego seguimos a pie ocho días más. Por fin, llegamos a su monte que vomitaba fuego...

-Comprendo -dijo Shelgá-. La expedición fue a Kamchatka.

-¡Si, sí, a Kamchatka...! Allí vivíamos en una choza... Durante mucho tiempo no supimos de la Revolución. Cuando nos enteramos, se marcharon tres hombres, y después otros dos. No teníamos comida. Nos quedamos solos él y yo...

-Comprendo, comprendo. ¿Y quién es "él"? ¿Cómo se llamaba?

Iván de nuevo frunció el ceño. Shelgá, para tranquilizarlo, acarició largamente su pelada y abatida cabeza...

-Si lo digo, me matarán. Él dijo que me mataría...

-¿Quién?

-Pues Mántsev, Nikolái Jristofórovich... Me dijo: "Te he escrito una carta en la espalda, no te laves, no te quites la camisa ni el chaleco. Aunque sea dentro de un año o dos, llega a Petrogrado, busca a Piotr Petróvich Garin y muéstrale lo que llevas escrito. Él te recompensará..."

-¿Por qué Mántsev no ha venido a Petrogrado él mismo, si es que necesita ver a Garin?

-Le daban miedo los bolcheviques... Decía: "Son peores que los diablos. Me matarán. Han arruinado el país, los trenes no circulan, el correo no funciona, no hay comida, toda la gente ha huido de las ciudades..." ¿Qué puede saber él, cuando lleva seis años en aquella montaña...?

-¿Y qué hace allí, qué busca?

-¿Acaso lo va a decir? Pero yo lo sé... -a Iván le brillaron los ojos, alegres, picarones-. Busca oro bajo tierra...

-¿Y lo ha encontrado?

-¿Quién, él? Pues claro que sí...

-¿Podrías, si hiciera falta, mostrar el camino a ese monte en que se encuentra Mántsev?

-Pues claro que puedo... Pero no me descubráis, tened cuidado, vosotros no sabéis el genio que se gasta...

Shelgá y Tarashkin escuchaban con la mayor atención el relato del chico. Shelgá volvió a examinar detenidamente la carta que llevaba escrita en la espalda y después la fotografió.

-Ahora ve abajo, Tarashkin te lavará con jabón y te acuestas -dijo Shelgá-. Antes no tenías nada, ni padre ni madre, en fin, nada que no fuera hambre. Ahora tienes todo, y en abundancia, vive, estudia, crece. Tarashkin te enseñará a vivir, tú hazle caso. Adiós. Dentro de tres días veré a Garin y le transmitiré tu encargo.

Shelgá se rió, y, al poco, el farol de su bicicleta corrió, saltarín, tras los oscuros matorrales.

36

Las alas de aluminio brillaron altas sobre el verde aeródromo y el avión de pasajeros de seis plazas se ocultó entre blancas nubes. El grupo de personas que había ido a despedir a los pasajeros quedó en tierra, la cabeza levantada hacia el radiante azul, en el que planeaba perezoso un gavilán y rasgaban el aire las golondrinas, pero el pájaro de aluminio volaba ya lejos, muy lejos.

Los seis pasajeros, sentados en crujientes sillones de mimbre, contemplaban la tierra liláceo-verdosa, que caía lentamente hacia abajo. En ella, los caminos parecían sinuosos hilos, y las casas y los campanarios, juguetes un tanto inclinados. Lejos, a la derecha, se extendía la lámina azul del agua.

Se deslizó por delante la sombra de una nube, ocultando los detalles de la corteza terrestre. Luego la nube apareció muy cerca, bajo el aparato.

Pegados a las ventanillas, los seis pasajeros se sonrieron con forzada sonrisa de personas que sabían dominarse. El transporte aéreo era aún cosa nueva. A pesar de la confortable cabina y las revistas y los catálogos esparcidos en las plegables mesitas, a pesar de las comodidades que parecen excluir todo peligro, los pasajeros hacían esfuerzos para persuadirse a sí mismos de que el transporte aéreo era, en fin de cuentas, menos peligroso que, pongamos por caso, cruzar una calle a pie. Otra cosa era en el aire. En el aire, cuando se encontraba una nube, se la atravesaba, sin más consecuencias que el natural empañamiento de los cristales de la cabina; cuando el granizo golpeteaba el metal o el aparato saltaba como si hubiese entrado en un bache, se aferraba uno a los brazos del sillón de mimbre, y los ojos parecían querer saltar de las órbitas, pero otro de los pasajeros hacía un guiño y reía: ¡Vaya con el bachecito...! Cuando embestía un huracán de esos que en un segundo tronchan los mástiles de un velero, le arrancan el timón y barren las lanchas y a los hombres al proceloso mar, el pájaro metálico, fuerte y escurridizo, se inclinaba sobre un ala, hacía aullar con mayor fuerza los motores y escapaba, elevándose mil metros más arriba de la zona del huracán.

En pocas palabras, apenas si había pasado una hora cuando los pasajeros ya estaban hechos al vacío sobre el que se sostenían y al cabeceo del avión. El rugir de los motores no dejaba charlar. Algunos se pusieron los auriculares con membranas microfónicas y entablaron conversación. Enfrente de Shelgá iba un hombre flaco, de unos treinta y cinco años, con un raído abrigo y una gorra a cuadros comprada, por lo visto, para salir al extranjero.

Su rostro era pálido, de tez fina y perfil bello, sombrío e inteligente; usaba una barba rubia y sus rasgos denotaban serenidad y firmeza. El hombre iba inclinado, las manos apoyadas en las rodillas. Shelgá, sonriente, le hizo una señal. El otro se puso los auriculares. Shelgá le preguntó:

-¿No estudiaba usted en el gimnasio de Yaroslavl (El hombre asintió con la cabeza.) Somos paisanos, yo le recuerdo. Usted es Alexéi Semiónovich Jlínov, ¿no? (El hombre volvió a asentir.) ¿Dónde trabaja usted ahora?

-En el laboratorio de física de la Escuela Politécnica -respondió, ahogada por el zumbido de los motores, la débil voz de Jlínov.

-¿Va usted en comisión de servicio?

-A Berlín, a ver a Reicher.

-¿Es un secreto?

-No. Hemos sabido en marzo que en el laboratorio de Reicher se ha llevado a cabo la desintegración atómica del mercurio.

Jlínov se volvió hacia Shelgá, y sus graves ojos, se clavaron en él. Shelgá dijo:

-No entiendo de eso, no soy especialista.

-Por ahora, los trabajos se llevan a cabo en el laboratorio. Aún falta mucho para la aplicación industrial... Aunque... -Jlínov miraba las nubes, blancas como la nieve, que, en densa capa, tapaban la tierra-, aunque del gabinete del físico al taller fabril no hay más que un corto paso. El principio de la desintegración artificial del átomo debe ser sencillo, extraordinariamente sencillo. Por supuesto, sabrá usted lo que es un átomo.

-Algo muy pequeño -dijo Shelgá mostrando con los dedos lo pequeño que lo creía.

-En comparación con un grano de arena, es lo mismo que el grano de arena comparado con el globo terrestre. Sin embargo, medimos el átomo, calculamos la velocidad con que giran sus electrones, su peso, su masa, la magnitud de la carga eléctrica. Vamos llegando al corazón mismo del átomo, a su núcleo. Este encierra el secreto del poder sobre la materia. El futuro de la humanidad depende de que logremos dominar el núcleo del átomo, una partícula de energía material cuya magnitud es la trillonésima parte de un centímetro.

A una altura de dos mil metros, Shelgá oyó cosas sorprendentes, más prodigiosas que los cuentos de Scherezada, pero que no eran cuentos. En la época en que la dialéctica de la historia llevó a una clase a una guerra de exterminio y a otra a la insurrección, en la época en que ardían las ciudades, convirtiéndose en polvo y cenizas, y nubes de gases se arrastraban sobre campos y jardines, cuando la propia tierra se estremecía por los gritos coléricos de las revoluciones sofocadas y, como en los tiempos antiguos, los verdugos echaban mano en las mazmorras de ruedas y tenazas, cuando por las noches empezaron a crecer en los árboles de los parques monstruosos frutos con las lenguas colgantes y cayeron del hombre las sotanas idealistas, tan amorosamente adornadas: en aquel decenio monstruoso y titánico, los maravillosos cerebros de los sabios lucían como solitarias antorchas.

37

El aeroplano inició el aterrizaje a la vista de Kovno. El verde campo, mojado por la lluvia, voló rápido al encuentro. El aparato rodó unos instantes y se detuvo. El piloto se apeó de un salto. Los pasajeros bajaron para desentumecer las piernas. Se pusieron a fumar. Alejándose un poco de los demás, Shelgá se tendió en la hierba, cruzó las manos tras la nuca y, presa de una extraña sensación, se puso a contemplar las lejanas nubes de azulosa base. Poco antes había estado allí arriba, volando entre las ligeras y níveas montañas, sobre los claros de límpido azul.

Jlínov, su aéreo interlocutor, se encontraba, ligeramente encorvado, embutido en su raído abrigo, cerca del ala del gris y acanalado pájaro. No había en él nada de particular: hasta su gorra procedía del trust de confecciones de Leningrado.

Shelgá rió:

-Se diga lo que se diga, la vida es muy divertida. ¡Divertidísima!

Cuando despegaron del aeródromo de Kovno, Shelgá se sentó al lado de Jlínov para contarle, sin mencionar nombres, todo lo que sabía de los extraordinarios experimentos de Garin y del enorme interés que éstos habían despertado, a juzgar por todo, en el extranjero.

Jlínov preguntó a Shelgá si había visto la máquina de Garin.

-No. La máquina aún no la ha visto nadie.

-Entonces ¿todo eso son conjeturas y suposiciones agigantadas por la fantasía?

Shelgá le habló del sótano en el viejo chalet de las platinas de acero acortadas y de los cajones con bujías de carbón. Jlínov asintió con la cabeza, diciendo:

-Sí, sí. Bujías de carbón. Muy bien. Comprendo. Diga, si no es muy secreto: ¿no me está hablando del ingeniero Garin?

Shelgá miró a la cara a Jlínov unos instantes, antes de responder:

-Sí, le estoy hablando de Garin. ¿Lo conoce usted?

-Es un hombre muy capaz -respondió Jlínov torciendo el gesto, lo mismo que si hubiese tragado vinagre-. Es un hombre prodigioso. Pero no pertenece a la ciencia. Es terriblemente ambicioso. Un individuo apartado de todo el mundo. Un aventurero. Un cínico. Tiene el talento de un genio. Un temperamento desbordante. Una fantasía monstruosa. Pero ese maravilloso cerebro no conoce otro móvil que los más bajos deseos. Logrará muchas cosas y terminará alcoholizado o tratando de "horrorizar a la humanidad..." Las personas geniales necesitan, más que nadie, una rigurosísima disciplina. El talento obliga a mucho.

En las mejillas de Jlínov aparecieron de nuevo unas manchas rojas.

-Una inteligencia luminosa y disciplinada es lo más sagrado que puede haber, la mayor de las maravillas. En nuestra tierra, grano de arena en el universo, el hombre es una billonésima de la más pequeña magnitud... Pero esa partícula especulativa, que vive por término medio lo que la Tierra tarda en dar sesenta vueltas alrededor del sol, posee una inteligencia que abarca todo el cosmos... Para comprender lo que digo debemos expresarnos en el lenguaje de las matemáticas superiores... ¿Qué diría usted si, pongamos por caso, alguien tomara de un laboratorio un valiosísimo microscopio y lo utilizara a guisa de martillo...? Ese es, precisamente, el uso que hace Garin de su genial cerebro... Sé que ha hecho un eran descubrimiento en el dominio de la transmisión de los rayos infrarrojos a distancia. Usted habrá oído hablar de los rayos de la muerte de Rindel-Mathews. Eso resultó ser un engaño. Sin embargo, el principio es acertado. Rayos térmicos de una temperatura de mil grados, proyectados paralelamente, son una terrible arma de destrucción y de defensa militar. El secreto comiste en proyectarlos de

modo que no se difundan. Hasta ahora nadie lo había conseguido. Por lo que usted dice, veo que Garin ha logrado construir una máquina que lo hace. Si es así, se trata de un descubrimiento muy importante.

-Me parece desde hace mucho -dijo Shelgá- que en torno a ese invento huele a gran política.

Jlínov guardó silencio por unos instantes y después dijo, poniéndose encarnado hasta las orejas:

-Encuentre a Garin, agárrelo del pescuezo y hágale volver, con ese invento, a la Unión Soviética. El aparato no debe caer en manos de nuestros enemigos. Pregúntele a Garin si tiene conciencia de su deber o si es realmente un sinvergüenza... En tal caso, dele al maldito todo el dinero que le pida... Que compre a mujeres caras, que compre yates, coches de carreras... ¡O mátelo...!

Shelgá arqueó las cejas. Jlínov dejó su pipa en la mesita, se reclinó contra el respaldo y cerró los ojos. El aeroplano volaba sobre los regulares cuadrados de los campos y las rectas cintas de las carreteras. A lo lejos se veía desde lo alto, entre los espejos azules de los lagos, la mancha marrón de Berlín.

38

A las siete y media de la mañana, según su costumbre. Rolling se despertó en la calle del Sena, en la cama que perteneciera al emperador Napoleón. Sin abrir los ojos, sacó el pañuelo de debajo de la almohada y se sonó con fuerza, expulsando de su organismo, con los restos del sueño, la niebla de la agitada noche anterior.

No muy fresco, verdad es, pero dueño de su pensamiento y de su voluntad, dejó caer el pañuelo sobre la alfombra, se sentó entre los cojines de seda y miró en torno. En la cama no había nadie más y la habitación aparecía desierta. La almohada de Zoya estaba fría.

Rolling oprimió el timbre. Se presentó la doncella de Zoya. Rolling preguntó, los ojos puestos en el vacío "¿Dónde esta madame?". La doncella se encogió de hombros y volvió la cabeza hacia los lados, como una lechuza. De puntillas, fue al tocador, de allí, ya apresuradamente, al guardarropa, abrió con ruido la puerta del cuarto de baño y entró de nuevo en el dormitorio, los dedos, temblequeantes, rozando las puntillas del delantal. "Madame no está en casa".

-Café -dijo Rolling.

El rey de la industria química se preparó él mismo el baño, él mismo se vistió y se sirvió el café. Mientras tanto, en la casa todos andaban de puntillas y hablaban a media voz, presa de un sordo pánico. Al salir del hotelito, Rolling dio un codazo al conserje, que, asustado, se precipitaba a abrirle la puerta. El multimillonario llegó a su oficina con veinte minutos de retraso.

Aquella mañana, en el bulevar Malesherbes olía a pólvora. El rostro del secretario expresaba la más plena resignación. Los visitantes salían de la puerta de nogal con el rostro crispado "Mister Rolling no está hoy de muy buen humor", musitaban a los que estaban haciendo antesala. A la una en punto, mister Rolling posó la mirada en el reloj de pared y quebró un lapicero. Estaba claro que Zoya Monroz no pasaría a recogerlo para ir juntos a almorzar. Rolling esperó hasta la una y quince. En aquel espantoso cuarto de hora, en la reluciente cabellera del secretario aparecieron dos canas. Solo, Rolling se fue a almorzar, como de costumbre, al "Griffon".

El dueño del pequeño restaurante, monsieur Griffon, hombre muy alto y obeso, que había sido antes cocinero y dueño de una cervecería y era en aquella época la autoridad suprema en el Gran Arte de las Sensaciones Gastronómicas y la Digestión, recibió a Rolling con el empaque de un héroe épico. Vistiendo una levita gris oscuro, monsieur Griffon, con su cuidada barba asiria y su bella frente, se hallaba de pie en medio del pequeño salón de su restaurante, una mano apoyada en el zócalo de plata de una especie de altar en el que, bajo una convexa tapa, se cocía un plato entonces famoso: estofado de cordero con habas.

En los divanes tapizados de cuero rojo, a lo largo de las cuatro paredes, estaban sentados, tras estrechas mesas, muy juntas, los parroquianos habituales: todos ellos del mundillo de los negocios de los Grandes Bulevares. Mujeres había muy pocas. El centro del salón estaba vacío, de no contar el altar aquel. Con sólo volver la cabeza a los lados, el dueño podía observar las sensaciones gastronómicas de cada cliente. A su mirada no podía escapar la menor mueca de disgusto. Monsieur Griffon lo tenía previsto todo: los enigmáticos procesos de la secreción de los jugos gástricos, el funcionamiento en espiral del estómago y toda la sicología de la comida, basada en los recuerdos de cosas antes degustadas, en el presentimiento de nuevas sensaciones y en la afluencia de sangre a las distintas partes del cuerpo, eran para él un libro abierto.

Acercándose con expresión a la vez severa y paternal, decía con una cariñosa rudeza que lo hacía encantador: "Su temperamento, monsieur, requiere hoy una copita de madeira y Puy del más seco. Puede usted enviarme si quiere, a la guillotina, pero no le daré ni una gota de tinto. Ostras, un poco de rodaballo hervido, un alón de pollo y unos espárragos. Esta gama le devolverá sus fuerzas". En tales casos únicamente podía objetar un indio de Patagonia que se alimentara de ratas de agua.

Monsieur Griffon no corrió con servil precipitación, como hubiera podido suponerse, a la mesita ocupada por el rey de la industria química. Nada de eso. Allí, en aquella academia de la digestión, tanto los multimillonarios como los modestos contables, tanto los clientes que al entrar entregaban su mojado paraguas al portero como los que salían, resoplando, de un Rolls Royce con aroma de cigarros habanos pagaban lo mismo. Monsieur Griffon era republicano y filósofo. Tendió la carta a Rolling con displicente sonrisa y le aconsejo que encargara melón, para empezar, y después langosta con trufas y cordero con habas. En el almuerzo, mister Rolling no bebía. Eso era bien sabido.

-Un whisky con soda, y pongan a refrescar una botella de champagne -dijo Rolling entre dientes.

Monsieur Griffon retrocedió un paso, y, por un instante, sus ojos expresaron asombro, espanto y repugnancia: el cliente empezaba tomando whisky, líquido que embotaba las facultades gustativas de las mucosas bucales, y luego pensaba beber champagne, vino que llenaba de gases el estomago. Los ojos de monsieur Griffon se apagaron, y el hombre inclino respetuoso la cabeza, como diciendo: por hoy he perdido un cliente, ¡qué le vamos a hacer!

Después del tercer vaso de whisky, Rolling se puso a estrujar la servilleta. Con semejante temperamento, un hombre que se hallara en el extremo opuesto de la escalera social, por ejemplo Gastón Nariz de Pato, encontraría aquel mismo día antes del ocaso a Zoya Monroz, miserable criatura, inmunda serpiente recogida en un charco, y le hundiría en un costado su navaja. Rolling debía emplear otros procedimientos. Los ojos puestos en el plato, en el que se enfriaba la langosta con trufas, no pensaba en hacer sangrar las narices de la zorra que aquella noche

había huido de su cama... En el cerebro de Rolling nacían entre los amarillos vapores del whisky, entrecruzándose, sinuosas, mórbidas y muy rebuscadas ideas de venganza. Hasta entonces no había comprendido lo que significaba para él la hermosa Zoya... Rolling sufría, clavando las uñas en la servilleta.

El camarero se llevó el plato sin tocar. Luego llenó la copa de champagne. Rolling la agarró y bebió con ansia; sus dientes de oro chocaron en el cristal. En aquel instante, Semiónov entró rápido en la sala. Vio en seguida a Rolling. Se quitó el sombrero, se inclinó sobre la mesa y dijo muy bajo:

-¿Ha visto los periódicos...? Vengo del deposito de cadáveres... Es él... No hemos sido nosotros... Se lo juro... Tenemos nuestra coartada... Hemos pasado la noche en Montmartre, con unas chicas... Se ha establecido que el asesinato ocurrió entre las tres y las cuatro de la madrugada. Lo sé por los periódicos, por los periódicos...

Ante los ojos de Rolling saltaba un rostro terroso, crispado. La gente de las mesas vecinas miraba. El camarero se acercaba con una silla para Semiónov.

-¡Váyase al cuerno! -barbotó Rolling a través del turbio velo del whisky-. No me deja usted almorzar tranquilo...

-Está bien, perdone... Le esperaré en la esquina, en el automóvil...

39

Por aquellos días, la prensa de París semejaba un lago de un bosque dormido. Los burgueses bostezaban leyendo los editoriales sobre la literatura, las críticas teatrales y las crónicas de la vida de los artistas.

Al socaire de aquella calma absoluta, la prensa preparaba una furiosa ofensiva contra el bolsillo del burgués medio. El consorcio químico de Rolling, después de terminar el período de organización y de suprimir a sus pequeños enemigos, se disponía a emprender una gran campaña para elevar las acciones. La prensa había sido comprada y los periodistas disponían ya de los necesarios datos acerca de la industria química. Para los que escribían artículos políticos de fondo, se habían acopiado documentos sensacionales. Dos o tres bofetadas y dos o tres duelos eliminaron a los tontos que quisieron balbucear en contra de los planes generales del consorcio.

En París reinaba una quietud absoluta. La tirada de los periódicos disminuyó un poco. Por ello, el asesinato en la casa número sesenta y tres de la calle de los Carolinos vino como anillo al dedo.

A la mañana siguiente, todos los setenta y cinco periódicos de la capital salieron con grandes titulares dando a conocer el "enigmático y monstruoso crimen". No se había identificado a la víctima -le habían robado la documentación- y era claro que en el hotel se había registrado con nombre supuesto. Por lo visto, no había sido el robo el móvil del crimen, pues no habían quitado a la víctima ni el dinero ni sus objetos de oro. También era difícil suponer que fuese aquello un acto de venganza: el cuarto guardaba las huellas de un meticuloso registro. Era un enigma, un enigma indescifrable.

Los periódicos de las dos de la tarde comunicaron un detalle sensacional: en la fatal habitación habían encontrado una horquilla de carey con cinco gruesos brillantes. Además, en el polvoriento piso se habían descubierto huellas de zapatos de mujer. La orquilla con diamantes hizo que París se estremeciera. El asesino era una mujer chic. ¿Sería una aristócrata, una burguesa o una cocota de postín? Enigma, enigma...

Los periódicos de las cuatro publicaban en todas sus páginas interviús dadas por las mujeres más famosas de París. Todas ellas decían a una voz: ¡No, no y no; la asesina no podía ser francesa! ¡Aquello era obra de una alemana, de una boche! Algunas voces insinuaron si los hilos no llevarían a Moscú, pero esta alusión no tuvo éxito. La célebre Mimí del teatro "Olimpia" pronunció una frase histórica:

"Estoy dispuesta a entregarme a quien me descubra el secreto". Esto si que tuvo éxito.

En pocas palabras: Rolling era la única persona de París que no sabía nada del crimen en la calle de los Gobelinos. Como estaba furioso, hizo que Semiónov le esperara largamente en el taxi. Por fin apareció en la esquina, se metió silencioso en el coche y pidió que lo llevaran al depósito de cadáveres. Semiónov, deshaciéndose por mostrarse servicial, le contó por el camino lo que decían los periódicos.

A Rolling le temblaron las manos, apoyadas en el puño del bastón, cuando oyó lo de la horquilla de carey con cinco brillantes. Cerca del depósito de cadáveres se inclinó brusco hacia el chofer, para ordenarle que torciera, pero se contuvo, soltando un enojado resoplido.

En la puerta del depósito de cadáveres se amontonaba el gentío. Mujeres con pieles caras, chatitas modistillas, sospechosos individuos de los arrabales, curiosas conserjas arrebujadas en chales de lana, reporteros de narices sudorosas y camisas de cuello arrugado y actrices colgadas del brazo de obesos actores querían ver al muerto, que, la camisa desgarrada, descalzo, yacía sobre una inclinada tabla de mármol, la cabeza hacia la ventana del sótano.

Lo que causaba mayor impresión eran sus pies desnudos, grandes y amoratados, con las uñas muy crecidas. Su rostro, con ese tinte amarillo de la muerte, aparecía "crispado de espanto". Su pequeña barba apuntaba al techo. Las mujeres se acercaban, ansiosas de fuertes sensaciones, a la cara de apretados dientes, clavaban en ella sus dilatadas pupilas, lanzaban un ahogado grito y balbuceaban quedo. ¡Allí estaba el amante de la dama de la horquilla con brillantes!

Precediendo a Rolling, Semiónov atravesó con la agilidad de una culebra la espesa muchedumbre y se acercó al cadáver. Rolling miró fijamente el rostro de la víctima. Aquel examen no duró más de un segundo. El multimillonario entornó los ojos y frunció su carnosa nariz; sus dientes de oro brillaron.

-¿Qué dice? ¿verdad que es él? -musitó Semiónov.

Rolling gruñó:

-Es otra vez un doble.

Apenas hubo pronunciado esta frase, cuando a sus espaldas apareció una rubia cabeza que lo miró a la cara, como si lo fotografiara, y se ocultó entre el gentío.

Era Shelgá.

40

Rolling dejó a Semiónov en el depósito de cadáveres y se dirigió a la calle del Sena. Allí, como antes, reinaba un silencioso pánico. Zoya no había aparecido ni había telefoneado.

Rolling se encerró en el dormitorio y se puso a ir y venir por él, los ojos en las punteras de los zapatos. Se detuvo en la parte de la cama en la que solía dormir.

Se rascó la barbilla. Cerró los ojos y, de pronto, recordó lo que todo el día había tratado en vano de rememorar...

"...Rolling, Rolling... Estamos perdidos..."

Aquello lo había dicho Zoya con voz queda y desesperada. Había sido la noche anterior, cuando él se quedó dormido a mitad de la conversación. La voz de Zoya no logró despertarle, no llegó a su conciencia. Pero, en aquel momento, sus palabras de desesperación sonaban distintamente en sus oídos.

Rolling saltó como impulsado por un muelle... Recordó el extraño ataque de nervios que había sufrido Garin en el bulevar Malesherbes, la inquietud de Zoya en el cabaret "La Cena del Rey" y la insistencia con que preguntaba qué papeles podía haberle robado Garin de su despacho. Después, aquel "Rolling, Rolling, estamos perdidos...", su desaparición, el cuerpo del doble en el depósito de cadáveres y la horquilla con los cinco brillantes. Recordaba perfectamente que, por la noche, en la opulenta cabellera de Zoya refulgían cinco piedras.

En aquella cadena de acontecimientos una sola cosa estaba clara: Garin recurría al probado método de buscarse dobles para despistar a sus enemigos. Había robado el autógrafo de Rolling a fin de abandonarlo en el lugar del asesinato y orientar a la policía hacia el bulevar Malesherbes.

A pesar de toda su sangre fría, Rolling sintió un escalofrío en la espina dorsal. "Rolling, Rolling, estamos perdidos..." Sin duda alguna, Zoya suponía, Zoya sabía que aquel crimen iba a ser perpetrado. Ocurrió entre las tres y las cuatro de la madrugada. (La policía se presentó a las cuatro y media.) La noche anterior, al cerrar los ojos, Rolling oyó que el reloj colocado en la repisa de la chimenea daba las dos cuarenta y cinco. Aquel fue el último sonido que percibió. Después desapareció Zoya. Por lo visto, se había precipitado a la calle de los Gobelinos para destruir toda huella del autógrafo.

¿Cómo podía Zoya estar tan bien enterada de que se preparaba el asesinato. Sólo en el caso de que ella lo hubiese inspirado. Rolling se acercó a la chimenea, se acodó en la repisa de mármol y se tapó la cara con las manos. Pero ¿por qué, en tal caso, había musitado con tanta angustia: "Rolling, Rolling, estamos perdidos..." ¿Algo había desbaratado los planes de Zoya? ¿Qué habría sido? ¿Cuándo pudo ocurrir aquello...? ¿En el teatro, en el cabaret o en casa?

Podía admitirse que Zoya hubiera necesitado enmendar un error. ¿Lo habría conseguido? Garin estaba vivo, el autógrafo no había sido aún descubierto, al doble lo habían asesinado. ¿Qué sería aquello, la salvación o el hundimiento? ¿Quién sería el asesino, un cómplice de Zoya o el mismo Garin?

Pero, ¿por qué había desaparecido Zoya, por qué? Tratando de recordar en qué instante había cambiado de estado de ánimo Zoya, Rolling puso en tensión su cerebro, acostumbrado a otro trabajo. La cabeza le dolía terriblemente. Rememoró, gesto por gesto, palabra por palabra, toda la conducta de Zoya la noche anterior.

Rolling presentía que si en aquel instante, junto a la chimenea, no comprendía hasta en sus más mínimos detalles todo lo ocurrido, habría perdido la partida, sería derrotado, se vería hundido. Bastaba con que los periódicos se limitaran a aludirlo en relación con el asesinato para que, tres días antes de su gran ofensiva en la bolsa, se desencadenara un escándalo espantoso y viniera la ruina... Un golpe contra Rolling sería un golpe contra los millones que ponían en marcha miles de empresas en América, en China, en la India, en Europa y en las colonias africanas. El preciso funcionamiento de aquel gigantesco mecanismo se alteraría... Ferrocarriles, líneas de trasatlánticos, minas, fábricas, bancos, centenares de miles de funcionarios, millones de obreros y decenas de millones

de accionistas, toda aquella poderosa máquina chirriaría, fallaría, se agitaría convulsa, presa de pánico...

Rolling se veía en la situación de quien no sabe por qué costado van a clavarle el puñal. El peligro era de muerte. La imaginación del multimillonario trabajaba como si sus pensamientos fuesen pagados a un millón de dólares por segundo. Aquel cuarto de hora junto a la chimenea podía figura en la historia al lado del conocido episodio del puente de Arcole, donde Napoleón demostró tan extraordinaria serenidad.

Pero Rolling, aquel cosechador de miles de millones, aquella figura casi simbólica, se entregaba en el momento más crítico (y por primera vez en la vida) a una vana ocupación, plantado, dilatadas las aletas de la nariz, ante el espejo, sin ver su propia imagen. En lugar de hacer un análisis de la conducta de Zoya, se imaginaba su rostro fino pálido, sus ojos fríos y duros, su boca sensual. Percibía del tibio aroma de su castaña cabellera, el contacto de sus manos. Empezó a parecerle que todo él, con sus deseos, gustos, ambición, ansia de poder, ratos de malhumor (padecía atonía de los intestinos) y angustiosas reflexiones acerca de la muerte, se había trasvasado a un nuevo receptáculo, al cuerpo de una mujer inteligente, joven y atractiva. Zoya no estaba con él. Le parecía que lo habían arrojado a la calle en una noche de lluvia. Había dejado de necesitarse a sí mismo. Zoya no estaba con él. Era un hombre sin hogar. ¡Al cuerno los consorcios mundiales! A Rolling lo roía la tristeza, la simple tristeza de un hombre privado de su última camisa, insignificante, miserable... A este asombroso humor del rey de la industria química puso fin el golpear de dos suelas sobre la alfombra. (La ventana del dormitorio -en el primer piso-, daba al parque y estaba abierta). Rolling se estremeció. En el espejo de la chimenea apareció la figura de un hombre achaparrado, de frente surcada de arrugas y suntuoso bigote. Inclinada la cabeza, miraba a Rolling sin pestañear.

41

-¿Qué busca usted aquí? -aulló Rolling, sin acertar con el bolsillo trasero del pantalón, donde llevaba la pistola. Por lo visto, el hombre achaparrado esperaba aquello, pues, de un salto, se ocultó tras el portier, asomando al punto la cabeza.

-Tranquilícese. No grite. No me dispongo ni a matarlo ni a robarle -dijo el hombre, levantando las manos-. He venido a tratar un asunto.

-¿De qué asunto podemos tratar aquí? Venga a verme al bulevar Malesherbes, 48 bis, de once a una... Ha entrado usted por la ventana, como un ladrón y un granuja.

-Perdone -respondió cortés el hombre-. Me llamo Gastón Leclerc. Tengo una medalla de guerra y el grado de sargento. No me dedico a pequeñeces y jamás he sido ladrón. Le aconsejo, mister Rolling, que me presente inmediatamente sus excusas, pues, de lo contrario, no podremos seguir conversando...

-¡Váyase al diablo! -dijo, algo más tranquilo, Rolling.

-Si voy adonde usted me envía, mademoiselle Monroz, a quien usted conoce, está perdida.

A Rolling le temblaron las mejillas. Inmediatamente se acerco a Gastón. Este, con un tono mezcla del respeto con que se habla a un multimillonario y de la familiaridad con que se trata al marido de una amante, le dijo.

-¿Me pide usted perdón, caballero?

-¿Sabe usted dónde se oculta mademoiselle Monroz?

-Dígame, caballero, antes de proseguir la conversación, ¿puedo considerar que me ha presentado usted sus excusas?

-Perdone -vociferó Rolling.

-Con mil amores -respondió Gastón, apartándose de la ventana, después de lo cual se atusó bizarramente el bigote, carraspeó y dijo-: Zoya Monroz se encuentra en manos del asesino del que habla hoy, a voz en grito, todo París.

-Dónde está Zoya? -preguntó Rolling, trémulos los labios.

-En Ville d'Avray, cerca del parque de Saint-Cloud, en un hotel para enamorados, a dos pasos del museo de Gambetta. Anoche los seguí en automóvil hasta Ville d'Avray y hoy he precisado la dirección.

-¿Ha huido con él de buen grado?

-Eso es lo que yo quisiera saber -respondió Gastón en tono tan siniestro, que Rolling lo miró asombrado.

-Perdone, monsieur Gastón, pero no acabo de comprender qué papel desempeña usted en esta historia. ¿Qué le importa mademoiselle Monroz? ¿Por qué la sigue usted por las noches y establece dónde se encuentra?

-¡Basta! -exclamó Gastón extendiendo la mano con noble gesto-. Le comprendo. Usted debía hacerme esa pregunta. Le respondo: estoy enamorado y soy celoso...

-¡Ah! -profirió Rolling.

-¿Quiere usted detalles? Ahí van, anoche, al salir del café, donde me había tomado un vaso de grog, vi a mademoiselle Monroz. Iba en un automóvil de alquiler. Su cara daba espanto. Montar en un taxi y lanzarme en pos de ella fue cosa de segundos. Se apeó en la calle de los Gobelinos y entró en la casa número 63. (Rolling pestañeó como si lo hubieran pinchado.) Loco de celos, me puse a pasear ante la casa número 63. A las cuatro y cuarto en punto, mademoiselle Monroz salió, pero no por la puerta principal, como yo esperaba, sino por la que da al parque adyacente a la casa número 63. La sostenía por los hombros un individuo de barbita negra, que vestía un abrigo de paño y sombrero gris. Lo demás ya lo sabe usted.

Rolling se dejó caer en una silla (de la época de las cruzadas) y guardó silencio largo rato, los dedos engarfiados en los brazos con tallas del mueble... Allí estaban los datos que él no conocía... El asesino era Garin, y Zoya, su cómplice... El plan de los criminales estaba bien claro. Habían asesinado al doble en la calle de los Gobelinos para mezclar a Rolling en aquel sucio asunto, hacerle víctima de un chantaje y sacarle dinero para la construcción de la máquina. Gastón, aquel honrado sargento y típico idiota, había descubierto el crimen casualmente. Todo parecía claro. Había que actuar decididamente, sin compasión.

Los ojos de Rolling se encendieron coléricos. El rey de la industria química dio un puntapié a la silla y dijo:

-Telefonearé a la policía. Usted me acompañará a Ville d'Avray.

Gastón sonrió, torciendo el bigote.

-Me parece, mister Rolling, que lo más prudente sería no mezclar a la bofia en el asunto. Nos las arreglaremos solitos.

-Quiero detener al asesino y a su cómplice para que los canallas comparezcan ante la justicia -dijo Rolling irguiéndose, con voz acerada.

Gastón hizo un gesto impreciso.

-Sí... Yo dispongo de seis buenos mozos de confianza, a los que nada puede arredrar... Dentro de una hora podría llevarlos en dos automóviles a Ville d'Avray... Con la policía, se lo aseguro, más vale no liarse...

Rolling soltó un resoplido por toda respuesta y levantó el auricular del teléfono, que descansaba en la repisa de la chimenea. Rápido, Gastón lo sujetó.

-¡No llame a la policía!

-¿Por qué?

-Porque esa sería la mayor de las estupideces... (Rolling de nuevo tendió la mano hacia el teléfono.) Es usted, mister Rolling, un hombre de rara inteligencia ¿cómo no comprende que hay cosas de las que no se puede hablar...? Le imploro que no llame usted... ¡Puf, diantre...! Se lo digo porque, después de su telefonazo, ambos iríamos a la guillotina...

Furioso, Rolling empujó a Gastón y le quitó el auricular. Leclerc miró vivamente en torno y deslizó al oído de Rolling:

-Por indicación suya, mademoiselle Zoya me encomendó expidiera al cielo, a gran velocidad, a un ingeniero ruso que vivía en la calle de los Gobelinos, número 63. El encargo fue cumplido anoche. Ahora hay que abonar diez mil francos, en concepto de adelanto, para mis pequeños. ¿Tiene usted el dinero aquí...?

Quince minutos después llegaba a la calle del Sena un coche de turismo con la capota levantada. Rolling montó presuroso. Mientras el coche daba la vuelta en la estrecha calle, Shelgá salió de la esquina se aferró a la trasera.

El coche rodaba por el malecón. En el campo de Marte, en el mismo lugar donde en otros tiempos Robespierre, con unas espigas en la mano, jurara ante el altar del Ser Supremo que obligaría a la humanidad a firmar un gran tratado colectivo de paz eterna y eterna justicia, se alzaba la torre Eiffel; dos millones y medio de bombillas eléctricas titilaban en sus encajas de acero, formaban rápidas flechas, trazaban dibujos y escribían sobre París durante toda la noche: "Compre usted los prácticos y baratos automóviles del señor Citroën..."

42

La noche era húmeda y tibia. Tras la abierta ventana -desde el bajo techo hasta el piso- rumoreaba unas veces y enmudecía otras la invisible fronda. La habitación -en el primer piso del hotel "El Mirlo Negro"- estaba oscura y callada. La húmeda fragancia del parque se entremezclaba con aromas de esencia. Aquellos olores impregnaban la vieja estofa que tapizaba las paredes, las raídas alfombras y la enorme cama de madera, que en sus largos años de vida había dado albergue a legiones de enamorados. Era aquel un viejo lugar que ofrecía bondadoso al amor la solicitud que necesitaba. Los árboles cuchicheaban en el parque, de donde traía el viento la nostálgica fragancia de la tierra; la tibia cama entonaba su canción de cuna a la breve felicidad de los amantes. La gente decía que Beranger componía sus tonadillas en aquella habitación. Naturalmente, los tiempos habían cambiado. Los apresurados amantes que escapaban por una hora del hormiguero humano de París, cegados por los llameantes alaridos de la torre Eiffel, no prestaban atención al rumoreo de la fronda ni al amor. En efecto, en nuestros días no se puede pasear soñadoramente por los bulevares llevando en el bolsillo del chaleco un tomito de Musset.

Hoy día todo está basado en la velocidad, en la gasolina. "¡Aló, pequeña! Disponemos de una hora y veinte minutos. Debemos arreglárnoslas para ir al cine, almorzar y pasar un ratito en la cama. ¡Qué se le va hacer, Mimí!, ¡así es la civilización!"

Sin embargo, la noche en el parque que rodeaba "El Mirlo Negro", las oscuras copas de los tilos y el quedo croar de las ranas del bosque no participaban en absoluto en el desarrollo general de la civilización europea. Todo estaba muy

callado y muy quieto. Chirrió la puerta de la habitación y se oyeron unas pisadas en la alfombra. En medio del cuarto se detuvo la vaga silueta de un hombre, que, en ruso, dijo quedamente:

-Hay que decidirse. Dentro de treinta o cuarenta minutos estará aquí el coche. Que me dice: ¿sí o no?

En la cama se movió alguien, pero sin responder. El hombre se acercó.

-Zoya, sea usted sensata.

Una risa amarga fue la respuesta.

Garin se inclinó hacia Zoya, la miró fijamente y se sentó al borde de la cama.

-Olvidaremos la aventura de ayer. Comenzó de modo un tanto extraño y ha terminado en esta cama. ¿Le parece a usted banal? De acuerdo. Lo olvidaremos. Escuche, no quiero poseer a ninguna mujer que no sea usted. ¿Que le vamos a hacer?

-Eso es vulgar y estúpido -dijo Zoya.

-De completo acuerdo. Soy un hombre vulgar, terriblemente vulgar y primitivo. Hoy me he preguntado: ¿para qué necesito dinero, poder y gloria? Para poseerla a usted. Luego, cuando usted se despertó, le expuse mi punto de vista: no quiero separarme de usted y no me separaré.

-¡Oh! -dijo Zoya.

-"¡Oh!" no quiere decir nada. Comprendo que siendo una mujer inteligente y orgullosa. la indigne terriblemente que la coaccionen. ¿Qué le vamos a hacer? Estamos ligados por sangre. Si vuelve usted con Rolling, lucharé. Y, como soy un hombre vulgar, les llevaré a la guillotina a usted y a Rolling y en ella acabaré también yo.

-Todo eso ya me lo ha dicho. Se está repitiendo.

-¿Acaso no la convence?

-¿Qué me ofrece a cambio de Rolling? Yo soy una mujer cara.

-La capa olivínica.

-¿Qué?

-La capa olivínica. ¡Hem! Explicarlo es muy difícil. Haría falta una tarde libre y tener a mano libros. Debemos marcharnos de aquí dentro de veinte minutos. La capa olivínica significa el poder sobre el mundo. A su Rolling lo contrataré como portero: ¡eso es la capa olivínica! Dentro de dos años lo tendré metido en un puño. Usted no será simplemente una mujer rica, mejor dicho, la mujer más rica del mundo. Eso es aburrido. ¡Le ofrezco poder! La embriaguez de un poder que el mundo no ha conocido aún. Para ello poseemos medios más perfectos que los de Gengis Khan. ¿Quiere usted que se le tributen los honores propios de una deidad? Haremos que le levanten templos en las cinco partes del mundo y adornen su imagen con hojas de vid y racimos de uva.

-¡Qué mal gusto!

-No hablo en broma. Si quiere, será usted vicaria de Dios o del diablo, como más le plazca. Si tiene el deseo de aniquilar seres vivos -a veces se siente esa necesidad-, podrá hacerlo porque dominará a todo el género humano. Una mujer como usted, Zoya. sabrá encontrar aplicación a los fabulosos tesoros de la capa olivínica. Le propongo un buen partido. En dos años de lucha, lograré atravesar la capa olivínica. ¿No me cree...?

Tras de corto silencio, Zoya preguntó muy quedo:

-¿Por qué debo arriesgar yo sola? Sea audaz usted mismo.

Garin, al parecer, se esforzó por distinguir en la oscuridad los ojos de Zoya y luego, con voz abatida y cariñosa a la vez, respondió:

-Si no quiere, márchese. No la perseguiré. Obre como mejor le parezca.

Zoya exhaló un corto suspiro. Se sentó en la cama, levantó los brazos y se ahuecó el pelo (esto era buena señal).

-En el futuro, la capa olivínica, pero ¿qué posee usted ahora? -preguntó, las horquillas entre los dientes.

-Ahora, mi máquina y mis bujías de carbón. Levántese, vamos a mi habitación y le mostraré la máquina.

-No es mucho. Bueno, veamos la máquina. Vamos.

43

El balcón de la habitación de Garin estaba cerrado y tenía corrida la cortina. Junto a la pared veíanse dos maletas. (El ingeniero llevaba más de una semana alojado en "El Mirlo Negro".) Garin cerró la puerta con llave. Zoya se sentó en un sillón, acodándose, y, con la mano, protegió su rostro de la luz de la lámpara que colgaba del techo. Su impermeable de seda, verde hierba, aparecía todo arrugado, su pelo, negligentemente recogido, y su rostro, con huellas de cansancio, lo que acentuaba su atractivo. Mientras abría la maleta, Garin fijó en ella sus brillantes pupilas, rodeadas de oscuras sombras.

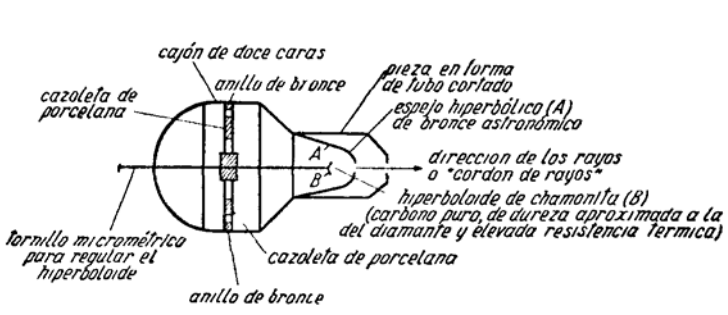
-Aquí tiene la máquina -dijo, depositando sobre la mesa dos cajones metálicos: uno estrecho, que parecía un pedazo de tubería, y otro plano, con doce caras, de diámetro tres veces mayor.

Garin juntó los dos cajones y los acopló con dos áncoras. Luego orientó el orificio del tubo hacia la barandilla del balcón y quitó la tapa esférica al cajón de las doce caras. En el interior veíase, de canto, un anillo de bronce con doce cazoletas de porcelana.

-Esto es el modelo -dijo Garin, sacando de la segunda maleta un cajoncillo con bujías de carbón-. No aguanta ni una hora de funcionamiento. El aparato hay que construirlo de materiales extraordinariamente sólidos, y sus dimensiones deben ser diez veces mayores. Pero hubiera sido excesivamente pesado, para un hombre que, como yo, se ve obligado a desplazarse continuamente. (Garin colocó doce bujías en las cazoletas del anillo.) Viéndolo por fuera no comprenderá nada. Aquí tiene un diseño de la sección longitudinal del aparato.

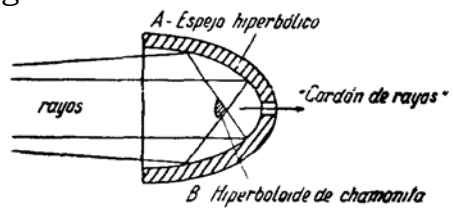
Garin se inclinó sobre Zoya, aspiró el aroma de su cabellera, desplegó el diseño, que ocupaba la mitad de una cuartilla, y continuó:

-Ha expresado usted el deseo, Zoya, de que yo también lo arriesgue todo en este juego... Fíjese... Este es el esquema principal...



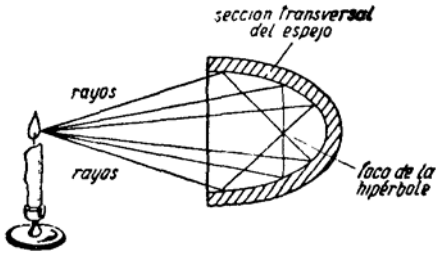
»Es tan sencillo como sumar dos y dos. Si no se había construido hasta ahora el aparato, se debe a la más pura casualidad. El quid está en este espejo hiperbólico (A), semejante al de un reflector corriente, y este pedacito de

chamonita (B), que tiene también la forma de una esfera hiperbólica. La ley de los espejos hiperbólicos es la siguiente:



»Los rayos de luz, al tropezar con la superficie interior del espejo hiperbólico, coinciden en un punto, en el foco de la hipérbole. Eso es conocido. Ahora fíjese en lo que no se conoce: yo he montado en el foco del espejo hiperbólico otra hipérbole (dibujada, por decirlo así, al revés), un hiperboloide regulable hecho de un mineral muy resistente al calor e idealmente pulido, la chamonita (B), cuyos yacimientos son inagotables en el norte de Rusia. ¿Qué ocurre ahora con los rayos?

»Los rayos, reuniéndose en el foco del espejo (A), van a parar a la superficie del hiperboloide (B), que los refleja paralelamente, con precisión matemática. En otros términos: el hiperboloide (B) concentra todos los rayos en uno solo o en un "cordón de rayos" del grosor que se desee.



»Desplazando con ayuda de un tornillo micrométrico el hiperboloide (B), puedo, según lo desee, aumentar o disminuir el grosor del "cordón de rayos". Su pérdida de energía al atravesar el aire es ínfima. Prácticamente puedo hacer que el "cordón" tenga el grosor de una aguja.

Al oír estas palabras, Zoya se levantó, chasqueó los dedos y volvió a sentarse, entrelazando las manos en torno a su rodilla.

-Al hacer los primeros experimentos utilicé como fuente de luz algunas velas corrientes. Regulando el hiperboloide (B) di al "cordón de rayos" el grosor de una aguja de hacer media y corté fácilmente con él una tabla de una pulgada. Comprendí entonces que el quid de la cuestión estaba en encontrar fuentes de energía compactas y de extraordinaria potencia. Tres años de un trabajo que costó la vida a dos de mis ayudantes, dieron por fruto estas bujías de carbón. Su energía es tan grande que, al meterlas, como ve, en el aparato y prenderles fuego -arden unos cinco minutos-, producen un "cordón de rayos" capaz de cortar un puente de hierro en unos segundos... ¿Se imagina usted las perspectivas que se nos abren? En la naturaleza no existe nada que pueda resistir la fuerza de este "cordón de rayos...". Los edificios, las fortalezas, los acorazados, las naves aéreas, las rocas, la corteza terrestre; todo puede perforarlo, destruirlo y cortarlo la máquina inventada por mí.

Garin enmudeció súbitamente y levantó la cabeza, prestando oído. Afuera se oyeron pisadas sobre la grava y un apagado ruido de motores. Garin saltó hacia el balcón y se deslizó tras la cortina. Zoya vio a través del polvoriento terciopelo

rojo su inmóvil silueta, que se estremeció de pronto. El ingeniero salió de su escondrijo, diciendo muy bajo:

-Tres coches y ocho hombres. Vienen por nosotros... Me parece haber visto el automóvil de Rolling. En el hotel estamos solos nosotros dos y el portero. (Garin sacó presto del cajón de la mesita de noche un revólver y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.) A mí, por lo menos, no me dejarán salir vivo de aquí...

El ingeniero se rascó con gesto alegre la nariz y dijo:

-¡Ea, Zoya, resuelva!, ¿sí o no? Nunca mejor ocasión.

-¡Se ha vuelto loco! -exclamó Zoya, el rostro arrebolado y rejuvenecido-. ¡Póngase a salvo...!

Garin respondió, avanzando la barbilla:

-Ocho hombres, eso no es nada, nada.

El ingeniero levantó un poco la máquina y apuntó con el tubo hacia la puerta. Luego se palpó los bolsillos, y una sombra cubrió su rostro.

-¡Las cerillas! -barbotó-, ¡no tengo cerillas...!

Quizás hubiera dicho aquello para probar a Zoya. Quizás fuera cierto que no tenía cerillas en los bolsillos, y de ellas dependía la vida. Garin miró a Zoya con el aire de un animal que espera la muerte. Como una lunática, la mujer tornó su bolso, que descansaba en el sillón, y sacó de él una caja de cerillas. Despacio, haciendo un esfuerzo, la tendió a Garin. Al cogerla, los dedos de él sintieron el frío de la fina mano.

Alguien subía la escalera de caracol, pisando cauteloso.

44

Varias personas se detuvieron tras la puerta. Se oía su respiración. Garin preguntó alto, en francés:

-¿Quién hay ahí?

-Un telegrama -respondió bruscamente una voz-. Abran...

Zoya sujetó a Garin por los hombros y sacudió la cabeza, dándole a entender que no abriera. Él la llevó a un ángulo de la habitación, a la fuerza, la hizo sentarse en la alfombra. Inmediatamente volvió adonde estaba el aparato y gritó:

-Meta el telegrama por debajo de la puerta.

-Cuando le dicen que abra, es porque debe abrir -rugió la misma voz.

Otra, cauta, preguntó:

-¿Tiene ahí a la mujer?

-Sí.

-Entréguenosla y le dejaremos en paz.

-Les advierto -dijo furioso Garin- que, si no se largan al cuerno ahora mismo, dentro de unos instantes no quedará vivo ninguno de ustedes...

-¡Oh, la, la...! ¡Jo, jo...! ¡Ji, ji...!

Las voces aullaron, relincharon, alguien empujó la puerta, giró como loca la manecilla de porcelana, de las jambas se desprendieron lascas de enlucido. Zoya no apartaba la mirada del rostro de Garin. El estaba lívido, y sus movimientos eran rápidos y precisos. Agachándose, hacía girar el tornillo micrométrico de la máquina. Luego, sacó unas cerillas y las depositó en la mesa, al lado de la caja. Empuñando el revólver, se irguió, expectante. Crujió la puerta. Un golpe hizo saltar los cristales del balcón, la cortina se movió. Garin apretó el gatillo. Agachándose, encendió una cerilla, la metió en la máquina y cerró de un golpe la esférica tapa.

Al disparo siguió un corto silencio, e inmediatamente empezó el ataque simultáneo contra la puerta y el balcón. Aporreaban la puerta con un objeto pesado; saltaron astillas de los paneles. La cortina se agitó y cayó al suelo con su listón.

-¡Gastón! -gritó Zoya.

Nariz de Pato saltaba la barandilla, sosteniendo entre los dientes la navaja. La puerta aún resistía. Garin, blanco como una pared, hacía girar el tornillo micrométrico, el revólver bailoteando en su mano izquierda. En la máquina se agitaba, zumbando, la llama. El circulillo de luz en la pared (frente al cañón del aparato) iba disminuyendo, y el empapelado empezó a echar humo. Todos sus músculos en tensión, presto a saltar, Gastón avanzaba pegado a la pared, mirando de reojo el revólver. La navaja la llevaba ya en la mano, con la hoja hacia sí, a la manera española. El circulillo de luz se convirtió en un deslumbrante punto. Jetas bigotudas asomaban por los destrozados paneles de la puerta... Garin tornó con ambas manos el aparato y lo enfiló hacia Nariz de Pato...

Zoya vio que Gastón abría la boca como si quisiera gritar o tragar aire... Una franja de humo cruzó el pecho del hombre, que levantó los brazos y los dejó caer al punto. Gastón se desplomó sobre la alfombra. Como rebanada de pan corlada de una hogaza, se desprendieron del tronco la cabeza y los hombros.

Garin volvió el aparato hacia la puerta. Por el camino, el "cordón de rayos" cortó el cable de la luz, y la lámpara del techo se apagó. Cegador, fino, recto como una aguja, el rayo que salía del cañón del aparato golpeó más arriba de la puerta, y se desprendieron pedazos de madera. El rayo se deslizó más abajo. Se oyó un corto alarido, como si alguien hubiera aplastado a un gato. Alguien, espantado, saltó en medio de la oscuridad. Cayó blandamente un cuerpo. El rayo danzaba a unos dos pies del suelo. Se percibió olor a carne quemada. Y, de pronto, todo quedó en silencio: sólo se oía el zumbido de la llama en el aparato.

Garin tosió y dijo con voz ronca y alterada:

-Hemos terminado con todos.

Tras los rotos cristales del balcón, el viento embestía a los invisibles tilos, que rumoreaban soñolientos, como todas las noches. Desde abajo, en medio de la oscuridad que envolvía los automóviles, alguien gritó en ruso:

-Piotr Petróvich, ¿está usted vivo?

Garin asomó a la ventana, y la voz dijo:

-Cuidado, soy yo. Shelgá. ¿Recuerda nuestro convenio? Tengo a mi disposición el automóvil de Rolling. Hay que escapar. Salve el aparato. Yo espero...

45

Aquella tarde, como todos los domingos, el profesor Reicher jugaba al ajedrez en la pequeña terraza de su apartamento, que se encontraba en el tercer piso de la casa. Contendía con él Henrich Wolf, su discípulo predilecto. Los contrincantes fumaban, toda su atención puesta en el tablero. Hacía ya largo rato que en el extremo de la larga calle se apagaba el ocaso. El negro aire era sofocante. La enredadera que adornaba la terraza aparecía inmóvil. Abajo, frente al cielo tachonado de estrellas, yacía la desierta plaza asfaltada.

Carraspeando y dando resoplidos, el profesor, anciano de blanca y tupida cabellera, meditaba su jugada. Levantó su gruesa mano de amarillas uñas, pero no llegó a tocar la figura. Sacándose de la boca el cigarro puro, a medio fumar, dijo:

-Sí, hay que pensarlo.

-Como usted guste -respondió Henrich.

Su bello rostro, de ancha frente, mentón de trazo firmo y corta y recta nariz, reflejaba el reposo de una poderosa máquina. El profesor tenía más temperamento (la vieja generación), su barba gris acero estaba toda espeluznada, y en su frente, cubierta de arrugas, destacaban unan manchas rojas.

Una alta lámpara con pantalla de color iluminaba sus rostros, unas anémicas criaturillas verdes revoloteaban junto a la bombilla y se posaban en el planchado tapete, erizando sus bigotitos y mirando con los puntitos de sus ojos, sin comprender, por lo visto, que les cabía el honor de presenciar cómo unos dioses se entretenían con un juego celestial. El reloj de la habitación anunció que eran las diez en punto.

Frau Reicher, la madre del profesor, anciana muy pulcra, permanecía inmóvil en su sillón. Ya no podía leer ni hacer punto con luz artificial. A lo lejos, donde en la negra noche ardían las luces de una alta casa, se adivinaban los enormes espacios del pétreo Berlín. De no ser porque su hijo estaba jugando al ajedrez, de no ser por la blanda luz de la lámpara y por los pequeños seres verdes posados en el tapete, el espanto que desde hacía mucho se agazapaba en su alma levantaría de nuevo la cabeza, como tantas veces en aquellos años, y secaría todavía más el lívido rostro de frau Reicher. Era el espanto ante los millones de seres que avanzaban hacia la ciudad, hacia su balcón. Aquellos millones de seres no se llamaban ni Fritz, ni Johan, ni Henrich, ni Otto, sino la masa. Todos ellos iguales, mal afeitados, con caminas de algodón, cubiertos de polvo de hierro y de plomo, llenaban a veces las calles. Pedían muchas cosas, sacando sus pesadas mandíbulas.

Frau Reicher recordaba los benditos tiempos en que su novio, Otto Reicher, volviera vencedor de Sedán, después de haber derrotado al emperador de los franceses. Todo él, barbudo, ruidoso, olía a las correas del uniforme. Ella salió a recibirlo a las afueras de la ciudad. Llevaba un vestido azul, con cintas y flores. Alemania volaba hacia nuevas victorias, hacia la felicidad, junto con la graciosa barba de Otto, junto con el orgullo y las esperanzas. Pronto conquistarían todo el mundo...

La vida de frau Reicher había pasado. Llegó y terminó la segunda guerra. A duras penas lograron salir del pantano en el que se pudrían millones de cadáveres humanos. Y entonces aparecieron las masas. Bastaba con mirar los ojos de aquellos hombres con gorra, para ver que no eran ojos alemanes. Su expresión era terca, triste, incomprensible. Eran unos ojos impenetrables. Frau Reicher se horrorizaba.

Apareció en la terraza Alexéi Semiónovich Jlínov, vistiendo su aseado traje gris de los domingos.

Jlínov saludó a frau Reicher con una reverencia, le deseó buenas noches y se sentó al lado del profesor, que frunció bonachón la nariz e hizo un malicioso guiño, mirando al tablero, sobre la mesa había revistas y periódicos extranjeros. Como todos los intelectuales alemanes, el profesor era pobre. Su hospitalidad quedaba limitada a la blanda luz de la lámpara sobre el tapete recién planchado, a un cigarro puro de veinte pfenings y a su conversación, que quizás valiera más que una cena con champagne y otros lujos.

En los días de trabajo, el profesor se mostraba diligente y adusto desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde. Los domingos "iba gustoso con los amigos al país de la fantasía". Le gustaba hablar "de punta a punta del cigarro puro".

-Sí, hay que pensarlo -dijo de nuevo el profesor, envolviéndose en humo.

-Como usted guste -respondió Wolf, cortés y frío.

Jlínov desplegó *L'Intransigeant* y en la primera página, bajo el titular *Misterioso crimen en Ville d'Avray*, vio una foto con siete hombres despedazados. "Sí, los han hecho cachitos", se dijo Jlínov. Pero lo que leyó a continuación lo dejó pensativo.

> "...Es de suponer que el crimen fue perpetrado con un arma desconocida, con un alambre al rojo o con un rayo térmico de enorme potencia. Hemos conseguido establecer la nacionalidad y el aspecto del criminal: se trata, como era de esperar, de un ruso (seguían las señas del asesino, dadas por la dueña del hotel). La noche del crimen se encontraba con él una mujer. Lo demás sigue envuelto en el misterio. Quizás levante un poco el velo el sangriento hallazgo del bosque de Fontainebleau. Allí se ha encontrado inconsciente, a unos treinta metros de la carretera, a un desconocido. Su cuerpo presenta cuatro heridas de arma de fuego. No se le han ocupado encima documentos u objetos que permitan identificarlo. Por lo visto, fue arrojado allí desde un automóvil. Hasta ahora no se ha logrado hacerle volver en sí..."

46

-¡Jaque! -exclamó el profesor, levantando el caballo comido-. ¡Jaque mate, Wolf, ha sido usted vencido, su parte del tablero está ocupada, se ve usted postrado de rodillas y durante sesenta y seis años tendrá que pagar reparaciones! Tal es la ley de la alta política imperialista.

-¿Me ofrece la revancha? -preguntó Wolf.

-¡Oh, no, quiero disfrutar de todas las ventajas del vencedor!

El profesor dio unos golpecitos en la rodilla a Jlínov.

-¡Qué dicen los periódicos, joven e intransigente bolchevique? Siete franceses despedazados? Qué se le va a hacer, los vencedores siempre son propensos a los excesos. La historia tiende al equilibrio. Pesimismo, sí, pesimismo es lo que llevan a sus casas, con lo que han robado, los señores vencedores. Empiezan a comer demasiadas grasas. Su estómago no puede digerirlas, y repugnantes tóxicos van a parar a la sangre. Despedazan a la gente, se ahorcan con los tirantes, se echan de cabeza al río. Pierden el amor a la vida. A los vencidos les queda el optimismo, a cambio de lo que les han robado. Creer que todo mejora y que todo está perfectamente en el mejor de los mundos posibles es una maravillosa cualidad del hombre. El pesimismo debe ser extirpado de raíz. El sombrío y sangriento misticismo del Oriente, la desesperada tristeza de la civilización helénica, las desenfrenadas pasiones de Roma entre las humeantes ruinas de sus urbes, el cruel fanatismo de la Edad Media, cuando se esperaba cada año el fin del mundo y el juicio final, y nuestro siglo, que construye los castillos de naipes de un ilusorio bienestar y engulle las atroces sandeces del cinematógrafo, ¿qué base tiene, que base tiene, pregunto yo, la endeble psicología del rey de la naturaleza? Su base es el pesimismo... el maldito pesimismo. He leído a su Lenin, querido amigo... Es un gran optimista... Siento respeto por él...

-Su humor es hoy excelente, maestro -dijo sombríamente Wolf.

-¿Sabe por qué? -el profesor se repantigó en su sillón de mimbre, la papada como un fuelle y los ojos brillando alegres y juveniles-. He hecho un

descubrimiento de lo más curioso. He estudiado algunos materiales, he contrapuesto algunos datos y he llegado inesperadamente a una conclusión asombrosa... Si el gobierno alemán no fuera una cuadrilla de aventureros, si estuviera seguro de que mi descubrimiento no había de verse en manos de granujas y ladrones, quizás lo publicara. Pero, no, prefiero callar...

-Creo que a nosotros no nos lo ocultará -dijo Wolf. El profesor guiñó, malicioso, un ojo.

-¿Qué diría usted, amigo, si yo ofreciera a un honrado gobierno alemán... fíjese que subrayo la palabra "honrado", dándole un sentido muy particular... si le ofreciera cuanto oro necesitase?

-¿De dónde? -preguntó Wolf.

-De la tierra, claro está.

-¿De qué tierra?

-Da lo mismo. De cualquier punto de la corteza terrestre... Del centro de Berlín, si quiere. Pero no lo haré. No creo que ese oro nos enriqueciera a nosotros, a mí, a usted, a todos los Fritz y Michel. Quizás fuéramos más pobres todavía. Sólo un hombre, su compatriota -al decir estas palabras el profesor se volvió hacia Jlínov-, ha propuesto emplear el oro en que lo que realmente se debería... ¿Sabe a qué me refiero?

Jlínov sonrió, asintiendo con la cabeza.

-Profesor, estoy acostumbrado a que hable usted en serio -dijo Wolf.

-Me esforzaré por hacerlo. En la tierra de nuestro amigo, en Moscú, los fríos llegan a treinta grados bajo cero. Si vierte usted desde un tercer piso un jarro de agua, ésta cae al pavimento formando bolitas de hielo. La Tierra lleva quince mil millones de años girando en el espacio cósmico. ¿Ha debido -¡qué diablos!- enfriarse en eso tiempo? Yo afirmo que la tierra se ha enfriado hace ya mucho, que ha irradiado todo su calor al espacio interplanetario. Ustedes objetarán: ¿y los volcanes, la lava fundida, los géiseres? Entre la corteza terrestre, débilmente calentada por el Sol, y toda la masa de la tierra hay una capa de metales en fusión: la llamada capa olivínica. Esta capa debe su origen a la *desintegración atómica* de la masa fundamental de la Tierra. Esta masa fundamental es una esfera con la temperatura del espacio interplanetario, es decir, con una temperatura de doscientos setenta y tres grados bajo cero. Los productos de la desintegración -la capa olivínica- son metales en estado líquido: olivino, mercurio y oro. Según numerosos datos, no se encuentran muy hondo, están a una profundidad de quince mil a tres mil metros. En el centro de Berlín puede abrirse un pozo, y el oro líquido fluirá del mismo, como un surtidor de petróleo, de lo profundo de la capa olivínica...

-Es lógico y sugestivo, pero poco verosímil -observó Wolf, tras un corto silencio-. Abrir un pozo tan profundo, con los medios de que hoy se dispone, es imposible...

47

Jlínov descansó su mano en la abierta plana del *L'Intransigeant.*

-Esta foto, profesor, me ha recordado una conversación que tuve en el aeroplano, cuando venía a Berlín. La tarea de abrirse paso a los elementos en desintegración del centro de la Tierra no es tan inverosímil.

-¿Qué relación guarda eso con los franceses despedazados? -preguntó el profesor, encendiendo de nuevo su cigarro.

-El asesinato de Ville d'Avray ha sido perpetrado con un rayo térmico.

Al oír estas palabras, Wolf se acercó a la mesa, y su frío semblante reflejó un vivo interés.

-¡Vaya, de nuevo esos rayos! -el profesor hizo una mueca de disgusto, como si hubiese tragado vinagre-. Todo eso son tonterías, puro bluff, un bulo propalado por el Ministerio de la Guerra inglés.

-El aparato ha sido ideado por un ruso a quien yo conozco -respondió Jlínov-. Se trata de un ingeniero de mucho talento y un gran criminal.

Jlínov contó todo lo que sabía del ingeniero Garin, de su trabajo en el Instituto Politécnico, del crimen en la isla Krestovski, de los extraños hallazgos en el sótano del chalet, del telegrama llamando a Shelgá a París y de que por lo visto, había empezado una frenética caza del aparato de Garin.

-A la vista están las pruebas -dijo Jlínov, señalando la fotografía-. Eso lo ha hecho Garin.

Wolf examinó sombrío la foto. El profesor dijo distraídamente:

-¿Supone usted que con la ayuda de rayos térmicos se puede perforar la tierra? Aunque... a una temperatura de tres mil grados se funden la arcilla y el granito. Sí, es interesante, ¡muy interesante...! ¿No se le puede telegrafiar a ese Garin? ¡Hem...! Si se combina la perforación con el enfriamiento artificial y se montan elevadores eléctricos para extraer la roca, se puede llegar muy profundo... Me ha intrigado usted terriblemente, querido amigo...

En contra de su costumbre, el profesor estuvo hasta casi las dos de la madrugada yendo y viniendo por la terraza, fumando cigarros puros y desarrollando planes a cual más maravilloso.

48

Habitualmente, al abandonar el piso del profesor, Wolf se despedía de Jlínov en la plaza. Esta vez echó a andar a su lado, golpeando la acera con su bastón, puesta en el suelo una sombría mirada.

-¿Cree usted que el ingeniero Garin se ha ocultado con su máquina después de lo ocurrido en Ville d'Avray? -preguntó Wolf.

-Sí.

-¿No puede ser Garin ese "hallazgo sangriento" en el bosque de Fontainebleau?

-¿Quiere usted decir que Shelgá se ha hecho con el aparato...?

-Exactamente...

-No se me había ocurrido eso... Sí, no estaría mal.

-¡Me lo imagino! -dijo irónico Wolf, levantando la cabeza.

Jlínov lanzó una rápida mirada a su interlocutor. Ambos se detuvieron. Un farol lejano iluminaba el rostro de Wolf: sonrisa maligna, ojos fríos y terco mentón. Jlínov dijo:

-En todo caso, eso no son más que conjeturas, por ahora no hay motivo para regañar.

-Claro, claro...

-Mire, Wolf, yo no trato de engañarle y le digo francamente que el aparato de Garin debe volver a la U.R.S.S. Este deseo mío, sin buscar otras causas, hace que me cree en usted un enemigo. Le juro, querido Wolf, que tiene usted una idea muy nebulosa de lo que conviene a su patria.

-¿Quiere usted ofenderme?

-¡Pero, hombre! Aunque, en efecto -Jlínov, se ladeó el sombrero con ademán típicamente ruso. Wolf lo advirtió en seguida y se rascó una oreja-. ¿Acaso después de que hemos matado siete millones de personas de una y otra parte pueden ofender las palabras...? Usted es alemán de pies a cabeza, infantería motorizada, productor de máquinas, y, yo así lo creo, sus nervios son de una materia distinta. Escuche, Wolf, no sé lo que ocurriría si el aparato de Garin cayera en manos de hombres como usted...

-Alemania nunca se resignará a su humillación.

Llegaron a la casa donde se había instalado Jlínov. Se despidieron en silencio. Jlínov se metió en el portal. Wolf quedó plantado en la acera, moviendo lentamente entre sus dientes un apagado cigarro puro. De pronto, se abrió una ventana del entresuelo y Jlínov dijo muy emocionado:

-¡Eh...! ¿Está usted ahí todavía...? ¡Gracias a dios! Wolf, he recibido un telegrama de París, firmado por Shelgá... Oiga lo que dice: "El criminal ha escapado. Estoy herido, tardaré en levantarme. Un peligro inmenso, inconmensurable, amenaza al mundo. Imprescindible su venida a ésta..."

-Yo le acompaño -dijo Wolf.

49

Las sombras del follaje se deslizaban por el blanco store. Afuera se oía un incansable rumoreo: era la lluvia artificial que, en irisadas gotas, caía sobre el césped del jardín del hospital y resbalaba por las hojas del platanero ante la ventana.

Shelgá dormitaba en una blanca habitación de alto techo, iluminada por la luz que penetraba a través del store.

De lejos llegaba el ruido de París. Los sonidos cercanos eran el rumorear de los árboles, el parloteo de los pájaros y el monótono gotear del agua.

De vez en cuando sonaba cerca el claxon de algún automóvil o se oían pisadas en el corredor. Shelgá abría inmediatamente los ojos, mirando alarmado hacia la puerta. No podía moverse. Tenía ambos brazos escayolados y el pecho y la cabeza cubiertos de vendas, su única defensa eran los ojos, pero los dulces sonidos que llegaban del jardín infundían sueño.

Lo despertó una hermana carmelita, toda de blanco, que con sus gordezuelas manos le acercaba solícita a los labios una salsera de porcelana con té. La monja se marchó, dejando en la habitación olor a espliego.

Entre el bueno y la aldrina, pasaba el día. Eran ya siete los que habían transcurrido desde que lo recogieron, inconsciente y ensangrentado, en el bosque de Fontainebleau.

El juez de instrucción lo había interrogado ya dos veces. Shelgá declaró lo siguiente:

-Entre las once y las doce de la noche me atacaron dos personas. Me defendí con el bastón y a puñetazo limpio. Me encajaron cuatro balas, y no recuerdo nada más.

-¿Pudo usted ver el rostro de los agresores?

-Llevaban la parte inferior de la cara tapada con pañuelos.

-¿Dice usted que se defendió con un bastón?

-Era simplemente una vara que recogí en el bosque.

-¿Qué hacía usted a hora tan tardía en el bosque de Fontainebleau?

-Fui a pasear, a ver el palacio, y al regresar por el bosque me perdí.

-¿Cómo explica usted la circunstancia de que cerca del lugar de la agresión se hayan descubierto impresiones frescas de los neumáticos de un automóvil?

-Seguramente porque los criminales llegaron allí en coche.

-¿Para robarle o para matarle?

-Creo que ni para lo uno ni para lo otro. En París no me conoce nadie. No soy funcionario de la embajada. No cumplo ninguna misión política. Apenas si llevaba dinero encima.

-¿Supone, entonces, que los criminales no le esperaban a usted cuando se hallaban en el claro del bosque, junto al roble de tronco bifurcado, donde uno se fumó un cigarrillo y el otro perdió un gemelo con una valiosa perla?

-A juzgar por todo, eran jóvenes del gran mundo que habían perdido todo su dinero en las carreras o en el casino y buscaban una ocasión de llenar su vacío bolsillo. En el bosque de Fontainebleau podían dar con alguna persona atiborrada de billetes de mil francos.

En el segundo interrogatorio, cuando el juez de instrucción le enseñó una copia del telegrama que había enviado a Jlínov a Berlín (al juez se lo había dado la hermana carmelita), Shelgá respondió:

-Es un texto cifrado. Se refiere a la caza de un peligroso criminal que ha escapado de Rusia.

-¿Podría ser más explícito?

-No, ese secreto no me pertenece.

Shelgá respondía a las preguntas sin titubear, mirando a la cara, con aire de hombre honrado y de pocas luces al juez de instrucción, a quien no quedaba otra salida que creer en su sinceridad.

Sin embargo, el peligro continuaba existiendo. Saturaba las columnas de los periódicos, llenas de detalles del "terrible asunto de Ville d'Avray", se ocultaba tras la puerta, tras el blanco store, agitado por el viento, en la blanca salsera de porcelana que le acercaban a los labios las gordezuelas manos de la hermana carmelita.

La salvación estaba en quitarse la escayola y las vendas cuanto antes. Por ello Shelgá permanecía inmóvil, dormitando con un ojo abierto.

50

…En medio de la somnolencia, Shelgá recordó lo siguiente.

Llevaban los faros apagados. El automóvil aminoró la marcha… Garin asomó por la ventanilla y dijo bastante alto.

-Fuerza, Shelgá. Ahora vendrá un claro. Allí .

El coche saltó pesadamente al salvar la cuneta, pasó entre unos árboles, torció y se detuvo.

Bajo las estrellas se extendía un sinuoso claro. A la sombra de los árboles se amontonaban peñascos de vagos contornos.

Pararon el motor. Se percibió un intenso olor a hierba. Murmuraba somnoliento un arroyuelo, sobre el que se rizaba una ligera niebla alejándose, como una vaporosa gasa, hacia lo hondo del claro.

Garin saltó a la mojada hierba. Tendió la mano. Se apeó del coche Zoya Monroz, con el sombrero profundamente calado, y levantó la cabeza hacia las estrellas, estremeciéndose de frío.

-¡Baje usted! -ordenó brusco Garin.

Del automóvil salió, adelantando la cabeza, Rolling. Bajo el ala del bombín brillaron sus dientes de oro.

El agua chapoteaba parlanchina entre las piedras. Rolling sacó del bolsillo el puño, por lo visto crispado hacía ya largo rato y dijo con voz apagada:

-Si aquí se prepara una sentencia de muerte, yo protesto. Protesto en nombre del derecho... En nombre de la humanidad... Protesto como americano..., como cristiano, ofrezco cualquier rescate por mi vida.

Zoya se encontraba de espaldas a él. Garin dijo con una nota de repugnancia en la voz:

-Hubiera podido matarle allí...

-¿Acepta un rescate? -inquirió precipitadamente Rolling.

-No.

-¿Quiere que participe en sus... -Rolling sacudió sus fláccidas mejillas-, en sus extrañas empresas?

-Sí. No creo que lo haya olvidado... En el bulevar Malesherbes... le dije...

-Está bien -respondió Rolling-, mañana le recibiré... Debo volver a pensar en su propuesta.

Zoya profirió muy quedo.

-Rolling, no diga tonterías.

-Mademoiselle -protestó Rolling, con un respingo, por lo que el bombín le cayó sobre la nariz-, mademoiselle... su conducta es algo inusitado... Una traición... Depravación...

Zoya respondió sin alzar la voz:

-¡Váyase usted al cuerno! Hable con Garin.

Entonces, Rolling y Garin se apartaron hacia el roble de tronco bifurcado. Se encendió una linterna de bolsillo. Las dos cabezas se inclinaron. Durante unos segundos no se oyó más que el chapoteo del arroyuelo entre las piedras... "Pero no somos tres, somos cuatro... Aquí hay un testigo", oyó Shelgá la dura voz de Rolling.

-¿Quién hay aquí, quién hay aquí? -preguntó, estremeciéndose en medio de su somnolencia, Shelgá, las pupilas dilatadas, llenándole todo el ojo.

Ante él, sentado en un blanco taburete, el sombrero sobre las rodillas, se encontraba Jlínov.

51

-No adiviné la jugada... No me dio tiempo de pensar -contaba Shelgá a Jlínov-. Hice el tonto de un modo espantoso.

-Su equivocación fue tomar a Rolling en el automóvil -dijo Jlínov.

-Pero si no lo tomé... Cuando en el hotel empezó el tiroteo y la matanza, Rolling estaba, como una rata, metido en el automóvil, un colt en cada mano... Yo no llevaba arma alguna. Trepé al balcón y vi que Garin suprimía a los bandidos... Se lo dije a Rolling... Se acobardó, se puso a resollar y se negó rotundamente a salir del coche... Después quiso pegarle un tiro a Zoya Monroz. Pero Garin y yo le retorcimos los brazos... No había tiempo que perder, empuñé el volante y di gas...

-¿Acaso cuando estaban ya en el llano y ellos deliberaban junto al roble no comprendió usted...?

-Comprendí que estaba copado. Pero qué podía hacer, ¿huir? Sepa que soy deportista... Además, tenía todo un plan... Llevaba en el bolsillo un pasaporte

falso para Garin, con diez visados... Tenía su máquina al alcance de la mano, en el automóvil... ¿Podía yo, en tales circunstancias, pensar mucho en mi pellejo...?

-Bueno... ellos se pusieron de acuerdo...

-Allí, bajo el árbol, Rolling firmó un papel, eso lo vi perfectamente. Después oí que hablaba de la cuarta persona, del testigo, es decir, de mí. Dije a Zoya en voz baja: "Oiga, cuando pasamos cerca del policía, el hombre se quedó con el número de la matrícula. Si me matan ustedes ahora, mañana por la mañana se verán los tres esposados". ¿Sabe lo que me contestó? ¡Vaya mujer...! Por encima del hombro, sin mirarme, dijo: "Está bien, lo tendré en cuenta". ¡Y qué guapa es...! ¡Hija de Satanás! Bueno, Garin y Rolling volvieron al coche. Yo hice como si no hubiera oído nada... Zoya montó la primera. Asomó la cabeza y dijo algo en inglés. Garin se dirigió a mí: "Camarada Shelgá, ahora apriete. A todo gas por la carretera, en dirección oeste". Me agaché ante el radiador... Esa fue mi equivocación. Era el único instante, que podían aprovechar... Con el coche en marcha, no se hubieran atrevido a hacerme nada... Bien, quise poner en marcha el motor... De pronto sentí que algo me golpeaba en los parietales, en el cerebro, como si se hubiera desplomado sobre mí una casa. Me crujieron los huesos, me quemó una luz, y caí de espaldas... Lo único que vi, por un segundo, fue la crispada jeta de Rolling. ¡Hijo de perra! ¡Cuatro balazos me largó...! Después abrí los ojos y me vi en esta habitación.

Su relato había fatigado a Shelgá. Estuvieron callados largo rato. Jlínov preguntó:

-¿Dónde puede encontrarse ahora Rolling?

-¿Cómo que dónde? Pues en París. Moviendo la prensa. He desencadenado una gran ofensiva en el frente de la industria química. Gana el dinero a espuertas. Y yo estoy esperando continuamente que me peguen un tiro por la ventana o que me den un veneno en la salsera. Naturalmente, el tipo ese acabará conmigo...

-¿Y por qué calla usted...? Hay que hacerlo saber inmediatamente al jefe de la policía.

-¡Usted está loco, querido camarada! Si vivo aún es porque no he dicho una palabra.

52

-Así, pues, Shelgá, ¿ha visto usted como funciona esa máquina?

-La he visto, y ahora sé que los cañones, los gases y los aeroplanos son juegos de niños. No olvide usted que no se trata sólo de Garin... Garin y Rolling. La mortífera máquina y miles de millones. Se puede esperar cualquier cosa.

Jlínov levantó el store y permaneció largo rato junto a la ventana, contemplando el esmeraldino césped, al viejo jardinero -el hombre desplazaba con esfuerzo la instalación de lluvia artificial a la parte sombreada del jardín- y a unos mirlos negros que, con aire diligente y preocupado, brincaban bajo unos arbustos de verbena, buscando lombrices en la negra tierra. El cielo, azul, encantador, se extendía sobre el jardín, simbolizando el eterno descanso.

-Quizás -dijo Jlínov- conviniera abandonarlos a sus instintos, dejar que Rolling y Garin se mostrasen en toda su talla, y el fin se acercaría. Este mundo está llamado a perecer... Los únicos que viven racionalmente son los mirlos...

Jlínov se apartó de la ventana y continuó:

-El hombre del siglo de piedra valía, sin duda alguna, mucho más... Gratuitamente, obedeciendo a una necesidad interna, pintaba las cavernas y, al

amor de la lumbre, pulsaba en los mamuts, en las tormentas, en el extraño ciclo de la vida y la muerte y en sí mismo. ¡Respetable ocupación, voto al diablo...! El cerebro era todavía pequeño, el cráneo grueso, pero la energía espiritual emanaba en rayos de la mente del hombre aquel... Pero éstos, los de hoy ¿para qué diablos necesitan las máquinas voladoras? No estaría mal sentar a cualquier elegantón de los bulevares en una caverna, frente al hombre del paleolítico. El velludo ciudadano le preguntaría: "Dime, hijo de una perra sarnosa, lo que has ideado en estos cien mil años" "¡Oh -diría el elegantón- más que pensar, me deleito degustando los frutos de la civilización, señor antepasado...! Si no existiera el peligro de revoluciones del populacho, nuestro mundo sería verdaderamente maravilloso. Mujeres, restaurantes, moderadas emociones en la mesa verde del casino, un poco de deporte... La desgracia es que siempre hay crisis y revoluciones, y eso empieza a cansar..." "¡Puf! -exclamaría el antepasado, clavando en el pisaverde sus centelleantes ojos-. Pues a mí me gusta pensar, ¿comprendes?, pensar, y aquí me tienes lleno de respeto a mi genial cerebro... Quisiera penetrar con él en todos los secretos del universo..."

Jlínov se calló. Sonriendo, escrutaba la penumbra en la caverna del paleolítico. Luego, sacudió la cabeza y dijo:

-¿Qué es lo que buscan Garin y Rolling? Algo que les haga cosquillas. No importa que lo llamen poder sobre el mundo. Eso no es más que cosquillas. En la pasada guerra perecieron treinta millones. Estos se esforzarán por matar a trescientos millones. La energía espiritual se encuentra en profundo colapso. El profesor Reicher sólo almuerza los domingos. Los demás días desayuna dos bocadillos con mermelada y margarina y cena patatas cocidas con sal. Tal es la remuneración del trabajo intelectual. Y será así mientras no hagamos saltar por los aires la "civilización" de esos tipos, mientras no metamos a Garin en un manicomio y no enviemos a Rolling a trabajar de administrador en cualquier rincón de la isla de Wrangel... Tiene usted razón, hay que luchar... En fin, yo estoy dispuesto. La U.R.S.S. debe poseer la máquina de Garin...

-La máquina será nuestra -dijo Shelgá, cerrando los ojos.

-¿Por qué vamos a empezar?

-Por la exploración, como es lógico.

-¿En qué dirección?

-Lo más seguro es que Garin esté ahora construyendo máquinas con una prisa frenética. En Ville d'Avray sólo tenía el modelo. Si le damos tiempo a que haga una máquina de guerra, nos será muy difícil vencerle. Lo primero que hay que saber es dónde está fabricando las máquinas.

-Hará falta dinero.

-Vaya hoy mismo a la calle de Grenelle y hable con nuestro embajador. El ya está advertido. Tendremos dinero. Además, hay que dar con el paradero de Zoya Monroz. Esto es muy importante. Se trata de una mujer inteligente, cruel y con una gran fantasía. Ha ligado hasta la muerte a Garin y a Rolling. Ella es el resorte principal de toda esa maquinación.

-Perdone, pero yo me niego a luchar contra mujeres.

-Esa mujer, Alexéi Semiónovich, es más fuerte que usted y que yo... Aún verterá mucha sangre...

53

Zoya salió de la baja bañera circular y se volvió de espaldas. La doncella le echó encima un albornoz. Con todo el cuerpo cubierto aún de gotitas de agua de mar, Zoya tomó asiento en un banco de mármol.

Por las portillas penetraban los inquietos reflejos del sol, una verdosa luz alegraba las paredes de mármol, el cuarto de baño se mecía ligeramente. La doncella sacó cuidadosamente, como si fueran joyas, las piernas de Zoya y luego le calzó las medias y unos zapatos blancos.

-La ropa interior, señora.

Zoya se levantó perezosamente, y le pusieron una ropa interior casi imperceptible. Miraba Zoya más arriba del espejo, arqueadas las cejas. Le vistieron una falda blanca y una guerrera, también blanca, con botones dorados, tal como correspondía a la dueña de un yate de trescientas toneladas que navegaba por el Mediterráneo.

-¿Va a maquillarse la señora?

-Usted está loca -respondió Zoya, mirando lentamente a la doncella, y subió a cubierta, donde a la sombra, en una baja mesita de mimbre, la esperaba el desayuno.

Zoya se sentó a la mesa. Partió en dos una rebanada de pan y quedó extasiada contemplando el mar. El blanco y estrecho yate a motor se deslizaba por la lámina azul del mar, un poco más oscuro que el límpido cielo. Se percibía el fresco olor de la cubierta, pulcramente fregada. Soplaba un tibio vientecillo, que acariciaba las piernas bajo la falda.

En la cubierta de tablas estrechas y un tanto cóncava, que parecía de ante, podían verse junto a la borda sillones de mimbre, y en el centro, un argentado tapiz de Anatolia con algunos cojines de brocado. Del puente de mando a popa habían tendido un toldo de seda azul, con borlas y flecos.

Zoya exhaló un suspiro y se puso a almorzar.

Pisando blandamente, sonriendo, se acercó al capitán Jansen, un noruego pulcramente afeitado y de sonrosadas mejillas que parecía un niño grande. Con pausado ademán se llevó dos dedos a la visera de la gorra, muy ladeada sobre una oreja.

-Buenos días, madame Lamolle. (Zoya viajaba con ese nombre y bajo bandera francesa.)

El capitán poseía esa ruda elegancia de los marinos y llevaba un uniforme de nívea blancura, esmeradamente planchado. Zoya lo miró de arriba abajo, desde las doradas hojas de roble de la visera de la gorra hasta los zapatos blancos con suela de cáñamo. Quedó satisfecha, y dijo:

-Buenos días, Jansen.

-Permítame informarle, señora, que navegamos rumbo nordeste-este y que en el horizonte se divisa el humo del Vesubio. Antes de una hora estaremos a la vista de Nápoles.

-Siéntese, Jansen.

Con un ademán, Zoya invitó al marino a compartir con ella el desayuno. Jansen se sentó en un taburete de junco, que crujió bajo su fuerte corpachón, pero se negó a desayunar porque lo había hecho ya a las nueve de la mañana. Por cortesía, aceptó una tacita de café.

Zoya examinó fijamente su bronceado rostro, de rubias pestañas. Jansen se puso poco a poco muy colorado y dejó la tacita sobre la mesa sin haber probado el café.

-Hay que tomar agua dulce y carburante para los motores -dijo Jansen sin levantar la mirada.

-¡Cómo! ¿Hay que fondear en Nápoles? ¡Qué fastidio! Anclaremos en el antepuerto, si es que tanto necesita usted agua y carburante.

-Se hará como usted lo desea -dijo muy quedo el capitán.

-Diga, Jansen, ¿eran piratas sus antepasados?

-Sí, señora.

-¡Qué interesante era aquello! ¡Aventuras, peligros, orgías desenfrenadas, raptos de mujeres bellas...! No le da pena no ser pirata.

Jansen no contestó. Sus rojizas pestañas temblequearon. Unas arrugas se dibujaron en su frente.

-Responda.

-Yo he recibido una buena educación, señora.

-Lo creo.

-¿Acaso hay en mi algo que dé pie para creerme capaz de acciones contrarias a la ley y desleales?

-¡Puf! -exclamó Zoya-. Un hombre tan fuerte, tan valiente, tan magnífico, descendiente de piratas, y se dedica a pasear a una mujer, loca como una cabra, por un tibio y aburrido charco. ¡Puf!

-Pero, señora .

-Haga usted alguna locura, Jansen. Estoy aburrida.

-Haré lo que usted quiera.

-Cuando se desencadene una terrible tempestad, haga que el yate se estrelle contra un escollo.

-Lo haré...

-¿Lo dice en serio?

-Si usted lo ordena...

Jansen miró a Zoya. Los ojos del marino reflejaban su ofensa y una admiración reprimida. Zoya se estiró y descansó la mano en la blanca manga de Jansen, diciendo:

-Yo no bromeo con usted, Jansen. Le conozco tan sólo desde hace tres semanas, pero me parece usted uno de esos hombres que saben ser fieles (el marino apretó las mandíbulas). Me parece usted capaz de acciones desleales sí...

En aquel instante, en la pulida escalera que bajaba del puente de mando aparecieron unas piernas que se movían rápidas. Jansen observó precipitado:

-Es la hora, madame...

Bajó el segundo, saludó y dijo:

-Madame Lamolle, son las doce menos tres minutos, ahora mismo la llamarán por radio...

54

El viento agitaba la blanca falda. Zoya subió a la cubierta superior, donde se encontraba la cabina del radiotelegrafista. Entornando los ojos, aspiró el salino aire del mar. Desde arriba, desde el puente de mando, parecía infinita la luz solar que caía sobre el rugoso cristal de las aguas.

Zoya quedó como embrujada, ambas manos puestas en la barandilla. El fino cuerpo del yate, alzado el bauprés, volaba, entre ligeros soplos de viento, por aquella luz que besaba el agua.

El corazón latía tumultuoso, en un arrebato de felicidad. A Zoya le parecía que si soltaba la barandilla se elevaría al aire. El hombre es una creación maravillosa. ¿Con qué magnitud pueden medirse sus inesperadas mudanzas? Las malignas

irradiaciones de su voluntad, el fluido veneno de la codicia, su alma, que se hubiera podido suponer hecha añicos, todo el vergonzoso y oscuro pasado de Zoya había desaparecido, diluyéndose en aquella luz solar...

"Soy joven, joven -se dijo en la cubierta del barco con el bauprés levantado hacia el sol-, bella y buena".

El viento acariciaba su cuello y sus mejillas. Zoya deseaba ardientemente ser feliz. Incapaz aún de apartarse del sol, el cielo y el mar, hizo girar la fría manecilla de la puerta y entró en la cabina de cristal, con los stores bajados en la parte soleada. Zoya tomó los auriculares. Se acodó en la mesa y se tapó los ojos con los dedos, el corazón latiéndole aún tumultuoso. Luego dijo al segundo.

-Déjeme sola.

El hombre salió, mirando con el rabillo del ojo a madame Lamolle. Además de ser endiabladamente bonita, fina, esbelta y "chic", aquella mujer despertaba en los hombres una inquietud inexplicable.

55

Los golpes del cronómetro, dobles como las campanadas que marcaban la hora a bordo, dieron las doce. Zoya sonrió: habían pasado más de tres minutos desde que se levantara del sillón a la sombra del toldo.

"Hay que aprender -se dijo- a percibir cada minuto, a ver en él una eternidad, a saber que nos esperan todavía millones de minutos, millones de eternidades".

Zoya puso los dedos sobre la maneta y la movió hacia la izquierda, sintonizando el aparato en la onda de ciento treinta y siete metros y medio. Entonces, del negro hueco del auricular salió la voz lenta y dura de Rolling:

"...Madame Lamolle, madame Lamolle, madame Lamolle... Escuche, escuche..."

-¡Cálmate, hombre, que ya te escucho! -musitó Zoya.

-¿...Todo marcha bien? ¿No ha ocurrido ninguna desgracia? ¿Tiene todo lo que necesita? Hoy, a la misma hora de todos los días, me sentiré feliz escuchando su voz... Transmita por la misma onda de siempre... Madame Lamolle, no se aleje demasiado de los once grados de longitud este y los cuarenta grados de latitud norte. No está excluido que nos veamos pronto. Aquí todo marcha bien, brillantemente. Quien debe callar, calla. No se preocupe, sea feliz. Le deseo un viaje sin nubes...

Zoya se quitó los auriculares. En su frente había aparecido una arruga. Mirando la saeta del cronómetro, dijo entre dientes: "¡Me tiene harta!" Aquellas declaraciones de amor que le llegaban por radio diariamente la sacaban de quicio. Rolling no podía, no quería dejarla en paz... Estaba dispuesto a perpetrar cualquier crimen con tal de que ella le permitiera decirle todos los días, con su ronca voz, por el micrófono: "No se preocupe, sea feliz. Le deseo un viaje sin nubes".

56

Zoya y Rolling no habían vuelto a verse después del asesinato en Ville d'Avray y en Fontainebleau y de la loca carrera, con Garin al volante, por las desiertas carreteras, inundadas de luz lunar, que llevaban al Havre. Aquella noche, Rolling disparó contra ella, luego probó a insultarla y, por último, se calló. Si no so

equivocaba, en el automóvil incluso había llorado en silencio, la cabeza abatida sobre el pecho.

En el Havre, Zoya embarcó en el "Arizona", yate perteneciente a Rolling, y al amanecer salía al Golfo de Vizcaya. En Lisboa recibió documentación y papeles a nombre de madame Lamolle y pasó a ser la propietaria de uno de los más lujosos yates de Occidente. De Lisboa pasaron al Mediterráneo, donde el "Arizona" navegaba frente a las costas de Italia, manteniéndose en los diez grados de longitud este y los cuarenta de latitud norte.

Inmediatamente se estableció comunicación entre el yate y la emisora particular que Rolling había montado en Medone, en las cercanías de París. El capitán Jansen ponía en conocimiento de Rolling todos los detalles del viaje. El multimillonario llamaba a Zoya todos los días. Ella le informaba cada tarde de su "humor". En aquella monotonía pesaron semana y media, hasta que los receptores del "Arizona", palpando el éter, captaron en las ondas cortas un mensaje transmitido en un idioma desconocido. Se lo comunicaron a Zoya, y ella oyó una voz que paralizó su corazón:

-...Zoya, Zoya, Zoya, Zoya...

La voz de Garin zumbaba en los auriculares como un enorme moscardón que se golpeara contra un cristal. Repetía el nombre de la mujer y después de cierto intervalo decía:

-...Contesta de la una de la noche a las tres de la madrugada.

Y de nuevo:

-Zoya, Zoya, Zoya... Ten cuidado, ten cuidado...

Aquella misma noche, sobre el oscuro mar, sobre la dormida Europa, sobre las antiguas ruinas de Asia Menor, sobre las llanuras de África, cubiertas de las agujas y el polvo de secas plantas, volaron las ondas de una voz femenina:

-...A quien ha pedido se contestase de la una a las tres...

Zoya repitió la llamada muchas veces. Después dijo:

-...Quiero verte. No importa que sea una locura. Fija cualquiera de los puertos italianos... No me llames por mi nombre, te conozco por la voz...

Aquella misma noche y en el mismo instante en que Zoya repetía terca la llamada, confiando en que Garin, -lo mismo si se hallaba en Europa que en Asia o en África- captaría la onda de la emisora electromagnética del "Arizona", a dos mil kilómetros del buque, en París, sonó el teléfono sobre la mesita de noche junto a la cama de matrimonio donde dormía, solo, Rolling, la nariz hundida en la manta.

Rolling se levantó de un salto y descolgó el auricular. La voz de Semiónov dijo apresuradamente:

-Rolling. Ella está hablando.

-¿Con quién?

-Se oye mal, no lo llama por el nombre.

-Está bien, continúe escuchando. Mañana me informará usted.

Rolling colgó el auricular y se metió de nuevo en la cama, pero no pudo conciliar el sueño.

Entre el huracán de foxtrotes, entre los alaridos de los anuncios, entre canciones eclesiásticas corales, comentarios políticos, óperas, sinfonías, boletines de la Bolsa y bromas de famosos humoristas, no era nada fácil captar la débil voz de Zoya.

Para ello se encontraba Semiónov en Medone día y noche. Había conseguido tomar algunas frases dichas por Zoya. Aquello bastaba para excitar la celosa imaginación de Rolling.

Después de la noche en Fontainebleau, Rolling se sentía pésimamente. Shelgá estaba vivo y constituía un peligro terrible. Había tenido que firmar un acuerdo con Garin, a quien, como a un negro, hubiese colgado con verdadero placer de cualquier rama. Quizás Rolling se hubiera mantenido entonces en sus trece, prefiriendo la muerte, el cadalso, a la unión, pero Zoya quebrantó su voluntad. Si se puso de acuerdo con Garin, fue para ganar tiempo, con la esperanza de que aquella loca volvería en sí y, arrepentida, tornaría a su lado... Rolling lloró de verdad en el automóvil, cerrando apretadamente los ojos, en pleno silencio... El mismo no podía comprender por qué... ¡Llorar por una mujer depravada, que vendía su cuerpo...! Pero las lágrimas aquellas fueron amargas y dolorosas... Como una de las condiciones para firmar el acuerdo, Rolling exigió que Zoya hiciera un largo viaje en el yate. (Era necesario para borrar las huellas.) Confiaba en convencerla, en llegar a su conciencia y ganársela conversando con ella por radio todos los días. Aquella esperanza era, quizás, más necia que sus lágrimas en el automóvil.

Como había convenido con Garin, Rolling empezó inmediatamente la "ofensiva general en el frente de la industria química". El mismo día en que Zoya embarcaba en el "Arizona", Rolling tomó el tren y regresó a París. Una vez allí, comunicó a la policía que había estado en el Havre y, cuando regresaba, lo habían atracado por la noche tres bandidos con el rostro tapado con pañuelos. Le habían quitado el dinero y el automóvil. (Mientras tanto -según habían resuelto- Garin cruzó Francia de oeste a este, pasó la frontera de Luxemburgo y hundió el automóvil de Rolling en el primer canal que vio.)

La "ofensiva en el frente de la industria química" comenzó. Los periódicos de París armaron un revuelo fantástico. "Enigmática tragedia en Ville d'Avray", "Misteriosa agresión a un ruso en el parque de Fontainebleau", "Osado atraco al rey de la industria química", "Los millones americanos en Europa", "El hundimiento de la industria nacional alemana", "Rolling o Moscú"; todo ello fue mezclado inteligente y hábilmente en un solo ovillo que, como era de esperar, se le atragantó al pequeño burgués poseedor de valores. La Bolsa se vio conmovida hasta los cimientos. Entre sus grises columnas, junto a las pizarras en las que manos histéricas escribían, borraban y volvían a escribir con tiza las cifras de las acciones en baja, se agitaban y vociferaban hombres enloquecidos, con los ojos dispuestos a saltarles de las órbitas y los labios cubiertos de una espuma marrón.

Pero lo que estaba pereciendo allí era la morralla, todo aquello eran pequeñas bromas. Los grandes industriales y los bancos, apretando los dientes, se aferraban a sus paquetes de acciones. Ni siquiera los cuernos de Rolling, el búfalo americano, podían derribarlos fácilmente. Para aquella operación, la más seria, preparaba Garin su golpe.

Con una "prisa frenética", como había señalado muy acertadamente Shelgá, el ingeniero construía en Alemania una máquina de acuerdo con su modelo. Garin iba de ciudad en ciudad encargando a las fábricas distintas piezas. Para comunicarse con París utilizaba la sección de anuncios de un periódico de Colonia. Rolling, a su vez, insertaba en un periodicucho de París dos o tres líneas por el estilo de: "Centre toda su atención en la anilina...", "Cada día es precioso, no escatime dinero...", etc., etc.

Garin respondía: "Terminaré antes de lo que esperaba..." "He encontrado un buen sitio", "Empiezo...", "Un contratiempo imprevisto..."

Rolling se inquietaba: "Estoy preocupado, fije el día..."

Garin contestaba: "Cuente treinta y cinco a partir del día en que firmamos el acuerdo..."

Con esta noticia de Garin coincidió la llamada telefónica que Semiónov hiciera a Rolling. El rey de la industria química montó en cólera: le estaban tomando el pelo. Las relaciones secretas con el "Arizona", aparte de todo lo demás, representaban un peligro. Sin embargo, al día siguiente, cuando habló con madame Lamolle, Rolling no dijo nada que pudiera denunciar su estado de ánimo.

En las horas de insomnio, Rolling: "estudiaba" de nuevo "su partida" con el mortal enemigo. Encontró errores. Garin no estaba tan bien defendido como suponía. Su equivocación consistía en haber accedido al viaje de Zoya: el desenlace de la partida estaba decidido de antemano. El jaque mate sería anunciado a bordo del "Arizona".

57

Pero lo que ocurría a bordo del "Arizona" era algo distinto de lo que creía Rolling. El recordaba a Zoya como a una mujer inteligente, tranquila y calculadora, fría y leal. Sabía que las debilidades propias de las mujeres le repugnaban. Rolling no podía admitir que durase mucho su pasión por aquel miserable vagabundo, por el bandido de Garin. Un agradable paseo por el Mediterráneo debía despejar su mente.

En efecto, Zoya parecía delirar cuando, en el Havre, la tomó a bordo el "Arizona". Unos días de soledad en medio del mar la calmaron. Se despertaba, vivía y cerraba los ojos en medio de la azul luz, del fulgor de las aguas, bajo el rumorear de las olas, pausado y monótono como la eternidad. Con un estremecimiento de aversión recordaba la sucia alcoba y el cadáver de Lenoire, con aquel espantoso rictus y los ojos vítreos; recordaba la franja de humo en el pecho de Nariz de Pato, el húmedo claro en el bosque de Fontainebleau y los inesperados disparos de Rolling, que hizo fuego como si estuviera matando a un perro rabioso...

Sin embargo, su mente no se despejó, como confiaba Rolling. Veía día y noche maravillosas islas, palacios de mármol con escalinatas bajando al océano... Muchedumbres de gente bella, música, banderas ondeantes... Y ella era la soberana de aquel mundo fantástico...

Los sueños y las visiones en el sillón bajo el toldo azul eran la continuación de la plática mantenida con Garin en Ville d'Avray (una hora antes del asesinato). En todo el mundo, sólo una persona, Garin, podría comprenderla en aquellos momentos. Pero con él estaban relacionados los vítreos ojos de Lenoire y la terrible boca abierta de Gastón Nariz de Pato.

Por eso Zoya sintió que el corazón se le paralizaba cuando, inopinadamente, sonó en los auriculares la voz de Garin... Desde entonces, lo llamaba cada día, implorando unas veces y amenazando otras. Quería verlo y al mismo tiempo le temía. Se le antojaba una mancha negra en el límpido azul del mar y del cielo... Quería hablarle de sus sueños con los ojos abiertos. Quería preguntarle dónde se encontraba la capa olivínica. Zoya iba y venía, como loca, por el yate, privando de todo sosiego al capitán Jansen y al segundo.

Garin respondía:

"...Espera. Todo será como tú lo deseas. Lo que hace falta es que sepas querer. Desea y vuélvete loca. Eso es bueno. Así es como te quiero. Sin ti, mi obra es cosa muerta".

Tal era su último radiograma, captado por Rolling. Zoya esperaba aquel día respuesta a la pregunta de cuándo, exactamente, había que esperarle en el yate. Zoya salió a cubierta y se acodó en la borda. La embarcación apenas si se movía. El viento se había encalmado. En el este se alzaba una tenue neblina, indicio de tierra aún invisible, y el gris penacho del Vesubio.

En el puente de mando, el capitán Jansen bajó la mano que sostenía los prismáticos, y Zoya sintió que la miraba como un embrujado. ¡Cómo no iba a mirarla cuando todas las maravillas del cielo y del mar parecían creadas exclusivamente para que las admirase madame Lamolle, acodada en la barandilla sobre la sima blanquiazul de las aguas!

A Zoya le parecían increíbles y ridículos los tiempos en que, por una docena de medias de seda, por un traje caro o, simplemente, por mil francos, dejaba que la besuqueasen, manchándola con su saliva, sujetos de cortos dedos y mejillas mal rasuradas..., ¡Puf...! París, cabarets, estúpidas cocotas, hombres depravados, la pestilencia de las calles y dinero, dinero, dinero... ¡Qué repugnancia...! ¡Aquello era vivir en un fétido pozo ciego!

Garin le dijo la noche aquella: "Si quiere, será usted vicaria de Dios o del diablo, como más le plazca. Si tiene el deseo de aniquilar a seres vivos -a veces se siente esa necesidad-, podrá hacerlo porque dominará a todo el género humano... Una mujer como usted, Zoya, sabrá encontrar aplicación a los tesoros de la capa olivínica..."

Zoya pensaba:

"Los emperadores romanos se divinizaban a sí mismos. Seguramente, eso les causaba placer. En nuestros tiempos, no sería ése un mal entretenimiento. Para algo debe valer la pobre gente. La encarnación de Dios, una deidad viva en medio de un lujo fantástico... ¿Por qué no? La prensa podría preparar mi divinización fácil y rápidamente. Una mujer fabulosamente bella gobierna el mundo. Eso tendría un éxito indudable. Se podría construir en cualquier isla una suntuosa ciudad para jóvenes elegidos, presuntos amantes de la diosa. Aparecer, como diosa, entre jovenzuelos hambrientos de mujer, sería una sensación bastante agradable".

Zoya encogió un hombro y, mirando otra vez al capitán, dijo:

-Venga aquí, Jansen.

El marino se acercó a grandes zancadas, pisando blandamente la cubierta, recalentada por el sol.

-Jansen ¿no piensa usted que estoy loca?

-No lo pienso, madame Lamolle, y no lo pensaré aunque me mande lo que mande.

-Gracias. Le nombro comendador de la Orden de la Divina Zoya.

Jansen pestañeó asombrado. Luego saludó llevándose dos dedos a la visera de la gorra, bajó la mano y volvió a pestañear. Zoya se echó a reír, y a los labios del capitán afloró una sonrisa.

-Jansen, existe la posibilidad de realizar los deseos más imposibles... todo lo que pueda ocurrírsele a una mujer en un día tan caluroso... Ahora bien, para eso hay que luchar...

-Lucharemos -respondió lacónico Jansen.

-¿Cuántos nudos hace el "Arizona"?

-Hasta cuarenta.

-¿Qué buques pueden darle alcance en alta mar?

-Muy pocos...

-Quizás tengamos que afrontar una prolongada persecución.

-¿Ordena usted que tomemos carburante?

-Sí. Además, tome agua dulce, conservas, champagne... Capitán Jansen, vamos a emprender una aventura muy peligrosa.

-A sus órdenes.

-Yo, Jansen, estoy segura de la victoria, ¿me oye...?

La campana del yate anunció que eran las doce y media... Zoya entró en la cabina del radiotelegrafista. Se sentó ante el aparato. Movió la maneta del receptor. Se oyeron los acordes de un foxtrot.

Frunciendo las cejas, Zoya miró el cronómetro. Garin callaba. Zoya de nuevo movió la maneta, esforzándose por evitar el temblor de sus dedos.

...Una voz desconocida, lenta, dijo en ruso a su oído:

"...Si aprecia usted la vida... el viernes desembarque en Nápoles... Espere noticias en el hotel "Splendid" hasta el sábado al medio día".

Era aquello el final de una frase transmitida por onda de cuatrocientos veintiuno, es decir, por la misma que utilizaba todo el tiempo Garin.

58

Tres noches seguidas se olvidaban de cerrar las maderas de la habitación en que yacía Shelgá. Este lo advertía cada vez a la hermana carmelita y se cuidaba de que echaran como era debido la falleba que unía las maderas.

En aquellas tres semanas, Shelgá había mejorado tanto que podía ya levantarse y sentarse a la ventana, cerca de las frondosas ramas del platanero, de los mirlos negros y de los arcos iris encendidos en el polvo de agua que caía sobre el césped.

Desde allí se veía todo el jardín del hospital, cercado por una elevada tapia. En el siglo XVIII pertenecía aquel lugar a un monasterio destruido por la revolución. Los monjes no son amigos de miradas curiosas. La tapia era alta, con el caballete erizado de brillantes cascos de vidrio.

Para saltar la tapia, había que apoyar en ella una escalera desde la otra parte. Las callejas adyacentes al hospital eran quietas y desiertas, pero los faroles lucían en ellas tan vivamente, y en el silencio se oían con tanta frecuencia tras la tapia las pisadas de los policías, que aquello quedaba descartado.

Naturalmente, de no ser por los cascos de vidrio del caballete, un hombre ágil saltaría la tapia sin escalera. Cada mañana, disimulando tras el store, Shelgá examinaba la tapia, hasta la última piedrecilla. El peligro sólo podía venir por allí. Era poco probable que una persona enviada por Rolling se atreviera a entrar por la puerta. Pero Shelgá no dudaba de que los asesinos harían su aparición de un modo o de otro.

Shelgá esperaba que lo viese el médico para darse de alta. En el hospital todos lo sabían. El médico lo visitaba cinco días a la semana. Esta vez se había puesto enfermo, y Shelgá le dijeron que, sin que lo reconociese el médico jefe, no podrían darlo de alta. Ni siquiera intentó protestar. Había hecho llegar a la embajada soviética que le enviasen la comida de allí. La sopa del hospital la vertía a la pila del lavabo, y el pan lo echaba a los mirlos.

Shelgá sabía que Rolling necesitaba desembarazarse del único testigo. Sus nervios estaban tan excitados que apenas si pegaba ojo. La hermana carmelita le

traía los periódicos, y él se pasaba el día, tijera en mano, estudiando los recortes. A Jlínov le había prohibido que fuera a verlo al hospital. (Wolf estaba en Alemania, en el valle del Rhin, reuniendo datos de la lucha de Rolling contra la compañía alemana de producción de anilina.)

Por la mañana, al acercarse como de costumbre a la ventana, Shelgá lanzó una mirada al jardín e inmediatamente se ocultó tras el store. Aquello incluso lo había alegrado. ¡Por fin! En la parte norte del jardín veíase apoyada en la pared, medio oculta por un tilo, la escalera del jardinero. El extremo sobresalía cosa de media vara por encima de los cascos de vidrio del caballete.

Shelgá exclamó:

-¡Son listos, los canallas!

Lo único que se podía hacer, era esperar. Lo había pensado todo muy bien. La mano derecha, aunque ya sin vendas, la tenía muy débil. La izquierda -con tablillas y escayolada- la monja se la había vendado muy fuertemente contra el pecho. El brazo con la escayola pesaba, por lo menos, unas quince libras. Aquella era su única arma de defensa.

Por cuarta vez, la monja de nuevo se olvidó de cerrar las maderas. Pero esta vez Shelgá no protestó y, desde las nueve, se fingió dormido. Oyó cómo cerraban los postigos en los dos pisos. Su ventana de nuevo quedó abierta de par en par. Cuando se apagó la luz, saltó de la cama y, con su débil mano derecha y con los dientes, se puso a soltar la venda que paralizaba su brazo izquierdo.

Shelgá hacía un alto de vez en cuando y, conteniendo la respiración, aguzaba el oído. Por fin, el brazo pendió libre. Podía enderezarlo hasta la mitad. Examinó el jardín, iluminado por un farol de la calle, y vio que la escalera seguía tras el tilo. Arrolló la manta y la metió bajo las sábanas; en la penumbra parecía que en la cama dormía un hombre.

Afuera todo estaba en silencio; únicamente se oía el gotear del agua. Un arrebol liláceo temblequeaba en las nubes sobre París. El ruido de los bulevares no llegaba al hospital. La negra sombra del platanero pendía inmóvil.

En las cercanías se oyó el motor de un automóvil. Shelgá quedó alerta y le pareció oír cómo le latía el corazón al mirlo dormido en una rama del platanero. Pasó un buen rato. Del jardín llegó un leve ruido, como si alguien restregara una madera contra el muro.

Shelgá se retiró hacia la pared, escondiéndose tras el store. Bajó el brazo escayolado. "¿Quién será? ¿Quién será? -pensó-. ¿Quizás Rolling en persona?"

Susurraron las hojas y el mirlo se alarmó. Shelgá miraba el entarimado, sobre el que caía la débil luz que penetraba por la ventana; en él debía aparecer la sombra del hombre.

"No disparará -se dijo Shelgá-, hay que esperar alguna porquería al estilo del fosgeno..." En el entarimado empezó a alzarse la sombra de una cabeza con el sombrero profundamente calado. Shelgá levantó el brazo, para que el golpe fuera más rotundo. La sombra creció hasta los hombros y levantó, abiertos, los dedos...

-Shelgá, camarada Shelgá -musitó en ruso la sombra-, soy yo, no tema...

Shelgá esperaba todo, menos aquellas palabras, menos aquella voz. No pudo evitar un grito. Con ello delató su presencia, y el hombre aquel se metió de un salto en la habitación y, para protegerse de un posible golpe, alzó ambas manos. Era Garin.

-Como me suponía, esperaba usted que lo atacasen -dijo precipitadamente el ingeniero-. Esta noche debían matarlo. A mí eso no me conviene. No puede imaginarse lo que arriesgo, pero debo salvarlo. Vamos, ahí tengo mi automóvil.

Shelgá se apartó de la pared.

Garin sonrió alegre, al ver el brazo escayolado presto a golpear.

-Oiga Shelgá, le juro que no tengo la culpa. ¿Recuerda nuestro convenio de Leningrado? Yo juego con toda honradez. La desagradable broma de Fontainebleau se la debe usted exclusivamente a ese canalla de Rolling. Puede creerme. Vamos, cada segundo es precioso...

Shelgá dijo:

-Está bien, usted se me lleva de aquí, pero ¿y después?

-Lo esconderé... Por poco tiempo, no tema. Hasta que Rolling me dé la mitad... ¿Lee usted los periódicos? Rolling tiene más suerte que un ahorcado, pero no puede jugar sin trampas. ¿Cuánto quiere usted, Shelgá? Diga la primera cifra que se le ocurra. ¿Diez, veinte, cincuenta millones? Le extenderé un recibo...

Garin hablaba en voz baja, precipitadamente, lo mismo que si estuviera delirando, y todos los músculos de su rostro temblaban.

-No sea tonto, Shelgá, ¿es usted un hombre de principios...? Le propongo que actuemos juntos contra Rolling... ¡Ea..., vamos!

Shelgá se negó, moviendo obstinado la cabeza.

-No quiero; no iré con usted.

-De todos modos, lo matarán.

-Ya veremos.

-Las enfermeras, los guardianes, la administración, todos se han vendido a Rolling. A usted lo estrangularán. Lo sé de buena tinta... No pasará de esta noche... ¿Ha advertido usted a la embajada? Bueno, ¿y qué...? El embajador pedirá explicaciones, y el gobierno francés, en el mejor de los casos, presentará sus excusas... Eso no hace que las cosas mejoren para usted. Rolling necesita suprimir al único testigo... No consentirá que transponga usted el umbral de la embajada soviética...

-Le he dicho que no voy con usted... No quiero...

Garin, tomando aliento, miró hacia la ventana.

-Está bien. En tal caso, me lo llevaré en contra de su voluntad.

Al decir estas palabras, el ingeniero dio un paso atrás y hundió la mano en el bolsillo del abrigo.

-¿En contra de mi voluntad? ¿Y cómo se las va a arreglar?

-Pues así...

Garin sacó rápido del bolsillo una careta antigás con un corto cilindro y se la aplicó precipitadamente a la boca; a Shelgá no le dio tiempo de gritar: un chorro de aceitoso líquido golpeó su rostro... Lo último que vio fue la mano de Garin, apretando una pera de goma... Un aromático y dulzón estupefaciente adormeció a Shelgá.

59

-¿Hay alguna novedad?

-Sí. Buenos días, Wolf.

-Vengo directamente de la estación y traigo más hambre que en el año 1918.

-Parece usted muy satisfecho, Wolf. ¿Se ha enterado de muchas cosas?

-Alguna cosilla hemos sabido... ¿Vamos a hablar aquí?

-Sí, pero rápido.

Wolf se sentó al lado de Jlínov en el banco de granito al pie de la estatua ecuestre de Enrique IV, de espaldas a las negras torres de la Conserjería. Abajo, allí donde la Cité terminaba en un puntiagudo cabo, se inclinaba sóbrelas aguas

un sauce llorón. En tiempos se retorcían allí, asándose en las hogueras, los caballeros de la Orden de los Templarios. Lejos, tras decenas de puentes que al agua reflejaba, se ponía el sol, envuelto en un sucio resplandor anaranjado. En los malecones y las gabarras metálicas cargadas de arena podían verse, armados de cañas de pescar, a algunos franceses, buenos burgueses arruinados por la inflación, por Rolling y por la guerra mundial. En la orilla izquierda, en el parapeto de granito del malecón, con sus puestos extendiéndose hasta el edificio del ministerio de Negocios Extranjeros, se aburrían, al sol de la tarde, los libreros de viejo y su mercancía que ya nadie necesitaba en aquella ciudad.

Allí, acababa sus días el viejo París. Ante los puestos de libros, junto al malecón, ante las jaulas con pajarillos, ante los abatidos pescadores, deambulaban personas de avanzada edad, ojos escleróticos, bigotes que les tapaban la boca, capa de ancho vuelo y viejo sombrero de paja... En tiempos, aquélla era su ciudad... Allí, en la Conserjería, bramaba Dantón como un toro arrastrado al matadero. A la derecha, tras la techumbre de pizarra del Louvre, donde envueltos en una turbia niebla se extendían los jardines de las Tullerías, tuvieron lugar ardorosas jornadas, cuando a lo largo de la calle de Rivoli silbaba la metralla del general Galliffet. ¡Oh, cuanto oro poseía antes Francia! Cada piedra, si se sabía escuchar, hablaba de un gran pasado. Pero, el diablo sabía por qué, resultó de pronto que el dueño de la ciudad era un monstruo venido de allende el océano, Rolling, y al buen burgués ya no le quedaba otra cosa que pescar con caña, abatida la cabeza... ¡Ay, ay, ay! ¡Oh, la, la!

Encendiendo su pipa, cargada de fuerte tabaco. Wolf dijo:

-Las cosas están así. La compañía alemana productora de anilina es la única que no quiere, por nada del mundo, ponerse de acuerdo con los americanos. El gobierno ha concedido a la compañía un subsidio de veintiocho millones de marcos. Actualmente, Rolling aplica todos sus esfuerzos para hundir la anilina alemana.

-¿Juega a la baja? -preguntó Jlínov.

-Para el 28 de este mes vende acciones de la compañía de anilina por sumas colosales.

-Esas noticias son muy importantes, Wolf.

-Sí, hemos encontrado la pista. Por lo visto, Rolling está seguro de su juego, aunque las acciones no han bajado ni en un pfening y hoy estamos ya a veinte... ¿Comprende usted en qué cifra sus esperanzas?

-¿Quiere usted decir que lo tienen todo preparado?

-Supongo que ya han montado la máquina. ¿Dónde se encuentran las fábricas de la compañía de anilina?

-En el valle del Rhin, cerca de N. Si Rolling aplasta a la compañía de anilina, será dueño y señor de toda la industria europea. Nosotros no podemos consentir esa catástrofe. Nuestro deber es salvar la anilina alemana. (Jlínov se encogió de hombros, pero se calló.) Comprendo que no se puede remediar lo irremediable. Nosotros dos no tenemos fuerza suficiente para rechazar la embestida de América. Pero, ¿quién sabe?, la historia gasta a veces bromas inesperadas.

-¿Algo así como las revoluciones?

-Supongamos que sí.

Jlínov miró a su interlocutor con cierta sorpresa. Los amarillos ojos de Wolf, muy abiertos, expresaban viva cólera.

-Los burgueses, Wolf, no harán nada por salvar a Europa.

-Ya lo sé.

-¿Qué me dice?

-En este viaje he visto muchas cosas... Los burgueses -los franceses, los alemanes, los ingleses, los italianos- venden criminal, ciega y cínicamente el Viejo Mundo. El fin de la cultura ha sido una subasta... Sí, una subasta pública.

Wolf, todo sofocado, continuó:

-Me he dirigido a las autoridades, he hecho alusión al peligro, he pedido que me ayudaran a dar con Garin... Les he dicho palabras terribles... Se han reído en mis barbas... ¡Al diablo...! Yo no soy de los que retroceden.

-Wolf, ¿de qué se ha enterado usted en el valle del Rhin?

-Me he enterado... El gobierno alemán ha hecho grandes pedidos militares a la compañía de anilina. En las fábricas de la compañía, el proceso de producción se encuentra en la etapa más peligrosa. En los talleres están elaborando hoy día casi quinientas toneladas de tetrilo.

Jlínov se levantó rápidamente. El bastón en que se apoyaba se dobló. Volvió a sentarse.

-En los periódicos ha aparecido un suelto hablando de la necesidad de alejar lo más posible de las malditas fábricas las colonias obreras. En la compañía de anilinas trabajan más de cincuenta mil obreros... El periódico que publicó el suelto ese fue multado... Ahí veo la mano de Rolling...

-¡Wolf, no podemos perder ni un solo día!

-He encargado dos billetes para hoy, para el tren de las once.

-¿Vamos a N?

-Creo que sólo allí podremos dar con la pista de Garin.

-Ahora mire lo que he conseguido yo -dijo Jlínov sacando del bolsillo unos recortes de periódico-. Hace tres días estuve con Shelgá... Me hizo partícipe de sus deducciones: Rolling y Garin debían comunicarse...

-Naturalmente. Todos los días.

-¿Por correo? ¿Por telégrafo? ¿Qué piensa usted, Wolf?

-En ningún caso. Esa gente no deja huellas escritas.

-En tal caso, ¿quizás por radio?

-Como que van a gritar para que los oiga toda Europa... No...

-¿A través de intermediarios?

-No... Veo que Shelgá es un águila. ¡Vengan los recortes...!

Wolf dispuso los recortes sobre sus rodillas y leyó atentamente lo subrayado con lápiz rojo:

"Centre toda su atención en la anilina". "Empiezo". "He encontrado un buen sitio".

-"He encontrado un buen sitio" -barbotó Wolf-. Este periódico es de la ciudad de E, cerca de N... "Estoy preocupado, fije el día". "Cuente treinta y cinco a partir del día del acuerdo". Sólo pueden ser ellos. La noche de la firma del acuerdo en Fontainebleau fue el 23 del mes pasado. Añada treinta y cinco y obtendremos el 28 de este mes, el día fijado para la venta de las acciones de la anilina...

-Siga, siga, Wolf...

-"¿Qué medidas ha tornado usted?" Eso lo pregunta Garin desde K. Al día siguiente aparece en un periódico de París la respuesta de Rolling: "El yate está preparado. Llegará a los dos días. Se le comunicará por radio". Aquí, hace cuatro días, Rolling pregunta: "¿No se verá la luz?". Garin responde: "En torno todo está desierto. La distancia es de cinco kilómetros".

-En otras palabras, el aparato lo han montado en los montes: proyectar el rayo a una distancia de cinco kilómetros sólo se puede desde una altura. Oiga, Jlínov, tenemos el tiempo más que contado. Si tomamos como radio cinco kilómetros y

como centro las fábricas, habremos de explorar un área de treinta y cinco kilómetros de circunferencia, por lo menos. ¿Hay alguna indicación más?

-No. Me disponía a telefonearle a Shelgá. Debe tener los recortes de ayer y de hoy.

Wolf se levantó. Pudo apreciarse que los músculos se ponían en tensión bajo su ropa.

Jlínov propuso telefonear desde un cercano café de la margen izquierda. Wolf cruzó el puente con tanta rapidez que un viejete con pescuezo de polluelo, que vestía una vieja y mugrienta chaqueta, impregnada, quizás, de solitarias lágrimas por aquellos que se llevó la guerra, y un polvoriento sombrero, sacudió la cabeza y miró largamente a los extranjeros que se alejaban corriendo:

-¡Oh, estos extranjeros! Cuando tienen dinero en el bolsillo, empujan y corren como si estuvieran en su casa... ¡Oh...! ¡Qué salvajes!

En el café, de pie ante el mostrador revestido de cinc, Wolf bebía agua de Seltz. Tras el cristal de la cabina telefónica veía la espalda de Jlínov: sus hombros se encogieron, y pareció como si todo él quisiera meterse en el auricular. Luego salió de la cabina con el semblante tranquilo, pero blanco como una pared.

-Del hospital me han contestado que Shelgá desapareció anoche. Se han tomado todas las medidas para localizar su paradero... Creo que lo han asesinado.

60

Crepitaba la ramiza en el hogar, ahumado en el transcurso de dos siglos, con grandes y herrumbrosos ganchos para las salchichas y los perniles y con dos santos de piedra a los lados. En una de las imágenes colgaba el sombrero gris de Garin y en la otra una mugrienta gorra de oficial. Tras la mesa, iluminados tan sólo por el fuego de la chimenea, había cuatro hombres. Ante ellos veíase un botellón revestido de mimbre y unos vasos llenos de vino.

Dos de los hombres vestían como gente de la ciudad. Uno de ellos era pomuloso, fuerte, con corto y áspero pelo; el otro tenía una cara muy alargada y de expresión feroz. El tercero era el general Subbotin, dueño de la granja en cuya cocina se celebrada el conciliábulo. Vestía el general una sucia camisa de lienzo con las mangas subidas. La piel de su rasurada cabeza estaba en incesante movimiento, y el vino ponía purpúrea su gruesa cara de erizado bigote.

El cuarto, Garin, llevaba un traje de turismo. Pasando distraídamente el dedo por el borde del vaso, dijo:

-Todo eso está muy bien... Pero yo insisto en que a mi prisionero, aunque es bolchevique, no se le cause el menor daño. Denle de comer tres veces al día, con vino, verduras y fruta... Dentro de una semana me lo llevaré... ¿A que distancia se encuentra la frontera belga...?

-En coche, a tres cuartos de hora de aquí -respondió, inclinándose precipitadamente hacia la mesa, el hombre de la cara alargada.

-Todo quedará en secreto... Comprendo, señor general y señores oficiales (Garin sonrió irónico), que ustedes, como aristócratas, como personas fieles sin reservas a la memoria de nuestro mártir emperador, actúan hoy movidos por consideraciones superiores, puramente ideológicas... De no ser así, no hubiera recurrido a ustedes...

-Sí, de eso huelga hablar, aquí todos somos gente de sociedad -terció el general con su ronca voz, moviendo la piel de su cráneo.

-Las condiciones, repito, son las siguientes: por la pensión completa del prisionero les pagaré mil francos diarios. ¿De acuerdo?

El general volvió sus congestionados ojos hacia sus compañeros. El oficial de pómulos salientes mostró su blanca dentadura, y el de la cara larga bajó los ojos.

-¡Ah, me olvidaba! -dijo Garin-. Perdonen, señores, aquí tienen un adelanto...

El ingeniero sacó un puñado de billetes de mil francos del bolsillo en que llevaba el revólver y los dejó caer sobre la mesa, en un charco de vino.

-Tengan la bondad...

El general carraspeó, se acercó los billetes, los examinó, los limpió luego de vino, restregándolos contra su vientre, y se puso a contarlos, resoplante su nariz de velludas ventanas. Sus compañeros se acercaron a él, brillantes de codicia los ojos.

Garin se levantó y dijo:

-Traigan al prisionero.

61

Shelgá tenía los ojos vendados con un pañuelo. Echado sobre los hombros llevaba un abrigo de cuero, de los usados por los automovilistas. Sintió el calor del hogar, y las piernas le temblaron. Garin le acercó un taburete, Shelgá se sentó al instante, dejando caer sobre las rodillas la mano escayolada.

El general y los dos oficiales lo miraban con ojos siniestros, y parecía que a la menor señal harían trizas al hombre aquel. Pero Garin no dio señal alguna. Palmoteando a Shelgá en la rodilla, dijo muy campechano:

-Aquí no pasará usted ninguna necesidad. Se encuentra entre personas decentes, a las que se ha pagado bien. Dentro de unos días lo pondré en libertad. Camarada Shelgá, déme palabra de que no intentará fugarse, escandalizar y atraer la atención de la policía.

Shelgá denegó, meneando su agachada cabeza. Garin se inclinó hacia él para advertirle:

-De lo contrario, me será difícil garantizar la comodidad de su estancia aquí... ¿Qué, da su palabra?

Shelgá dijo muy lento, en voz baja:

-Doy palabra de comunista... (Al sonar estas palabras, la rasurada piel del cráneo del general se movió hacia sus orejas, y los oficiales cambiaron rápidos una mirada, sonriendo torcidamente.) Doy palabra de comunista de matarle a la primera oportunidad, Garin... Doy palabra de quitarle la máquina y llevarla a Moscú... Doy palabra de que el día 28...

Garin no le dejó acabar: agarrándole por la garganta, gritó:

-¡Cállate...! ¡Imbécil...! ¡Loco...! Volviéndose, dijo imperioso:

-Señores oficiales, les advierto que este hombre es muy peligroso y se encuentra dominado por una obsesión...

-Por eso digo yo -berreó el general- que lo mejor es encerrarlo en la bodega. Llévense al prisionero...

Garin sacudió aprobatorio la cabeza. Los oficiales agarraron a Shelgá, lo empujaron hacia la puerta y lo condujeron, casi a rastras, a la bodega. Garin dijo, al tiempo que se ponía sus guantes de automovilista:

-El día 28 por la noche, volveré. El 30, Excelencia, puede usted poner fin a sus experimentos de cunicultura, encargar un camarote de primera en un

trasatlántico y vivir como un señor, si le place, en la Quinta Avenida de Nueva York.

-¿Hay que dejar alguna documentación para ese hijo de perra? -preguntó el general.

-Un pasaporte cualquiera. Eso queda a su elección, Excelencia.

Garin sacó del bolsillo un paquete atado con una soguilla. Eran los documentos que había robado a Shelgá en Fontainebleau. Por falta de tiempo, no los había examinado aún.

-Aquí, por lo visto, tenemos los pasaportes preparados para mí. Muy previsoramente obran... Aquí tiene, Excelencia...

Garin arrojó sobre la mesa un pasaporte y, echando un vistazo a lo que había en la cartera, se interesó de pronto y se acercó a la lámpara. Sus cejas se fruncieron, soltó una maldición y, rápido, salió por la puerta por la que se habían llevado a Shelgá.

62

Shelgá yacía sobre un colchón extendido en el suelo de piedra. Un quinqué iluminaba el techo de la bodega, unos barriles vacíos y una selva de telarañas. Garin tardó unos instantes en descubrir a Shelgá. De pie ante el prisionero, se mordió los labios y, luego, dijo:

-Me he dejado llevar de mi genio; no se enfade Shelgá. Creo que, en fin de cuentas, sabremos entendernos. Pongámonos de acuerdo. ¿Quiere?

-Pruebe.

Garin hablaba con voz insinuante, de modo muy distinto a como lo hiciera diez minutos antes. Shelgá se puso en guardia. Sin embargo, las emociones de aquella noche, los restos del gas narcótico -parecía que le zumbaba todo el cuerpo- y el dolor que sentía en el brazo, debilitaban su vigilancia. Garin se sentó en el colchón. Encendió un cigarrillo y quedó pensativo...

"¿Qué querrá el canalla? ¿Qué querrá?" se dijo Shelgá, el rostro crispado por el insoportable dolor de cabeza.

Garin se abrazó una rodilla, echó una bocanada de humo, levantó los ojos al abovedado techo y empezó:

-Mire, Shelgá, ante todo debe usted saber que yo no miento nunca... Puede que sea porque desprecio a la gente, pero eso no tiene importancia. Bien, he de decirle que a Rolling, con sus miles de millones, no lo voy a necesitar siempre, sólo hasta que... Lo mismo que él no me va a necesitar siempre a mí... Creo que, pese a su idiotez, ya lo ha comprendido... Rolling ha venido aquí para colonizar Europa. Si no lo logra, reventará en América con sus miles de millones. Rolling es un animal, y no ve otro objetivo que embestir, cornear, pisotear. No tiene ni un ápice de fantasía... La única pared contra la que se puede partir la crisma es la Rusia soviética. El lo comprende, y toda su furia la orienta hacia su amada patria, amigo... Yo no me considero ruso, (añadió esto precipitadamente), yo soy internacionalista...

-Está claro -dijo Shelgá, sonriendo despectivo.

-Nuestras relaciones son las siguientes: hasta llegado cierto tiempo, trabajaremos juntos...

-Hasta el veintiocho...

Garin, rápidamente, brillantes los ojos, miró irónico a Shelgá.

-¿Lo ha averiguado usted por los periódicos?

-Es posible...

-Bueno..., supongamos que sea hasta el veintiocho. Después debemos inevitablemente roernos el gañote el uno al otro... Si vence Rolling, la Rusia soviética se verá en una situación dos veces más terrible: el aparato quedará en sus manos y a ustedes les será extraordinariamente difícil luchar contra él... Pues bien, camarada Shelgá, pasando aquí una semanita, en compañía de las arañas, aumenta usted terriblemente, inconmensurablemente, mis probabilidades de victoria.

Shelgá cerró los ojos. Garin, sentado a sus pies, fumaba nervioso. Shelgá dijo:

-¿Para qué diablos necesita usted mi consentimiento, cuando sin él me tendrá aquí todo el tiempo que desee? Dígame, sin rodeos, qué es lo que quiere...

-Ya era hora, hombre... Eso es mejor que lo de "palabra de comunista" Le juro que eso me ha dolido mucho, me ha disgustado mucho... Ahora me parece que empieza usted a comprender las cosas. Somos enemigos, es cierto... Pero debemos trabajar juntos... Desde su punto de vista, yo soy un engendro, un individualista espantoso... Yo, Piotr Petróvich Garin, por la gracia de las fuerzas que me han creado con mi genial cerebro, no se ría, Shelgá, sí, sí, con mi genial cerebro y mis pasiones atávicas, que a veces me llenan de angustia y espanto, con mi codicia y mi falta de principios, me opongo, literalmente, a toda la humanidad.

-¡Menudo canalla! -exclamó Shelgá.

-Exactamente: "menudo canalla", me ha comprendido usted. Soy un sibarita y quiero entregar al placer cada segundo de mi vida. Tengo una prisa loca por acabar con Rolling para no perder esos preciosos segundos. Allí, en Rusia, son ustedes una idea militante, materializada. Yo no tengo ninguna idea: de modo consciente, con fervor religioso, odio todas las ideas. Me he propuesto un fin: crear un ambiente tal (no voy a describirlo, para no fatigarle), rodearme de tal lujo que los jardines de Babilonia y demás chiquillerías orientales sean una indigente fantasía ante mi paraíso. Haré que toda la ciencia, toda la industria y todo el arte estén a mi servicio. Usted, Shelgá, comprenderá que yo soy para ustedes un peligro lejano y muy fantástico. Rolling es un peligro concreto, cercano, terrible. Por eso, hasta cierto punto, debemos ir juntos hasta que Rolling no sea barrido. No le pido nada más.

-¿Y en qué debe expresarse mi ayuda? -preguntó Shelgá entre dientes.

-Necesito que dé usted un pequeño paseo por mar.

-En otras palabras: ¿quiere usted alargar mi cautiverio?

-Sí.

-¿Y que me dará para que no grite pidiendo socorro al primer policía con que nos encontremos cuando me lleve usted al mar?

-Cualquier suma.

-Yo no quiero ninguna suma.

-¡No está mal! -dijo Garin, rebullendo nervioso sobre el colchón-. ¿Y por el modelo de mi aparato, aceptaría? (Shelgá resopló) ¿No me cree? ¿Supone que lo engañaré? ¿Qué no le daré el modelo? Ea, adivínelo: ¿le engañaré o no? (Shelgá se encogió de hombros.) ¡Ah...! La idea del aparato es sencilla hasta la necedad... Por mucho que haga, no podré mantenerla en secreto largo tiempo. Tal es la suerte de los inventos geniales. Después del 28, todos los periódicos describirán la acción de los rayos infrarrojos, y los alemanes, precisamente los alemanes, construirán dentro de seis meses una máquina idéntica a la mía. Yo no arriesgo nada. Coja el modelo y lléveselo a Rusia. Por cierto, tengo sus pasaportes y papeles... Ya no los necesito para nada... Perdone que los haya escudriñado. Soy

terriblemente curioso... ¿Qué foto es ésa en la que hay un chiquillo con un tatuaje?

-Es un niño vagabundo -respondió Shelgá sin titubear comprendiendo, pese al dolor de cabeza, que Garin iba a tratar de lo principal para él, de lo que lo había llevado a la bodega.

-La fotografía está fechada en el dorso el doce del mes pasado, ¿fotografió usted al chico la víspera de su partida...? ¿Trajo la foto para mostrármela a mí? ¿No la enseñó a nadie en Leningrado?

-No -dijo entre dientes Shelgá.

-¿Qué han hecho del chico? Vaya, vaya, no me había dado cuenta, incluso apuntó usted su nombre: Iván Gúsiev. ¿Lo fotografió en la terraza del club náutico? Conozco el sitio... ¿Y qué le contó el chico? ¿Mántsev está vivo?

-Sí, está vivo.

-¿Ha encontrado lo que buscaban?

-Parece que sí.

-¿Ve usted? Yo siempre tuve fe en Mántsev. Garin no se equivocó.

Shelgá tenía estructurada la cabeza de tal modo, que no podía mentir, primero porque le repugnaba, y segundo porque en el juego y en la lucha consideraba indigna la mentira. Unos instantes después, Garin conocía la historia de la aparición de Iván y todo lo que el chico dijo de los trabajos de Mántsev.

-Así. pues, -concluyó Garin, y se levantó, frotándose satisfecho las manos- si salimos de aquí en automóvil el 29 por la noche, nos llevaremos el modelo del aparato y lo ocultaremos donde usted diga... En fin, ¿le basta con esa garantía? ¿Está de acuerdo?

-De acuerdo.

-¿No intentará matarme?

-Por el momento, no.

-Voy a ordenar que lo pasen a usted arriba, aquí hay demasiada humedad. Repóngase, coma y beba cuanto le plazca.

Garin, campechano, elegante, hizo un guiño y salió de la bodega.

63

-¿Cómo se llama usted?

-Soy el capitán Alexandr Ivánovich Volshin, del regimiento del general Kúlnev, respondió el oficial de pronunciados pómulos, poniéndose firme ante Garin.

-¿De qué vive usted?

-Trabajo de jornalero para el general Subbotin, criando conejos. Me paga veinte sous al día y la comida. Antes era chofer y ganaba bien, pero los de mi regimiento me persuadieron para que los representase en el congreso de los monárquicos. En la primera sesión me acaloré y le di en los hocicos al coronel Sherstobítov, partidario del príncipe Kiril. Me quitaron el mandato y me quedé sin trabajo.

-Yo le ofrezco un trabajo peligroso. El sueldo será elevado. ¿Acepta?

-A sus órdenes.

-Irá usted a París. Allí le darán una recomendación. Lo incluirán en plantilla. Con documentos y una credencial saldrá usted para Leningrado... Allí buscará al chiquillo que ve en esta fotografía...

64

Pasaron cinco días. Nada alteró la quietud de la pequeña ciudad de K. sita en un verde y húmedo valle próximo al Rhin, cerca de las célebres fábricas de anilina.

En las sinuosas callejas de estrechas aceras golpeteaban alegremente por las mañanas las suelas de madera de los escolares, se oían los grávidos pasos de los obreros y se veía a las mujeres que llevaban los cochecitos de los niños a la sombra de los tilos, hacia el río... Un barbero con chaleco de piqué salía de la peluquería para dejar junto a la pared una escalerilla de tijera. El aprendiz se subía a ella y limpiaba la bacía de cobre, ya deslumbrante, y la blanca cola de caballo. En el café lavaban los ventanales. Traqueteaba un carro de enormes ruedas, cargado de barriles de cerveza vacíos.

Era una vieja ciudad, muy barrida y aseada, silenciosa en las horas en que el sol calentaba las jibosas piedras del pavimento y animada por calmosas voces al atardecer, cuando obreros y obreras regresaban de las fábricas, se encendían las luces de los cafés y un viejo farolero, con corta capa cuya edad Dios sabría, recorría las calles, arrastrando sus suelas de madera, para encender los faroles.

De las puertas del mercado salían con sus cestos las mujeres de los obreros y las señoras de la pequeña burguesía. Antes llevaban en los cestos aves, verdura y fruta dignas de las naturalezas muertas de Snyders. Ahora, en los cestos sólo había unas cuantas patatas, un manojo de cebolletas, nabos y un poco de pan gris.

Era extraño. Alemania había enriquecido fabulosamente en el transcurso de cuatro siglos. Sus hijos conocieron grandes glorias. En los ojos azules de los alemanes brillaba la luz de grandes esperanzas. ¡Cuánta cerveza no había corrido por las alzadas barbas rubias! ¡Cuántos billones de kilovatios de energía humana no se habrían gastado...!

Pero todo había sido en vano. En las pequeñas cocinas no había más que un manojo de cebolletas sobre el banco de azulejos, y en los ojos hambrientos de las mujeres, una vieja nostalgia.

Wolf y Jlínov, el calzado polvoriento, la chaqueta al brazo, la frente cubierta de sudor, cruzaron el jiboso puente y se dirigieron hacia K. por una carretera bordeada de tilos.

El sol se ponía tras los bajos montes. En la dorada luz vespertina seguían despidiendo humo las chimeneas de las fábricas. Los pabellones, las chimeneas, las vías del ferrocarril y las techumbres de los depósitos llegaban, por las laderas de los cerros, hasta la ciudad misma.

-Allí es, estoy seguro -dijo Wolf, señalando con el dedo unos riscos que el ocaso teñía de rojo-. Si hubiera que escoger un punto de donde bombardear las fábricas, yo no elegiría otro.

-Está bien, está bien, pero sólo quedan tres días Wolf...

-¿Y qué? Del sur no amenaza ningún peligro. Está demasiado lejos. Los sectores norte y este los hemos explorado hasta la última piedra. Con tres días tenemos suficiente.

Jlínov se volvió hacia los boscosos cerros que, separados por negras sombras, azuleaban en el norte. Allí, Wolf y él habían explorado durante cinco días con sus noches cada hoyo en el que pudiera ocultarse un chalet o una barraca con las ventanas orientadas a las fábricas.

Durante cinco días no se habían quitado la ropa, durmiendo de cualquier modo y en cualquier sitio en las horas más oscuras de la nuche. Habían caminado tanto que los pies no les dolían ya. Por pedregosos caminos y senderos,

a campo traviesa, cruzando barrancos y saltando tapias, habían recorrido en torno a la ciudad, por los montes, casi cien kilómetros. Pero en ninguna parte habían descubierto el menor indicio de la presencia de Garin. A sus preguntas, los campesinos, los granjeros, los criados de los chalets y los guardabosques respondían, encogiéndose de hombros:

-En todo el contorno no hay ningún forastero, y a la gente de aquí la conocemos a toda.

65

Quedaba por recorrer el sector occidental, el más duro. Según el mapa había allí una senda que llevaba a la pedregosa meseta en que se encontraban las famosas ruinas del castillo del "Esqueleto encadenado", al lado del cual, como era de rigor, se encontraba el restaurante "El esqueleto encadenado".

En las ruinas mostraban efectivamente los restos de un subterráneo y, tras una reja de hierro, aparecía, sentado, un enorme esqueleto con herrumbrosos grilletes. Su imagen vendíase en todas partes reproducida en tarjetas postales, cortapapeles y jarras de cerveza. Incluso podía uno fotografiarse por veinte pfenings al lado del esqueleto y enviar la foto a los amigos o a la novia. Los domingos eran muchos los habitantes de la ciudad que iban a descansar a las ruinas y el restaurante hacía buen negocio. También visitaban el lugar turistas extranjeros.

Pero después de la guerra, el interés por el famoso esqueleto decayó. Los habitantes de la ciudad estaban anémicos y les daba pereza escalar en los días de fiesta la empinada montaña: preferían acomodarse, con sus bocadillos y medias botellas de cerveza lejos de los recuerdos históricos, a la sombra de los tilos que enmarcaban el río. El dueño del restaurante "El esqueleto encadenado" ya no podía cuidar con toda meticulosidad las ruinas. Durante semanas enteras, el medieval esqueleto podía, sin que nadie le estorbase, contemplar con las vacías órbitas de su calavera el valle esmeraldino donde, un día fatal, el señor del castillo lo derribó de la silla. El esqueleto contemplaba las iglesias con agujas y con gallos en las veletas y las chimeneas de las fábricas donde se producían, para todo el mundo, gases venenosos, tetrilo y otros demoníacos productos que quitaban a la población el deseo de recordar la historia, de comprar tarjetas postales con la imagen del esqueleto y, quizás, de vivir.

Allí se dirigían Wolf y Jlínov. Entraron en el café de la plaza de la ciudad a tomar un tentempié, estudiaron largo rato el mapa del lugar e hicieron algunas preguntas al camarero. En la parte occidental del valle merecía atención, además de las ruinas y del restaurante, la villa de un fabricante de máquinas de escribir que se había arruinado en los últimos años. La villa se encontraba en la vertiente occidental y no se veía desde la ciudad. El fabricante vivía solo y no salía de casa.

66

La luna llena salió poco antes del amanecer. Lo que pareciera una confusa aglomeración de peñascos y rocas se perfiló nítidamente a la luz lunar, las derruidas bóvedas proyectaron aterciopeladas sombras, los restos de la muralla, cubierta de retorcidos arbolillos y tupidos zarzales, corrieron hacia abajo, hacia el

barranco, y la torre cuadrada, la parte más vieja del castillo, construida por los normandos, revivió. En las tarjetas se la llamaba "Torre de los tormentos".

Por la parte este llegaban a la torre unos arcos de ladrillo: por lo visto, en tiempos había allí una galería que la comunicaba con los apartamentos del castillo. De todo ello sólo quedaban los cimientos, piedras y dispersos capiteles de asperón. Junto a los fundamentos de la torre, bajo una bóveda de aljibe, que formaba como una especie de cascarón, se encontraba el "Esqueleto encadenado".

Wolf, apoyados los codos en la reja, miró largamente el esqueleto y luego, volviéndose hacia Jlínov, dijo:

-Ahora mire aquí.

Abajo, en lo profundo, se extendía a la luz de la luna el valle, velado por la tenue gasa de la niebla. Argentadas escamas espejeaban en los claros de la fronda a los que asomaba el río. La ciudad parecía de juguete. No se veía ni una ventana iluminada. Más allá, a la izquierda, ardían centenares de luces en las fábricas de anilina. Las chimeneas despedían blancos penachos de humo y un rosado resplandor. Llegaban al monte los pitidos de las locomotoras y un confuso traqueteo.

-Tengo razón -dijo Wolf-, sólo desde esta meseta se puede proyectar el rayo. Mire, aquello son los almacenes de la materia prima, tras la muralla se encuentran, sin defensa alguna, los depósitos de los productos elaborados, y más allá se extienden los largos pabellones en que se produce a base de piritas, según el método ruso, ácido sulfúrico. Aquellas techumbres redondas que se ven un poco aparte son los talleres donde se fabrican la anilina y todas esas sustancias diabólicas que explotan a veces por propio capricho.

-Está bien, Wolf, si suponemos que Garin no emplaza el aparato hasta la noche del veintisiete, de todos modos debe haber indicios de sus preparativos.

-Hay que explorar las ruinas. Yo subiré a la torre, usted examine los muros y las bóvedas... En realidad no puede imaginarse un sitio más adecuado que ese donde está el esqueleto.

-A las siete nos veremos en el restaurante. Está bien.

67

A las siete de la mañana, Wolf y Jlínov tornaban leche en la terraza de madera del restaurante "El Esqueleto encadenado". Las pesquisas que hicieran durante la noche resultaron infructuosas. Ambos callaban, la cabeza apoyada en las manos. En aquellos días se habían estudiado tan a fondo, que cada uno de ellos leía los pensamientos del otro. Jlínov, que se impresionaba más rápidamente y tenía menos confianza en sí mismo, repetía una y otra vez las reflexiones que los habían llevado de París a aquellos lugares, tan apacibles en apariencia. ¿En qué se basaba su convencimiento? En dos o tres líneas aparecidas en los periódicos.

-¿No estaremos haciendo el tonto, Wolf?

El alemán respondía:

-La inteligencia humana es limitada. Pero siempre vale más confiar en ella que dudar. Por una parte, si no encontramos nada y la diabólica empresa de Garin resulta una invención nuestra, podremos darnos por muy satisfechos. Hemos cumplido con nuestro deber.

El camarero les trajo huevos fritos y dos jarras de cerveza. Apareció el dueño, un gordinflón de rostro purpúreo.

-Buenos días, caballeros -saludó, y respirando fatigosamente, como un asmático, aguardó con aire preocupado a que los visitantes saciaran su apetito, después de lo cual agregó, extendiendo la mano hacia el valle, aún azuloso y brillante por el rocío:

-Llevo veinte años observando... Puedo decirles, señores míos, que la cosa toca a su fin... Fui testigo de la movilización. Las tropas marchaban por aquella carretera. Eran magníficas columnas alemanas. (El dueño del restaurante levantó sobre la cabeza, como impulsado por un muelle, su grueso índice.) Eran los Sigfridos de que hablaba Tácito: fuertes, imponentes, con cascos ornados de alas. Ober, dos jarras más para los señores... En el año catorce, los Sigfridos marchaban a la conquista del Universo. No les faltaban más que los escudos... Supongo que conocerán ustedes la vieja costumbre de los germanos de lanzar sus gritos de guerra aplicándose el escudo a la boca, para que su voz pareciera más terrible. Sí, yo vi entonces las posaderas de los soldados de caballería, que parecían fundidas con sus monturas... ¿Qué ocurrió, pregunto yo? ¿Es que ya no sabemos morir en sangriento combate? Yo vi como regresaban las tropas. ¡Los de caballería también esta vez parecían fundidos con las sillas, voto al diablo...! Los alemanes no fueron derrotados en el campo de batalla. Las espadas los atravesaron metidos en la cama, junto a sus chimeneas...

El dueño con sus ojos saltones miró a los visitantes, volvió la cabeza hacia las ruinas, y su rostro se puso color de ladrillo. Luego sacó lentamente del bolsillo un fajo de tarjetas postales, golpeó con ellas la palma de la otra mano y dijo:

-Ustedes han estado en la ciudad, y por eso les pregunto: ¿han visto algún alemán que pase de los cinco pies y medio? ¿Han oído ustedes, cuando esos proletarios regresan de la fábrica, que alguno de ellos haya tenido la audacia de decir en voz alta "Deutschland"? Pues bien, cuando beben cerveza, se desgañitan hablando del socialismo.

El dueño del restaurante arrojó con hábil movimiento sobre la mesa las tarjetas postales, que se esparcieron en abanico... En todas ellas podía verse al esqueleto: unas veces acompañado de un germano con alitas, y otras, de un soldado del año catorce con toda su impedimenta.

-Veinticinco pfenings, una, y dos marcos cincuenta pfenings, la docena -dijo el gordinflón con despectivo orgullo-. En ningún sitio podrán comprarlas más baratas, son buenas tarjetas hechas antes de la guerra, fotografías en colores. En los ojos del esqueleto se ha puesto papel de oro, eso produce una impresión inolvidable... ¿Creen ustedes que esos cobardes de los burgueses y esos proletarios de cinco pies y medio de altura compran mis tarjetas? ¡Ni hablar...! Como se están poniendo las cosas, voy a tener que fotografiar a Carlos Liebknecht al lado del esqueleto...

El dueño del restaurante, con todo el rostro congestionado, se echó a reír y dijo:

-¡Tendrán que esperar sentados...! Ober, meta en nuestros originales sobres una docena de tarjetas para cada caballero... Sí, sí, hay que adaptarse a los tiempos... Lew mostraré mi patente... El restaurante "El Esqueleto encadenado" venderá esto por centenares... En ello sigo el paso del siglo y no me aparto de mis principios.

El dueño salió para volver al instante con un cajoncito parecido a una caja de cigarros puros. En la tapa podía verse, grabado con fuego, el esqueleto de rigor.

-¿Desean probarlo? Funciona tan bien como si tuviera lámparas catódicas.

El gordinflón desenrolló el cable y los auriculares y conectó el receptor en un enchufe que había bajo la mesa. Tendiendo los auriculares a Jlínov, explicó:

-Cuesta tres marcos setenta y cinco pfenings, sin contar los auriculares, claro está. Pueden oír Berlín, Hamburgo y París, si eso les place. Voy a captar la catedral de Colonia, ahora están allí cantando misa y podrán oír el órgano. ¡Es algo colosal...! Vuelva la maneta a la izquierda... ¿Qué ocurre? Parece que de nuevo estorba ese maldito Stufer, ¿no?

-¿Quién estorba? -preguntó Wolf, inclinándose hacia el aparato.

-Stufer, un fabricante de máquinas de escribir arruinado, que es un borracho y un loco... Hace dos años montó en su villa una emisora. Luego se declaró en quiebra. Pero, hace poco, la emisora ha vuelto a funcionar...

Jlínov, con un brillo extraño en los ojos, dejó sobre la mesa los auriculares y dijo:

-Wolf, pague y vámonos.

Unos minutos después, cuando lograron sacudirse de encima al parlanchín gordinflón y salieron del restaurante, Jlínov apretó con toda su fuerza el brazo de Wolf, balbuciendo:

-He oído, he reconocido la voz de Garin...

68

Aquella misma mañana, una hora antes, en la villa de Stufer, situada en la vertiente occidental de los cerros, el dueño de la casa estaba sentado a la mesa del comedor, sumido en la penumbra, conversando con un interlocutor invisible. Más que conversación era aquello una retahíla de frases deslavazadas, ternos y juramentos. En la mesa, salpicada de ceniza, veíanse botellas vacías, colillas y el cuello postizo y la corbata de Stufer. Este, en paños menores, rascaba su fláccido pecho, miraba fijamente la única bombilla que ardía en la enorme lámpara metálica y, ahogando regüeldos, ponía verdes, a media voz, a todas las imágenes humanas que recordaba su mente, nublada por los vapores del vino.

El reloj del comedor dio las siete con campanadas graves y solemnes como las de un carillón. Casi al instante se oyó el ruido de un automóvil que llegaba a la casa. Garin entró en el comedor, todo él impregnado del viento de la mañana, irónico, sonriente, la gorra de cuero muy echada hacia atrás.

-¿Qué, otra vez ha estado de borrachera toda la noche?

Stufer miró a Garin de soslayo, con ojos congestionados. Aquel hombre le gustaba. Lo pagaba todo generosamente. Sin regatear, había alquilado por todo el verano la villa, comprendida la bodega, dejando a Stufer en plena libertad de aniquilar los viejos vinos del Rhin, el champagne francés y los licores. El diablo sabría en qué se ocupaba el hombre aquel; quizás fuese un especulador, pero insultaba ferozmente a los americanos, que habían arruinado a Stufer dos años atrás, despreciaba al gobierno y en general, decía que los hombres eran todos unos canallas, cosa con la que el fabricante también estaba de acuerdo. Traía siempre en el coche manjares tan delicados y sabrosos, que a Stufer se le hacía la boca agua. Ni en sus mejores tiempos se había permitido, como se lo permitía aquellos días, engullir a cucharadas soperas el exquisito foi-gras de Estrasburgo, el caviar ruso y el delicioso camembert en el que rebullían multitud de blancos gusanos. Parecía como si el hombre aquel quisiera que Stufer estuviese siempre borracho como una cuba.

-Habla usted como si hubiese estado rezando toda la noche -protestó el fabricante con voz ronca.

-He pasado una noche maravillosa con unas chicas de Colonia, y como ve, vengo hecho un pimpollo y no ando en calzoncillos. Está usted abandonándose, Stufer. A propósito, me han advertido de algo poco agradable... Resulta que su villa se encuentra demasiado cerca de las fábricas químicas..., como sobre un barril de pólvora...

-¡Tonterías! -rugió Stufer-. Eso lo ha dicho algún canalla que quiere hacerme la puñeta... En mi villa se encuentra usted en plena seguridad...

-Mejor es así. Déme la llave del pabellón.

Haciendo girar la cadena con la llave, Garin salió al jardín, donde había un pequeño edificio encristalado que remataban los palos de una antena. En los abandonados arriates se alzaban unos enanos de cerámica emporcados por los pájaros. Garin abrió la puerta encristalada y, luego, las ventanas. Acodándose en una de ellas, permaneció unos instantes respirando el fresco aire de la mañana. Había pasado casi veinte horas en el automóvil, terminando sus asuntos con los bancos y las fábricas. Ahora lo tenía ya todo arreglado y sólo quedaba esperar el día 28.

Asomado a la ventana, se olvidó del tiempo. Por fin se desperezó, encendió un puro, puso en marcha la dínamo y, después de examinar la emisora, la sintonizó y dijo ante el micrófono, en voz alta y clara:

-Zoya, Zoya, Zoya, Zoya... Escuche, escuche, escuche, escuche... Todo será como tú lo deseas. Lo que hace falta es que sepas querer. Te necesito. Sin ti, mi obra es cosa muerta. Dentro de unos días estaré en Nápoles. Mañana te comunicaré la fecha exacta. No te preocupes por nada. Todo nos favorece...

Garin se calló, dio una chupada al cigarro y repitió: "Zoya, Zoya, Zoya..." Cerró los ojos. La dínamo zumbaba levemente, y unos rayos invisibles partían, uno tras otro, de la antena.

Si en aquel momento hubiera pasado por allí una columna de artillería, Garin quizás no hubiese oído su traqueteo. Y no oyó tampoco que en el extremo opuesto del prado unas piedras rodaron pendiente abajo. Después, a unos cinco pasos del pabellón, se movieron unos arbustos y entre ellos, a la altura de los ojos de un hombre, apareció el pavonado cañón de un "Colt".

69

Rolling descolgó el auricular.

-Al aparato.

-Habla Semiónov. Acabo de captar un mensaje de Garin. ¿Me permite que se lo lea?

-Sí.

-"Todo será como tú lo deseas, lo que hace taita es que sepas querer" -leyó Semiónov, traduciendo como mejor podía del ruso al francés.

Rolling escuchó sin interrumpirle y preguntó después:

-¿Eso es todo?

-Sí, señor, todo.

-Escriba -dijo Rolling, y se puso a dictar: -Inmediatamente sintonizar la emisora en la onda de 421 metros. Mañana, diez minutos antes de la hora en que ha captado usted hoy el mensaje, transmita: "Zoya, Zoya, Zoya... Ha ocurrido una desgracia imprevista. Hay que actuar. Si aprecia usted la vida de su amigo, desembarque el viernes en Nápoles y alójese en el hotel "Splendid", espere

noticias hasta el sábado al mediodía". Repetirá usted esto sin cesar, ¿me oye?, en voz alta y convincente. Eso es todo.

Rolling telefoneó.

-Encuentren inmediatamente a Tyklinski y tráiganlo aquí -dijo el rey de la industria química a su secretario, que había entrado precipitadamente en el despacho-. Vaya sin pérdida de tiempo al aeródromo. Alquile o compre, me da lo mismo, un avión de pasajeros cerrado. Contrate a un piloto y a un mecánico. El día 28 téngalo todo preparado para el vuelo...

70

Todo el resto del día, Wolf y Jlínov lo pasaron en K. Deambulaban por las calles y charlaban con los vecinos, haciéndose pasar por turistas. Cuando la ciudad enmudeció, Wolf y Jlínov se dirigieron a las montañas. A eso de la media noche subían ya, por la ladera, hacia el jardín de la villa de Stufer. Habían resuelto, si la policía fijaba su atención en ellos, presentarse como dos turistas que se habían perdido. Si los detenían, ningún peligro les amenazaba, pues toda la ciudad confirmaría su historia. A los cuarenta minutos escasos de haber disparado entre los arbustos y de ver con toda claridad que del cráneo de Garin saltaban unas esquirlas, Wolf y Jlínov se encontraban ya en la ciudad.

Saltaron la baja cerca, rodearon cautelosos el claro que se extendía tras los arbustos y salieron frente a la casa de Stufer. Se detuvieron y cambiaron una mirada, sin comprender lo que ocurría. En el jardín y en la casa reinaban la tranquilidad y el silencio más absolutos. En algunas de las ventanas se veía luz. La gran puerta que daba al jardín estaba abierta. Una suave luz se derramaba en los peldaños de piedra y sobre los enanos de cerámica, medio ocultos en la espesa hierba. En el último peldaño de la terracilla había sentado un gordinflón, tocando quedamente la flauta. A su lado veíase una damajuana. Era el hombre que por la mañana apareciera inopinadamente en el sendero cercano a la emisora y, al oír el disparo, diera la vuelta para huir, con vacilante trotecillo perruno, en dirección a la casa. El hombre reposaba plácidamente, como si nada hubiese ocurrido.

-Vamos -dijo muy bajo Jlínov-. Hay que enterarse.

Wolf gruñó:

-No puede ser que haya fallado el tiro.

Se acercaron a la terracilla. A mitad de camino, Jlínov dijo en voz no muy alta:

-Perdone la molestia... ¿No hay perros aquí?

Stufer bajó la flauta, volvió la cabeza y estiró el cuello, mirando con fijeza las dos vagas figuras.

-Cómo no voy a tenerlos -articuló lentamente-, los tengo, y muy furiosos.

Jlínov le explicó:

-Queríamos ver las ruinas del "Esqueleto encadenado" y nos hemos perdido... Permítanos descansar aquí.

Stufer, por toda respuesta, emitió un mugido inarticulado. Wolf y Jlínov hicieron una leve reverencia y se sentaron en los peldaños inferiores, ambos en guardia, todos los nervios en tensión. Stufer los miraba desde arriba.

-Cuando yo era rico -dijo el fabricante-, por la noche dejábamos sueltos en el jardín perros de presa. No me gustaban ni los sinvergüenzas ni los visitantes nocturnos. (Jlínov, rápido, oprimió el brazo a Wolf, como diciéndole: cállese). Los americanos me han arruinado, y mi jardín es hoy un camino que utilizan los

ociosos, aunque en todas partes hay tablillas advirtiendo que se les impondrá una multa de mil marcos. Pero Alemania ha dejado de ser un país en el que se respeten las leyes y la propiedad. Al hombre que alquiló la villa le dije: cerque el jardín con alambre espinoso y ponga un guarda. No me hizo caso, y él mismo tiene la culpa de lo sucedido...

Wolf levantó una piedrecilla, la arrojó a la oscuridad y dijo:

-¿Ha ocurrido algo desagradable por causa de algún visitante nocturno?

-"Desagradable" es una palabra demasiado fuerte, lo que ha ocurrido es cómico. Ha sido esta mañana. En todo caso, mis intereses económicos no se han visto afectados, y yo pienso entregarme a mis entretenimientos.

El gordinflón se llevó la flauta a los labios y emitió algunos penetrantes sonidos.

-En fin de cuentas, ¿qué me importa a mí que viva en la villa o que esté de juerga en Colonia con alguna zorra? Me ha pagado hasta el último pfening... Nadie puede reprocharle nada. Pero ha resultado ser muy nervioso. Durante la guerra hubiera podido acostumbrarse a los disparos de revólver, ¡qué diablos! Hizo las maletas, y ¡abur...! En fin, ¡buen viaje!

-¿Se ha marchado del todo? -preguntó muy alto Jlínov.

Stufer se levantó, pero volvió a sentarse. A la luz que salía de la habitación pudo verse que una sonrisa dilataba su lustrosa mejilla. Su enorme tripa se estremeció.

-¡Así es! Me advirtió que dos caballeros preguntarían si se había marchado. ¡Se ha marchado, se ha marchado, señores míos! Si no lo creen, pasen y les mostraré sus habitaciones. Si son ustedes sus amigos, convénzanse, tengan la bondad... Están ustedes en su derecho, he cobrado por las habitaciones...

Stufer quiso levantarse, pero las piernas no lo sostenían. No hubo forma de sacarle nada de interés. Wolf y Jlínov regresaron a la ciudad. En todo el camino no cambiaron ni una palabra. Sólo al llegar al puente tendido sobre la negra agua, en la que se reflejaba un farol, Wolf se detuvo de pronto y exclamó, apretando los puños:

-¡Qué brujería es ésta! ¡Pero si yo he visto cómo saltaban esquirlas de su cráneo...!

71

Un hombre bajo y grueso, de pelo gris peinado con raya, que llevaba unas gafas de cristales azules para proteger sus ojos enfermos, se encontraba de pie junto a una estufa revestida de azulejos y, gacha la cabeza, escuchaba a Jlínov.

Al principio, Jlínov tomó asiento en el diván, después se acomodó en el poyo de la ventana y terminó yendo y viniendo por aquella pequeña sala de la Embajada soviética.

Hablaba de Garin y de Rolling. Aunque su relato era exacto y coherente, Jlínov se daba cuenta de lo increíble que resultaba aquel cúmulo de acontecimientos.

-Supongamos que Wolf y yo estemos equivocados... Magnífico, nos sentiríamos felices si nuestras conclusiones fueran erróneas. Sin embargo, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que ocurra esa catástrofe. A nosotros, sólo debe interesarnos ese cincuenta por ciento. Usted, como embajador, puede persuadir, influir, abrir los ojos a la gente... Todo el asunto es terriblemente grave. El aparato existe. Shelgá lo ha tocado con sus propias manos. Hay que actuar inmediatamente, sin dilación. Dispone usted de un día, a lo sumo. Mañana por la

noche se desencadenará la catástrofe. Wolf se ha quedado en K. Hace lo que puede para advertir a los obreros, a los sindicatos, a los habitantes de la ciudad, a la administración de las fábricas. Como es natural... como es natural, nadie lo cree... Incluso usted...

Sin levantar la mirada, el embajador guardó silencio.

-En la redacción de un periódico de aquí se han reído de nosotros hasta desternillarse... En el mejor de los casos, consideran que nos hemos vuelto locos.

Jlínov se apretó la cabeza con las manos; unos revueltos mechones asomaron entre los sucios dedos. Tenía las mejillas chupadas y el rostro polvoriento. Sus ojos, casi blancos, miraban fijos, como si contemplaran una visión de espanto. El embajador lo miró disimuladamente, por encima de las gafas, y preguntó:

-¿Por qué no se dirigieron a mí antes?

-No teníamos pruebas... Conjeturas, deducciones rayanas en el delirio, en la locura... A mí incluso ahora me parece todo, a veces, una pesadilla; me parece que despertaré y respiraré aliviado... Le aseguro que estoy en mi sano juicio. Durante ocho días, Wolf y yo no nos hemos quitado la ropa, no hemos dormido.

Después de unos minutos de silencio, el embajador dijo muy serio:

-Estoy seguro de que no es usted un embustero, camarada Jlínov. Lo más posible es que se hayan dejado dominar ustedes por una obsesión...

Viendo que Jlínov hacía un gesto desesperado, el embajador levantó rápidamente la mano y continuó:

-Sin embargo, me ha convencido eso del cincuenta por ciento. Haré todo lo que esté a mi alcance...

72

El 28 por la mañana podía verse en la plaza de K. unos grupos de ociosos que, desconcertados los unos y presa de temor los otros, discutían unas extrañas proclamas pegadas, con pan mascado, en las paredes de las casas que se alzaban en los cruces.

"Ni las autoridades, ni la administración de las fábricas, ni los sindicatos, nadie ha querido hacer caso de nuestro desesperado llamamiento. Una catástrofe -estamos seguros de ello- amenaza hoy a las fábricas, a la ciudad, a toda la población. Hemos intentado conjurarla, pero los canallas vendidos a los banqueros norteamericanos han resultado inapresables. ¡Salvaos, huid de la ciudad a la llanura! ¡Creednos en nombre de vuestra vida, en nombre de vuestros hijos, en nombre de Dios!"

La policía adivinaba quién había escrito las proclamas y buscaba a Wolf, pero éste había desaparecido. Al mediodía las autoridades municipales publicaron unos bandos en los que advertían no se huyera de la ciudad en ningún caso y prevenían contra el pánico, pues, por lo visto, una banda de granujas pensaba saquear aquella noche las casas abandonadas.

"Ciudadanos, os engañan. Tened sentido común. Los granujas serán descubiertos y detenidos hoy mismo y se procederá con ellos con todo el rigor de la ley".

Aquello hizo efecto: el inquietante enigma resultó por demás sencillo. Los ociosos se tranquilizaron en seguida, y bromeaban: "Lo tenían bien pensado. Los zorros esos hubieran saqueado esta noche a discreción las tiendas y las casas. ¡Ja, ja! Y los tontos de nosotros hubiéramos pasado toda la noche, temblando de miedo, en la llanura".

Llegó la tarde, una tarde como miles de otras, que encendió las ventanas de la ciudad con la luz del ocaso. Se tranquilizaron los pájaros en los árboles. En las húmedas orillas del río croaron las ranas. El reloj de la iglesia de ladrillo tocó el *Wacht am Rhein* para hacer rabiar a los cochinos franceses, y luego dio las ocho. La luz fluía apacible por las ventanas de los bares, y los parroquianos, sin apresurarse, bañaban sus mostachos en espuma de cerveza. Se tranquilizó también el dueño del restaurante "El esqueleto encadenado": dio unas vueltas por la vacía terraza, maldijo al gobierno, a los socialistas y a los judíos, ordenó cerrar los postigos y, en bicicleta, bajó a la ciudad a pasar la noche con su amante.

A aquella misma hora, un automóvil con los faros apagados rodaba veloz, casi en silencio, por un abrupto camino abierto en la vertiente occidental de los cerros. Acababa de anochecer. Las estrellas brillaban aún débilmente, y tras los montes se extendía un frío resplandor: salía la luna. En la llanura se encendían, ya aquí, ya allá, luces amarillentas. Sólo en las fábricas seguía bullendo la vida.

Wolf y Jlínov estaban sentados al borde del barranco, donde terminaban las ruinas del castillo. Habían registrado una vez más todos los escondrijos, habían subido a la cuadrada torre, sin hallar en ninguna parte el menor indicio de los preparativos de Garin. Por un instante, se les antojó que a lo lejos pasaba un automóvil. Aguzaron el oído y la vista. En la noche, tranquila, flotaba la fragancia de la antigua quietud de la Tierra. El movimiento de las capas del aire traía, de vez en cuando, la humedad de las flores que crecían al pie de las colinas.

-He consultado el mapa -dijo Jlínov-; si bajamos en dirección oeste, cruzaremos el ferrocarril en el apeadero donde se detiene el tren correo a las cinco treinta. No creo que allí haya también policía.

Wolf respondió:

-¡Qué ridícula y neciamente ha concluido esto! Ha pasado muy poco tiempo desde que el hombre dejó de andar a cuatro pies, aún gravitan demasiado sobre él millones de siglos de animalidad e ignorancia. La masa humana es terrible cuando no la guía un gran ideal. No se puede dejar a los hombres sin dirigentes. Sienten el deseo de andar otra vez a cuatro pies.

-¿Qué le pasa, Wolf...?

-Estoy cansado -Wolf se había sentado en un montón de piedras, apoyado en los puños su cuadrado mentón-. ¿Acaso pudo usted imaginarse por un instante que el día veintiocho nos buscarían como si fuéramos unos granujas, unos bandidos? ¡Si hubiera usted visto cómo se miraban las autoridades cuando me esforzaba en convencerlas...! ¡Pero qué idiota soy! Lo malo es que tenían razón. Nunca sabrán lo que les amenazaba...

-Si no hubiera sido por su disparo, Wolf...

-¡Diablos...! Si no hubiera fallado el tiro... Estoy dispuesto a pasar diez años en presidio con tal de demostrar a esos idiotas...

La voz de Wolf resonaba con fuerza en las ruinas. A treinta pasos de ellos, Garin avanzaba sigiloso, al favor de la sombra de un muro casi derruido, del mismo modo que el cazador repta furtivo hacia el lugar donde cantan los urogallos. Garin distinguía nítidamente las siluetas de los dos hombres al borde del barranco y oía cada una de sus palabras. El espacio despejado entre el final del muro y la torre lo cruzó a rastras. Allí donde la abovedada cueva del "Esqueleto encadenado" se unía al pie de la torre, había restos de una columna de asperón. Garin se ocultó tras ella. Se oyó un ruido como de piedras movidas y un chirrido análogo al que pudiera producir una herrumbrosa plancha de hierro. Wolf se levantó de un salto, preguntando:

-¿Ha oído usted?

Jlínov miró hacia el montón de piedras junto al que Garin penetrara en el sótano. Corrieron allí. Dieron la vuelta a la torre.

-Aquí hay zorros -dijo Wolf.

-No, ha sido más bien el grito de un pájaro nocturno.

-Vámonos de aquí. Empezamos ya a sufrir alucinaciones...

Cuando se acercaban a la empinada trocha que llevaba de las ruinas al camino abierto en los cerros, oyeron otro ruido: como si algo hubiera caído y rodado. Wolf se estremeció. Estuvieron largo rato escuchando, contenida la respiración. Parecía que el propio silencio zumbaba en los oídos. "Duermo, duermo", decía breve y tiernamente, ya lejos, ya cerca, muy bajo, un invisible chotacabras.

-Vamos.

-Sí, estamos haciendo el tonto.

Esta vez se alejaron decididamente, sin volver la cabeza, pendiente abajo. Esto salvó la vida a uno de ellos.

73

Wolf no estaba del todo equivocado cuando dijo haber visto que del cráneo de Garin saltaron unas esquirlas. Cuando Garin dejó por unos segundos de hablar ante el micrófono y extendió la mano para coger el cigarro, que humeaba en el borde de la mesa, el auricular de ebonita que apretaba al oído para controlar su voz durante la emisión saltó repentinamente hecho añicos. Al mismo tiempo, oyó un seco disparo y sintió un agudo dolor en la parte izquierda del cráneo. Inmediatamente cayó al suelo sobre un costado, se tendió de bruces y quedó inmóvil. Luego percibió los chillidos de Stufer y unas pisadas que se alejaban corriendo.

Unas dos horas más tarde, cuando se precipitaba en el coche a Colonia, se preguntó: "¿Quién habrá sido, Rolling o Shelgá?" La conversación de aquellos dos hombres al borde del barranco le descubrió el acertijo. Shelgá era un águila. Pero ¡caramba!, no estaba bien recurrir a golpes prohibidos...

Garin apartó el cascote de columna, que tapaba la herrumbrosa plancha, se metió bajo tierra y, alumbrándose con una linterna de bolsillo, llegó por unos destruidos peldaños al "saco de piedra", a la celda abierta en el muro de la torre levantada por los normandos. Era una sorda mazmorra de dos pasos y medio de largo y otro tanto de ancho. En la pared se conservaban unas argollas de bronce y cadenas. Junto al muro opuesto veíase la máquina, descansando en burdos caballetes de madera. Al pie había cuatro botes de hojalata con dinamita. Ante el cañón de la máquina, el muro mostraba un orificio que el "Esqueleto encadenado" tapaba por afuera.

Garin apagó la linterna, apartó a un lado el cañón y, metiendo la mano en el orificio, derribó el esqueleto. La calavera rodó por el suelo. El orificio dejaba ver las luces de las fábricas. Garin tenía buena vista. Distinguió hasta las diminutas figuras humanas que se movían entre los pabellones. Todo su cuerpo temblaba. Apretaba con fuerza los dientes. No suponía que pudiera serle tan difícil afrontar el instante aquel. De nuevo enfiló hacia el orificio el cañón de la máquina. Quitó la tapa trasera y examinó las bujías de carbón. Todo aquello lo tenía preparado desde hacía una semana. La segunda máquina y el viejo modelo estaban abajo, en el bosque, donde había ocultado el automóvil.

Garin cerró la tapa y descansó la mano en la manivela de la magneto que encendía automáticamente las bujías de carbón. Temblaba de pies a cabeza. No

era remordimiento de conciencia (¡de qué conciencia podía hablarse después de la guerra mundial!), ni miedo (no podía tenerlo un hombre tan frívolo), ni compasión hacia la gente condenada a morir (estaba demasiado lejos), lo que la hacía sentir ya frío, ya calor. Comprendía con una nitidez horripilante que bastaba con que diese una vuelta a aquella manivela para convertirse en un enemigo de la humanidad. Lo que experimentaba era la sensación, puramente estética, de la importancia del momento.

Quitó la mano de la máquina y la hundió en el bolsillo, buscando un cigarro. Su excitado cerebro apreció aquel movimiento de la mano: "Das largas, te deleitas, estás loco..."

Garin hizo funcionar la magneto. En la máquina crepitó la llama. El ingeniero hizo girar lentamente el tornillo micrométrico.

74

Jlínov fue quien primero vio la extraña mancha de luz que apareciera en lo alto del cielo.

-Mire, otra -dijo en voz baja.

Wolf y Jlínov se detuvieron a mitad del camino, al borde del barranco, y miraban hacia arriba, levantada la cabeza. Más abajo de la primera mancha de fuego, sobre las siluetas de los árboles, se encendió otra y, despidiendo chispas como una bengala moribunda, empezó a descender...

-Son pájaros que arden -balbuceó Wolf-, mire. Sobre el bosque, destacando en la clara franja del cielo, volaba precipitadamente, moviendo extrañamente las alas un chotacabras, quizás el que antes gritara: "Duermo, duermo". El ave se inflamó, dio una vuelta y cayó como una piedra.

-Tropiezan con el cable.

-¿Con qué cable?

-¿Acaso no lo ve usted, Wolf?

Jlínov señaló hacia un hilo luminoso, recto como una aguja. Partía de arriba, de las ruinas, en dirección a las fábricas. Su camino lo marcaban las hojas que ardían y los cuerpecillos abrasados de las avecitas. El hilo lucía ya con gran claridad, pues gran parte de él cortaba el negro muro de los pinos.

-¡Desciende! -gritó Wolf, y no pudo decir nada más.

Ambos comprendieron que hilo era aquél. Petrificados, no podían hacer otra cosa que seguir con la mirada su dirección. El primer golpe lo descargó el rayo sobre una chimenea, que vaciló, se partió por la mitad y se vino abajo. Pero aquello estaba muy lejos y no se oyó el estruendo de la caída.

Casi inmediatamente, a la izquierda de la chimenea se elevó una nube de vapor por encima del tejado de un largo edificio y, tomando un tinte rosado, se mezcló con el negro humo. Más a la izquierda había un pabellón de cinco pisos. Repentinamente se apagaron las luces en todas las ventanas. De arriba abajo corrió por toda la fachada un ziz-zag de fuego, otro, otro...

Jlínov gritó horrorizado... El edificio se derrumbó. y espesas nubes de humo envolvieron su esqueleto.

Wolf y Jlínov, salieron de su estupor, corrieron de nuevo montaña arriba, hacia las ruinas del castillo. Cruzando el serpeante camino, trepaban la empinada ladera cubierta de matorrales y bosque. Caían, resbalaban, rugían, blasfemaban, uno en ruso y el otro en alemán. Y de pronto llegó hasta ellos un sonido sordo, como si la tierra hubiera lanzado un suspiro.

Volvieron la cabeza. Desde allí se veía toda la fábrica, que se extendía a varios kilómetros. La mitad de los edificios ardían como casitas de cartón. Abajo, junto a la misma ciudad, brotó, como un hongo, una columna de humo gris amarillento. El rayo del hiperboloide danzaba frenético entre aquel caos de ruinas, buscando su objetivo principal: los almacenes de explosivos. El resplandor del incendio cubría medio cielo. Nubes de humo y haces de chispas -amarillos, parduscos y argentados- se elevaban por encima de las montañas.

-¡Ay, hemos hecho tarde! -gritó Wolf.

Se veía cómo por las blancas cintas de las carreteras se arrastraba desde la ciudad una masa viva. La franja del río, que reflejaba todo el inmenso incendio, parecía picada de viruelas, por la gran fusión de puntitos negros. Era la población, que intentaba salvarse, huyendo hacia la llanura.

-¡Hemos hecho tarde, hemos hecho tarde! -gritaba Wolf, y por su barbilla corrían, mezclándose, sangre y espumarajos.

Ya era tarde para salvarse. El herboso campo entre la ciudad y la fábrica, cubierto de largas filas de techumbres de teja, se levantó repentinamente. La tierra pareció hincharse. Aquello fue lo primero que vieron los ojos. Al instante, de debajo del suelo salieron furiosas, por las grietas, enormes llamas. Un segundo después surgía de ellas una columna de fuego y de gas. La intensidad de su resplandor era algo inconcebible. El cielo pareció volar hacia arriba sobre toda la llanura. Una luz verde rosada inundó el espacio. En ella, como en los eclipses de sol, se pudo ver con toda nitidez cada ramita, cada matojo de hierba, los riscos y dos petrificados y pálidos rostros humanos.

Sonó una explosión. Retumbó el espació. Rugió la tierra al abrir sus fauces. Se estremecieron los montes. Un huracán sacudió y dobló los árboles. Volaron piedras y ascuas. Las nubes de humo cubrieron también la llanura.

Todo se puso oscuro, y en medio de las tinieblas retumbó una explosión más terrible todavía que la primera. Una sombría luz del color de la herrumbre y turbia como el pus saturó el aire, lleno de humo.

El viento, las piedras y las ramas desgajadas derribaron a Jlínov y a Wolf, haciéndoles rodar pendiente abajo.

75

-Capitán Jansen, quisiera bajar a tierra.

-A sus órdenes.

-Quisiera que me acompañase usted.

Jansen se sonrojó de placer. Al minuto, una lancha de seis remos se descolgaba del "Arizona", posándose en la transparente agua. Tres marinos de bronceada piel se deslizaron por las maromas a los bancos de la lancha. Levantaron los remos y quedaron inmóviles.

Jansen esperaba junto a la pasarela. Zoya remoloneaba, mirando distraída los contornos, oscilantes en el caldeado aire, de Nápoles, que ascendía formando tenazas: miraba los rojos muros y torres de la antigua fortaleza y la cima del Vesubio, que despedía perezosamente su humo. No hacía ni un pelillo de viento, y el mar parecía un espejo.

Multitud de barcas surcaban perezosas la bahía. Una de ellas la impulsaba, con un remo en popa, un viejo muy alto que parecía un dibujo de Miguel Ángel. Su blanca barba caía sobre una oscura capa toda desgarrada y llena de

remiendos; sus grises rizos, alborotados, semejaban una corona. El anciano llevaba terciado un zurrón.

Era Peppo, un pordiosero a quien todo el mundo conocía.

Peppo salía a pedir limosna en una barca de su propiedad. La víspera, Zoya le había arrojado desde el "Arizona" un billete de cien dólares. El mendigo de nuevo se dirigía al yate. Peppo era el último romántico de la vieja Italia, amado por los dioses y las musas. Todo aquello se había marchado para no volver. Nadie lloraba ya contemplando con feliz mirada las viejas piedras. Habían perecido en los campos de batalla los pintores que daban a Peppo una sonora moneda de oro para que posase, en Pompeya, entre las ruinas de la casa de Cecilio Jucundus. El mundo era muy aburrido.

Moviendo lentamente el remo, Peppo deslizó la barca a lo largo del casco del "Arizona", verdoso por los reflejos del mar, levantó su cara arrugada y de tupidas cejas, bella como una medalla, y tendió la mano, pidiendo una ofrenda. Zoya, doblándose sobre la borda, le preguntó en italiano:

-Adivina, Peppo, ¿pares o nones?

-Pares, signora.

Zoya echó a la barca del viejo un fajo de flamantes billetes.

-Muchas gracias, bella signora -pronunció Peppo con el empaque de un rey.

No había por qué demorar más. Zoya se había dicho que si el viejo mendigo llegaba en su barca y respondía "pares", todo marcharía bien.

Sin embargo, la acometían angustiosos presentimientos: ¿y si en el hotel "Splendid" la estaba esperando la policía? Pero una voz imperiosa sonaba en sus oídos: "...Si precia la vida de su amigo..." No había otra alternativa.

Zoya bajó a la lancha. Jansen se sentó al timón, los remos hendieron el agua, y el muelle de Santa Lucía voló al encuentro: casas con escaleras exteriores, ropa y trapos tendidos en cuerdas, estrechas callejas que subían, escalonándose, hacia la montaña, niños medio desnudos, mujeres a la puerta de sus casas, cabras de rojizo pelo, puestos de venta de ostras junto al agua misma y redes de pescar extendidas sobre el granito.

En cuanto la lancha rozó el verdoso zampeado del atracadero, de arriba, por los peldaños, se precipitó un tropel de golfillos, de vendedores de corales y broches y de mozos de hotel. Haciendo restallar sus látigos gritaban aurigas entronizados en los pescantes de coches de dos caballos; unos niños medio desnudos daban volatines y pedían con voz chillona unas monedas de cobre a la bella forastera.

-Al "Splendid" -dijo Zoya, montando con Jansen en un coche de alquiler.

76

Zoya preguntó al portero del hotel si había correspondencia para madame Lamolle. Le entregaron un radiotelefonograma sin firma: "Espere hasta el sábado por la tarde". Zoya se encogió de hombros, pidió que le reservaran habitaciones y se fue con Jansen a recorrer la ciudad. El marino le propuso ir a un museo.

Zoya deslizaba su aburrida mirada por las beldades del Renacimiento, inmóviles por los siglos de los siglos. Iban cargadas de rígido brocado, no se cortaban el pelo, por lo visto no se bañaban todos los días y se ufanaban de sus hombros y caderas, tan exuberantes que darían vergüenza a cualquier verdulera de París. Aún infundían mayor tedio las cabezas de mármol de los emperadores, las caras de verdoso bronce, que deberían estar sepultas... Hastiaba también la

infantil pornografía de los frescos de Pompeya. Sí, en los tiempos de la antigua Roma y del Renacimiento tenían mal gusto. No percibían el cosquilleante sabor del cinismo. Se contentaban bebiendo vino bautizado, se besaban calmosamente con virtuosas mujeres de opulentas carnes y se enorgullecían de sus músculos y de su valentía. Llenos de respeto arrastraban en pos suyo los siglos idos. No sabían lo que era hacer doscientos kilómetros por hora en un coche de carreras, ni, con la ayuda del automóvil, del aeroplano, de la electricidad, del teléfono, de la radio, del ascensor, del modisto y del talonario de cheques (con un cheque se podía recibir en quince minutos más oro que valía toda la Roma antigua), exprimirle a cada minuto de la vida hasta la última gota de placer.

-Jansen -dijo Zoya al capitán, que la seguía a medio paso de distancia, erguido, broncíneo, todo de blanco, muy planchado y dispuesto a cualquier locura-. Jansen, estamos perdiendo el tiempo, yo me aburro.

Fueron a un restaurante. Entre plato y plato, Zoya se levantaba, y descansando en los hombros de Jansen su desnudo y torneado brazo, bailaba con expresión ausente, entornados los ojos. Había hecho "furor" y todos se fijaban en ella. El baile despertaba el apetito y la sed. Al capitán le temblaban las aletas de la nariz, y no apartaba la vista del plato por temor a que el brillo de sus ojos lo delatara. Ahora sabía cómo eran las amantes de los millonarios. Su mano nunca había palpado en el baile una espalda tan tersa, tan larga, tan vibrátil, y su nariz jamás había aspirado una fragancia como la de aquella piel y aquella esencia. ¿Y su voz? Tan cantarina, tan burlona... ¡Qué inteligente era...! ¡Qué elegante...!

Cuando salieron del restaurante, Jansen preguntó:

-¿Dónde me ordena que pase esta noche, en el yate o en el hotel?

Zoya le lanzó una mirada rápida y extraña, y volvió la cabeza inmediatamente, sin contestar.

77

El vino y el baile habían embriagado a Zoya. ¡Oh, la, la! ¡como si tuviera que dar cuenta a alguien!". Al trasponer la puerta del hotel, se apoyó en el pétreo brazo de Jansen. En la negra cara napolitana del portero apareció una asquerosa sonrisa cuando les entregaba la llave. Zoya preguntó recelosa:

-¿Hay alguna novedad?

-¡Oh, ninguna, señora!

Zoya dijo a Jansen:

-¡Vaya a la sala de fumar, encienda un cigarrillo, y si no está cansado de charlar conmigo, le telefonearé...!

Zoya se alejó graciosa como un hada por la roja alfombra de la escalera. Jansen quedó abajo. Al llegar al recodo, ella volvió la cabeza y sonrió. Jansen, tambaleándose como si estuviera borracho, se dirigió a la sala de fumar y se sentó junto al teléfono. Encendió un cigarrillo, porque así lo había ordenado ella. Recostándose en su asiento, se imaginó:

...Ha entrado en la habitación... Se ha quitado el sombrero y su abrigo blanco de lanilla. Sin precipitarse, con movimientos perezosos y ligeramente torpes, como los de una niña, ha empezado a desnudarse... El vestido ha caído al suelo, y ella ha pasado por encima de él. Se ha detenido ante el espejo... Tentadora, contempla con sus grandes pupilas la imagen reflejada en el cristal... No se apresura; no, así son las mujeres... ¡Oh, el capitán Jansen sabe esperar...! Su

teléfono descansa en la mesita de noche... Por consiguiente, Jansen la verá en la cama... Ella se incorpora sobre un codo, tiende la mano hacia el aparato...

Pero el teléfono no sonaba. Jansen cerró los ojos, para no ver el maldito aparato... ¡Puf!, no estaba bien eso de enamorarse como un colegial...! ¿Y si de pronto ella cambiaba de parecer? Jansen se levantó de un salto. Ante él se encontraba Rolling. Toda la sangre del capitán afluyó a su rostro.

-Capitán Jansen -dijo Rolling con voz chirriante-. Le agradezco su atención por madame Lamolle, pero hoy ya no le necesita más. Le invito a que se reintegre al cumplimiento de sus funciones...

-A sus órdenes -articuló con dificultad Jansen.

Rolling había cambiado mucho en el último mes: su color era terroso, tenía los ojos muy hundidos y una negruzca pelambre cubría sus mejillas. Llevaba una gruesa chaqueta con los bolsillos muy prominentes, atiborrados de billetes y de talonarios de cheques..., "Si le diera con la izquierda en la sien y con la derecha un buen cross en la mandíbula, le sacaría el alma del cuerpo a este sapo... se dijo Jansen, y sus puños de hierro se crisparon, movidos por el odio. Si en aquel instante hubiera estado allí Zoya, habría bastado una mirada suya para que de Rolling sólo quedase un saco de huesos.

-Dentro de una hora estaré en el "Arizona" -dijo imperioso Rolling, frunciendo el ceño.

Jansen tomó la gorra de la mesa, se la caló hasta las cejas y salió. De un salto montó en un coche de alquiler:

"¡Al muelle!" Le pareció que cada transeúnte sonreía burlón, mirándolo: "¿Qué -parecía decirle- te han soltado un par de bofetadas?" Jansen largó al cochero un puñado de monedas de cobre y saltó a la lancha: "Remad, hijos de perra". Subió rápido la pasarela y gritó al segundo: "¡La cubierta parece un establo!" Luego se encerró con llave en su camarote y, sin quitarse la gorra, se desplomó en la cama. Rugía quedamente.

A la hora exacta se oyó al marinero de guardia, a quien respondió desde el agua una voz débil. Crujió la pasarela. El segundo gritó con voz alegre y sonora:

-¡Todos a cubierta!

Había llegado el amo. La única forma de salvar los restos del amor propio era recibir a Rolling como si en la orilla no hubiese ocurrido nada. Jansen salió muy digno y tranquilo al puente de mando. Rolling subió allí y, después de escuchar el parte de Jansen, dándole cuenta de que el yate se encontraba en excelente estado, estrechó la mano al capitán. Las formalidades oficiales habían sido cumplidas. Pequeñajo, con trazas de paleto, vistiendo un oscuro y grueso traje que era un insulto a la elegancia del "Arizona" y al bello firmamento de Nápoles, Rolling encendió un cigarro puro.

Era ya medianoche. Entre los mástiles y las vergas titilaban las constelaciones. Las luces de la ciudad y de los barcos se reflejaban en el agua de la bahía, negra como el basalto. Aulló, para enmudecer al punto, la sirena de un pequeño remolcador. A lo lejos se mecieron unas aceitosas franjas de luz.

Rolling parecía absorto con su cigarro: lo olfateaba de vez en cuando y despedía el humo hacia donde se encontraba el capitán. Jansen, los brazos pegados al cuerpo, estaba plantado ante él con aire muy oficial.

-Madame Lamolle ha preferido quedarse en tierra -dijo Rolling-. Es un capricho, pero los americanos siempre respetamos la voluntad de las mujeres, incluso cuando se trata de una evidente locura.

El capitán se vio obligado a inclinar la cabeza, aprobando lo que decía el dueño. Rolling se llevó a los labios la mano izquierda y se chupó la piel.

-Yo me quedaré en el yate hasta que amanezca, aunque es posible que pase todo el día de mañana... No quisiera que mi permanencia aquí fuese mal interpretada... (Después de chuparse otra vez la piel, acercó la mano a la luz que salía por la abierta puerta del camarote.) Sí, como le digo..., no quisiera que fuese mal interpretado... (Jansen miró la mano del amo y vio en ella unos arañazos.) Voy a satisfacer su curiosidad: Espero en el yate a un señor. Él no sabe que estoy aquí. Debe llegar de un momento a otro. Ordene que se me avise, en cuanto lo tomen a bordo. Buenas noches.

A Jansen le ardía la cabeza. Se esforzaba por comprender lo que había pasado. Madame Lamolle se había quedado en tierra. ¿Por qué? Un capricho... ¿Y si lo estaba esperando a él? Aquellos sangrantes arañazos en la mano del amo... Algo había ocurrido... ¿Y si ella yacía en la cama degollada? ¿Y si la habían echado, metida en un saco, al fondo de la bahía? Los multimillonarios no se andaban con chiquitas.

A la hora de cenar, Jansen pidió un vaso de whisky puro para aclarar su cerebro. El segundo hablaba de la sensacional noticia que traían los periódicos: una monstruosa explosión en las fábricas alemanas de la compañía de anilinas había destruido la ciudad cercana y había costado la vida a más de dos mil personas.

El segundo decía:

-El patrón tiene una suerte loca. Con lo que le dé esa catástrofe podrá comprar a Alemania entera, con tripas y todo, con los Hohenzollern y los socialdemócratas. ¡Bebo a la salud del patrón!

Jansen se llevó los periódicos a su camarote y leyó atentamente la descripción del siniestro y distintas conjeturas, a cual más necia, acerca de sus causas. El nombre de Rolling figuraba en todas las columnas. En la sección de modas se indicaba que en la próxima temporada lo más chic sería gastar barba corrida y bombín alto en vez de sombrero de fieltro. En el Excelsior figuraba en primera plana una fotografía del "Arizona" y, en un óvalo, la encantadora cabecita de madame Lamolle. Mirándola, Jansen perdió su presencia de ánimo. Su inquietud iba en aumento.

A las dos de la madrugada, el capitán salió del camarote y vio a Rolling en la cubierta superior, acomodado en un sillón. Jansen volvió al camarote. Se quitó el uniforme y la ropa interior, se puso un ligero traje de lana fina y metió la gorra, los zapatos y la cartera en un saco de goma. La campana del barco dio las tres. Rolling seguía repantigado en el sillón. A las cuatro aún no se había movido de allí, pero su silueta, con la cabeza hundida en los hombros, parecía inanimada: Rolling dormía. Unos segundos más tarde, Jansen se deslizaba silencioso al agua por la cadena del ancla y nadaba hacia el muelle.

78

-Madame Zoya, no se moleste en vano, hemos cortado el teléfono y los timbres.

Zoya volvió a sentarse en el borde de la cama. Una sonrisa colérica y nerviosa crispaba sus labios. Stas Tyklinski, hundido en una butaca, en medio de la habitación, se atusaba el mostacho y contemplaba sus zapatos de charol. No se atrevía a fumar, pues Zoya se lo había prohibido categóricamente y Rolling le había ordenado, muy riguroso, que fuera cortés con la dama aquella.

El polaco quiso contar a Zoya sus aventuran amorosas en Varsovia y en París, pero ella le miró con tanto desprecio, que la lengua se le paralizó. No había más

remedio que callar. Eran ya casi las cinco. Todos los intentos de Zoya para escapar, engañarlo o seducirlo habían sido infructuosos.

-De todos modos -dijo Zoya-, daré parte a la policía.

-La servidumbre del hotel ha sido comprada, le hemos dado mucho dinero.

-Saltaré el cristal de la ventana y gritaré cuando en la calle haya mucha gente.

-Eso también está previsto. Hemos pagado a un médico para que certifique que sufre usted ataques de nervios. Para el mundo exterior, madame, se encuentra usted, por así decirlo, en la situación de una mujer que ha tratado de engañar a su marido. Está usted fuera de la ley. Nadie la socorrerá ni la creerá. Estése quietecita.

Zoya hizo crujir sus dedos y dijo en ruso:

-¡Canalla! Polaco miserable. Lacayo. Cerdo.

Tyklinski infló las mejillas, erizando el bigote, pero, como se le había ordenado que no respondiese a los insultos, se limitó a gruñir.

-¡Ya sabemos cómo se expresan las mujeres cuando su cacareada belleza no surte efecto! La compadezco, madame. Pero tendremos que pasar un día o dos juntos, *tête-á-tête*. Mejor haría metiéndose en la cama y calmando sus nervios... Duerma, madame, duerma usted.

Con gran asombro de Tyklinski, esta vez Zoya le hizo caso. Se quitó los zapatitos, se tendió, ahuecó las almohadas y cerró los ojos.

Por entre las pestañas veía el grueso y enojado rostro de Tyklinski, que la observaba atento. Zoya bostezó una vez, otra, y puso la mano bajo su mejilla.

-Estoy cansada, sea lo que Dios quiera -dijo muy quedo y volvió a bostezar.

Tyklinski se repantigó en el sillón. Zoya respiraba acompasadamente. Al cabo de un rato, el polaco empezó a restregarse los ojos. Se levantó, dio unos pasos por la habitación y se apoyó en el marco de la puerta. Por lo visto, había resuelto montar la guardia de pie.

Tyklinski era tonto. Zoya le había sonsacado todo lo que deseaba saber y estaba esperando a que se durmiera. Se hacía difícil permanecer plantado junto a la puerta. Tyklinski examinó una vez más la cerradura y volvió a su sillón.

Un minuto después se le abría la boca, colgante la fláccida papada. Zoya se levantó sigilosa. Con rápido movimiento le sacó del bolsillo del chaleco la llave. Agarró los zapatos. Metió la llave en el ojo de la cerradura, pero esta chirrió inesperadamente.

Tyklinski gritó, como en una pesadilla: "¿Quién? ¿Qué?" Se levantó de un salto. Zoya abrió la puerta. El polaco la sujetó por los hombros. Ella le clavó inmediatamente los dientes en la mano, experimentando un verdadero deleite al desgarrarle la piel.

-¡Hija de perra, so puta! -vociferó en polaco Tyklinski.

De un rodillazo en la cintura, derribó a Zoya. Luego, al mismo tiempo que, empujando con el pie, la apartaba hacia dentro de la habitación, intentó cerrar la puerta. Pero algo lo impedía. Zoya vio que su cuello se ponía encendido por el esfuerzo.

-¿Quién hay ahí? -preguntó ronco Tyklinski. empujando con el hombro.

Pero sus pies resbalaban por el entarimado, y la puerta se iba abriendo poco a poco. El polaco se echó mano al bolsillo trasero del pantalón para sacar el revólver, pero, de pronto, salió disparado al centro de la habitación.

En el dintel de la puerta apareció Jansen. El mojado traje se pegaba a su musculoso cuerpo. Por un segundo miró a la cara a Tyklinski. Impetuosamente, como si cayera, se lanzó adelante. El golpe destinado a Rolling descargó sobre el polaco. Fue un doble golpe: un directo, con todo el peso del cuerpo, en el puente

de la nariz y un terrible uppercut a la mandíbula. Tyklinski se desplomó en la alfombra sin decir ni pío, con el rostro magullado y sangrante.

Jansen se volvió hacía madame Lamolle. Todos sus músculos vibraban.

-A sus órdenes, madame Lamolle.

-Jansen, al yate cuanto antes.

-A sus órdenes.

Como aquella misma noche en el restaurante, Zoya descansó el brazo en los hombros de Jansen. Sin besarlo, acercó la boca hasta casi tocar los labios del capitán, y musitó:

-La lucha sólo ha empezado, Jansen. Lo más peligroso está aún por venir.

-A sus órdenes.

79

-¡De prisa, más de prisa, cochero...! La escucho, madame Lamolle... Así, pues... mientras yo esperaba en el fumadero...

-Subí a la habitación. Me quité el sombrero y el abrigo...

-Ya lo sé.

-¿De dónde?

La mano de Jansen tembló, descansando sobre la espalda de Zoya. Ella respondió con un movimiento zalamero.

-No me di cuenta de que el armario que tapaba la puerta de la habitación vecina, había sido movido de su sitio. Antes de que pudiera acercarme al espejo, se abrió la puerta y vi ante mi a Rolling... Yo sabía que la víspera se encontraba en París. Sabía también que el solo pensamiento de volar en avión lo horrorizaba... Si había venido era porque se trataba verdaderamente de una cuestión de vida o muerte... Ahora comprendo lo que proyecta... Pero entonces no lo vi claro porque la cólera nubló mi razón. Quería engañarme, tenderme una trampa... No sé yo misma lo que le dije... Se tapó los oídos y salió...

-Bajó a la sala de fumar y me ordenó que regresara al yate...

-Sí... ¡Qué tonta soy...! La culpa fue del baile, el vino y demás tonterías... Sí, sí, querido amigo, cuando se quiere luchar hay que dejarse de tonterías... Volvió a los dos o tres minutos. Le pedí explicaciones... Con una insolencia que nunca había empleado conmigo, me dijo: "No tengo por qué darle explicaciones; permanecerá en esta habitación hasta que yo la deje salir..." Le di una mano de bofetadas...

-¡Es usted toda una mujer! -exclamó Jansen con admiración.

-No, querido amigo, esa fue la segunda tontería que hice. ¡Pero qué cobarde...! Aguantó cuatro bofetadas... Los labios le temblaban... Quiso parar mi mano, pero le costó caro... Por fin cometí la tontería número tres: me eché a llorar...

-¡Oh, canalla, canalla...!

-...Espere, Jansen... Por idiosincrasia, Rolling no puede soportar las lágrimas, eso lo pone malo... Hubiera preferido cuarenta bofetadas más... Entonces llamo al polaco, que esperaba tras la puerta. Lo tenían todo convenido. El polaco se acomodó en una butaca. Rolling me dijo: "En caso extremo, Tyklinski tiene orden de disparar". Y se marchó. Yo la emprendí con el polaco. Una hora después tenía ya claro, en todos sus detalles, el pérfido plan de Rolling. Jansen, querido, está en juego mi felicidad... Si usted no me ayuda, estoy perdida... ¡Dele prisa al cochero, dele prisa...!

El coche entró en el puerto, desierto a hora tan temprana -no había amanecido aún- y se detuvo junto a la escalera de granito, al pie de la cual crujían y chirriaban unas lanchas, meciéndose en la negra y grasienta agua.

Poco después, Jansen, llevando en brazos su preciosa carga, subió silencioso al "Arizona" por una escala de cuerda que pendía de la popa.

80

Rolling se despertó a causa del matinal frescor. La cubierta aparecía mojada. Habían empalidecido ya los fanales de los mástiles. El puerto y la ciudad se hallaban aún sumidos en la sombra, pero el humo sobre el Vesubio tenía ya un tinte rosado.

Rolling examinó las luces del puerto y las siluetas de los barcos. Se acercó al marinero de guardia y se plantó a su lado. Soltó un resoplido. Luego subió al puesto de mando. Inmediatamente salió de su camarote Jansen, fresco, limpio, muy planchado. Le dio los buenos días. Rolling soltó un resoplido un poco más cortés que el dirigido al marinero de guardia.

El rey de la industria química guardó silencio largo rato, dando vueltas en sus dedos a un botón de la chaqueta. Era aquella una fea costumbre que Zoya había querido quitarle. A Rolling todo le importaba ya un bledo. Además, estaba seguro de que en la próxima temporada sería moda en París retorcer los botones. Los sastres idearían incluso unos botones especiales para tal fin.

Rolling preguntó con voz seca:

-Los ahogados, ¿salen a flote?

-Cuando no se les ata un peso -respondió tranquilo Jansen.

-Lo que yo pregunto es si se considera que uno se ha ahogado cuando se lo traga el mar.

-Suele ocurrir que un movimiento en falso, las olas, o cualquier otra eventualidad hagan que la gente se hunda. Todo eso se considera del mismo modo. Por lo común, las autoridades no meten en ello sus narices.

Rolling se encogió de hombros.

-Eso es todo lo que quería saber acerca de los ahogados. Voy a mi camarote. Si se acerca una lancha, no digan, lo repito una vez más, que estoy aquí. Tomen a bordo al hombre que venga en ella y avísenme.

Rolling se alejó. Jansen volvió a entrar en su camarote, donde, tras unas cortinas azules bien corridas, Zoya dormía en la litera del capitán.

81

Entre las ocho y las nueve, se acercó al "Arizona" una barca. Iba en ella un alegre y haraposo tipo, que, dejando de remar, gritó:

-¡Aló...! ¿Es este yate el "Arizona"?

-Supongamos que sea así -respondió un marino danés, inclinándose sobre la falsa borda.

-¿Se encuentra a bordo un tal Rolling?

-Supongamos que sí.

El tipo de la barca sonrió, mostrando una magnífica dentadura.

-Ahí va eso.

El hombre arrojó hábilmente a la cubierta una carta y, chasqueando la lengua, dijo:

-¡Oye, marinero, atún en salmuera, échame un cigarro!

Mientras el danés pensaba qué tirarle a la cabeza, el otro se había apartado ya y, bailoteando y haciendo muecas, movido por la irreducible alegría de vivir en aquella calurosa mañana, cantaba a voz en cuello.

El marino llevó la carta al capitán. (Así lo había ordenado éste.)

Jansen descorrió la cortina y se inclinó sobre la dormida Zoya. Ella abrió los ojos, llenos aún de sueño.

-¿Está él aquí?

Jansen le dio la carta. Zoya leyó:

"He sido brutalmente herido. Sea misericordioso. He peleado como un león defendiendo sus intereses, pero ha ocurrido lo imposible: madame Zoya ha escapado. Me hincó de rodillas..."

Zoya hizo pedazos la carta sin acabar de leerla.

-Ahora podemos esperarlo tranquilamente. (Zoya miró a Jansen y le tendió la mano.) Jansen, querido, debemos ponernos de acuerdo. Usted me gusta. Yo lo necesito. Por consiguiente, lo inevitable debe ocurrir...

Zoya exhaló un ahogado suspiro y continuó:

-Presiento que me proporcionará usted muchos quebraderos de cabeza. En la vida, querido amigo, el amor, los celos, la fidelidad son cosas superfinas... Yo únicamente admito la atracción de los sexos. Eso es como un elemento de la naturaleza. Yo soy tan libre de entregarme como usted lo es de poseerme, recuérdelo, Jansen. Concertemos un acuerdo: o perezco o seré la dueña del mundo. (Jansen apretó los labios, y a Zoya le gusto aquel gesto.) Usted será un instrumento de mi voluntad. Olvide por un momento que tiene delante a una mujer. Soy una fantaseadora. Soy una aventurera, ¿comprende? Quiero que todo sea mío. (Zoya describió un círculo con las manos.) El hombre, el único hombre que puede darme eso debe llegar de un momento a otro al "Arizona". Yo lo espero, y Rolling lo espera también...

Jansen levantó un dedo y volvió la cabeza. Zoya corrió las cortinas. Jansen salió al puente de mando. Allí se encontraba, aferrado a la barandilla, Rolling. Un odio feroz crispaba su rostro: con los labios torcidos y muy apretados, escrutaba la bahía, velada aún por una tenue neblina.

-Ahí viene -articuló trabajosamente Rolling, extendiendo la mano, y su índice, torcido como un anzuelo, quedó colgando sobre el azul mar-, en aquella barca.

Patizambo, parecido a un cangrejo, bajó apresuradamente del puente de mando, infundiendo espanto a los marineros, y se ocultó en el camarote. Desde allí, repitió por teléfono a Jansen la orden que le había dado con anterioridad: tomar a bordo al hombre que se acercaba en aquella lancha de seis remos.

82

Jamás había ocurrido que Rolling arrancara algún botón de su chaqueta. Aquella vez arrancó los tres botones. De pie en medio de su lujoso camarote, alfombrado con tapices de Chiraz y revestido de finas maderas, miraba al reloj de pared.

Después de arrancarse los botones, se puso a morderse las uñas. Con monstruosa rapidez tornaba al estado salvaje del hombre primitivo. Oyó el grito

del marinero de guardia y la respuesta de Garin desde la barca. Aquella voz hizo que le sudaran las manos.

La pesada lancha golpeó la banda del yate. Se oyeron los unánimes ternos de los marineros. Crujió la pasarela, sonaron pisada?, "Agarra, sujeta bien... Cuidado... Ya está... ¿A dónde hay que llevarlo?" Estaban cargando los cajones con los hiperboloides. Después, todo quedó en silencio.

Garin había caído en la trampa. ¡Por fin! Rolling se apretó la nariz con fríos y mostosos dedos y emitió unos sonidos sibilantes, parecidos a una tos seca. La gente que lo conocía afirmaba que no se reía nunca. ¡No era cierto! Después de sus éxitos, a Rolling le gustaba reírse. Pero sin testigos, a solas silenciosamente, como en aquella ocasión.

El multimillonario telefoneó a Jansen.

-¿Está ya a bordo?

-Sí.

-Llévenlo a uno de los camarotes de abajo y enciérrenlo con llave. Procuren hacerlo todo sin armar ruido, sin escándalo.

-A sus órdenes -respondió Jansen con una presteza que disgustó a Rolling, pues le pareció excesiva.

-¡Aló, Jansen!

-Le escucho.

-Dentro de una hora, el yate debe encontrarse en alta mar.

-A sus órdenes.

En el yate todo se puso en movimiento. Subió ruidosa la cadena del ancla. Empezaron a funcionar los motores. Por las portillas se vio fluir la verdosa agua. La orilla empezó a dar la vuelta. Un húmedo viento entró en el camarote, y una jubilosa sensación de velocidad se esparció por todo el esbelto casco del "Arizona".

Naturalmente, Rolling comprendía que estaba haciendo una gran necedad. Pero ya no era el Rolling de antes, el jugador frío, el indómito búfalo que nunca faltaba al sermón dominical. Esta vez no obraba con el fin de lucrarse, sino porque el suplicio de las noches de insomnio, el odio a Garin y los celos buscaban una salida: aplastar a Garin y reconquistar a Zoya.

Incluso el increíble éxito que suponía la destrucción de las fábricas de anilina, lo vivió como en sueños. Ni siquiera se interesó por saber cuántos centenares de millones había ganado el día 29 en todas las bolsas del mundo.

Aquel día esperó a Garin en París, como habían convenido. Garin no se presentó. Rolling tenía prevista la jugada y el 30 se precipitó a Nápoles en avión.

Zoya había sido retirada del juego. Entre él y Garin ya no se alzaba nadie. La venganza había sido pensada hasta en los más mínimos detalles. Rolling encendió un cigarro. Intencionadamente, remoloneó unos instantes. Salió al pasillo. Abrió la puerta que llevaba a la cubierta inferior y vio los cajones con los hiperboloides. Dos marineros que estaban sentados en ellos se levantaron de un salto al verle. Rolling los envió al puente falso y cerró la puerta tras ellos.

Después se dirigió pausadamente hacia la puerta opuesta, que llevaba a la toldilla. Al empuñar la manija observó que la ceniza se había desprendido del cigarro. Rolling sonrió satisfecho, sus pensamientos eran lúcidos, hacía tiempo que no experimentaba semejante satisfacción.

Abrió la puerta. En la toldilla, bajo la claraboya, se encontraban, mirándole, Zoya, Garin y Shelgá. Rolling retrocedió al pasillo. Sintió que se le cortaba la respiración y, por un momento, le pareció que alguien había revuelto repentinamente su cerebro con una cuchara sopera. La nariz se le perló de sudor,

y -¡oh, espanto!- sonrió con la sonrisa estúpida y lastimera del oficinista sorprendido raspando un libro de contabilidad (hacía unos veinticinco años le había ocurrido tal caso).

-Buenos días, Rolling -dijo Garin, levantándose-. Aquí me tiene, amigazo.

83

Ocurrió lo más terrible que podía suceder: Rolling se había puesto en ridículo.

¿Qué salida había? ¿Rechinar los dientes, gritar, empezar a tiros? No, eso sería aún peor, aún más estúpido... El capitán Jansen lo había traicionado, estaba claro. La tripulación no era de fiar... El yate se encontraba lejos de la costa. Con un gran esfuerzo de voluntad (en su interior incluso chirrió algo), Rolling borró de su faz aquella maldita sonrisa.

-¡Ah! -dijo, y levantó la mano, saludando-. ¡Ah, Garin...! ¿Qué, ha sentido el deseo de tomar el aire? Me alegro... Lo pasaremos muy bien...

Zoya le interrumpió con brusquedad:

-Es usted un actor pésimo, Rolling. Deje de hacer reír al público. Entre y tome asiento. Aquí todos somos de casa, enemigos mortales. Usted mismo tiene la culpa de haber reunido tan alegre compañía para dar un paseo por el Mediterráneo.

Rolling la miró con ojos de plomo y contestó:

-En los grandes negocios, madame Lamolle, no hay amigos ni enemigos.

Rolling se sentó, como un rey en su trono, entre Zoya y Garin. Descansó las manos sobre la mesa. Hubo un minuto de silencio. Rolling dijo:

-Está bien, he perdido la partida. ¿Cuánto debo pagar?

Brillantes los ojos, sonriendo, dispuesto al parecer a soltar una jovial carcajada, Garin respondió:

-Exactamente la mitad, viejo amigo, la mitad, como acordamos en Fontainebleau. Aquí está el testigo -Garin apuntó con la barbita hacia Shelgá, que, sombrío tabaleaba en la mesa-. No pienso escudriñar sus libros de contabilidad. Pero, a ojo, pido mil millones de dólares, naturalmente, contantes y sonantes. Esta sangría no le causará daño ninguno. En Europa ha ganado el dinero a espuertas.

-Será difícil pagar de golpe los mil millones -respondió Rolling-. Lo pensaré. Está bien. Hoy mismo saldré para París. Confío en que el viernes podré entregarle, en Marsella, pongamos por caso, la mayor parte de la suma...

-¡Ay, ay, ay! -dijo Garin-. Lo malo del caso, viejo, es que no se verá en libertad mientras no haya pagado.

Shelgá miró rápido a Garin, pero no dijo nada. Rolling torció el gesto, como si hubiese oído una necia grosería.

-¿Debo comprender sus palabras en el sentido de que piensan retenerme en el barco?

-Sí.

Les recuerdo que mi persona, como ciudadano de los Estados Unidos de América, es inviolable. Mi libertad y mis intereses los defenderá toda la marina de guerra de América.

-¡Mejor! -exclamó Zoya colérica y apasionadamente- ¡Cuanto antes, mejor...!

La mujer se levantó, extendió las manos y contrajo los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

-¡Que se lance contra nosotros toda su marina, el mundo entero! ¡Tanto mejor!

Su corta falda se agitó por lo impetuoso de sus movimientos. La blanca chaqueta con botones de oro, la cabecita de Zoya, con el pelo a lo chico, sus pequeñas manos, en las que se disponía a empuñar las riendas del mundo, sus ojos grises, oscuros de emoción, y su excitado rostro, divertían y causaban espanto a la vez.

-Me parece, señora mía, que la he entendido mal -dijo Rolling, volviéndose con todo el cuerpo hacia ella-. ¿Se disponen ustedes a luchar contra toda la marina de guerra de los Estados Unidos? ¿Es eso lo que ha tenido usted a bien decir?

Shelgá dejó de tabalear en la mesa. Por vez primera en todo el mes aquel se sintió de buen humor. Incluso estiró las piernas y se recostó en su asiento, como si estuviera en el teatro.

Zoya, los ojos cada vez más oscuros, miró a Garin:

-Yo he dicho lo que quería. Piotr Petróvich..., usted tiene la palabra...

Garin hundió las manos en los bolsillos y se levantó sobre los tacones, columpiándose, sonriente su boca roja, como pintada. Todo él parecía fatuo y poco serio. Sólo Zoya intuía la voluntad criminal y férrea de aquel hombre, que bromeaba por exceso de energía.

-En primer lugar -dijo Garin, levantándose sobre las punteras- no sentimos una inquina exclusiva hacia América, precisamente. Haremos lo posible por destrozar cualquier flota que emprenda acciones agresivas contra mí. En segundo lugar -Garin volvió a levantarse sobre los tacones-, no insistimos en pelearnos. Si las fuerzas armadas de América y de Europa reconocen nuestro derecho sagrado a ocupar cualquier territorio que necesitemos, nuestra soberanía, etc., etc., las dejaremos en paz, por lo menos en el aspecto militar. En caso contrario, se procederá implacablemente con las fuerzas armadas navales y terrestres de América y de Europa, con las fortalezas, las bases, los polvorines, los Estados Mayores, etc., etc. Confío en que la suerte de las fábricas de anilina le habrá persuadido de que yo no lanzo palabras al viento.

Garin dio unas palmaditas en la espalda de Rolling y prosiguió:

-Oiga, viejo, hubo un tiempo en el que yo le pedía que fuese usted socio mío... Le faltó fantasía, y todo porque no posee una cultura elevada. Eso de desplumar a otros financieros y de comprar fábricas a bajo precio es más viejo que la tos... No se dio usted cuenta de que tenía delante a un hombre de verdad... al verdadero organizador de sus cochinos millones.

Rolling iba tomando el aspecto de un cadáver en descomposición. Articulando con dificultad las palabras, dijo ronco:

-Es usted un anarquista...

Al oír esto, Shelgá, agarrándose del pelo con la mano sana, soltó tan estruendosa carcajada que por la claraboya asomó, sobresaltado, el capitán Jansen. Garin dio media vuelta sobre los tacones y dijo a Rolling:

-Sí, viejo, la cazuela le funciona mal. Yo no soy un anarquista... Soy un gran organizador, al que dentro de muy poco buscará usted con farol... Ya hablaremos de esto con más tiempo. Extienda el cheque... Y a Marsella a toda vela.

84

En los días que siguieron, los acontecimientos se desarrollaron así: el "Arizona" ancló en el antepuerto de Marsella. Garin presentó en el "Credit Lyonais" un cheque de Rolling por veinte millones de libras esterlinas. Presa de pánico, el director del banco se dirigió a París.

En el "Arizona" se dijo a todo el mundo que Rolling estaba enfermo. Lo habían encerrado en su camarote, y Zoya vigilaba celosamente para que no pudiera comunicarse con nadie. Durante tres días el "Arizona" cargó carburante, agua dulce, conservas, vino y demás. Los marineros y los ociosos que paseaban por el muelle se asombraron grandemente cuando a la "elegante cocota" se acercó una barcaza con sacos de arena. Se rumoreaba que el yate iba a las islas Salomón, pobladas de antropófagos. El capitán Jansen había comprado armas: veinte carabinas, revólveres y caretas antigás.

El día fijado, Jansen y Garin se personaron de nuevo en el banco. Les recibió allí el viceministro de Finanzas, llegado urgentemente de París. Cortés hasta ser empalagoso y sin expresar duda alguna respecto a la autenticidad del cheque, dijo que desearía ver a Rolling en persona. Lo llevaron al yate.

Rolling lo recibió. Parecía muy enfermo, con los ojos hundidos. Apenas si pudo levantarse del sillón que ocupaba. Después de confirmar que el cheque lo había extendido él e iba a emprender un largo viaje, rogó se llevasen a término todas las formalidades.

El viceministro, apoyándose en el respaldo de la silla y gesticulando al estilo de Camilo Desmoulins, pronunció un discurso en torno a la gran confraternidad de los pueblos y al tesoro cultural de Francia y terminó pidiendo se prorrogara el pago de la suma.

Cerrando los ojos con expresión de cansancio, Rolling denegó, meneando la cabeza. Por fin llegaron a un acuerdo: el banco pagaría una tercera parte en libras esterlinas y el resto en francos, al cambio.

El dinero lo llevaron al yate al anochecer, en una motora de la marina de guerra. Después, cuando ya no había testigos molestos, Garin y Jansen aparecieron en el puente de mando.

-¡Todos a cubierta!

La tripulación se alineó en el alcázar, y Jansen dijo con voz firme y grave:

-Marineros, el "Arizona" va a emprender un viaje extraordinariamente peligroso y arriesgado. Maldito sea yo si garantizo a alguien la vida, si garantizo la vida de los dueños del buque o afirmo que éste no se irá a pique. Vosotros me conocéis, hijos de tiburón... Os doblo la paga, y lo mismo digo de las primas habituales. A todos los que regresen a la patria se les acordará una pensión vitalicia. Os doy para pensarlo hasta la puesta del sol. Los que no se quieran arriesgar, pueden largarse con viento fresco.

Por la tarde, ocho hombres abandonaron el yate. Aquella misma noche completaron la tripulación ocho granujas redomados que el capitán Jansen en persona escogió en las tabernas del puerto.

Cinco días después, el yate fondeaba en la rada de Southampton, y Garin y Jansen presentaban en el "Royal Bank" un cheque de Rolling por veinte millones de libras. (Esto motivó una cortés apelación del líder del Partido Laborista en el Parlamento.) Pagaron el dinero. Los periódicos pusieron el grito en el cielo. En muchas ciudades tuvieron lugar manifestaciones obreras. Los periodistas acudieron en masa a Southampton. Rolling no recibió a nadie. El "Arizona" cargó carburante y salió al océano.

Al cabo de doce días, el yate llegó al Canal de Panamá y envió un radiograma llamando al aparato a MacLinney, director general de la "Anilin Rolling Company". A la hora fijada, Rolling, que se encontraba en la cabina del radiotelegrafista con el cañón de un revólver aplicado al occipucio, dio a MacLinney la orden de que pagara al portador, mister Garin, un cheque de cien millones de dólares. Garin fue a Nueva York y regresó con el dinero y con

MacLinney en persona. Aquello fue una equivocación. Rolling habló con el director cinco minutos justos, en presencia de Zoya, Garin y Jansen. MacLinney se marchó profundamente convencido de que allí había gato encerrado.

Después, el "Arizona" salió del canal al desierto Mar Caribe. Garin recorría América, visitando fábricas, fletando buques y comprando máquinas, aparatos, herramientas, acero, cemento y vidrio. Todo ello se cargaba en San Francisco. Un representante de Garin contrataba ingenieros, peritos y obreros. Otro salió a Europa para reclutar a quinientos ex militares del ejército blanco ruso, que habían de formar el cuerpo de policía.

Así pasó un mes. Rolling hablaba diariamente por radio con Nueva York, París y Berlín. Sus órdenes eran severas y categóricas. Después de la desaparición de las fábricas de anilinas, la industria química europea había dejado de ofrecer resistencia. En todos sus productos podía leerse "Anilin Rolling Company". Era la marca del consorcio, un círculo amarillo con tres barras negras y la inscripción: arriba, "Mundial"; abajo "Anilin Rolling Company". Semejaba ya que todo europeo debía llevar impreso en su cuerpo aquel círculo amarillo. Sí, "Anilin Rolling" había empezado el asalto por entre las humeantes ruinas de las fábricas de la compañía de anilinas alemana.

Toda Europa despedía un espantoso tufo o colonia. Se desvanecía toda esperanza. La alegría y el buen humor no se recobraban. En las polvorientas bibliotecas se pudrían incalculables tesoros espirituales. Un sol amarillo con tres barras negras iluminaba con su mortecina luz las moles de las ciudades, las chimeneas y su humo, los anuncios, los incontables anuncios que chupaban la sangre de los pueblos y, en las sucias calles y callejas con casas de ladrillo, entre los escaparates, los carteles y los círculos y circulitos amarillos, rostros humanos con el doloroso rictus del hambre, el tedio y la desesperación.

La moneda bajaba en todas partes. Los impuestos subían. Crecían las deudas. Y a la santa ley, que ordenaba respetar los deberes y los derechos, la golpeaba en la frente la marca amarilla. ¡A pagar!

El dinero corría en arroyos, riachuelos y caudalosos ríos a los cofres fuertes de la "Anilin Rolling Company". Sus directores se mezclaban en los asuntos internos de los países y en la política internacional. Formaban algo así como una orden de gobernantes secretos.

Garin recorría de un extremo a otro los Estados Unidos acompañado de dos secretarios, de ingenieros, de taquimecas y de toda una jauría de recaderos. Trabajaba veinte horas diarias. Nunca preguntaba el precio de las cosas, nunca regateaba.

MacLinney lo observaba con inquietud y asombro. No comprendía para qué se compraba y cargaba en el yate todo aquello, ni por qué se derrochaban tan insensatamente los millones de Rolling. Un secretario de Garin, una de las taquimecas y dos recaderos eran agentes de MacLinney. Diariamente le enviaban a Nueva York detallados informes, mas, pese a ello, era difícil comprender el fin de aquel torbellino de compras, pedidos y contratos.

A comienzos de septiembre, el "Arizona" reapareció en el Canal de Panamá. Tomó a bordo a Garin, salió al Pacífico y desapareció en dirección sudoeste.

Dos semanas más tarde zarpaban en la misma dirección, con su carga, diez buques mercantes con órdenes en sobres lacrados.

85

El océano aparecía inquieto. El "Arizona" había izado todas las velas menos las gavias. El fino casco del yate -cascarón con velas infladas por el viento, con silbantes obenques- ya se ocultaba, basta la misma punta de los mástiles, entre las olas, ya se alzaba sobre sus crestas, sacudiéndose la espuma.

Quitaron el toldo. Afirmaron las escotillas. Subieron a la cubierta las lanchas y las sujetaron. Los sacos de arena dispuestos a lo largo de ambas bordas fueron atados con alambres. En el castillo y en la toldilla habían montado dos torres enrejadas con unas cámaras redondas, como calderas, en las plataformas superiores. Aquellas torres, tapadas con lonas, comunicaban al "Arizona" el extraño aspecto de un buque medio de recreo medio de guerra.

En el punto de mando, adonde únicamente alcanzaban las salpicaduras de las olas, se encontraban Garin y Shelgá. Vestían gruesos chubasqueros. A Shelgá ya le habían quitado la escayola, pero únicamente podía servirse de la mano para sostener la caja de cerillas y el tenedor.

-Aquí tiene el océano -dijo Garin- y una frágil barquichuela, un cristalito del genio y la voluntad del hombre... Volamos como si nada, camarada Shelgá... Luchamos... ¡Y fíjese qué olas...! ¡Mire, son como montañas...!

Una ola enorme avanzaba por la parte de babor. Su cresta aumentaba, bullente y aterradora. Bajo ella se combaba más y más una superficie verde botella, veteada de espuma. La cresta se iba enrollando. El "Arizona" se inclinaba del lado de estribor. El viento aullaba salvaje entre las velas, sacando de la sima el yate. Casi volcado, al descubierto, hasta la quilla, su rojo fondo, atravesó oblicuamente la combada superficie de la ola, se alzó hasta la cresta y se ocultó en la rumorosa espuma. Desaparecieron la cubierta, las lanchas y el castillo, se hundió, casi hasta la cúspide, la enrejada torre que se alzaba en él. El agua bullía alrededor del puente de mando.

-¡Precioso! -gritó Garin.

El "Arizona" se enderezó, el agua abandonó la cubierta, chasquearon los foques, y el yate voló hacia abajo por el plano inclinado de la ola.

-Así es el hombre, camarada Shelgá, así es el hombre en el océano humano de la vida... Yo le tengo un gran cariño a este barquito... ¿Acaso no nos parecemos...? Los dos tenemos el pecho lleno de viento... ¿eh?

Shelgá se encogió de hombros, por toda respuesta. No iba a ponerse a discutir con aquel sujeto, enamorado hasta la locura de sí mismo... Que se embriagara, creyéndose un superhombre. No era casual que él y Rolling se hubieran encontrado: aun siendo enemigos mortales, no podían vivir el uno sin el otro. El rey de la industria química engendraba en sus entrañas a aquel individuo de cerebro inflamado por ideas criminales, y éste, a su vez, fecundaba con su monstruosa fantasía la árida mente de Rolling. ¡Así reventaran ambos!

En efecto, era difícil comprender por qué hasta entonces Rolling no había sido pasto de los tiburones. Había cumplido lo suyo: Garin no había recibido mil millones de dólares, verdad era, pero ya tenía trescientos. Podía terminar con su enemigo. Pero no, algo aún más fuerte que el dinero unía a aquellos dos hombres.

Shelgá tampoco comprendía porque a él no lo habían tirado por la borda en el Pacífico. En Nápoles. Garin necesitaba de él como tercera persona y como testigo. Si Garin se hubiera presentado sólo en el "Arizona", hubiera podido sufrir contratiempos muy desagradables. Pero eliminar de golpe a dos era para Rolling mucho más difícil. Todo aquello estaba claro. Garin había ganado la partida.

¿Qué utilidad podía reportarle ya Shelgá? Cuando se encontraban en el Caribe, aún tenían con él ciertas preocupaciones, pero allí en el Pacífico nadie lo vigilaba

y hacía lo que se le antojaba. Shelgá estudiaba a la gente. Escuchaba. Y empezó a creer que había una salida a su espantosa situación.

Aquella travesía del océano parecía un viaje de placer. Los desayunos, los almuerzos y las cenas eran fastuosos. Se sentaban a la mesa, Garin, madame Lamolle, Rolling, el capitán Jansen, el segundo de a bordo, Shelgá, el ingeniero checo Cermak, hombre enclenque, enfermucho, de ojos pálidos, mirada fija y rala barba, primer ayudante de Garin, y el químico alemán Scheffer, su segundo ayudante, joven huesudo y tímido, que poco atrás se moría de hambre en San Francisco.

En aquella peregrina sociedad de enemigos mortales, asesinos, bandidos, aventureros y sabios hambrientos, todos de frac, con flores en el ojal, Shelgá, vestido de la misma guisa, callaba, muy tranquilo, y comía y bebía como un verdadero gourmet.

A su derecha, tenía al hombre que le había metido en el cuerpo cuatro balazos, a su izquierda, al asesino de tres mil personas, y enfrente, a una belleza, con el demonio metido en el cuerpo, que no tenía igual en el mundo.

Después de la cena, Scheffer, se sentaba al piano, y madame Lamolle bailaba con Jansen. Habitualmente, Rolling se quedaba allí mirando a la pareja. Los demás, subían a la sala de fumar. Shelgá salía a cubierta a saborear su pipa. Nadie lo retenía ni paraba atención en él. Los días transcurrían monótonamente.

El tosco océano no tenía fin. Las olas se agitaban lo mismo que millones de años antes.

Aquel día, Garin, faltando a su costumbre, salió en pos de Shelgá al puente de mando y se puso a hablar con él amistosamente, como si nada hubiera ocurrido desde el día en que conversaran en Leningrado, sentados en un banco de la Avenida de los Sindicatos. Shelgá se puso en guardia. Garin expresaba su admiración por el yate, por su propia persona, por el océano, pero era evidente que no había entablado la conversación para hablar de todo aquello. Riendo, se sacudió de la barba unas salpicaduras y dijo:

-Quiero hacerle una propuesta, Shelgá.

-Le escucho.

-¿Recuerda que acordamos jugar con honradez?

-Sí.

-A propósito... ¡Ay, ay...! ¿Fue un auxiliar suyo quien disparó contra mí escondido entre los arbustos? Un pelillo más cerca, y me hubiera destrozado el cráneo.

-No sé de que me habla...

Garin le contó lo del disparo en la Villa de Stufer. Shelgá meneó la cabeza.

-No tengo nada que ver con eso. Pero es una lástima que fallaran el tiro...

-Por lo tanto, ¿tengo suerte?

-Sí, tiene usted suerte.

-Shelgá, le ofrezco una alternativa -los ojos de Garin, implacables, punzantes, se acercaron, y su rostro tomó una expresión maligna-: o deja usted de ponerse en el plan de un hombre de principios o... o lo tiro por la borda. ¿Comprende?

-Sí.

-Me es usted necesario. Lo necesito para grandes empresas... Podemos llegar a un acuerdo... Usted es la única persona de quien yo me fío.

Garin no acabó de decir lo que quería: la cresta de una ola enorme, más alta que las anteriores, se abrió sobre el yate. La hervorosa espuma cubrió el puente de mando. Shelgá se sintió empujado hacia la barandilla; sus ojos desorbitados,

su boca abierta, y su mano, con los dedos extendidos, asomaron y desaparecieron al punto bajo el agua... Garin se precipitó a la vorágine.

86

Posteriormente, Shelgá recordó más de una vez el suceso aquel.

Arriesgando su vida, Garin lo agarró de los bajos del chubasquero y estuvo luchando contra las olas basta que éstas cesaron su embestida contra el yate. Shelgá quedo colgando tras la barandilla. Tenía los pulmones llenos de agua. Cayó pesadamente sobre la cubierta. A los marineros les costó gran trabajo hacerle volver en sí, y luego le llevaron al camarote.

Al poco, se presentó allí Garin, muy alegre. Ya se había mudado de ropa. Dispuso que les sirvieran dos vasos de grog y, después de encender la pipa, reanudó la interrumpida conversación.

Shelgá examinó su rostro irónico y su esbelto cuerpo, repantigado en el sillón tapizado de cuero. ¡Qué hombre más extraño, más contradictorio! Era un bandido, un granuja, un tenebroso aventurero... Pero bien fuera por el grog o bien por la emoción, a Shelgá le agradaba verlo ante él, pierna sobre pierna, fumando y charlando despreocupadamente, como si el casco del "Arizona" no crujiera al embate de las olas, como si por los cristales de las portillas no resbalaran chorros de espuma, como si no subieran y bajaran, lo mismo que en un columpio, Shelgá en la litera y Garin en el sillón...

Desde que se vieran en Leningrado, Garin había cambiado mucho. Parecía muy seguro de sí mismo, sonreía, siempre tan cordial y campechano, como los egoístas muy inteligentes y convencidos.

-¿Por qué ha dejado escapar tan buena ocasión? -preguntó Shelgá-. ¿Es que necesita indispensablemente que yo viva? No comprendo.

Garin echó la cabeza hacia atrás y rió alegre:

-Tiene usted mucha gracia, Shelgá... ¿Por qué debo yo proceder lógicamente...? No soy profesor de matemáticas... ¡A lo que hemos llegado...! Me he permitido una simple manifestación de humanidad y no la comprende. ¿Qué hubiera ganado con sacar del agua por los pelos a un ahogado? Nada... Siento simpatía por usted... Ha sido una manifestación de humanidad...

-Me parece que cuando hizo saltar por el aire las fábricas de anilina no pensaba en ese sentimiento.

-¡No! -casi gritó Garin- ¡No pensaba! Sobre usted siguen pesando todavía los escombros de la moral... ¡Ay Shelgá, Shelgá...! ¿Qué casillas son ésas? En esa casilla lo bueno, en aquella lo malo... Yo comprendo a los degustadores: prueban el caldo, lo escupen, mastican una corteza de pan y dicen: este vino es bueno y éste es malo. Pero ellos se guían por el sabor, por los corpúsculos gustativos de la lengua. Eso es real. Pero, ¿hay algún degustador de marcas morales? ¿Con qué corpúsculos gustativos las prueban?

-Todo lo que contribuye a la instauración del poder soviético en el mundo es bueno -dijo Shelgá-, y todo lo que la impide, malo.

-Magnífico, maravilloso, eso ya lo sé... Pero, ¿qué le importa a usted todo eso? ¿Qué lo vincula a la República soviética? ¿Consideraciones económicas? ¡Tonterías...! Yo le ofrezco un sueldo de cincuenta mil dólares... Se lo digo completamente en serio. ¿Acepta?

-No -respondió tranquilamente Shelgá.

-Lo que yo digo... No está usted ligado por el dinero, sino por la idea, por su honradez: en pocas palabras, por la materia superior. Es usted un moralista feroz, cosa que yo quería demostrarle... Piensan ustedes revolver el mundo entero... Limpian las leyes económicas de la basura amontonada durante milenios, hacen saltar al aire las fortalezas del imperialismo. Está bien. Yo también deseo revolver el mundo, pero a mi manera, y lo revolveré con la sola fuerza de mi genial cerebro.

-¡Vaya pretensiones!

-Y lo conseguiré a despecho de todo, Shelgá, ¿se entera? Oiga, ¿qué es, en fin de cuentas, el hombre? ¿Un microorganismo de lo más insignificante que, presa de indecible temor a la muerte, se aferra a la esfera arcillosa de la Tierra y vuela con ella en medio de gélidas tinieblas o es el cerebro, divino aparato que produce una materia particular y enigmática, el pensamiento, materia, un micrón de la cual encierra todo el Universo...? ¿Eh? En fin...

Garin se sentó más cómodamente, recogiendo las piernas. Sus mejillas, siempre pálidas, se colorearon.

-Yo le propongo otra cosa. Escúcheme, enemigo mío... Seré dueño absoluto del planeta. Sin orden mía, no echará humo ninguna chimenea, no zarpará ningún barco, no se levantará ningún martillo, todo, hasta el derecho a respirar, se hallará subordinado a un centro. Ese centro seré yo. Todo me pertenecerá. Acuñaré en redondeles de metal mi efigie, con la barba y una corona de laurel, y en el reverso el perfil de madame Lamolle. Después seleccionaré el "primer millar", formado, digamos, por dos o tres millones de parejas. Serán los patricios. Se entregarán a los más elevados placeres y a la labor de creación. Estableceremos para ellos, al estilo de la antigua Esparta, un régimen especial, a fin de que no degeneren en tipos alcoholizados e impotentes. Después calcularemos el número de brazos necesarios para satisfacer las necesidades de la cultura. Aquí también haremos una selección. A éstos les llamaremos, por cortesía, operarios...

-¡Oh, sí, claro está...!

-Espere a reírse cuando hayamos terminado la conversación. No se rebelarán, no, querido camarada. La posibilidad de las revoluciones será eliminada se raíz. A cada uno de los operarios se lo someterá, después de su clasificación y antes de entregarle su cartilla de trabajo, a una pequeña operación. Sin que se den cuenta, los anestesiaremos y... y les haremos después una ligera punción a través del cráneo. Sí, la cabeza les dará vueltas y cuando se hayan recobrado serán ya esclavos. Por último, a otro grupo lo aislaremos en cualquier bella isla, exclusivamente para la reproducción. Todo lo demás será eliminado como superfluo. Esa es la estructura de la humanidad de mañana, según el plan de Piotr Garin. Los operarios trabajarán sin rechistar, sólo por la comida, como los caballos. Ya no serán personas, pues no los inquietará nada que no sea el hambre. Se considerarán felices haciendo la digestión. En cuanto a los elegidos, a los patricios, serán casi deidades. Aunque, en general, desprecio a la gente, siempre resulta agradable verse en buena compañía. Le aseguro, amigazo, que será ése el más auténtico siglo de oro, el siglo de oro con que soñaban los poetas. La impresión de los horrores que acompañen al exterminio de la población superflua se olvidará muy pronto. En cambio, ¡qué perspectivas se abrirán a los cerebros geniales! La Tierra se convertirá en un jardín del paraíso. La reproducción se regulará. Se seleccionará a los mejores. La lucha por la existencia cesará, quedando en la niebla de un pasado de barbarie. Surgirá una bella y refinada raza, nuevos órganos del pensar y del sentir. Mientras el

comunismo se esfuerza por llevar a cuestas a la humanidad entera a las cumbres de la cultura, yo realizaré mi plan en diez años... ¡Qué diablos, en menos de diez años...! Para unos pocos... Pero lo que importa no es la cantidad...

-Utopía fascista, es bastante curioso -dijo Shelgá-. ¿Ha hablado a Rolling de todo eso?

-Lo interesante del caso es que no se trata de una utopía... Únicamente soy lógico... Está claro que a Rolling no le he dicho nada, porque no es más que una bestia... Verdad es que Rolling y todos los Rollings del mundo hacen a ciegas lo que he desarrollado creando un amplio y preciso programa. Pero lo hacen como bárbaros, pesada y lentamente. Confío en que mañana estaremos ya en la isla... Allí podrá ver que no hablo en broma...

-¿Y cómo va a empezar? ¿Acuñando monedas con su barbita?

-¡Vaya, le ha caído en gracia lo de la barbita! No. Empezaré por la defensa. Fortificaré la isla. Al mismo tiempo, me abriré paso, a una velocidad loca, hasta la capa olivínica. Mi primera amenaza al mundo será dar al traste con el valor del oro. Obtendré cuanto oro quiera. Después pasaré a la ofensiva. Estallará una guerra más terrible que la del catorce. Mi victoria está asegurada. Luego procederé a la selección de la gente que quede viva después de la contienda y de mi victoria, aniquilaré a los indeseables, y la raza elegida por mí empezará a vivir como corresponde a dioses, mientras los "operarios" trabajarán con todo empeño, tan satisfechos de su vida como los primeros habitantes del paraíso. Buen plan, ¿eh? ¿No le gusta?

Garin de nuevo soltó una risotada. Shelgá cerró los ojos para no verlo. La partida iniciada en la Avenida de los Sindicatos había tomado un giro muy serio. Shelgá, inmóvil en la litera, pensaba. Tenía en reserva una jugada peligrosa, la única que podía darle la victoria. En todo caso, lo más necio sería negarse en aquel momento a aceptar la propuesta de Garin. Shelgá sacó una cajetilla de cigarrillos. Garin lo observaba irónico.

-¿Se ha decidido?

-Sí.

-Magnífico. Le descubriré mis cartas. Lo necesito como el pedernal necesita de la yesca. Me rodean bestias obtusas, Shelgá, gente sin fantasía. Usted y yo podemos regañar, pero conseguiré que trabaje conmigo. Aunque sea en la primera mitad, cuando luchemos contra los Rolling... A propósito, guárdese de Rolling, es muy tozudo y, si ha resuelto matarle, lo matará.

-Hace mucho que me pregunto por qué no ha alimentado usted con él a los tiburones.

-Lo necesito como rehén... En todo caso, no figurará en la relación del "primer millar..."

Shelgá guardó silencio por un instante y luego preguntó muy tranquilo:

-¿No ha tenido usted la sífilis, Garin?

-Pues no, fíjese. Yo mismo he pensado a veces si no estoy algo chiflado... Incluso fui al médico. Únicamente, mi sistema nervioso es muy sensible. ¡Ea, vístase, vamos a cenar!

87

Los nubarrones se hundieron en el nordeste. El océano, azul, infinito, acariciaba la vista. Las blancas crestas de las olas brillaban como si fuesen de cristal. Los delfines, lustrosos y juguetones, corrían en pos de la estela del yate,

alcanzándose unos a otros y dando volteretas en el agua. Gritaban con guturales voces grandes gaviotas, planeando sobre las velas. En la lejanía del océano aparecieron los contornos, azulillos como un espejismo, de una rocosa isla.

El vigía gritó: "¡Tierra!". La gente que se encontraba en cubierta se estremeció. En aquella tierra le esperaba un porvenir ignoto. Parecía la isla una larga nube que yaciera en el horizonte. Las velas, infladas por el viento, llevaban hacia allí al "Arizona".

Los marinos fregaban la cubierta, chapoteando en el agua con sus descalzos pies. El sol lucía deslumbrante, esparcidos sus dorados cabellos en los inmensos espacios, del cielo y del mar. Garin, pellizcándose la barba, trataba de ver a través del velo del futuro, qué envolvía la isla. ¡Oh, si pudiera saber...!

88

El otoñal ocaso ardía en lo lejos de Vasílievski Ostrov. Una luz purpúrea y sombría iluminaba las gabarras cargadas de leña, los remolcadores, las barcas pesqueras y los penachos de humo que se enredaban en las armazones metálicas de las grúas de los astilleros. Los cristales de los desiertos palacios llameaban como un incendio.

Un vapor se iba acercando desde el oeste por las aguas negruzcas, con rojos visos, del caudaloso Neva. El buque rugía, saludando a Leningrado y anunciando el fin de su viaje. Las luces de las portillas iluminaron las columnas del Instituto de Minas, la Escuela Naval y los rostros de la gente que paseaba por el muelle. El vapor fondeó junto a la aduana flotante, edificio rojo con columnas blancas. Empezó el habitual ajetreo del reconocimiento aduanero.

Arrimado a la borda se encontraba un pasajero de primera clase, moreno, pomuloso, que, según su pasaporte, pertenecía a la "Sociedad Geográfica Francesa". El hombre contemplaba la ciudad envuelta en la vespertina niebla. El sol se reflejaba aún en la cúpula del templo de Isaac y en las doradas agujas del Almirantazgo y de la catedral de San Pedro y San Pablo. Parecía que la aguja de la catedral, hincada en el cielo, la había concebido Pedro I como una espada que se alzara amenazante en la frontera marítima de Rusia.

El hombre de rostro pomuloso estiró el cuello, mirando hacia la aguja de la catedral. Parecía profundamente impresionado, lleno de emoción, como un caminante que viera, después de muchos años de ausencia, el tejado del hogar paterno. En aquel instante, un solemne sonido partió de la fortaleza para arrastrarse por el oscuro Neva: en la catedral de San Pedro y San Pablo, donde se apagaba la luz reflejada en la fina aguja, el carillón tocaba "La Internacional" sobre las tumbas de los emperadores.

El hombre apretó con fuerza la barandilla, y algo parecido a un rugido escapó de su garganta. Luego se volvió de espaldas a la fortaleza.

En la aduana presentó un pasaporte a nombre de Arturo Levi y mientras duró el reconocimiento mantuvo gacha la cabeza, para ocultar el colérico brillo de sus ojos.

Después, con su manta de viaje al hombro y un maletín en la mano, bajó al muelle de Vasílievski Ostrov. Brillaban con otoñal fulgor las estrellas. El hombre se irguió, exhalando un suspiro largamente retenido. Miró las casas dormidas, el barco, en donde lucían dos fanales en los mástiles y ronroneaba quedamente la dínamo, y se encaminó hacia el puente.

Un hombre alto que vestía una blusa de lienzo se acercó lentamente al desconocido. Al pasar por su lado lo miró a la cara, balbuceó: "¡Dios mío!", y luego preguntó:

-¿Alexandr Ivánovich Volshin? ¿Será posible?

El hombre que se había llamado en la aduana Arturo Levi dio un traspié, pero no volvió la cabeza y apretó el paso.

89

Iván Gúsiev vivía con Tarashkin, para quien era algo así como un hijo o un hermano menor. Tarashkin le enseñaba las primeras letras y la ciencia de la vida.

El chico era tan listo y aplicado que daba alegría enseñarle. Por las tardes tomaban té y comían unos bocadillos de salchichón con pan de centeno. Tarashkin metía la mano en el bolsillo para sacar los cigarrillos, pero se acordaba de que había dado a sus camaradas del club palabra de no fumar, carraspeaba, se alborotaba el pelo y decía:

-¿Sabes lo que es el capitalismo?

-No, Vasili Ivánovich, no lo sé.

-Te lo explicaré del modo más sencillo. Nueve personas trabajan y otra se lo quita todo. Los nueve hombres pasan hambre, y el otro come tanto que está a punto de reventar. Eso es el capitalismo, ¿comprendes?

-No, Vasili Ivánovich, no lo comprendo.

-¿Qué es lo que no comprendes?

-¿Por qué se lo dan?

-Los obliga, es un explotador...

-Como puede obligarlos. Son nueve, y el otro, uno...

-Está armado, y los otros, no...

-Las armas siempre se pueden quitar, Vasili Ivánovich. Esos nueve hombres, por lo visto, son unos pasmarotes...

Boquiabierto, Tarashkin miraba admirado al chico.

-Tienes razón, amiguito... Hablas como un bolchevique... En la Rusia Soviética lo hemos hecho así: quitamos las armas a los explotadores, los expulsamos del país, y ahora los diez hombres trabajan y no pasan hambre...

-Todos estamos a punto de reventar...

-No, amiguito, nosotros no reventarnos de tanto comer, somos personas, y no cerdos... La grasa debemos transformarla en energía mental.

-¿Qué quiere decir eso?

-Eso quiere decir que en el plazo más breve debemos ser el pueblo más inteligente y culto de la tierra... ¿Comprendes? ¡Hala, vamos a repasar la aritmética...!

-Vamos -accedía Iván, sacando el cuaderno y un lápiz.

-El lápiz tinta no se debe chupar, eso está feo..., ¿comprendes?

Así pasaban las veladas, hasta muy entrada la noche, cuando empezaban a pegárseles los párpados.

90

A la entrada del club náutico había un hombre de pronunciados pómulos, muy bien vestido, hurgando en el suelo con su bastón. El hombre levantó la cabeza y

miró de modo tan extraño a Tarashkin y a Iván que el remero se puso en guardia y el chico se arrimó a él. Dijo el desconocido:

-Estoy esperándoles desde esta mañana. ¿Se llama el chico Iván Gúsiev?

-¿Y qué le importa a usted? -inquirió Tarashkin, soltando un bufido.

-Perdone, pero la educación nunca está de sobra, camarada. Me llamo Arturo Levi.

El hombre sacó una tarjeta de visita y la puso a Tarashkin ante las narices.

-Trabajo en la Embajada soviética en París. ¿Eso no le basta, camarada?

Tarashkin emitió un gruñido ininteligible. Arturo Levi sacó de su cartera la fotografía que Garin había quitado a Shelgá.

-¿Puede usted confirmar si esta foto ha sido sacada al chico?

Tarashkin tuvo que decir que sí. Iván quiso escapar, pero Arturo Levi lo sujetó con fuerza por el hombro.

-La fotografía me la ha entregado Shelgá. Se me ha confiado la misión secreta de llevar al chico a un determinado lugar. Si ofrecen resistencia, tendré que detenerlo. ¿Piensa usted acatar lo ordenado?

-Presente su credencial -dijo Tarashkin. Arturo Levi mostró su credencial, extendida en un papel con el membrete de la Embajada soviética en París y con todas las firmas y sellos de rigor. Tarashkin la examinó largo rato y, luego, lanzando un suspiro, la dobló en cuatro.

-En fin, ¿quién sabe?, parece que todo está en regla. Pero, ¿no podría ir otro en lugar suyo? El chico tiene que estudiar...

Arturo Levi sonrió, mostrando una fuerte dentadura:

-No tema. Conmigo, el chico no estará mal...

91

Tarashkin dijo a Iván que le escribiera por el camino. Su inquietud se calmó un tanto cuando recibió una tarjeta postal enviada desde Cheliabinsk. Decía así:

"Querido cantarada Tarashkin: Gracias al trabajo, viajamos bien, en primera clase. La comida es buena, y el trato, también. Arturo Artúrovich me compró en Moscú un gorro, una chaqueta guateada nueva y unas botas. Lo malo es que me muero de aburrimiento: Arturo Artúrovich calla todo el día. Le comunico de pasada que en la estación de Samara me encontré con un vagabundo, viejo amigo mío. Perdone, pero le he dado su dirección y seguramente irá a verle, así que espérelo".

92

Alexandr Ivánovich Volshin llegó a la U.R.S.S. con un pasaporte a nombre de Arturo Levi y con papeles de la Sociedad Geográfica Francesa. Toda su documentación estaba en regla (ello costó a Garin su buen trabajo), y lo único falsificado eran el mandato y su credencial de empleado de la embajada. Pero aquellos papeles, Volshin únicamente los mostró a Tarashkin. Oficialmente, Arturo Levi había llegado para investigar la actividad de los volcanes de Kamchatka.

A mediados de septiembre. Volshin salió con Iván para Vladivostok. Los cajones con herramientas y otros objetos necesarios para la expedición ya habían llegado por mar, desde San Francisco. Arturo Levi tenía prisa. Reunió en el

transcurso de unos días a la gente necesaria, y el 28 de septiembre la expedición partió de Vladivostok para Petropávlovsk, a bordo de un buque soviético. El viaje fue muy duro. El viento norte arrastraba nubes que arrojaban su carga de nieve en las plomizas aguas del mar de Ojotsk. El buque crujía pesadamente, surcando el terrible desierto acuático. Tardaron once días en llegar a Petropávlovsk. Descargaron los cajones y los caballos, y al día siguiente ya estaban en camino, por bosques y montes, por trochas y cauces de arroyuelos, por pantanos y selvas casi inextricables.

Guiaba la expedición Iván, que tenía buena memoria y el olfato de un sabueso. Arturo Levi se apresuraba: se ponían en camino al amanecer y marchaban hasta que anochecía, sin hacer alto alguno. Los caballos estaban rendidos, y la gente empezaba a gruñir. Arturo Levi era implacable y no se compadecía de nadie, pero pagaba bien.

Se estropeó el tiempo. Rumoreaban sombrías las copas de los cedros, a veces se oía el pesado crujido de un árbol secular al abatirse o el estruendo de un alud en las montañas. Unos peñascos desprendidos mataron a dos caballos; otros dos animales se hundieron con su carga en un cenagal.

Habitualmente, Iván marchaba delante, subiendo a los cerros y trepando a los árboles para otear desde allí lugares que sólo él conocía. Un buen día. Iván gritó, meciéndose en la rama de un cedro:

-¡Ahí está! ¡Arturo Artúrovich, ahí está...!

En una roca cortada a pico, que pendía sobre un riacho montañoso, veíase la imagen, casi borrada por el tiempo, de un guerrero con gorro cónico y con un arco y una flecha en las manos...

-De aquí hay que ir en dirección este, siguiendo la flecha, hasta la Piedra del Diablo; el campamento está muy cerca de allí -gritó Iván.

Hicieron un alto. Revisaron la impedimenta. Encendieron una gran hoguera. La gente, rendida, no tardó en dormirse. En la oscuridad, mezclándose al rumorear de los cedros, se oían unas lejanas y apagadas explosiones; la tierra se estremecía. Cuando la hoguera se estaba ya extinguiendo, apareció en oriente, bajo las nubes, un vivo resplandor, como si un gigante soplara unas ascuas entre las montañas y su sombrío arrebol temblequeara bajo las nubes...

Apenas despuntó el día, Arturo Levi, la mano descansando en la funda del máuser, despertó a la gente, empujándola con la puntera de la bota. No dejó que encendieran fuego ni que prepararan té. "¡Adelante, adelante...!" Los hombres, muertos de cansancio, echaron a andar por un bosque inextricable, salpicado de cantos rodados. Los árboles alcanzaban allí una altura extraordinaria. Los helechos eran más grandes que los caballos. Todo el mundo tenía los pies sangrantes. Tuvieron que abandonar dos bestias más. Arturo Levi cerraba la marcha, la mano siempre puesta en la funda de la pistola. Parecía que, de un momento a otro, la gente se iba a detener para no moverse del sitio aunque la mataran...

El viento arrastró la sonora voz de Iván:

-¡Aquí, aquí, cantaradas! ¡Ahí se ve la Piedra del Diablo...!

Era una mole enorme, con la forma de una cabeza humana, envuelta en nubes de vapor. Al pie de ella brotaba de la tierra, pulsante, un chorro de agua termal. Desde tiempos inmemoriales, los hombres, que dejaban señales de su camino en las rocas, se bañaban en aquel manantial para restablecer sus fuerzas. Era aquella el "agua de la vida" que en los cuentos traía el cuervo, un agua rica en sales radiactivas.

93

Durante todo el día sopló el viento norte, y las nubes se arrastraban bajas sobre el bosque. Rumoreaban tristones los altos pinos, inclinaban sus oscuras copas los cedros y esparcían sus agujas los alerces. Las nubes dejaban caer fina nieve y una gélida lluvia. La taiga estaba desierta. En miles de kilómetros a la redonda rumoreaban los árboles sobre los pantanos y los pedregosos cerros. Cada día era más fría y sobrecogedora la respiración del viento norte, que bajaba del encapotado cielo.

Parecía que en aquel desierto no podría oírse nada que no fuera el sombrío rumoreo de los árboles y los silbidos del viento. Los pájaros habían volado a otros lugares, las fieras se habían marchado o recogido en sus cubiles y madrigueras. Un hombre sólo podía adentrarse allí en busca de la muerte.

Pero allí apareció un hombre. Vestía un desgarrado y rojizo abrigo de pieles, ceñido, muy bajo, con una soga, y calzaba unas botas de piel de reno empapadas por la lluvia. Cubría sus mejillas una apelmazada barba que no conocía el peine desde hacía años; la gris cabellera del desconocido se esparcía sobre sus hombros... Se movía el hombre aquel con dificultad, apoyándose en un rifle, y rodeaba un cerro, perdiéndose a veces de vista tras las enormes raíces de los cedros. El hombre se detenía de vez en cuando e, inclinándose, silbaba, gritando luego:

-¡Mashka! ¡Mashka...!

Entre los matorrales apareció la cabeza de una cabra montés con un cabo de cuerda anudado a su rozado cuello. El hombre levantó el rifle, pero la cabra de nuevo se ocultó entre la maleza. El hombre emitió un rugido y se dejó caer sobre una piedra. El rifle bailoteaba entre sus rodillas. El hombre abatió la cabeza sobre el pecho, y pasó largo rato antes de que volviera a gritar:

-¡Mashka! ¡Mashka...!

Sus turbios ojos buscaban entre la maleza la cabra domesticada, su única esperanza: si la mataba con la última bala que le quedaba, podría secar su carne y tirar unos meses más, quizás hasta la primavera.

Siete años atrás buscaba dónde aplicar sus geniales ideas. Era aún joven, fuerte y pobre. Un día fatal se encontró con Garin, que desplegó ante él planes grandiosos. Y, abandonándolo todo, fue a parar allí, al pie del volcán.

Siete años atrás talaron el bosque establecieron un campamento, con laboratorio y emisora, alimentada por una pequeña central hidroeléctrica. Las techumbres de tierra del campamento, unas medio hundidas y otras destrozadas, divisábanse entre enormes piedras que en tiempos vomitara el volcán, junto a un bosque de altos y rumoreantes pinos.

Los hombres que le acompañaban habían muerto unos y huido otros. La presa de la pequeña central hidroeléctrica la habían barrido las aguas de primavera. Todo el trabajo hecho en el transcurso de siete años, todas sus asombrosas conclusiones -los datos que obtuviera al explorar los estratos profundos de la tierra, la capa olivínica-, debían perecer con él por culpa de una estúpida cabra, de Mashka: la muy maldita no quería ponerse a tiro por más que la llamara.

Antes, hacer trescientos kilómetros por la taiga, hasta la población más cercana, era para él un juego de niños. Ahora, el reumatismo atenazaba sus piernas y sus brazos, el escorbuto le había arrancado todos los dientes. Su última esperanza era la cabra montés domesticada: el anciano la cebaba para el invierno. Pero el maldito animal había roto la cuerda, escapando de la jaula.

El viejo, con el rifle y la última bala que le quedaba, iba por el bosque llamando a la cabra. Se acercaba la noche, oscurecían las cadenas de nubes, aullaba con mayor cólera el viento, sacudiendo los enormes pinos. Se aproximaba el invierno, la muerte... ¿Sería posible que jamás volviera a ver rostros humanos, que no se sentara al ardor de la lumbre, aspirando el aroma del pan, el aroma de la vida? El viejo rompió a llorar en silencio.

Pasado largo rato, volvió a llamar:

-¡Mashka! ¡Mashka...!

Sí, aquel día no lograría matarla... El viejo se levantó con un gemido y se dirigió al campamento. Se detuvo. Levantó la cabeza, la nieve le azotó la cara, y el viento sacudió su barba... Se le había antojado... No, no, era el viento, que, por lo visto, había hecho que se rozaran dos pinos... Sin embargo, permaneció inmóvil largo rato, esforzándose por que su corazón no latiera tan fuerte...

-¡E-e-e-eh! -llegó débilmente una voz humana del lado de la Piedra del Diablo.

El viejo lanzó una exclamación de asombro. Unas lágrimas nublaron sus ojos. La nieve metíase en su boca abierta. El crepúsculo, ya denso, impedía distinguir nada en el claro del bosque.

-¡E-e-eh, Mántsev! -gritó de nuevo una sonora voy infantil, arrastrada por el viento.

La cabra asomó la cabeza entre los matorrales, acercó al viejo y, aguzando las orejas, también prestó oído a las extrañas voces que turbaban el silencio de aquel desierto... Por la derecha y por la izquierda se acercaba gente, gritando:

-¡Eh, eh...! ¿Dónde se ha metido, Mántsev? ¿Está vivo?

Al viejo le temblaba la barba, le temblaban los labios, y, atónito, balbuceaba sordamente:

-Sí, sí, estoy vivo... Yo soy Mántsev.

Los ahumados troncos jamás habían visto lujo tan grande. En el hogar, hecho de piedras volcánicas, ardía la leña y hervía agua en los calderos. Mántsev aspiraba con ansia los olores, hacía mucho olvidados, del té, del pan y del tocino.

Hablando ruidosos, unos hombres metían en la isba paquetes y sacos, que abrían al punto. Un sujeto de pómulos muy salientes ofreció a Mántsev una jarra de humeante té y un pedazo de pan... ¡Pan! Mántsev temblaba, masticándolo presuroso con las encías. Un chico, sentado en cuclillas ante él, observaba lleno de compasión cómo mordía el pan y lo apretaba contra su enredada barba, como si temiera fuese un sueño toda aquella vida que había irrumpido en el abandonado campamento.

-¿No me reconoce usted, Nikolái Jristofórovich?

-No, no, me he desacostumbrado de la gente -barbotó Mántsev-, hacía mucho que no probaba el pan.

-¡Pero si soy Iván Gúsiev...! Nikolái Jristofórovich, he hecho todo lo que me mandó. ¿Recuerda que me amenazaba con arrancarme la cabeza?

Mántsev no recordaba nada y, los ojos muy abiertos, examinaba los desconocidos rostros iluminados por la llama. Iván le contó que cuando iba por la taiga a Petropávlovsk, procurando que no lo descubrieran los osos, vio un gato de rojiza pelambre, grande como un ternero, y se llevó un susto de muerte, pero el gato aquel y en pos suyo tres más pasaron de largo; se alimentaba Iván de los piñones que encontraba en las madrigueras de las ardillas; en Petropávlovsk se enroló en un barco, para mondar patatas; llegó a Vladivostok y luego hizo siete mil kilómetros en traqueteantes vagones, ocultándose como mejor podía, en las carboneras.

-He cumplido mi palabra, Nikolái Jristofórovich, y he traído a esta gente para que lo recojan. Entonces hizo usted mal escribiendo en mi espalda con lápiz tinta. Hubiera bastado decir: "Iván, ¿das palabra?" Yo hubiese contestado: "La doy". ¿Qué se yo? quizás me escribiera usted en la espalda algo contra el Poder soviético. ¿Está eso bien? No cuente conmigo para nada más, soy pionero.

Inclinándose hacia Iván, Mántsev musitó con voz ronca, sacando mucho los labios:

-¿Qué gente es ésta?

-Una expedición científica francesa, como ya le he dicho. Me buscaron especialmente en Leningrado para que los trajera aquí, en busca suya...

Mántsev clavó los dedos en el hombro del chico, preguntándole:

-¿Has visto a Garin?

-No quiera asustarme, Nikolái Jristofórovich, que ahora me protege el Poder soviético... Lo que usted escribió en mi espalda ha caído en buenas manos... Maldita la falta que me hace Garin.

-¿Para qué ha venido esta gente aquí? ¿Qué quieren de mí...? No les diré nada. No les mostraré nada.

Mántsev, el rostro congestionado, miraba inquieto en torno. Arturo Levi se sentó a su lado en el camastro.

-Hay que tranquilizarse, Nikolái Jristofórovich. Coma, descanse... Tenemos mucho tiempo, antes de noviembre no podremos sacarlo de aquí...

Mántsev se levantó del camastro, las manos temblorosas...

-Quisiera hablar con usted a solas.

El viejo llegó renqueando a la puerta, de tablas sin cepillar y medio podridas. La abrió de un empellón. El viento de la noche alborotó su canosa barba. Arturo Levi lo siguió a la oscuridad, en la que se arremolinaba el aguanieve.

-En la cámara de mi fusil tengo la última bala... ¡lo mataré a usted! ¡Ha venido a robarme! -gritó Mántsev, sacudido por la furia.

-Vamos adonde no haga viento -Arturo Levi tiró del viejo, haciéndole reclinarse en la pared de rollos-. No se ponga así. Me ha enviado en busca suya Piotr Petróvich Garin.

Mántsev se aferró convulsivamente al brazo de Levi: su hinchado rostro, con los párpados vueltos, temblaba. y de su boca sin dientes salía un lloriqueante balbuceo:

-¿Garin está vivo...? ¿No me ha olvidado? Juntos pasábamos hambre y juntos hacíamos grandes planes... Pero todo eso son tonterías, delirios... ¿Qué he descubierto yo aquí...? He palpado la corteza terrestre... He logrado confirmar todas mis hipótesis teóricas... No esperaba resultados tan brillantes... La capa olivínica está aquí -Mántsev golpeó el suelo con sus mojadas botas de piel de reno-, se puede extraer mercurio y oro en cantidades ilimitadas... Escuche, he llegado a tantear con ondas cortas el núcleo de la Tierra... Lo que ocurre allí es inimaginable... He hecho una revolución en la ciencia mundial... Si Garin pudiera conseguir cien mil dólares. ¡Qué no haríamos...!

-Garin dispone de miles de millones, de Garin hablan todos los periódicos del mundo -dijo Levi-. Ha conseguido construir el hiperboloide, se ha hecho con una isla en el Océano Pacífico y se prepara para grandes empresas. Lo único que espera son los resultados de sus investigaciones de la corteza terrestre. Enviarán en busca suya un dirigible. Si el tiempo no lo impide, dentro de un mes podremos plantar un mástil de amarre.

Mántsev se reclinó contra la pared y guardó silencio largo rato, abatida la cabeza.

-Garin, Garin -repitió con un dejo de reproche que llegaba al alma-. Yo le di la idea del hiperboloide. Yo orienté su pensamiento hacia la capa olivínica. Yo le sugerí lo de la isla en el Pacífico. Ha robado mi cerebro y me envió aquí para que me pudriera en la maldita taiga... ¿Qué puede darme ya la vida? Una cama, médicos, papillas de sémola... ¡Garin, Garin..., ladrón de ideas ajenas...!

Mántsev levantó la cabeza, exponiendo el rostro a los azotes de la ventisca.

-El escorbuto se ha comido mis dientes, los herpes han roído mi piel. Estoy medio ciego. Mi cerebro se ha embotado... ¡Tarde, tarde se ha acordado Garin de mí!

94

Garin envió un radiograma a los periódicos del Viejo Mundo y del Nuevo Mundo diciendo que él, Pierre Harry, había ocupado en el Pacífico una isla de cincuenta y cinco kilómetros cuadrados con los islotes y cadenas de escollos adyacentes y que aquella isla, situada a ciento treinta grados de la longitud oeste y veinticuatro grados de latitud sur, la consideraba suya, estando dispuesto a defender hasta la última gota de sangre sus derechos soberanos.

Aquello hizo reír a la gente. La pequeña isla en las latitudes meridionales del Pacífico estaba deshabitada y únicamente se distinguía por lo pintoresco del paisaje. Incluso no se sabía a ciencia cierta de quién era, si de América, de Holanda, o de España. Pero con los americanos no se podía discutir mucho: los otros países gruñeron un poco y dejaron de ocuparse del asunto.

La isla no valía el carbón que había que consumir para llegar a ella, pero como los principios estaban por encima de todo, un crucero zarpó de San Francisco a fin de detener a Pierre Harry y colocar en la isla, por los siglos de los siglos, un mástil metálico con una bandera de los Estados Unidos hecha de tela impermeable.

El crucero abandonó el puerto. La ridícula historia de Garin dio nacimiento al foxtrot *El pobrecito Harry*, en el que se decía que el pequeño y pobre Pierre Harry estaba tan enamorado de una criolla, que quería hacerla reina. Se la llevó a una pequeña isla y allí, el rey y la reina, solos, bailaban el foxtrot. La reina decía: "Pobrecito Harry, quiero desayunar, tengo hambre". Por toda respuesta. Harry suspiraba y seguía bailando, pues en la isla, aparte de conchas y flores, nada había. Llegó un barco. El capitán, un buen mozo, ofreció el brazo a la reina y la llevó a compartir con él un suculento almuerzo. La reina reía y masticaba. El pobrecito Harry no tuvo más remedio que seguir bailando solo... Así, más o menos, continuaba el foxtrot... En pocas palabras, por el momento todo eran bromas.

Unos diez días después llegó un radiograma del crucero:

"Me encuentro a la vista de la isla. No he desembarcado porque se me ha advertido que está fortificada. He despachado un ultimátum a Pierre Harry, que se titula dueño de la isla. Le he dado de plazo hasta las siete de la mañana. Después, efectuaré un desembarco".

Aquello ya empezaba a ponerse divertido: El pobrecito Harry amenazaba con el puño a los cañones de seis pulgadas... Pero ni al día siguiente ni en los sucesivos llegaron más noticias del crucero.

El buque no respondió al último despacho. ¡Caramba! En el Departamento de Defensa hubo quien frunció el ceño.

Al poco, apareció en los periódicos una sensacional interviú dada por MacLinney. Afirmaba éste que Pierre Harry era el conocido aventurero ruso ingeniero Garin, quien, según se rumoreaba, había perpetrado varios crímenes, comprendido el enigmático asesinato en Ville d'Avray, cerca de París. La ocupación de la isla asombraba extraordinariamente a MacLinney porque a bordo del yate en que Garin había llegado a ella se encontraba Rolling, el jefe y director de la "Anilin Rolling Company". El había sufragado grandes compras hechas en América y en Europa, así como el flete de los barcos que debían trasladarlas a la isla. Mientras no hubo infracción alguna de la ley, MacLinney calló, pero ahora afirmaba que Rolling, el rey de la industria química, se distinguía por su extraordinario respeto a las leyes. Y, por ello, era indudable que la desfachatada ocupación de la isla se había efectuado en contra de su voluntad. Ello evidenciaba que el multimillonario se encontraba prisionero en la isla y era utilizado para un chantaje inaudito.

Las bromas terminaron. Se atentaba contra lo más sagrado. La policía reunió datos de las compras hechas por Garin en el mes de agosto. Las cifras aquellas producían verdadera estupefacción. Mientras tanto, el Departamento de Defensa buscaba en vano al crucero: el buque había desaparecido. Por si aquello fuera poco, los periódicos publicaron una descripción de la voladura de las fábricas de anilina, contada por el científico ruso Jlínov, testigo presencial de la catástrofe.

Se desencadenó un escándalo. En efecto, ante las narices del Gobierno, un aventurero había efectuado colosales compras de materiales bélicos, había ocupado una isla, había privado de su libertad a uno de los más notables ciudadanos de América y, por añadidura, era un canalla amoral, un asesino en masa, un monstruo repugnante.

El telégrafo comunicó otra noticia sensacional: un misterioso dirigible de último tipo había pasado sobre las islas de Hawai y hecho alto en el puerto de Hilo, tomando allí carburante y agua dulce. Luego había sido visto sobre las Kuriles, sobre Sajalín. Había repostado carburante y agua en el puerto de Alexándrovsk, en Sajalín, desapareciendo después en dirección Noroeste. En el casco metálico de la nave aérea pudieron distinguirse las letras "P. H.".

Para todos quedó claro que Garin era un agente de Moscú. ¡Vaya con el "pobrecito Harry"! La cámara aprobó las mas resueltas medidas. Una flota compuesta de ocho cruceros zarpó para la "Isla de los Canallas", que así la llamaban ya los periódicos americanos.

Aquel mismo día, todas las estaciones de radio del mundo captaron un mensaje, transmitido por onda corta, de monstruosa insolencia y pésimo estilo.

-"¡Aló, aló, habla la estación de la Isla de Oro, llamada, por desconocimiento, Isla de los Canallas. ¡Aló! Pierre Harry aconseja sinceramente a los Gobiernos de todos los países que no metan las narices en los asuntos de la isla. Pierre Harry se defenderá, y todo buque o flota de guerra que entre en las aguas de la Isla de Oro correrá la suerte del crucero americano enviado a pique en menos de quince segundos. Pierre Harry aconseja sinceramente a toda la población del globo terrestre que deje de ocuparse de política y baile despreocupadamente el foxtrot de su nombre".

95

El dique en el barranco cercano al campamento fue restaurado. La central eléctrica comenzó a funcionar. Arturo Levi recibía cada día impacientes radiogramas de la Isla de Oro preguntando si ya habían preparado el mástil.

Las ondas electromagnéticas, indiferentes a lo que las originaba alterando la quietud cósmica, se difundían por el éter para llegar a los receptores, y, después de hacer que los altavoces repitieran las frenéticas palabras de Garin "¿Me oye, Volshin? Si dentro de una semana no está preparada la torre de amarre, enviaré el dirigible con la orden de que le fusilen", volvían por las líneas de tierra a su inicial quietud.

En el campamento, al pie del volcán, se trabajaba apresuradamente: despejaban una enorme explanada, talaban altísimos pinos y levantaban una torre piramidal sobre tres pies profundamente hundidos en el suelo.

Trabajaban todos hasta quedar rendidos, pero quien más se movía e inquietaba era Mántsev. En aquellos días había saciado su hambre crónica y había recuperado un tanto sus fuerzas, pero, a juzgar por las apariencias, tenía algo perturbadas sus facultades mentales. Había días en los que, al parecer olvidado de todo, indiferente, permanecía sentado en el camastro, su greñuda cabeza entre las manos. Otras veces desataba a la cabra Mashka y decía a Iván:

-¿Quieres que te muestre cosas que nadie ha visto todavía?

Sujetando la cuerda de la cabra, que le ayudaba a escalar las peñas. Mántsev, acompañado del chico, emprendía la ascensión al cráter del volcán.

El pinar terminaba; más arriba, entre enormes riscos, crecían retorcidos arbustos, y aún más alto sólo se veían negras piedras cubiertas de liquen y, en algunos sitios, salpicadas de nieve.

Los bordes del cráter se elevaban formando almenas cortadas a pico y parecían los muros de un gigantesco circo semidormido. Mántsev conocía allí cada grieta y, jadeante, sentándose con frecuencia, pasaba zigzagueando de un saliente a otro. Sin embargo, una sola vez -en un apacible y soleado día- lograron alcanzar la cumbre. Las caprichosas almenas del cráter rodeaban mi cobrizo lago de lava solidificada. El sol, bajo, proyectaba la densa sombra de las almenas sobre metálicas pellas de lava. En la parte oeste, sobre la superficie del lago se elevaba un cono cuya cúspide despedía un blanquecino humo.

-Allí -dijo Mántsev señalando con sus torcidos dedos hacia el humeante cono-, hay un hueco, mejor dicho un abismo que llega a las entrañas de la tierra, nunca vistas por el hombre... Yo arrojé allí unos paquetes de piroxilina. Cuando vi en el fondo el resplandor de la explosión, consulté el cronómetro y calculé la profundidad basándome en la velocidad del sonido. Yo he investigado los gases que el cono despide. Los recogí en una retorta de cristal, luego hice pasar por ella la luz de una lámpara eléctrica y descompuse en el prisma del espectroscopio los rayos que atravesaban el gas... En el espectro del gas volcánico descubrí las líneas del antimonio, del mercurio, del oro y de otros metales pesados... ¿Comprendes, Iván?

-Sí, continúe, continúe...

-Creo que, de todos modos, comprendes más que Mashka, que la cabra... En cierta ocasión, cuando el volcán manifestaba una actividad extraordinaria y escupía y vomitaba lo que encierran sus monstruosamente profundas entrañas, conseguí, exponiendo la vida, recoger un poco de gas en una retorta... Cuando bajaba ya al campamento, el volcán empezó a despedir y lanzar hasta las nubes ceniza y piedras del tamaño de un tonel. La tierra se sacudía como la espalda de un monstruo que acabara de despertarse. Sin dejarme arredrar por esas

pequeñeces, corrí al laboratorio y puse el gas bajo el espectroscopio... Iván, y tú, Mashka, escuchadme...

A Mántsev le brillaban los ojos, y su boca sin dientes se torció, cuando dijo:

-Descubrí huellas de un metal pesado que no figura en la tabla de Mendeléiev. Unas horas más tarde empezó a descomponerse en el matraz, que se iluminó con luz primero amarilla, luego azul y, por último, roja... Me aparté prudente, sonó una explosión, y el matraz y la mitad de mi laboratorio volaron al cuerno... Llamé M al nuevo metal, por ser esa la letra inicial de mi apellido y del nombre de esta cabra. El honor del descubrimiento nos corresponde a los dos, a la cabra y a mí... ¿Comprendes algo de lo que te digo?

-Siga, siga, Nikolái Jristofórovich...

-El metal M se encuentra en las capas más profundas de la capa olivínica. Se descompone y deja libres monstruosas cantidades de calor... Yo afirmo que el núcleo de la tierra está compuesto de metal M. Pero como la densidad media del núcleo de la tierra no pasa de ocho, o sea, se aproxima a la del hierro, y el peso del metal M es dos veces mayor, en el centro mismo de la tierra sólo puede haber un hueco.

Mántsev levantó un dedo con aire profesional, miró a Iván y a la cabra y soltó una risotada salvaje.

-Vamos a echar un vistazo...

Los tres, el hombre, el niño y la cabra, descendieron de la rocosa cresta al lago metálico y, deslizándose por las pellas de lava solidificada, se acercaron al humeante cono. Por las rendijas salía con gran fuerza aire caliente. El algunos lugares veíanse agujeros sin fondo.

-Hay que dejar a Mashka abajo -dijo Mántsev, dando un papirotazo en la nariz al animal, y, con Iván, empezó a escalar el cono, aferrándose a las calientes piedras, que se desprendían con mucha facilidad.

-Tiéndete boca abajo y observa.

Se tendieron en el borde del cono por el lado que soplaba el viento y miraron hacia abajo. Dentro del cono había una hoya, y en el centro de ella, un agujero ovalado de unos siete metros de diámetro. Llegaban de allí pesados suspiros y un lejano estruendo, como si alguien hiciera rodar piedras a una profundidad insondable.

Aguzando la vista, Iván percibió una rojiza luz que partía de una profundidad inconcebible. La luz aquella, ya debilitándose, ya cobrando mayor viveza, se encendía cada vez más intensa, adquiriendo un matiz purpúreo deslumbrante. Los suspiros de la tierra se hacían más hondos y el estruendo de las piedras, más sobrecogedor...

-Comienza el flujo, hay que alejarse -dijo Mántsev-. Esa luz sale de una profundidad de siete mil metros. Allí se descompone el metal M, allí hierven y se evaporan el oro y el mercurio.

Mántsev agarró a Iván del cinto y tiró de él hacia abajo. El cono temblaba, se desprendían piedras, y densas nubes de humo parecían salir de una caldera que hubiese reventado; la sima irradiaba una luz roja, que teñía las bajas nubes...

Mántsev agarró la cuerda sujeta al collar de la cabra.

-¡Corramos, muchachos...! Ahora volarán piedras...

Estalló un trueno ensordecedor, que retumbó en todo el rocoso anfiteatro: el volcán acaba de disparar un enorme peñasco... Mántsev e Iván corrían cubriéndose la cabeza con las manos, y delante brincaba la cabra, arrastrando la cuerda por el suelo...

96

La torre para el dirigible estaba ya terminada. De la Isla de Oro comunicaron que la nave aérea había salido a pesar del peligro que anunciaba el barómetro.

Durante todos aquellos días, Arturo Levi se esforzaba por lograr que Mántsev se franqueara y le hablase de sus maravillosos descubrimientos. Se sentaba en el camastro, lejos de los obreros, sacaba una cantimplora con alcohol y echaba una buena dosis al vaso de té de Mántsev.

Los obreros yacían en el suelo, sobre ramas de abeto. De vez en cuando se levantaban, ya uno, ya otro, para echar al hogar unas raíces de cedro. El fuego iluminaba las ahumadas paredes y los rostros cansados y barbudos de los hombres. Sobre la isla soplaba furioso el viento.

Arturo Levi procuraba hablar quedo, con voz cariñosa y sedativa. Pero, a juzgar por todo, Mántsev había perdido por completo el juicio...

-Escuche. Arturo Artúrovich, o como quiera que se llame... No pretenda engañarme. Mis papeles, mis fórmulas, mis proyectos de perforación de las capas profundas y mis diarios los guardo en una caja de hojalata, soldada, y están ocultos en lugar seguro... Yo me marcharé en el dirigible y todo eso se quedará aquí, no irá a parar a manos ajenas, ni siquiera a las de Garin. No lo entregaré aunque me arranquen la piel a tiras...

-Tranquilícese, Nikolái Jristofórovich, somos gente honrada.

-No me crea tan imbécil. Garin necesita mis fórmulas... Y yo necesito mi vida... Quiero tomar todos los días un baño de agua perfumada, fumar tabaco caro, beber buenos vinos... Me pondré una dentadura postiza y comeré trufas... ¡Yo también quiero gloria! ¡Me la he merecido...! ¡Así se los lleve el diablo a todos ustedes, comprendido Garin...!

-Nikolái Jristofórovich, en la Isla de Oro vivirá usted como un rey...

-A otro perro con ese hueso. Conozco bien a Garin... Me odia porque es criatura de mi cerebro... Sin mí hubiera sido, simplemente, un pobre ratero... Usted se llevará en el dirigible mi cerebro vivo, pero no los cuadernos con mis fórmulas.

Iván Gúsiev, aguzando el oído, captaba alguna que otra frase. La noche en que terminaron de levantar el mástil para el dirigible, subió al camastro de Mántsev, que yacía con los ojos abiertos, y le deslizó al oído:

-Nikolái Jristofórovich, mándelos a paseo. Vámonos a Leningrado... Tarashkin y yo lo cuidaremos como a un niño de pecho... Haremos que le pongan la dentadura... Le buscaremos una buena habitación, ¡Qué necesidad tiene usted de liarse con los burgueses...!

-No, Iván, yo soy un hombre perdido, mis deseos son demasiado irreductibles -respondió Mántsev, los ojos puestos en el techo, donde, entre las vigas, pendían jirones de ahumado musgo-. Durante siete años, mi fantasía ha volado desbocada, bajo este techo... No quiero esperar ni un día más...

Iván Gúsiev había comprendido hacía ya tiempo qué "expedición francesa" era aquélla. El chico escuchaba y observaba atento, sacando sus conclusiones.

Seguía por todas partes a Mántsev, como si fuera su sombra, y aquella última noche la pasó toda en vela: cuando empezaban a pegársele los párpados, se hacía cosquillas en la nariz con una pluma de ave o se pellizcaba dolorosamente.

Al amanecer, Arturo Levi, que parecía muy enojado, se puso la zamarra y la bufanda y se dirigió a una cueva abierta al lado, donde funcionaba la emisora. Iván no quitaba ojo a Mántsev. Apenas Arturo Levi hubo salido. Mántsev miró en

torno, para convencerse de que todos dormían, se acercó a un oscuro rincón de la isla y levantó la cabeza. Al parecer, veía mal, pues se acercó al hogar para echar al fuego una brazada de raíces. Cuando la llama se avivó. Mántsev se acercó de nuevo al rincón.

Iván adivinó qué miraba: en el rincón, donde se cruzaban los rollos de las paredes, veíase una negra grieta sobre los troncos de la techumbre: alguien había arrancado allí el musgo. Aquello era lo que tenía inquieto a Mántsev... Poniéndose de puntillas, arrancó del bajo techo unos puñados de negro musgo y, respirando con dificultad, tapó con ellos la grieta.

Iván tiró la pluma con la que se hacía cosquillas en la nariz, se volvió de costado, se tapó la cabeza con la manta y quedó inmediatamente dormido.

La nevasca no amainaba. Hacía ya más de un día que el enorme dirigible flotaba sobre el claro, la proa sujeta a la torre que se doblaba con siniestro crujido. El alargado cuerpo de la nave aérea se cabeceaba, y desde abajo daba la impresión de que pendía en el aire el fondo de una barcaza de hierro. La tripulación se las veía para limpiar de nieve el casco del dirigible.

El capitán, inclinándose desde la barquilla, gritó a Arturo Levi, que se encontraba abajo:

-¡Aló! ¡Arturo Artúrovich, qué diablos, hacemos aquí! Hay que salir... La gente no puede más.

Levi respondió entre dientes:

-He vuelto a comunicar con la isla. Tengo orden de llevarme al chico cueste lo que cueste.

-El mástil no resistirá...

Levi se encogió de hombros. Naturalmente, no era el chico lo que importaba. Iván había desaparecido aquella noche sin que nadie lo apercibiera. Amarraron el dirigible, que había aparecido al amanecer y estuvo largo rato describiendo círculos sobre el claro, entre nubes cargadas de nieve. Descargaron víveres. (Los obreros de la expedición de Arturo Levi habían declarado que si no recibían víveres en abundancia y premios en metálico harían reventar el dirigible con un paquete de piroxilina.) Al enterarse de que el chico se había evaporado. Arturo Levi se encogió de hombros, diciendo:

-No importa.

Pero la cosa resultó mucho más seria de lo que se creyó al principio.

Mántsev subió el primero a la barquilla de la nave aérea. Al poco, intranquilo, bajó a tierra por la escalera de aluminio y, renqueando, se dirigió a la isba. No tardó en llegar de allí un desesperado alarido. Mántsev salió corriendo como un loco, de entre las nubes de nieve. y gritó esgrimiendo sus puños:

-¿Dónde está mi caja de hojalata? ¿Quién la cogido mis papeles...? ¡Me los has robado tú, canalla!

El viejo agarró a Levi del cuello de la zamarra y lo sacudió con tal fuerza que le derribó el gorro.

Estaba claro que las preciosas fórmulas, todo lo que había venido a recoger el dirigible, se lo había llevado aquel maldito chiquillo. Mántsev vociferaba, perdido el juicio:

-¡Mis papeles! ¡Mis fórmulas! ¡El cerebro humano no puede volver a crear todo eso...! ¿Qué voy a decirle a Garin? ¡Lo he olvidado todo...!

Levi quiso enviar inmediatamente un grupo de hombres en persecución del chico. La gente empezó a gruñir. Sin embargo, algunos accedieron. Mántsev los condujo en dirección a la piedra del Diablo. Levi se quedó junto a la barquilla,

mordiéndose las uñas. Pasó mucho tiempo. Dos de los hombres del grupo que había salido a la caza de Iván regresaron.

-¡Con esta nevasca no hay quien dé un paso...!

-¿Dónde han metido a Mántsev? -gritó Levi.

-¿Quién sabe dónde estará... Se perdió de nosotros...?

-¡Encuentren a Mántsev...! ¡Encuentren al chico...! Por cada uno de ellos ofrezco diez mil rublos oro.

Las nubes ennegrecíanse, caía la noche. El viento arreciaba. El capitán de nuevo amenazó con cortar las amarras y volar aunque fuera al infierno.

Por fin, del lado de la Piedra del Diablo apareció un hombretón con su abrigo de pieles cubierto de nieve. Llevaba en brazos a Iván Gúsiev. Levi corrió hacia él, se quitó presuroso un guante y metió la mano bajo la zamarra del chico. Iván parecía dormir, y sus frías manos apretaban contra el pecho la pequeña caja de hojalata con las preciosas fórmulas de Mántsev.

-Está vivo, está vivo, sólo se ha enfriado un poco -dijo el hombretón, moviendo su barba salpicada de nieve al sonreír con ancha sonrisa-. Volverá en sí. ¿Hay que llevarlo arriba?

Sin esperar respuesta, el hombrón metió a Iván en la barquilla.

El capitán gritó desde arriba:

-¿Qué, nos vamos?

Artur Levi lo miró indeciso.

-¿Está todo preparado para salir?

-Sí.

Levi volvió otra vez la cabeza en dirección a la Piedra del Diablo, donde en tupida cortina caía, arremolinándose, la nieve que vertían las oscuras nubes. En fin de cuentas, lo principal era que las fórmulas estuviesen a bordo.

-¡Vamos! -dijo Levi, saltando a la escalera de aluminio-. ¡Muchachos, cortar las amarras...!

Levi abrió la jibosa portezuela y entró en la barquilla. Arriba empezaron a cortar la maroma que sujetaba la nave aérea al mástil. Ruidosos, empezaron a funcionar los motores. Giraron las hélices.

En aquel instante, impelido por la ventisca, Mántsev apareció entre los remolinos de nieve. El viento alborotaba su gris cabellera. Sus manos, extendidas, parecían querer apresar la silueta del dirigible, que empezaba a elevarse...

-¡Alto...! ¡Alto...! -gritó Mántsev con voz ronca. Cuando la escalerilla de aluminio de la barquilla se hallaba ya a un metro del suelo, Mántsev se aferró al peldaño inferior. Unos cuantos hombres lo agarraron del faldón del abrigo, para que se soltara. Mántsev se los sacudió de encima a patadas. El fondo metálico de la nave se mecía. Tableteaban los motores, gruñían las hélices. El dirigible cobraba altura, acercándose a las arremolinadas nubes.

Mántsev se había aferrado como una garrapata al peldaño inferior de la escalerilla. Ascendía rápidamente... De abajo se veían sus abiertas piernas y el faldón del abrigo, agitado por el viento, volando al cielo.

Los hombres que quedaron en el claro no vieron ya si llegó muy lejos ni a qué altura se desprendió.

97

Asomando por la ventanilla del dirigible, madame Lamolle, se llevó los prismáticos a los ojos. La nave aérea apenas si se movía, describiendo un círculo en el radiante cielo.

Mil metros más abajo se extendía el océano, infinito, trasparente, verdiazul. En medio de las aguas veíase una isla de forma irregular. Desde arriba parecía África en miniatura. Por el sur, el este y el noreste negreaban cerca de ella, como esparcidos descuidadamente en el mar, rocosos islotes y cadenas de escollos con encajes de espuma. Por la parte oeste, el océano no mostraba mancha alguna.

Allí, en el profundo golfo, no lejos del festón de arena de la costa, veíanse buques mercantes. Zoya contó veinticuatro. Todos ellos parecían escarabajillos dormidos en el agua.

Cortaban la isla los hilitos de las carreteras, que convergían en la parte rocosa del noreste, donde relumbraban unas techumbres de cristal. Allí estaban terminando de construir el palacio, que, en tres terrazas, descendía hasta las aguas de una pequeña y arenosa bahía.

En la parte Sur de la isla aparecían construcciones que semejaban desde arriba un mecano infantil todo revuelto:

Vigas, grúas metálicas, rieles, vagonetas. Giraban decenas de aeromotores. Despedían humo las chimeneas de las centrales eléctricas y de bombas de agua.

En medio de todo aquello negreaba el circular agujero de una mina. De ella a la orilla se movían anchos transportadores metálicos, que se llevaban la roca extraída, y más allá se adentraban en el mar, como si fueran gusanos, los rojos pontones de las dragas. Sobre el pozo de la mina flotaba constantemente una nubécula de vapor.

En la mina se trabajaba en seis turnos día y noche. Garin perforaba la coraza de granito de la corteza terrestre. La audacia de aquel hombre rayaba en la locura. Madame Lamolle miraba la nubécula, y los prismáticos temblaban en su mano, dorada por el sol.

A lo largo de la baja orilla del golfo se extendían rectas hileras de las techumbres de los almacenes y de las viviendas. Los hombres que se movían por los caminos parecían desde arriba hormigas. Rodaban automóviles y motocicletas. En el centro de la isla azuleaba un lago del que partía hacia el sur un serpeante río. A ambas orillas del mismo se extendían campos y huertos. Toda la vertiente oriental semejaba un tapiz esmeralda. Allí, en grandes cercados, pacían los rebaños. En la parte noreste, ante el palacio, ponían una nota de color, entre las rocas, arriates de caprichosos contornos y grupos de árboles.

Hacía seis meses era aquello un desierto con espinosos matojos, piedras grises por la sal del mar y raquíticos arbustos. Los barcos habían descargado en la isla miles de toneladas de abonos químicos, plantas y árboles, y los hombres habían abierto pozos artesianos.

Desde lo alto de la barquilla contemplaba Zoya aquel pedazo de tierra perdido en el océano, aquella isla floreciente, deslumbrante, bañada por la nívea espuma de la resaca. Admiraba aquello con la sensación de la mujer que tiene en sus manos una joya.

98

En el mundo hubo siete maravillas. La memoria del género humano guardó hasta nuestros días el recuerdo de tres: el templo de Diana en Efeso, los jardines

de Babilonia y el coloso de Rodas. El recuerdo de las restantes se hundió en el fondo del Atlántico.

Madame Lamolle repetía todos los días que la mina de la Isla de Oro debía ser considerada la octava maravilla. A la hora de cenar, en una sala del palacio, recién terminada, con enormes ventanales abiertos al tenue soplo del océano, madame Lamolle levantaba su copa, diciendo:

-¡Por la maravilla, por el genio, por la audacia!

Toda la alta sociedad de la isla se levantaba para aclamar a madame Lamolle y a Garin. Todos estaban entregados a un trabajo febril y gestaban planes a cual más fantástico. No importaba que allá en los continentes vociferaran diciendo que se infringían las leyes. ¡Al cuerno! Allí zumbaba día y noche la mina, se deslizaban ruidosos los cangilones de los elevadores, adentrándose más y más hacia las inagotables reservas de oro. Los placeres auríferos de Siberia, los cañones de California y los desiertos nevados de Klondike eran una futileza, algo sin importancia. En la isla, el oro se hallaba bajo los pies, en cualquier lugar, con tal de que se penetrase a través del granito y del hirviente olivinio.

En los diarios del desventurado Mántsev encontró Garin la siguiente anotación:

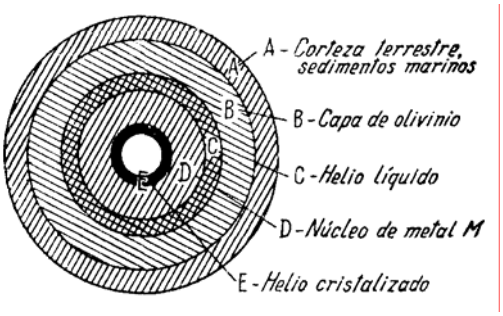
> En la presente época, es decir, después del cuarto período, el glacial, al desarrollarse con extraordinaria rapidez una raza de animales privada de pelo, capaz de desplazarse sobre las extremidades traseras y dotada de una cavidad bucal capaz, por su construcción, de pronunciar distintos sonidos, el globo terrestre ofrece el cuadro que doy a continuación.
>
> Su corteza, de granito y dioritas, tiene un espesor de cinco a veinticinco kilómetros. La corteza está cubierta de sedimentos marinos, capas de vegetación muerta (carbón) y animales desaparecidos (petróleo). La corteza yace sobre la segunda capa del globo terrestre, la capa olivínica, compuesta de metales en fusión.
>
> En algunos lugares, por ejemplo en ciertas zonas del Pacífico, la capa olivínica se encuentra cerca de la superficie de la tierra, a una profundidad de cinco kilómetros.
>
> El espesor de la capa de metales en fusión es hoy día de más de cien kilómetros y aumenta un kilómetro cada cien mil años.
>
> En la capa olivínica hay que distinguir tres estratos: el más cercano a la corteza terrestre lo componen escorias, las lavas que vomitan los volcanes; el segundo está formado de olivinio, hierro y níquel, es decir, de lo que se componen los meteoritos que caen en forma de estrellas fugaces a la tierra en las noches de otoño; el estrato inferior, por último, lo integran oro, platino, circonio plomo y mercurio.
>
> Los tres estratos de la capa olivínica descansan, como sobre una almohada, en una capa de helio, condensado hasta alcanzar el estado líquido, debido a la desintegración atómica.
>
> Por fin, bajo la capa de gas líquido, se encuentra el núcleo de la tierra. Este núcleo, sólido, metálico, tiene una temperatura de unos 273 grados bajo cero, es decir, la temperatura del espacio cósmico.
>
> El núcleo de la tierra lo constituyen pesados metales radiactivos. Conocemos dos de ellos, el uranio y el torio, que figuran a lo último en la tabla de Mendeléiev. Sin embargo, estos dos metales son producto de la desintegración de otro, el principal, un metal superpesado que hasta ahora desconocíamos.

He hallado huellas de ese metal en los gases de los volcanes. Se trata del metal M. Su peso es once veces superior al del platino. Posee una monstruosa fuerza radiactiva. Si se extrajera a la superficie de la tierra un kilogramo de ese metal, todo lo vivo perecería en varios kilómetros a la redonda, y todos los objetos a los que su irradiación alcanzara se harían luminiscentes.

Si tomamos en consideración que el peso específico del núcleo terrestre no pasa de ocho, como el del hierro -por ello se conjeturaba erróneamente que era de ese metal-, y que el metal M no puede hallarse en estado poroso, sometido en el núcleo, a una presión de un millón de atmósferas, se impone la siguiente conclusión.

El núcleo de la tierra es una esfera hueca, o una bomba, de metal M llena de helio cristalizado a consecuencia de la monstruosa presión.

He aquí una sección del globo terrestre:



El metal M, que compone el núcleo de la tierra, al desintegrarse incesantemente y convertirse en otros metales más ligeros, despide una monstruosa cantidad de calor. El núcleo de la tierra se calienta. Dentro de unos miles de millones de años, la tierra se calentará toda, estallará como una bomba, arderá, se convertirá en una esfera gaseosa con un diámetro igual a la órbita que la luna describe en torno a ella, lucirá como una pequeña estrella y después volverá de nuevo a enfriarse y contraerse hasta recobrar su tamaño actual. Entonces, la vida resurgirá en la tierra, pasarán miles de millones de años y aparecerá el hombre, empezará un vertiginoso desarrollo de la humanidad, la lucha por una estructura social más elevada.

La tierra de nuevo se calentará sin cesar, gracias a la desintegración atómica, para lucir de nuevo como una pequeña estrella.

Tal es el ciclo de la vida de la tierra, que se ha repelido y se repetirá incontables veces. La muerte no existe. Existe tan sólo la renovación eterna.

Esto es lo que leyó Garin en el diario de Mántsev.

99

Los bordes del pozo fueron revestidos de blindas de acero. Macizos cilindros de acero termorresistente se iban bajando a él a medida que alimentaba la profundidad. Llegaban ya a un lugar en que la temperatura del pozo subía a los trescientos grados. La temperatura se elevó repentinamente, de un salto, al llegar

a los 5.000 metros de profundidad. En lo hondo del pozo perecieron los obreros que trabajaban en aquel turno y se fundieron dos hiperboloides.

Garin estaba descontento. El avance y el remache de los cilindros frenaban el trabajo. Como las paredes del pozo se recalentaban y tenían que refrigerarlas con aire comprimido, al enfriarse formaban ellas mismas una fuerte coraza. Las entibaban en diagonal, con vigas metálicas.

El diámetro de la mina no era muy grande: veinte metros. Había en su interior un complejo sistema de tubos de ventilación, entubaciones, cables, pozos de duroaluminio en cuyo interior se movían los cangilones, una explanada para los motores del elevador y plazoletas para las máquinas de aire líquido y los hiperboloides.

Todo -las jaulas de ascensión, los elevadores y las distintas máquinas- era accionado con electricidad. A los lados del pozo se abrían galerías para las máquinas y para que descansaran los obreros. A fin de descargar de trabajo el pozo principal. Garin abrió otro paralelo, de seis metros de diámetro. Este pozo comunicaba las galerías por medio de ascensores eléctricos, que se movían a la velocidad de un proyectil neumático.

El trabajo más importante, la perforación, se hacía combinando la acción de los rayos de los hiperboloides, del sistema refrigerante de aire líquido y de los elevadores que extraían la roca. Doce hiperboloides de construcción especial, alimentados por arcos voltaicos con carbones de chamonita, perforaban y fundían la roca; chorros de aire líquido la enfriaban instantáneamente. Fraccionándose en pequeñas partículas, la roca iba a parar a los cangilones de los elevadores. La ventilación se llevaba los residuos de la combustión y los vapores.

100

El palacio en la parte noreste de la Isla de Oro había sido levantado conforme a los fantásticos planes de madame Lamolle.

Era un enorme edificio de cristal, acero, piedra rojo oscuro y mármoles. Había en él quinientas salas y habitaciones. La fachada principal tenía dos grandes escalinatas de mármol que surgían del mar. Las olas rompían contra los peldaños y los zócalos de las escalinatas, en las que en lugar de estatuas o jarrones, había cuatro torreones de bronce que sostenían unos dorados globos con hiperboloides cargados, para defender la isla contra cualquier agresión desde el mar.

Las escalinatas llevaban a una terraza abierta, en la que había dos profundas entradas, con columnas cuadrangulares, conducentes al interior del palacio. La fachada, inclinada como en los edificios egipcios, parcamente ornada con altas y estrechas ventanas, y con plana techumbre, parecía grave y sombría. En cambio, las fachadas que daban al patio interior, a los arriates con rosales, verbena, orquídeas, lilas en flor, almendros y otros bellos árboles eran suntuosas y hasta coquetonas.

Dos grandes puertas de bronce llevaban al interior de la isla. Aquella casa era una fortaleza. A un lado de ella, sobre una roca, se alzaba una torre metálica enrejada de 150 metros, que comunicaba, por un pasadizo subterráneo, con el dormitorio de Garin. En lo alto de la torre había potentes hiperboloides. Un ascensor blindado llevaba a ellos desde abajo en unos segundos. A todos, comprendida madame Lamolle, les estaba prohibido, bajo pena de muerte, acercarse a la torre. Aquella era la primera ley de la Isla de Oro.

En el ala izquierda de la casa se encontraban los departamentos de madame Lamolle, y en la derecha, los de Garin y los de Rolling. Allí no vivía nadie más. La casa estaba destinada para la época en la que cualquier mortal consideraría la mayor de las dichas ser invitado a la Isla de Oro y ver el deslumbrante rostro de la soberana del mundo.

Madame Lamolle se preparaba para desempeñar su papel. Estaba agobiada de trabajo. Creaba la etiqueta de la mañana, de los paseos, de las grandes y pequeñas recepciones, de los almuerzos, cenas, bailes de máscaras y demás diversiones. Su temperamento de artista tenía donde explayarse. Le gustaba repetir que había nacido para el escenario del mundo. Fue nombrado maestro de ceremonias un emigrado ruso, famoso director de ballet. Habían concertado con él un contrato en Europa, otorgándole la orden de Oro de la "Divina Zoya", que se llevaba con una cinta blanca cuajada de brillantes y le habían concedido el antiguo título ruso de *postiélnichi (chelavier de lit)*.

Además de aquel reglamento interior, para los habitantes del palacio, Zoya creaba, con Garin, "los mandamientos del siglo de oro", leyes de la futura humanidad. Pero todo aquello eran más bien proyectos e ideas en líneas generales, que posteriormente debían ser elaborados por los juristas. Garin tenía un trabajo espantoso, y Zoya se veía precisada a robarle unos minutos. Día y noche montaban guardia en el despacho de Zoya dos taquimecas.

Garin regresaba de la mina rendido, sucio, oliendo a tierra y a lubricantes. Comía apresuradamente, se dejaba caer, con los zapatos puestos, en el diván tapizado de raso y se envolvía en el humo de su pipa (la etiqueta no se extendía a él, y sus costumbres habían sido declaradas sagradas e inimitables). Zoya iba y venía por la alfombra y jugueteando con las enormes perlas de su collar, incitaba a Garin a la conversación. El necesitaba unos cuantos minutos de tranquilidad absoluta para que su cerebro pudiera empezar de nuevo a trabajar febrilmente. Al trazar sus planes no se mostraba ni malvado ni bondadoso, ni cruel ni caritativo. Lo único que le interesaba era que las soluciones dadas fueran ingeniosas. Su "frialdad" indignaba a Zoya. Sus grandes ojos se ponían oscuros, un estremecimiento recorría su vibrátil espalda y con voz baja, llena de odio, decía (en ruso para que no la entendieran las taquimecas):

-Es usted un jactancioso Garin, un hombre terrible. Comprendo que se pueda sentir el deseo de arrancarle la piel para ver cómo sufre por primera vez en su vida. ¿Será posible que no odie a nadie, que no quiera a nadie?

-A nadie más que a usted -respondió Garin sonriendo-. Pero tiene la cabecita llena de tonterías y delirios... Yo debo contar cada segundo. Esperaré a que su afán de grandeza se vea saciado. Sin embargo, en una cosa tiene usted razón, amor mío: soy demasiado academicista. Las ideas no fecundadas por el rocío de la vida se desvanecen en el espacio. El rocío de la vida es la pasión, y usted la posee en demasía.

Garin miró a Zoya. que se hallaba de pie ante él, pálida, inmóvil.

-Pasión y sangre. Es una vieja receta. Pero, ¿por qué arrancarme la piel a mí? Arránquesela a cualquier otro. Por lo visto, para su salud es muy necesario que moje usted el pañuelito en ese líquido.

-Son muchas las cosas que no puedo perdonar a la gente.

-¿Los sujetos achaparrados de dedos peludos?

-Sí. ¿Por qué me los recuerda usted?

-No puede perdonárselo a sí misma... La llamaban por teléfono ofreciéndole quinientos francos. ¿No es así? Zurciría usted apresuradamente sus medias de seda, y cortaba los hilos con esos dientes tan divinos cuando temía llegar tarde al

restaurante. Luego, las noches de insomnio, cuando en el bolso no tenía más que unas monedas de cobre y pensaba espantada en lo que llegaría al día siguiente y quizás caería aún más bajo... La perruna nariz de Rolling, también pesa lo suyo...

Mirándole a la cara, los labios distendidos en larga sonrisa, Zoya dijo:

-Esta conversación tampoco la olvidaré hasta la muerte...

-Dios mío, ¡pero si acaba usted de tildarme de academicista!

-Si alguna vez tengo poder para ello, lo ahorcaré en la torre del hiperboloide...

Garin se levantó rápido, cogió a Zoya de los brazos, la sentó por la fuerza en sus rodillas y besó su cara, levantada hacia arriba, sus apretados labios. Las dos taquimecas, rubias, con el pelo rizado, indiferentes como muñecas, volvieron la cabeza.

-Tonta, tontuela, comprende que es así como te quiero... Tú eres para mí la única del mundo... Si no hubieras estado veinte veces a punto de morir en vagones llenos de piojos, si no te hubieran comprado como a una zorra, ¿acaso conocerías todo el valor de la audacia humana...? ¿Acaso sabrías pisar la alfombra con ese aire de vencedora...? ¿Acaso pondría yo a tus pies todo, mi propia vida...?

Zoya se soltó en silencio, se arregló el vestido moviendo los hombros, se retiró al centro de la habitación y desde allí miró a Garin con ojos preñados aún de odio. El dijo:

-¿Dónde quedamos?

Las taquimecas tomaban nota de sus pensamientos. Por la noche los pasaban a máquina y por la mañana se los llevaban a madame Lamolle a la cama.

Para que emitiera su opinión sobre algunas cuestiones especiales invitaban a Rolling. Vivía éste en soberbios apartamentos aún no terminados del todo. Únicamente salía de ellos para comer. Su voluntad y su orgullo habían sido quebrantados. En aquel medio año había desmejorado mucho. Temía a Garin. Evitaba quedarse a solas con Zoya. Nadie sabía (y a nadie le interesaba) qué hacía de su tiempo. En toda su vida no había leído libros. Al parecer, tampoco llevaba un diario. Decían que se había aficionado a coleccionar pipas. Una tarde, Zoya lo vio por la ventana sentado en el penúltimo peldaño de la escalera de mármol, junto al agua misma: abatida la cabeza, contemplaba el océano, del que cien millones de años antes saliera su antecesor, el hombre-reptil. Aquella piltrafa era todo lo que quedaba del gran rey de la industria química.

Ni la pérdida de trescientos millones de dólares, ni su cautiverio en la Isla de Oro, ni siquiera la traición de Zoya hubieran podido acabar con él. Veinticinco años atrás vendía betún en las calles. Sabía luchar y amaba la lucha. Cuánto esfuerzo, cuánta inteligencia y voluntad había tenido que aplicar para que la gente le pagara circulitos de oro. La guerra europea, la ruina de Europa, todo aquello había sido hecho para que el oro fluyera a las cajas de la "Anilin Rolling Company".

Y hete aquí que el oro, el equivalente de la fuerza y la felicidad, lo iban a sacar de aquel pozo *en cualquier cantidad*, como si fuera arcilla, como si fuera fango, los cangilones del elevador. Fue entonces cuando Rolling se sintió colgando en el vacío y dejó de sentirse rey de la naturaleza, "homo sapiens". Lo único que le quedaba era coleccionar pipas.

Sin embargo, todos los días, a instancias de Garin, dictaba por radio su voluntad a los directores de la "Anilin Rolling". Estos daban respuestas muy vagas. Se hacía evidente que los directores no creían que Rolling se hubiera retirado por su propia voluntad a la Isla de Oro. Le preguntaban:

-¿Qué hacer para que regrese usted al continente?

Rolling respondía:

-El tratamiento de mi sistema nervioso marcha bien.

Por orden suya se recibieron cinco millones más de libras esterlinas. Dos semanas más tarde, cuando ordenó de nuevo que se abonara una suma idéntica, los agentes de Garin que presentaron el cheque de Rolling fueron detenidos. Fue aquella la primera señal del ataque del continente contra la Isla de Oro. Una flota de ocho barcos de guerra, que se encontraban en el océano, cerca de los 22° de latitud sur y 130° de longitud oeste, únicamente esperaba una orden para atacar la Isla de los Canallas.

101

Los seis mil obreros y empleados de la Isla de Oro habían sido reclutados en todos los confines del mundo. El primer ayudante de Garin, el ingeniero Cermak, que ostentaba el título de gobernador, había distribuido la mano de obra por nacionalidades, en quince colonias, separadas unas de otras por alambradas.

En cada colonia había barracas y templos construidos, dentro de las posibilidades, de acuerdo con los gustos de cada nacionalidad. Las conservas, los bizcochos, la mermelada y los toneles con col, arroz, medusas en escabeche, arenques, salchichas y demás se encargaban (a fábricas americanas) con etiquetas en la lengua de cada una de las nacionalidades.

Dos veces al mes se daba ropa de trabajo, conforme también al espíritu de cada nacionalidad, y una vez cada seis meses, trajes de fiesta nacionales: *poddiovkas* y *svitkas* para los eslavos, blusas de seda cruda para los chinos, levitas y sombreros de copa para los alemanes, ropa interior de seda y zapatos de charol para los italianos, taparrabos con dientes de cocodrilo y cuentas de cristal para los negros, etc., etc.

A fin de justificar ante la población de la isla la existencia de las fronteras de alambre espinoso, el ingeniero Cermak tenía una plantilla de provocadores profesionales. Eran quince. Atizaban la enemistad entre las distintas nacionalidades: en los días de trabajo moderadamente, y en los domingos y fiestas de guardar, hasta que se llegaba a las manos.

La policía de la isla, formada por ex oficiales del ejército de Wrángel, con el uniforme de la Orden de Zoya -chaquetilla corta de paño blanco bordada en oro y pantalones de montar amarillo canario- mantenía el orden y no dejaba que unas nacionalidades exterminaran por completo a otras.

Los obreros cobraban salarios enormes en comparación con lo que se pagaba en el continente. Algunos mandaban el dinero a casa aprovechando los viajes de los barcos y otros lo guardaban en la caja de ahorros. No había donde gastar el dinero, pues solo los días, de fiesta estaban abiertos en un solitario desfiladero de la costa sureste de la isla las tabernas y el Luna Park. Allí funcionaban también quince casas de trato, montadas de acuerdo con el gusto de cada nacionalidad.

Los obreros sabían con qué fin se abría aquella gigantesca mina. Garin anunció a todos que, cuando terminara el contrato, daría a cada uno tanto oro como pudiera llevarse a cuestas. Por eso todos en la isla miraban con emoción la cinta de acero que llevaba la roca de las entrañas de la tierra al océano, por eso todos se sentían embriagados por el amarillento humo que salía de la boca del pozo.

102

-Señores, ha llegado el momento más crítico de nuestro trabajo. Yo lo esperaba y me he preparado, pero ello, claro está, no hace menor el peligro. Estamos bloqueados. Se acaba de recibir un radiograma: dos barcos nuestros, cargados de vigas de perfiles especiales para entubar la mina, de conservas y de carne congelada, han sido detenidos por un crucero americano, y la carga, confiscada. Eso quiere decir que ha empezado la guerra. Debemos esperar que sea declarada oficialmente de un momento a otro. Uno de mis fines más inmediatos es la guerra. Pero comienza antes de lo que yo quisiera. En el continente se han puesto demasiado nerviosos. Yo adivino su plan: nos temen y tratarán de rendirnos por hambre. Debo informarles que en la isla hay víveres para dos semanas, sin contar el ganado vivo. En esos catorce días debemos romper el bloqueo y traer conservas. La tarea es difícil, pero se puede cumplir. Además, mis agentes han sido detenidos al presentar, para su pago, cheques firmados por Rolling. Nuestra caja está vacía. Hemos gastado hasta el último céntimo, trescientos cincuenta millones de dólares. Dentro de una semana debemos pagar a los obreros, y, si lo hacemos con cheques, se amotinarán y paralizarán el funcionamiento del hiperboloide. Por consiguiente, nos vemos obligados a conseguir dinero en el transcurso de siete días.

La reunión se celebraba al caer la tarde en el despacho de Garin, que aún no había sido terminado del todo. Asistían Cermak, el ingeniero Scheffer, Zoya, Shelgá y Rolling. Garin, como siempre que había peligro y tenía que poner en tensión el cerebro, hablaba sonriendo, balanceándose sobre los tacones, las manos hundidas en los bolsillos. Zoya presidía, empuñando un martillito. Cermak, bajo, nervioso, con los ojos congestionados, tosió, para aclararse la garganta, y dijo:

-La segunda ley de la Isla de Oro reza así: nadie debe intentar conocer el secreto del hiperboloide. Quien se atreva a tocar, aunque solo sea, la cubierta del hiperboloide, será condenado a muerte.

-Sí -dijo Garin-, eso dice la ley.

-Para cumplir con éxito las tareas que usted ha señalado, deben funcionar simultáneamente tres hiperboloides, por lo menos: uno para conseguir el dinero, otro para romper el bloqueo y otro para defender la isla. Deberá usted hacer una exclusión de la ley para dos ayudantes.

Siguió una pausa. Los hombres miraban el humo de sus cigarros. Rolling, pensativo, olfateaba su pipa. Zoya volvió la cabeza hacia Garin. El dijo:

-Está bien. (Hizo un gesto frívolo.) Pueden publicarlo. La segunda ley no se extiende a dos habitantes de la isla: a madame Lamolle y a...

Inclinándose con gesto alegre sobre la mesa y dando una palmada en el hombro a Shelgá, Garin añadió:

-Y a él. Shelgá es la segunda persona a la que confío el secreto del aparato...

-Se ha equivocado, camarada -respondió Shelgá, quitando de su hombro la mano de Garin-, yo me niego.

-¿Por qué razón?

-No estoy obligado a dar explicaciones. Piénselo y lo adivinará.

-Le encomiendo a usted que destruya la flota americana.

-La comisión es bien simpática, huelga decirlo, pero no puedo.

-¿Por qué, voto al diablo?

-¿Por qué? Porque ése es un camino resbaladizo...

-Cuidado, Shelgá...

-Ya lo tengo...

Garin mostró los dientes, y su barbita púsose enhiesta. Se contuvo. Preguntó, sin alzar la voz:

-¿Maquina usted algo?

-Yo, Piotr Petróvich, obro a las claras. No oculto nada.

Aquella breve conversación fue mantenida en ruso. Nadie, aparte de Zoya, entendió palabra. Shelgá volvió a ponerse a dibujar garabatos en una hoja de papel. Garin dijo:

-Así, pues, mi ayudante, en lo que se refiere a los hiperboloides, será una sola persona: madame Lamolle. Si está de acuerdo, señora mía, el "Arizona" tiene, las calderas encendidas, mañana puede zarpar...

-¿Qué debo hacer en el océano? -preguntó Zoya.

-Saquear todos los buques en las líneas de la compañía Transpacífico. Dentro de una semana debemos pagar a los obreros.

103

Hacia las veintitrés horas, el buque insignia de la escuadra de la flota americana advirtió un cuerpo extraño sobre la constelación de la Cruz de! Sur.

Los rayos de los reflectores, azulencos como la cola de un cometa, se deslizaron por la bóveda celeste y se detuvieron en aquel cuerpo extraño. Este se iluminó. Centenares de catalejos enfocaron la barquilla metálica, los transparentes círculos de las hélices y, en el casco del dirigible, las letras P. y H.

Parpadearon las señales luminosas en los navíos. Del buque insignia despegaron cuatro hidroplanos y, rugiendo, cobraron altura hacía las estrellas. La escuadra, aumentando su velocidad, navegaba en columna.

El zumbido de los aviones se iba haciendo cada vez menos denso, más débil. De pronto, la nave aérea hacia la que se elevaban desapareció del campo visual. Sin dar crédito a sus ojos, muchos oficiales pasaron sus pañuelos por los cristales de los catalejos. El dirigible se desvaneció en el oscuro cielo, sin que los reflectores pudieran encontrarlo.

Por fin se oyó, débil, el tableteo de una ametralladora: lo habían encontrado. El tableteo se interrumpió. Del cielo, dando vueltas, cayó verticalmente una brillante mosca. Los hombres que observaban con los catalejos lanzaron una exclamación de sorpresa: caía un hidroplano, que las negras olas se tragaron. ¿Qué habría ocurrido?

Las ametralladoras volvieron a tabletear -tac-tac-tac- en el cielo, pero esta vez también enmudecieron al poco; uno tras otro, atravesaron los rayos de los proyectores tres aviones y, en barrena, se hundieron en el océano. Bailotearon las señales luminosas del buque insignia. Le respondieron luces esparcidas hasta el mismo horizonte: ¿qué habría ocurrido?

Después todos vieron muy cerca una negra y desgarrada nube que avanzaba contra el viento, hacia la columna de buques. Era el dirigible, que descendía envuelto en una cortina de humo. El buque insignia dio la señal: "Cuidado, gas. Cuidado, gas". Dispararon, rugientes, los antiaéreos. Un segundo después estallaban sobre cubierta, sobre los puentes y las torres blindadas, unas bombas de gas.

La primera víctima fue el almirante, guapo mozo de veintiocho años que, por orgullo, no había querido ponerse la careta antigás. Llevándose las manos a la garganta, cayó de espaldas, el rostro hinchado y violáceo. En unos segundos

quedaron intoxicados todos los que se encontraban en cubierta: las caretas antigás fueron de muy poca utilidad. Sobre el buque insignia habían arrojado un gas desconocido.

El mando pasó al vicealmirante. Los cruceros viraron a estribor y sus antiaéreos abrieron fuego. Tres descargas estremecieron la noche. Tres relámpagos, salidos de los cañones, tiñeron del color de la sangre el océano. Tres enjambres de diablos de acero, aullantes sus ciegas cabezas, volaron quién sabe a dónde y, al estallar, iluminaron el estrellado cielo.

Después despegaron de los cruceros seis hidroplanos, todas las tripulaciones con caretas antigás. Era evidente que los primeros cuatro aparatos habían perecido al tropezar con la envenenada cortina de humo de la nave aérea. Estaba en juego el honor de la marina de guerra americana. En los cruceros apagaron las luces. Quedaron solas las estrellas.

En la oscuridad se oía el chocar de las olas contra los cascos de acero de los buques; en lo alto zumbaban los aeroplanos.

Por fin... tac-tac-tac: de la argentada vía láctea llegó el tableteo de las ametralladoras. Luego pareció como si allí arriba hubieran descorchado unas botellas de champagne. Había empezado el ataque con granadas. En el cenit se encendió con luz negruzca una humeante nube: de ella salió, apuntando abajo su obtusa nariz, el cigarro puro de acero. En su parte superior danzaban unas llamas. El dirigible descendía oblicuamente, dejando en pos una estela luminosa, y, por fin, todo él envuelto en fuego, cayó más allá del horizonte.

Media hora después, uno de los hidroplanos informaba de que había volado sobre el dirigible en llamas y ametrallado a todos los que se encontraban vivos dentro y cerca de él.

La victoria le costó cara a la escuadra americana: habían perecido cuatro aviones con la tripulación. Habían muerto a consecuencia de los gases veintiocho oficiales, comprendido el almirante, y ciento treinta y dos marineros. Lo peor del caso era que aquellos magníficos cruceros con tan poderosa artillería se habían visto impotentes como pingüinos: el enemigo los atacaba desde arriba, a discreción, con un gas desconocido. Había que tomarse el desquite y demostrar la fuerza de la artillería de los buques. Diciendo más o menos eso, el vicealmirante mandó aquella misma noche a Washington un parte en el que daba cuenta del combate naval e insistía en que se debía cañonear la Isla de los Canallas. A las veinticuatro horas, el Ministro de Marina contestó: "Poner rumbo a la isla indicada y hundirla en el océano".

104

-¿Que, les parece? -preguntó desafiante Garin, dejando sobre la mesa los auriculares de la radio. (A la reunión asistían los mismos, descontada madame Lamolle.)- ¿Qué me dicen, señores míos...? Puedo felicitarles... El bloqueo ha terminado... La flota americana tiene orden de cañonear la isla.

Rolling se estremeció, se levantó del sillón, la pipa le cayó de la boca, y sus cenicientos labios temblaron, como si quisiera hablar y no pudiese.

-¿Qué le pasa, viejo? -inquirió Garin-. ¿Tanto lo emociona la proximidad de la flota patria? ¿Arde en deseos de colgarme de un mástil? ¿O es que le acobarda la perspectiva del cañoneo...? Naturalmente sería estúpido que un proyectil americano lo hiciera trizas. ¿O es que, voto al diablo, siente usted remordimientos de conciencia...? En fin de cuentas, luchamos con su dinero.

Garin soltó una breve y seca carcajada y se volvió de espaldas al anciano. Rolling. sin decir nada, se dejó caer en su silla y se tapó con manos temblorosas su gris rostro.

-Sí, señores míos..., sin riesgo únicamente se puede percibir un tres por ciento por cada dólar. Nosotros arriesgamos ahora mucho. Nuestro dirigible de exploración ha cumplido excelentemente su tarea... Pongámonos en pie para honrar la memoria de los doce caídos, comprendido Alexandr Ivánovich Volshin, comandante de la nave. El dirigible ha podido comunicarnos con detalle la composición de la escuadra. Son ocho cruceros modernos, con cuatro torres blindadas de tres cañones cada una. Después del combate deben quedarles todavía doce hidroplanos, por lo menos. Además, cuentan con cruceros menores, torpederos y submarinos. Si consideramos que el golpe de cada proyectil equivale a setenta y cinco millones de kilogramos de fuerza viva, una andanada de toda la escuadra sobre la isla será igual, en números redondos, a mil millones de kilogramos de fuerza viva.

-Tanto mejor, tanto mejor -balbuceó, por fin, Rolling.

-Deje de gimotear, abuelito, es una vergüenza... He olvidado de decirles, señores, que debemos dar las gracias a mister Rolling por habernos ofrecido amablemente un invento muy moderno todavía secreto: el gas llamado "Cruz negra". Gracias a él, nuestros pilotos han derribado cuatro hidroplanos y dejado fuera de combate al buque insignia.

-¡No, yo no le he ofrecido amablemente el gas "Cruz negra", mister Garin! -aulló Rolling con voz ronca Usted me amenazó, revólver en mano, y me arrancó la orden de que enviaran a la isla unos bidones de ese gas.

Respirando con dificultad, Rolling abandonó, tambaleante, el despacho. Garin pasó a exponer el plan de defensa de la isla. El ataque de la escuadra debía esperarse a los dos días.

105

El "Arizona" izó la bandera pirata.

Ello no quiere decir que realmente ondeara en el buque la bandera negra con la calavera y las tibias cruzadas, romántica enseña de los filibusteros. Ese emblema ya no se veía más que en las botellitas de sublimado corrosivo.

En rigor, en el "Arizona" no se izó bandera alguna. Las dos torres metálicas con los hiperboloides lo distinguían ya demasiado bien de todos los demás buques del mundo. Mandaba el yate Jansen, subordinado a madame Lamolle,

El suntuoso camarote de Zoya, con dormitorio, cuarto de baño, tocador y salón estaba cerrado con llave. Zoya se alojaba arriba, en el camarote del capitán, junto con Jansen. Todo el lujo de antes -el toldo de seda azul, los tapices, los cojines y las butacas- había sido retirado. La tripulación, enrolada en Marsella, había sido armada de colts y carabinas. Se había anunciado a los hombres el fin de la salida al mar y prometido un premio por cada buque capturado.

Todo el espacio libre lo llenaban en el yate bidones de gasolina y de agua dulce. Impulsado por el viento, con todo el velamen izado y con sus maravillosos motores Rolls Royce desarrollando su máxima velocidad, el "Arizona" volaba como un albatros, saltando de ola en ola, por el agitado océano.

106

-El viento es casi huracanado, capitán.

-Recoger los velachos. A sus órdenes, capitán.

-Revelar la guardia a cada hora. Poner un vigía en la gavia.

-A sus órdenes, capitán.

-En cuanto vean luces, despiértenme inmediatamente.

Jansen entornó los ojos, escrutando el oscuro desierto del océano. La luna aún no había salido. Una tenue neblina velaba las estrellas. En aquellos cinco días de navegación rumbo noroeste, el capitán, entusiasmado, sentía un agradable temblor en todo su cuerpo. En fin, ¿no habían sido piratas sus bisabuelos? Jansen se despidió del segundo con una leve inclinación y entró en el camarote.

Apenas traspuso el umbral, sus músculos experimentaron el conocido choque, como si un tóxico lo privara de sus fuerzas. Permaneció inmóvil bajo el globo mate de la lámpara empotrada en el techo. El bajo y confortable camarote del capitán, revestido de cuero y de madera pulida, aquel adusto refugio del marino solitario, lo saturaba la presencia de una mujer joven.

Ante todo olía allí a perfume. ¡Mil diablos...! La capitana de los piratas se echaba tanta esencia que hasta un muerto abriría los ojos. Sobre el respaldo de una silla había dejado negligentemente su falda de franela y un jersey amarillo dorado. En el suelo, sobre la alfombra, veíanse sus medias, con las ligas. Una de las medias parecía guardar la forma de su pierna.

Madame Lamolle dormía en la litera del capitán. (Aquellos cinco días Jansen se acostaba, sin desnudarse, en el pequeño diván tapizado de cuero.) Zoya yacía de costado. Tenía los labios entreabiertos. Su rostro, ligeramente curtido por el viento del mar, parecía tranquilo, como el de una niña inocente. En uno de sus brazos, desnudo, descansaba su cabeza. ¡Pirata!

Para Jansen era una prueba muy dura aquella belicosa decisión de madame Lamolle de alojarse con él en un mismo camarote. Desde el punto de vista de la lucha, era acertado. Iban a saquear barcos, quizás a la muerte. No cabía duda de que, si los atrapaban, los colgarían juntos en un mismo palo. Aquello, lejos de inquietar al capitán, lo llenaba de entusiasmo. Era un súbdito de madame, Lamolle, la reina de Isla de Oro. Además, estaba enamorado de ella.

Por más que trataba de explicárselo, el amor se le antojaba a Jansen algo muy oscuro. Había conocido en su vida a muchas chicas de los cabarets de los puertos y a no menos damas opulentas, en los trasatlánticos, que, por aburrimiento y curiosidad, anudaban sus brazos al cuello del marino. De algunas se había olvidado, como de las aburridas páginas de un libro insulso y vacío; a otras le agradaba recordarlas en las horas tranquilas de la guardia, paseando por el puente de mando a la tibia luz de las estrellas.

Allí en Nápoles, cuando Jansen esperaba en la sala para fumar la llamada telefónica de madame Lamolle, había aún algo que le recordaba sus antiguas aventuras amorosas. Pero lo que debió ocurrir entonces, después de la cena y el baile, no se había producido. Medio año había transcurrido desde entonces, pero a Jansen lo extrañaba aún el mero recuerdo: ¿sería posible que su mano hubiera oprimido durante el baile, estando él en su sano juicio, la espalda de madame Lamolle? ¿Sería posible que tan sólo contados minutos, la mitad de un cigarrillo, lo hubieran separado de una dicha inconcebible? Ahora, al oír su voz en el extremo opuesto del yate, temblaba lentamente, como si en él, en su interior, se desencadenara una apacible tempestad. Cuando veía en cubierta, sentada en un sillón de mimbre, a la reina de la Isla de Oro, con los ojos errando por la línea que

unía el mar y el cielo, su alma sentía una nostálgica añoranza, que su razón no alcanzaba a comprender, tan fuerte eran su fidelidad y su amor.

Quizás la causa de ello fueran los vikingos, los piratas antecesores de Jansen, que se alejaban de las costas de su patria en rojas embarcaciones de popa muy levantada y proa en forma de cresta de gallo, con escudos colgados a lo largo de las bordas y una recta vela en un mástil de fresno. Junto al mástil aquel, Jansen el antepasado cantaba al azul océano, a los negros nubarrones, a la doncella de cabellos de oro, a la lejana doncella que lo esperaba a la orilla del mar, avizorando la lejanía. Pasaban los años, y sus ojos eran tan azules como el mar, tan sombríos como los nubarrones de tormenta. La nostalgia del pobre Jansen procedía de la profundidad de los siglos.

De pie en el camarote, que olía a piel y a esencia, miraba, desesperado y extático a la vez, el rostro querido, a su amor. Temía que Zoya se despertara. Se acercó de puntillas al diván y se acostó. Cerró los ojos. Las olas rumoreaban. Rumoreaba el océano. El antepasado cantaba su antigua canción de la herniosa doncella. Jansen cruzó las manos tras la nuca, y el sueño y la dicha lo envolvieron.

107

-¡Capitán...! (Llamaron a la puerta.) ¡Capitán!

-¡Jansen!

La alarmada voz de madame Lamolle atravesó como una aguja su cerebro. Jansen se levantó de un salto, saliendo con mirada insensata de la bruma de los sueños. Madame Lamolle se ponía apresuradamente las medias. Su camisa resbaló, dejando al descubierto un hombro.

-¡Alarma! -dijo madame Lamolle-. Y usted duerme...

Llamaron otra vez a la puerta, y la voz del segundo dijo:

-Capitán, luces a babor.

Jansen abrió la puerta. El aire húmedo llenó sus pulmones. Tosiendo, Jansen salió al puente de mando. La oscuridad era impenetrable. Lejos, a babor, dos luces se mecían sobre las olas.

Sin apartar de ellas la mirada, Jansen buscó el pito que colgaba sobre su pecho. Dio la señal. Los contramaestres respondieron. Jansen gritó con voz clara y distinta:

-¡Zafarrancho! ¡Todos a cubierta! ¡Recoger las velas!

Sonaron pitos y voces de mando. Desde el castillo y la toldilla salieron en tropel los marineros. Treparon como gatos por los mástiles y se mecieron en las vergas. Chirriaron las roldanas. Levantando la cabeza, un contramaestre maldecía todo lo humano y lo divino. Las velas cayeron. Jansen mandó:

-¡Estribor! ¡Avante, a toda máquina! ¡Fuera luces!

Impulsado tan sólo por los motores, el "Arizona" viró bruscamente. La cresta de una ola saltó la borda de estribor y se arrastró por la cubierta. Se apagaron las luces. En medio de una oscuridad absoluta, el casco del yate trepidó, desarrollando su máxima velocidad.

Las luces descubiertas se acercaban rápidamente de allende el horizonte. Pronto apareció la silueta de un buque que despedía mucho humo: era un paquebote de dos chimeneas.

Madame Lamolle salió al puente de mando. Llevaba en la cabeza una boina de punto con una borlita, y en el cuello, una bufanda de lana de Angora, ondulante

a su espalda. Jansen le ofreció los prismáticos. Ella los aplicó a sus ojos, pero, como el buque cabeceaba mucho, tuvo que apoyar la mano que sostenía los prismáticos en el hombro de Jansen. El capitán sintió cómo latía el corazón de Zoya bajo su tupido jersey.

-¡Al ataque! -dijo Zoya y, acercando la cara miró firmemente a Jansen a los ojos.

El "Arizona" fue descubierto cuando se hallaba ya a quinientos metros del paquebote. En la cabina del timonel del buque agitaron un fanal; después rugió bronca una sirena. El "Arizona", sin encender las luces ni responder a las señales, volaba perpendicularmente hacia el iluminado barco. El paquebote aminoró la marcha y trató de virar para eludir el choque...

Una semana después, el corresponsal del *New York Herald* describía como sigue el inaudito suceso.

"...Serían las cinco menos cuarto cuando nos despertó el alarmante rugir de la sirena. Los pasajeros nos volcamos a cubierta. Al salir de los iluminados camarotes, la noche nos pareció negra como la tinta. Advertimos la alarma que reinaba en el puente de mando y, con los prismáticos.

Escrutábamos la oscuridad. Nadie sabía a ciencia cierta qué había ocurrido. Nuestro buque amenguó la marcha. Y de pronto vimos que... hacia nosotros avanzaba rápido un barco de forma inusitada. Estrecho y largo, con tres altos mástiles, parecido a un rápido clíper, llevaba a proa y a popa dos extrañas torres metálicas. Alguien gritó en broma que era el "Buque fantasma..." Por un minuto, todos fuimos presa del pánico. El enigmático barco se detuvo a unos cien metros de nosotros, y una voz imperiosa gritó en inglés con la bocina:

-"¡Alto las máquinas! ¡Apagar las calderas!" Nuestro capitán respondió:

-"Antes de cumplir la orden, debemos saber quién la da".

Del buque respondieron:

"Lo ordena la reina de la Isla de Oro".

Quedamos estupefactos: ¿Qué era aquello, una broma, una nueva travesura de Pierre Harry?

El capitán dijo:

"Ofrezco a la reina un camarote vacío y un suculento desayuno si está hambrienta".

Estas palabras eran del foxtrot *El pobrecito Harry*. En cubierta todos soltamos la carcajada. Inmediatamente, en la torre de proa del buque misterioso apareció un rayo. Era fino como una aguja de hacer media, de una blancura cegadora, y se acercaba desde la torre sin ensancharse. En aquel instante a nadie le pasó por la cabeza que estaba viendo la más terrible arma entre las ideadas por la humanidad. Todos nos sentíamos de excelente humor.

El rayo describió un rizo en el aire y cayó sobre la proa de nuestro paquebote. Oyóse un horroroso hervor, y una llama verdosa brotó en el acero cortado. Un marinero que se encontraba en la toldilla lanzó un espantoso alarido. La obra muerta de proa se hundió en el mar. El rayo se elevó, tembló en lo alto y, volviendo a descender, pasó paralelo sobre nosotros. Con gran estrépito cayeron sobre la cubierta las puntas de

ambos mástiles. Horrorizados, los pasajeros corrieron hacia las escalas. El capitán resultó herido.

Lo que ocurrió después ya es conocido. Los piratas se acercaron en una lancha, armados de carabinas, subieron a bordo y pidieron dinero. Se llevaron diez millones de dólares, todo lo que importaban los giros postales y lo que los pasajeros llevaban en sus bolsillos.

Cuando la lancha cargada con el botín regresó al buque pirata, su cubierta se iluminó claramente. Vimos bajar de la torre de acero a una mujer alta y delgada, tocada con un gorrito de lana. Subió rápida al puente de mando y, aplicándose la bocina a la boca, echó hacia atrás la cabeza y nos gritó:

"¡Pueden continuar el viaje!"

El barco pirata viró y, con sorprendente rapidez, se ocultó tras el horizonte".

108

Los acontecimientos de los últimos días -el ataque del dirigible "P.H." a la escuadra americana y la orden de cañoneo dada a ésta- alborotaron a todos los habitantes de la Isla de Oro.

En la oficina había ya montones de solicitudes pidiendo la cuenta. La gente sacaba sus depósitos de la caja de ahorros. Los obreros deliberaban tras las alambradas, sin prestar la menor atención a los policías blanco-amarillos, de rostro sombrío y decidido que montaban la guardia. Las colonias parecían colmenas alarmadas. En vano tocaban las cornetas y los tambores en el barranco, ante las casas de trato. El Luna-Park y los bares estaban vacíos. En vano los quince provocadores hacían esfuerzos sobrehumanos para que aquel mal estado de ánimo desembocara en una pelea entre los obreros de las distintas nacionalidades. En aquellos días nadie quería partir los hocicos a otro por el mero hecho de que viviera tras otra alambrada.

El ingeniero Cermak hizo pegar por toda la isla un decreto gubernamental. Se declaraba el estado de guerra, se prohibían las reuniones y los mitines y, hasta nueva orden, nadie tenía derecho a pedir la cuenta. Se advertía a la población que no debía criticar al gobierno. El trabajo en la mina debía proseguirse día y noche, sin interrupción.

"Una riqueza fabulosa -decía el decreto- espera a quienes en estos días apoyen incondicionalmente a Garin. A los pobres de espíritu los echaremos de la isla nosotros mismos. Recordad que luchamos contra quienes nos impiden enriquecernos".

A pesar del resuelto tono del decreto, la víspera del día en que se esperaba el ataque de la flota, los obreros de la mina declararon por la mañana que pararían los hiperboloides y las máquinas de aire líquido si antes de las doce no se les abonaba el salario (era día de paga) y no se enviaba al gobierno americano una declaración de paz solicitando el cese de las operaciones militares.

Detener las máquinas de aire líquido equivalía a volar la mina y, quizá, a provocar una erupción de magma fundida. El peligro era serio. El ingeniero Cermak se puso nervioso y amenazó con fusilamientos. Los policías se concentraron en torno a la mina. Entonces, cien obreros bajaron a las cavernas laterales del pozo y comunicaron por teléfono a la oficina:

"No nos dejan otra salida que no sea la muerte. A las cuatro saltaremos al aire con toda la isla".

Pese a todo, aquello daba un plazo de cuatro horas. El ingeniero Cermak retiró de la mina a la policía, montó en su moto y voló al palacio. Allí encontró a Garin conversando con Shelgá, ambos sofocados, el pelo en desorden. Al ver a Cermak, Garin se levantó de un salto, todo rabioso.

-¿Quien le ha enseñado a gobernar tan estúpidamente?

-Pero...

-Silencio... Lo destituyo. Vaya al laboratorio, al cuerno, adonde le plazca... ¡Usted es un burro...!

Garin abrió la puerta y echó a Cermak de un empujón. Luego volvió hacía la mesa, en un ángulo de la cual estaba sentado Shelgá, con un cigarro entre los dientes.

-Shelgá, ha llegado la hora -yo la preveía- en que sólo usted puede dominar el movimiento y salvar la causa... Lo que ha empezado en la isla es más peligroso que diez flotas americanas.

-Sí -dijo Shelgá-, ya era hora de que lo comprendiese...

-Váyase al cuerno con sus lecciones de política... Lo nombro gobernador de la isla, con poderes extraordinarios... Pruebe a negarse -advirtió precipitadamente Garin a grito pelado y se lanzó hacía la mesa, de donde sacó el revólver-. En pocas palabras: si dice que no, disparo... ¿sí o no?

-No -respondió Shelgá, mirando el revólver con el rabillo del ojo.

Garin disparó. Shelgá se llevó a la sien la mano con que sostenía el cigarro.

-¡Mierda, canalla...!

-¿Que, está de acuerdo?

-Deje ese trasto.

-Está bien.

Garin echó el revólver al cajón.

-¿Qué quiere usted, que los obreros no vuelen la mina? Está bien. No la volarán. Pero he de ponerle algunas condiciones...

-Las acepto de antemano.

-Seguiré siendo en la isla, como hasta ahora, una persona privada. Yo no soy su criado ni un mercenario. Eso en primer lugar. Todas las fronteras entre las nacionalidades hay que destruirlas hoy mismo, sin que quede ni una sola alambrada. Eso en segundo lugar...

-De acuerdo.

-Su banda de provocadores...

-Yo no tengo provocadores -protestó rápido Garin.

-Miente...

-Bueno, sí, miento. ¿Qué quiere que haga con ellos. que los eche al mar?

-Esta misma noche.

-Délo por hecho. Considérelos ahogados.

Garin tomaba rápidamente notas en su bloc.

-Por último -dijo Shelgá-, exijo una no ingerencia absoluta en mis relaciones con los obreros.

-¿Pero que me dice?

Shelgá torció el hocico y quiso levantarse de la mesa, pero Garin lo sujetó del brazo.

-De acuerdo. De todos modos llegará la hora en que le rompa a usted las costillas. ¿Qué más quiere?

Shelgá, entornados los ojos, dio unas chupadas al cigarro, de modo que el humo ocultó su astuto y curtido rostro, de recortado bigote rubio y respingona nariz. En aquel instante sonó el teléfono. Garin levantó el auricular.

-Al aparato. ¿Qué? ¿Un radiograma?

Garin colgó el auricular del teléfono y se puso los de la radio. Mientras escuchaba, se mordía la uña del pulgar. Sus labios se torcieron en una sonrisa.

-Puede tranquilizar a los obreros. Mañana pagamos. Madame Lamolle ha conseguido diez millones de dólares. Ahora envia por el dinero al dirigible de recreo. El "Arizona" se encuentra tan sólo a cuatrocientas millas al noroeste.

-Eso simplifica el asunto -dijo Shelgá, y, hundiendo las manos en los bolsillos, salió.

109

Colgándose de las correas fijadas al techo, de modo que sus pies no tocaran el piso, Shelgá cerró los ojos, y conteniendo la respiración, se precipitó abajo en la caja de acero del ascensor.

La refrigeración del pozo paralelo funcionaba irregularmente y para ir de unas cavernas a otras había que cruzar sectores de temperatura muy elevada. La única salvación era la velocidad de caída.

A ocho kilómetros de profundidad, Shelgá, mirando la roja flecha del indicador, conectó los reóstatos y detuvo el ascensor. Aquella era la caverna treinta y siete. Trescientos metros más hondo, en el fondo de la mina, zumbaban los hiperboloides y retumbaban los secos e incesantes estallidos del caliente suelo, refrigerado con aire comprimido. Oíase el metálico arrastrar de los cangilones, que subían la roca a la superficie.

La caverna treinta y siete, como todas las que se encontraban al lado del pozo principal, la constituía un cubo metálico remachado. Tras sus paredes se evaporaba el aire líquido, enfriando la masa de granito. Por lo visto, la capa de magma hirviente no se encontraba muy profunda: en todo caso hallábase más cerca de lo que se supusiera basándose en los datos de la exploración electromagnética y sismográfica. El granito alcanzaba una temperatura de quinientos grados. Si pararan por unos segundos las instalaciones de refrigeración, todo lo vivo se convertiría inmediatamente en cenizas.

Dentro del cubo metálico había camas, bancos y baldes con agua. En las cuatro horas que duraba cada turno, los obreros quedaban tan exhaustos que, antes de sacarlos a la superficie, había que acostarlos, medio muertos, en las camas. Zumbaba la ventilación y las tuberías del aire comprimido. La bombilla que pendía del remachado techo iluminaba los rostros sombríos, enfermizos y abotargados de veinticinco hombres. Setenta y cinco obreros más se encontraban en las cavernas superiores, comunicadas por teléfono.

Shelgá salió del ascensor. Algunos volvieron la cabeza hacia él, pero no lo saludaron, no pronunciaron ni una palabra. Por lo visto, la decisión de volar la mina era firme.

-Un traductor. Voy a hablar en ruso -dijo Shelgá sentándose a la mesa y apartando con el codo unos botes con mermelada y con sal de higuera y unos vasos de vino a medio beber. El gobierno de la isla abastecía generosamente de todo aquello a los mineros.

Se acercó a la mesa un judío huesudo y encorvado, de tez pálida y azulosa bajo la crecida barba.

-Yo puedo traducir.

Shelgá dijo:

-Garin y su empresa no son sino la expresión suprema de la conciencia capitalista. Mas allá que Garin no se puede ir: conversión violenta de los trabajadores en animales mediante una operación en el cerebro; selección de los elegidos, de los "reyes de la vida"; detención del progreso del mundo. Los burgueses no comprenden aún a Garin. Y él mismo no se apresura para que lo comprendan. Lo consideran un bandido y un usurpador, pero terminarán por reconocer que el imperialismo desemboca en el sistema de Garin... Cantaradas, debemos conjurar el momento más peligroso, debemos evitar que Garin llegue a un acuerdo con ellos. Entonces lo pasaríais muy mal, camaradas. Aquí, en esta caja, habéis decidido morir por que no se pelee con el gobierno americano. ¿Qué pensáis hacer? Meditadlo. Malo sería que venciese Garin y malo que triunfaran los capitalistas. Pero lo peor sería que llegaran a un acuerdo. Vosotros no tenéis conciencia, camaradas, de lo que valéis: la fuerza está de vuestra parte. Dentro de un mes, cuando los cangilones empiecen a arrojar oro a la superficie de la tierra, no será Garin quien salga ganando, sino vosotros, la causa que debéis hacer triunfar en la tierra. Si me creéis, pero sin reservas, de todo corazón, seré vuestro jefe... Elegidme unánimemente .. Si no me creéis...

Shelgá se detuvo, miró los sombríos rostros de los obreros, los ojos puestos en él sin pestañear, y se rascó con fuerza el cogote.

-Si no me creéis, seguiré hablando.

Se acercó a la mesa un joven de anchos hombros, desnudo de cintura arriba, todo sucio de hollín. Inclinándose, miró a Shelgá con sus azules ojos. Subiéndose los pantalones, se volvió hacia sus camaradas y dijo:

-Yo le creo.

-Nosotros también -dijeron los demás.

Por los teléfonos corrió a través de los kilómetros de la espesa capa de granito: "Creemos, creemos".

-Me alegra que me creáis -dijo Shelgá-. Ahora expondré nuestro programa por puntos: esta noche retirarán las fronteras nacionales. Mañana os pagarán. Los policías que custodien el palacio, nosotros nos arreglaremos sin ellos. A los quince provocadores los echaremos al mar. Esa es la primera condición que he puesto. Nuestra tarea consiste ahora en llegar cuanto antes adonde se encuentra el oro. ¿No os parece, camaradas?

110

Por la noche apareció al noroeste la errante luz de los reflectores. En el puerto aullaron inquietas las sirenas. Al amanecer, cuando el mar se encontraba sumido aún en la sombra, se advirtieron los primeros indicios de la aproximación de la flota: muy alto volaron sobre la isla unos aviones, relumbrantes a la luz rosada de la aurora.

Los policías dispararon contra ellos sus carabinas, pero pronto dejaron de hacer fuego. Los habitantes de la isla se reunían en grupos. Sobre la mina continuaba rizándose el penacho de humo. En los barcos sonaron las campanas. Un gran transporte estaba descargando: una grúa montada en el muelle dejaba caer en la orilla paquetes atados en cruz.

El océano aparecía tranquilo, envuelto en el cendal de la niebla. En el cielo zumbaban las hélices de los aeroplanos.

Salió el sol, velado por la niebla. Entonces todos distinguieron en el horizonte los humos de los buques. Formaban una larga y aplastada nube, que se extendía en dirección sureste. Aquello era la muerte, que se aproximaba.

En la isla todo enmudeció, y parecía que hasta los pájaros llevados del continente habían dejado de cantar. Un grupo corrió a las lanchas que se mecían en el puerto, y las pequeñas embarcaciones, cargadas hasta la borda, salieron presurosas a alta mar. Pero las barcas eran pocas y en la isla no había dónde refugiarse. Los habitantes, como si estuvieran paralizados, permanecían inmóviles, en silencio. Algunos se tendieron de bruces en la arena.

En el palacio no se advertía el menor movimiento. Las puertas de bronce estaban cerradas. A lo largo de las rojizas e inclinadas paredes iban y venían, terciadas las carabinas, los policías, con sus altos sombreros de anchas alas y sus guerreras blancas bordadas en oro. A un lado se elevaba, transparente como un encaje, la torre del gran hiperboloide. El velo de la niebla, que se iba retirando, ocultaba su cúspide. Pero quizás nadie confiaba en su protección: la negra nube en el horizonte era demasiado material y amenazadora.

Muchos miraron asustados hacia la mina. Aulló la sirena, anunciando la entrada del tercer turno. ¡A quién se le ocurría trabajar en tales momentos! ¡Maldito fuera el oro! Después, el reloj del castillo dio las ocho. Un trueno, pesado, ensordecedor, más fuerte a cada instante, se arrastró por el océano. Era la primera andanada de la escuadra. Los segundos de expectación semejaron estirarse en el espacio, con el aullido de los proyectiles al rasgar el aire.

111

Cuando se oyó la primera andanada de la escuadra, Rolling se encontraba en la terraza en que terminaba la escalinata conducente al mar. Se sacó la pipa de la boca y escuchó el rugido de los proyectiles: por lo menos noventa demonios de acero, rellenos de melenita y gases ulcerantes, volaban hacia la isla, directamente hacia el cerebro de Rolling. Los obuses aullaban triunfantes. El corazón parecía incapaz de soportar aquellos sonidos. Rolling retrocedió hacia la puerta en el muro de granito. (Hacía ya tiempo que se había preparado un refugio en el sótano para caso de cañoneo.) Los proyectiles estallaron en el mar, levantando columnas de agua. Quedaron cortos.

Rolling volvió la cabeza hacia la cúspide de la torre metálica. Garin se encontraba allí desde la víspera. La cúpula circular de la torre giraba, lo que se advertía por el movimiento de las troneras verticales. Rolling se puso los lentes y miró fijo, muy levantada la cabeza. La cúpula giraba muy rápidamente a derecha e izquierda. Cuando giraba a la derecha se veía cómo en una tronera vertical se movía hacia arriba y hacia abajo el brillante cañón del hiperboloide.

Lo que más espanto causaba era la precipitación con que Garin manejaba el aparato. Y el silencio. En toda la isla no se oía el volar de una mosca.

Por fin llegó del océano un sordo y largo sonido, como si en el cielo hubiera reventado algo. Rolling se ajustó los lentes a la sudosa nariz y miró hacia la escuadra. Allí se iban extendiendo tres cúpulas de un humo blanco amarillento. Más a la izquierda, se esponjaban unas desgarradas nubes de un tinte sangriento, y brotó, también extendiéndose, otra cúpula de humo. Hasta Rolling llegó un trueno más, el cuarto.

Los lentes le resbalaban de la nariz a cada instante, pero Rolling permaneció valiente en su sitio, mirando cómo en el horizonte surgían cúpulas de humo y saltaban al aire los ocho cruceros de la escuadra americana.

De nuevo todo enmudeció en la isla, en el mar y en el cielo. Por entre las construcciones metálicas de la torre bajó rápido el ascensor. Se oyeron portazos en la casa, alguien silbó, desentonando un foxtrot, y Garin salió precipitadamente a la terraza. Su rostro, abotargado, expresaba fatiga, y su cabello aparecía enhiesto.

Sin advertir la presencia de Rolling, se puso a desnudarse. Bajó por la escalinata al agua y se quitó sus calzoncillos color salmón y su camisa de seda. Mirando al mar, donde el humo se cernía aún sobre el lugar donde había perecido la escuadra, Garin se rascó los sobacos. Sus carnes eran blancas, como las de una mujer, y estaba bastante gordo. Su desnudez tenía algo de vergonzoso y repugnante.

Probó el agua con el pie, se agachó, como suelen hacer las mujeres, cuando las olas arremetieron y dio unas brazadas, pero salió al instante y, por fin, vio a Rolling.

-¡Ah! -dijo- ¿Qué, también se dispone a bañarse? ¡Está fría, maldita sea!

Garin rió de pronto con cascada risa, tomó sus ropas y, agitando los calzoncillos, sin cubrirse, tal como su madre lo había traído al mundo, se metió en la casa. Rolling jamás había sufrido mayor humillación. Sintió que el corazón se le enfriaba de odio y de asco. Estaba inerme, indefenso. En aquel instante de debilidad sintió todo el peso del pasado, de las fuerzas gastadas, de sus embestidas de búfalo en su afán de ser el primero en la vida... Y todo para que pasara por delante de él, con aire triunfal, su vencedor, aquel sinvergüenza en pelotas.

Al abrir la puerta de bronce, Garin volvió la cabeza y dijo:

-¡Abuelito, vamos a desayunar! Nos soplaremos una botellita de champagne.

112

Lo más extraño en la conducta de Rolling fue que, sumiso, siguió a Garin para desayunar con él. Les acompañó en el refrigerio madame Lamolle, pálida y silenciosa por la emoción recién vivida. Cuando se llevaba la copa a los labios, el cristal tintineaba en sus iguales y cegadores dientes.

Como si temiera perder el equilibrio, Rolling miraba fijo al dorado tapón de la botella, que tenía la forma del maldito aparato que en unos minutos había destruido la concepción que siempre tuviera Rolling de la fuerza y el poderío.

Garin, la cabellera mojada, sin peinar, sin cuello de camisa, vistiendo una arrugada chaqueta llena de quemaduras, hablaba de cosas sin sentido; mientras engullía unas ostras, se bebió de golpe unos cuantos vasos de vino.

-Ahora siento el hambre que tenía.

-Ha trabajado usted mucho, querido amigo -dijo Zoya en voz baja.

-Sí. Debo confesar que por un instante me asusté, cuando el horizonte se envolvió en el humo de los cañones... Hay que reconocer que me tomaron la delantera... ¡Diablos...! Si hubieran disparado un cable más cerca, de esta casa, ¡qué digo de la casa!, de toda la isla no hubieran quedado ni restos...

Garin se metió entre pecho y espalda otro vaso de vino y, aunque había dicho que tenía hambre, apartó con el codo al lacayo que le ofrecía un plato.

-¿Qué, abuelito? -dijo Garin, volviéndose repentinamente hacia Rolling y mirándole a la cara muy serio-. Ya es hora de que hablemos en serio. ¿O espera usted efectos más impresionantes?

Sin hacer ruido, Rolling dejó sobre el plato el tenedor y las pinzas de plata para comer la langosta y bajó los ojos, diciendo:

-Hable, le escucho.

-Ya era hora... Por dos veces le he ofrecido que colabore conmigo. Confío en que no lo habrá olvidado. Por cierto, yo no le echo la culpa: usted no es un pensador, sino un búfalo. Ahora vuelvo a ofrecerle lo mismo. ¿Le asombra? Se lo explicaré. Soy organizador. Reestructuro todo el sistema capitalista, tan pesado, torpe y lleno de absurdos prejuicios. ¿Comprende? Si no lo hago, los comunistas se lo comerán a usted frito con mantequilla y luego escupirán, no sin cierto placer. El comunismo es lo único del mundo que odio... ¿Por qué? Porque me destruye a mí, a Piotr Garin, a todo el universo de ideas que nacen en mi cerebro... Preguntará usted, y con razón, qué falta puede hacerme cuando tengo bajo las plantas de los pies inagotables reservas de oro.

-Sí, se lo pregunto -barbotó, ronco, Rolling.

-Tómese, abuelito, un vaso de ginebra con pimienta, eso avivará su imaginación. ¿Ha creído usted, acaso, que pienso convertir el oro en estiércol? Efectivamente, me dispongo a hacer vivir a la humanidad unos días muy movidos. Llevaré a los hombres al borde de un terrible abismo, haré que vean en sus manos kilogramos de oro que no valgan más allá de cinco centavos.

Rolling levantó de pronto la cabeza, sus apagados ojos brillaron con juvenil fulgor, y una sonrisa torcida apareció en sus labios...

-¡Ah! -profirió con voz que parecía el graznido de un cuervo.

-Sí, amigo. ¿Me ha comprendido, por fin...? En esos días de enorme pánico, nosotros, es decir, yo, usted y unos trescientos búfalos más, unos trescientos aventureros internacionales o reyes financieros -elija a su gusto la denominación- agarraremos al mundo por la garganta... Compraremos todas las empresas, todos los ferrocarriles, toda la flota aérea y marítima... Todo lo que necesitemos y pueda sernos útil, lo compraremos. Luego haremos saltar al aire esta isla, con la mina, y declararemos que las reservas mundiales de oro son limitadas, se encuentran en nuestras manos y se devuelve al oro su anterior papel, es decir, el de la única medida del valor.

Rolling escuchaba repantigado en la silla; su boca, con dientes de oro, se abría como la de un tiburón, y su rostro había adquirido un tinte purpúreo.

El rey de la industria química estaba tan quieto, punzantes sus ojuelos, que madame Lamolle creyó que al viejo iba a darle un patatús.

-¡Ah! -volvió a graznar-. Es una idea atrevida... Puede contar con el éxito... Pero usted no toma en consideración el peligro que suponen las huelgas, los motines...

-Eso lo tomo en consideración en primer término -dijo brusco Garin-. Para empezar, construiremos enormes campos de concentración. A todos los descontentos con nuestro régimen los encerraremos tras las alambradas. Después decretaremos una ley relativa a la castración cerebral. ¿Qué, querido amigo, me eligen ustedes caudillo...? ¡Ja, ja!

Garin hizo de pronto un guiño; en aquel instante casi causaba espanto.

Rolling bajó la cabeza, frunció el ceño. Le preguntaban, y debía pensar antes de responder.

-¿Me obliga usted a ello, mister Garin?

-¿Y usted que se ha creído, abuelito, que se lo voy a pedir de rodillas? Le obligaré, si no ha comprendido aún que, hace tiempo, me están esperando ustedes como a su salvador.

-Muy bien -dijo Rolling entre dientes y tendió por encima de la mesa a Garin su lilácea mano, que parecía recubierta de escamas.

-Muy bien -repitió Garin-. Los acontecimientos se desarrollan vertiginosamente. Es necesario que en el continente se prepare la opinión de los trescientos reyes. Escríbales una carta diciéndoles que el gobierno que envía la flota a cañonear mi isla está loco. Trate de prepararlos para el "pánico del oro". (Garin chasqueó los dedos; un lacayo de librea se acercó inmediatamente a él.) Échanos más champagne. Así, pues, Rolling, bebamos por la gran revolución histórica. Sí, amigo, esos Mussolinis son meros cachorros...

Piotr Garin se había puesto de acuerdo con mister Rolling... La historia, espoleada, emprendió el galope, batiendo con sus cascos de oro en las cabezas de los tontos.

113

La impresión que produjo en América y en Europa la catástrofe de la escuadra americana del Pacífico fue enorme, inusitada. Los Estados Unidos de América recibieron un golpe que repercutió en todo el planeta. Los gobiernos de Alemania, Francia, Inglaterra e Italia se animaron repentinamente, dando muestras de un nerviosismo nada sano: les pareció que aquel año (y quizás ya para siempre) no tendrían que pagar intereses a América, hinchada de tanto oro. "El coloso tiene los pies de barro -decían los periódicos-. Resulta que no es tan fácil conquistar el mundo..."

Además, las noticias de las piraterías del "Arizona" alteraron el transporte marítimo. Los dueños de las compañías navieras se negaban a cargar sus buques, los capitanes temían cruzar el océano. Las compañías de seguros elevaron las pólizas en los giros bancarios se produjo un caos, empezaron a ser protestadas las letras de cambio, quebraron varias casas comerciales. El Japón se apresuró a invadir los mercados coloniales americanos con sus baratas y pésimas mercancías.

Aquel lamentable combate naval le costó a América mucho dinero. También salió muy mal parado su prestigio o, como solían llamarlo, "orgullo nacional". Los industriales exigieron la movilización de la marina de guerra y de la flota aérea, la guerra hasta el final victorioso, costara lo que costase. Los periódicos americanos amenazaban con "no quitarse el luto" (habían puesto un marco negro a sus cabeceras, cosa que a muchos produjo impresión, aunque costaba caro) mientras Pierre Harry no fuera llevado a Nueva York en una jaula con barrotes de hierro y ejecutado en la silla eléctrica. Entre la clase media de las ciudades corrían espantosos rumores de que los agentes de Garin estaban armados de un rayo infrarrojo de bolsillo. Se dieron palizas a algunos desconocidos y hubo tumultos y pánico en cines, calles y restoranes. El gobierno de Washington hablaba mucho, y muy alto, pero en el fondo mostraba un desconcierto terrible. El único buque de la escuadra que había quedado intacto en la catástrofe junto a la Isla de Oro, un torpedero, informó de lo ocurrido al ministro de la guerra: eran tan horripilantes los detalles que temieron publicarlos. Cañones de diecisiete pulgadas habían resultado impotentes contra la torre metálica de la isla de los canallas.

Todos aquellos sinsabores forzaron al gobierno de los Estados Unidos a convocar en Washington una conferencia, bajo la consigna: "Todos los hombres somos hijos de un mismo dios, pensemos en el florecimiento pacífico de la humanidad".

Cuando se dio a conocer el día de la apertura de la conferencia, las redacciones de los periódicos y las emisoras del mundo entero recibieron la noticia de que el ingeniero Garin asistiría personalmente al acto.

114

Garin, Cermak y el ingeniero Scheffer bajaron en el ascensor a lo hondo del pozo principal. Por las ventanillas de mica se veían infinitas hileras de tuberías, cables, entubaciones, cangilones, explanadas y puertas metálicas.

Dejaron atrás dieciocho capas de la corteza terrestre, en las cuales, como en las de un árbol, podían estudiarse las épocas de la vida del planeta. La vida orgánica comenzaba en la cuarta capa "a partir del fuego", formada por el océano paleozoico. Sus aguas vírgenes estaban saturadas de una fuerza vital hoy desconocida. Contenían sales radiactivas y gran cantidad de ácido carbónico. Era aquella el "agua de la vida".

En los albores de la era siguiente -la mesozoica-, de las aguas de aquel océano salieron gigantescos monstruos. Durante millones de años estremecieron la tierra con sus gritos de ansia y de celo. Más arriba, en las capas de la mina, se encontraban restos de pájaros, y más arriba aún, de mamíferos. Luego se acercaba el período glacial, la adusta mañana nevada de la humanidad.

El ascensor cruzaba la última capa, la capa diecinueve, originada por el fuego y el caos de las erupciones. Era la tierra de la era arcaica una capa compacta de granito negro-purpúreo.

Garin, impaciente, se mordía la uña del pulgar. Los tres callaban. Costaba trabajo respirar. Llevaban, a la espalda, sendos oxigenadores. Se oía el rugir de los hiperboloides y explosiones.

El ascensor entró en una franja de clara luz eléctrica y se detuvo sobre un enorme embudo en el que se recogían los gases. Garin y Scheffer se pusieron unos cascos de goma redondos, parecidos a las escafandras de los buzos, y penetraron por una de las escotillas del embudo hasta una angosta escalera metálica que conducía perpendicularmente abajo. Empezaron el descenso. Terminaba la escalera, cuya altura era la de una casa de cinco pisos, en una plazoleta circular. En ella, varios obreros desnudos de cintura arriba, también con cascos redondos y con oxigenadores a la espalda, estaban sentados en cuclillas sobre los hiperboloides. Mirando abajo, a lo hondo de la rumoreante cima, los obreros controlaban y dirigían los rayos.

Idénticas escaleras verticales, con peldaños hechos de barras metálicas redondas, unían aquella plazoleta con el sector interior. En él se encontraban los refrigeradores de aire líquido. Obreros enfundados de la cabeza a los pies en fieltro impermeable, provistos asimismo de oxigenadores, dirigían desde allí el funcionamiento del sistema de refrigeración y de los cangilones de los elevadores. Aquél era el lugar más peligroso para el trabajo. Bastaba un movimiento en falso para ir a parar bajo el cortante rayo del hiperboloide. Abajo, la roca caliente estallaba al chocar contra ella los chorros de aire líquido. De abajo volaban pedazos de roca y gases.

Los elevadores extraían unas cincuenta toneladas por hora. El trabajo avanzaba de prisa. Al mismo tiempo que los cangilones iban ahondando, descendía todo el sistema, "el topo de hierro", construido conforme los diseños de Mántsev y compuesto de la plazoleta superior, con los hiperboloides, y el embudo que recogía los gases. Las entubaciones empezaban más arriba del "topo de hierro".

Scheffer tomó de un cangilón un puñado de polvo gris. Garin lo desmenuzó entre los dedos. Con impaciente gesto pidió un lápiz. Escribió en una cajetilla de cigarrillos.

"Escorias pesadas. Lava".

Scheffer asintió con la cabeza, cubierta con el redondo casco de goma provisto de lentes. Avanzando cautelosamente por el borde de la plazoleta circular, se detuvieron ante los aparatos colgados de la monolítica pared de la mina con unos cables de acero y que bajaban a medida que descendía todo el "topo de hierro". Eran barómetros, sismógrafos, brújulas y péndulos que registraban el aumento de la fuerza de atracción en la profundidad dada, y aparatos de registro de los fenómenos electromagnéticos.

Scheffer señaló con el dedo un péndulo, quitó a Garin la caja de cigarrillos y escribió en ella, pausadamente, con su pulcra y caligráfica letra alemana:

"La fuerza de atracción se ha elevado en 0,09 desde ayer por la mañana. A esta profundidad hubiera debido bajar a 0,98; en lugar de ello, tenemos un aumento de 1,07..."

-"¿Imanes?" -escribió Garin.

Scheffer respondió:

"Desde esta mañana, los indicadores magnéticos marcan cero. Hemos descendido más abajo del campo magnético".

Apoyando las manos en las rodillas, Garin miró largamente abajo, al negro pozo que iba estrechándose hasta formar un punto apenas visible, donde gruñía, penetrando más y más en la tierra, el "topo de hierro". Desde aquella mañana, el pozo comenzaba a atravesar la capa olivínica.

115

-¿Qué tal, Iván, esa salud?

Shelgá acarició la cabeza del chico. Iván estaba sentado a la ventana, en la pequeña casita junto a la orilla, y contemplaba el océano. Había sido hecha la casita de piedras y amarillenta arcilla. Por el azul océano corrían las olas, con sus blancos encajes de espuma, y rompían contra los escollos o en la arena de la solitaria playa donde se había instalado Shelgá.

Iván había llegado medio muerto en el dirigible. A costa de grandes cuidados, Shelgá logró salvar su vida. Si no hubiese encontrado en la isla a alguien de los suyos, Iván difícilmente se hubiera repuesto. Padecía graves heladuras, enfriamiento general, y, además, una gran depresión: había creído en la gente, se había esforzado sin regatear energías y ¿qué había salido de todo ello?

-Ahora, camarada Shelgá, no podré entrar en la Rusia soviética, me juzgarán.

-No pienses esas cosas, tontucho. No tienes ninguna culpa.

Lo mismo cuando Iván se sentaba en una piedra de la orilla que cuando pescaba cangrejos o deambulaba por la isla, rodeada de maravillas o de gente desconocida, aplicada a un empeñado trabajo, sus ojos se volvían nostálgicos

hacia occidente, donde se ponía en el océano esplendoroso disco del sol y, más allá todavía, se encontraba su patria, la Rusia soviética.

-Aquí es de noche -decía en voz baja Iván- y cu casa, en Leningrado, ya ha amanecido. El camarada Tarashkin ha tomado té con pan de centeno y ha salido para el trabajo. En el club del Krestovka estarán calafateando las embarcaciones, dentro de quince días empieza la temporada deportiva.

Cuando el chico se repuso un poco, Shelgá empezó, cauteloso, a explicarle la situación y pudo observar, como Tarashkin en otro tiempo, que Iván comprendía las cosas con media palabra que se le dijera y que su espíritu era irreconciliable, cien por cien soviético. Si no fuera porque estaba siempre muy triste, añorando Leningrado, el chico aquel sería de oro.

-Bien, Iván -le dijo un día Shelgá muy alegre-, pronto te enviaré a casa.

-Gracias, Vasili Vitálievich.

-Pero antes tenemos que hacer tú y yo una bien sonada.

-Siempre me tiene dispuesto.

-¿Qué tal se te da trepar?

-En Siberia, Vasili Vitálievich, me subía en busca de piñones a cedros de cincuenta metros; desde allí arriba no se veía la tierra.

-Cuando llegue el momento, te diré lo que hay que hacer. No andes sin necesidad por la isla. Si te aburres, coge la caña y pesca.

116

Garin dirigía con seguridad y firmeza el trabajo, siguiendo el plan que encontró entre las anotaciones y los diarios de Mántsev.

Los cangilones atravesaron la gruesa capa de magma. Se oía el ronronear del hirviente océano subterráneo en el fondo de la mina. El pozo, con sus paredes congeladas en un espesor de treinta metros, formaba un cilindro indestructible, mas, pese a ello, trepidaba con tanta fuerza que hubo que abandonar los demás trabajos para aumentar el grosor de la capa congelada. Los elevadores sacaban a la superficie hierro cristalizado, níquel y olivinio.

Empezaron a observarse extraños fenómenos. En el mar, adonde cintas metálicas y pontones arrojaban la roca extraída, apareció una rara luminiscencia, que durante varios días fue cobrando mayor intensidad. Por fin, enormes masas de agua, de piedras y de arena saltaron al aire con parte de los pontones. La explosión fue tan poderosa que el huracán por ella originado derribó las barracas de los obreros y levantó una ola gigantesca, que invadió la isla y estuvo a punto de inundar el pozo.

Hubo que cargar la roca en barcazas y echarla en alta mar, donde también se produjeron aquella extraña luminiscencia y explosiones. Se debían a fenómenos aún desconocidos, originados por la desintegración atómica del elemento M.

En lo hondo del pozo ocurrían cosas no menos extrañas. En primer lugar, los aparatos de control, que poco atrás marcaban el cero, descubrieron de pronto un campo magnético de monstruosa tensión. Las saetas de los indicadores alcanzaron el tope. Del fondo del pozo salía una trémula luz lilácea. El propio aire parecía otro. El nitrógeno y el oxígeno, bombardeados por miríadas de partículas alfa, se descomponían en helio e hidrógeno.

Parte del hidrógeno que quedaba libre ardía en los rayos de los hiperboloides: unas serpentinas de fuego corrían por la mina; sonaban chasquidos como disparos de revólver. Las ropas de los obreros se inflamaban. Estremecían el pozo

flujos y reflujos del océano de magma. Los cangilones de acero y las piezas de hierro de las máquinas se cubrían de una capa roja terrosa. En las piezas metálicas comenzó una violenta desintegración de los átomos. Muchos de los obreros sufrieron quemaduras causadas por unos rayos invisibles. Pese a todo, el "topo de hierro" continuaba atravesando la capa olivínica.

Garin casi no salía del pozo. Había empezado a comprender cuan loca era su empresa. Nadie sabía qué profundidad alcanzaba el hirviente océano subterráneo. ¿Cuántos kilómetros más tendría la capa de olivinio fundido? Sólo una cosa era indudable: los aparatos registraban la existencia en el centro de la tierra de un núcleo magnético sólido, de temperatura extraordinariamente baja.

Existía el peligro de que el congelado cilindro del pozo, más denso que el medio en fusión que lo rodeaba, se desprendiera por causa de la gravedad y fuera atraído hacia el centro. En efecto, en las paredes de la mina habían aparecido siniestras grietas, por las que escapaban ruidosos los gases. Hubo que reducir a la mitad el diámetro del pozo y colocar poderosas entubaciones verticales.

Ocupó mucho tiempo el montaje de un nuevo "topo de hierro", cuyo diámetro era la mitad del anterior. Lo único reconfortante eran las noticias del "Arizona". Por la noche, el yate, que de nuevo se había lanzado a sus correrías bajo la bandera pirata, penetró en el puerto de Melbourne, prendió fuego a los depósitos de copra, a fin de anunciar su llegada, y exigió cinco millones de libras esterlinas. (Para intimidar a la población, abatió con el rayo todos los árboles de una avenida cercana al mar.) La ciudad quedó desierta en el transcurso de unas horas, y los bancos pagaron el dinero. Al salir del puerto, un buque de guerra inglés abrió fuego contra el yate, y un proyectil de seis pulgadas le abrió un boquete más arriba de la línea de flotación. El yate, a su vez, atacó al navío de guerra y lo destrozó. Dirigió el combate madame Lamolle, desde la torre del hiperboloide.

Estas noticias alegraron a Garin. En los últimos tiempos lo acometían sombríos pensamientos: ¿Y si Mántsev se había equivocado en sus cálculos? Lo mismo que un año atrás, en la solitaria casa de la barriada Petrográdskaia, su cansado cerebro buscaba las posibilidades de salvación, en caso de que fracasara con el pozo.

El 25 de abril, cuando se encontraba de pie dentro del "topo de hierro", en la plazoleta circular, Garin observó un fenómeno extraordinario. De arriba, del embudo que recogía los gases, cayó una lluvia de mercurio. Hubo que parar los hiperboloides. Atenuaron la congelación del fondo del pozo. Los cangilones habían atravesado la capa de olivinio y sacaban ya azogue puro. Según la tabla de Mendeléiev, el número siguiente al mercurio era el 81, el talio. El oro (peso atómico: 197,2; número: 79) figuraba en la tabla antes que el mercurio.

Sólo Garin y el ingeniero Scheffer comprendían que había ocurrido una catástrofe: al atravesar las capas de metales, dispuestos según su peso específico, no habían encontrado oro. ¡Sí, aquello era una catástrofe! ¡Maldito Mántsev, se había equivocado!

Garin agachó la cabeza. Esperaba cualquier cosa, pero no aquel triste fin... Scheffer extendió distraídamente la mano, con la palma hacia arriba, para atrapar las gotitas de mercurio que caían del embudo. De pronto, agarró a Garin del brazo y lo llevó hacia la vertical escalera. Cuando llegaron arriba, montaron en el ascensor, y se quitaron los cascos de goma, Scheffer pataleó con sus pesadas botas; su rostro, huesudo y de pueril expresión, resplandecía jubiloso.

-¡Pero si es oro! -gritó riendo-. ¡Somos unos borregos...! El oro y el mercurio hierven uno al lado del otro. ¿Qué resulta? Una amalgama de ambos metales... ¡Fíjese!

Scheffer abrió la mano, y Garin vio en ella unas gotitas de metal líquido. El ingeniero explicó:

-¡El mercurio tiene un matiz dorado! ¡Aquí hay un 90% de oro de ley!

117

Como si fuera petróleo, el oro brotaba de la tierra. Suspendieron los trabajos de avance. El "topo de hierro" fue desmontado y lo sacaron a la superficie. Quitaron las entubaciones metálicas temporales del pozo. En su lugar, hundieron en él, hasta el fondo mismo, unos macizos cilindros de acero con todo un sistema de tuberías de refrigeración.

Bastaba con regular la temperatura para que la amalgama de mercurio y oro, empujada por los caldeados gases, se elevara a cualquier altura del pozo. Garin calculó que en cuanto los cilindros de acero llegaran al fondo, la amalgama ascendería hasta la boca misma y se podría extraer desde la superficie.

Se tendió apresuradamente, en dirección noreste, una conducción de mercurio. En el ala izquierda del castillo, al pie de la torre del gran hiperboloide, construyeron hornos, con crisoles de cerámica, para evaporar el oro.

Garin proyectaba obtener diariamente, en el primer período, unas ciento sesenta toneladas de oro, es decir, unos cien millones de dólares por día.

Se envió al "Arizona" la orden de que regresara a la isla. Madame Lamolle respondió lanzando al éter un radiograma de felicitación y declarando a todos, a todos, a todos, que cesaba sus correrías por el Pacífico.

118

Poco antes de la apertura de la conferencia de Washington arribaron al puerto de San Francisco cinco buques de gran tonelaje. Izaron tranquilamente la bandera holandesa y atracaron entre miles de otros mercantes que se encontraban en la amplia bahía, llena de humo y bañada por el sol del estío.

Los capitanes bajaron a tierra. Toda la documentación estaba en regla. En los barcos se secaban al sol los calzoncillos de los marineros. Fregaban la cubierta. A los funcionarios de aduanas les causó cierto asombro la carga de aquellos buques con la bandera holandesa. Pero les explicaron que aquellos lingotes de metal amarillo, de cinco kilos de peso cada uno, eran de oro y habían sido llevados a América para venderlos.

A los funcionarios les hizo gracia la broma y se rieron.

-¿A cómo venden el oro? ¡Je, je!

-Al precio de coste -respondieron los segundos de a bordo.

En los cinco barcos se sostenía, palabra por palabra, la misma conversación.

-¿Y cuanto piden?

-Dos dólares y medio por kilo.

-¡Barato lo venden ustedes!

-Lo vendemos barato porque la mercancía abunda -respondieron los segundos, chupando sus pipas.

Los aduaneros escribieron en sus libros: "Carga: lingotes de metal amarillo, declarados como oro". Y se marcharon riendo. Pero la cosa no era como para reírse.

Dos días después, en las secciones de anuncios de los periódicos, en carteles blancos y amarillos pegados en los postes, y escrito con tiza en las aceras, podía leerse por todo San Francisco:

> "El ingeniero Piotr Garin, considerando terminada la guerra por la independencia de la Isla de Oro y muy apenado ante las pérdidas sufridas por el enemigo, ofrece con todo su respeto a los habitantes de los Estados Unidos, como comienzo de unas relaciones comerciales pacíficas, cinco barcos cargados de oro de ley. Vendemos lingotes de oro de cinco kilogramos a razón de dos dólares y medio el kilogramo. Quienes lo deseen, pueden adquirirlo en los estancos, ferreterías, lecherías, kioscos de periódicos, puestos de limpiabotas, etc., etc. Ruego se convenzan de la legitimidad del oro, del que dispongo en cantidad ilimitada. Con todo respeto, Garin".

Naturalmente, nadie creyó aquel absurdo anuncio. La mayoría de los intermediarios ocultaron los lingotes. Sin embargo, la ciudad empezó a hablar de Piotr Garin, legendario pirata y bandido, que de nuevo alteraba la quietud de la gente honrada. Los periódicos de la tarde pedían que se linchara a Pierre Harry. A las seis de la tarde, multitudes de ociosos se congregaron en el puerto y, en mitines relámpagos, aprobaron la resolución de hundir los barcos de Garin y ahorcar en los faroles a las tripulaciones. La policía se vio en dificultades para contener al gentío.

Mientras tanto, las autoridades portuarias efectuaban una investigación. La documentación de los cinco barcos estaba en regla, y las naves no podían ser secuestradas, ya que pertenecían a una conocida compañía naviera holandesa. Sin embargo, las autoridades prohibieron que se comerciase con aquellos lingotes, que tanto excitaban a la población. Pero ninguno de los funcionarios se opuso cuando le metieron en los bolsillos de los pantalones dos lingotes. Comprobaban el oro hincándole el diente. ¡Sí, por su color y por su peso era oro, oro de ley, dijérase lo que se dijese! Por eso dejaron pendiente la cuestión, y echaron tierra al asunto por el momento.

Unos marinos muy poco locuaces llevaron a las redacciones de los treinta y dos diarios que se publicaban en la ciudad sendos sacos abarrotados de aquellos enigmáticos lingotes. Al dejarlos allí, sólo dijeron: "Es un regalo". Los redactores se indignaron. En las treinta y dos redacciones se armó un revuelo inenarrable. Invitaron a unos joyeros para comprobar si aquello era efectivamente oro. Se proponían medidas sangrientas contra la desfachatez de Pierre Harry. Pero los lingotes desaparecieron, sin que se supiera cómo, de las treinta y dos redacciones.

Aquella noche, alguien arrojó lingotes de oro por las calles de la ciudad. A las nueve de la mañana, en las peluquerías y estancos colgaron el anuncio: "Aquí se vende oro de ley a dos dólares y medio el kilogramo".

La población se estremeció.

Lo peor del caso era que nadie comprendía por qué vendían el oro a dos dólares y medio el kilogramo. Pero, no comprarlo, hubiera sido una estupidez. En la ciudad se armó un revuelto infernal. Miles de personas se apiñaban en el puerto, ante los barcos, y gritaban: "¡Lingotes, lingotes, lingotes!" El oro lo vendían en las mismas pasarelas. Aquel día pararon los tranvías y el ferrocarril subterráneo. En las oficinas y en las instituciones oficiales reinaba el caos: los funcionarios, en vez de ocuparse de su trabajo, corrían de estanco en estanco, implorando que les

vendieran un lingotito. Los almacenes y los comercios no funcionaban, los encargados y dependientes habían huido, y los rateros y atracadores eran los dueños de la ciudad.

Circuló el rumor de que habían traído el oro en cantidad limitada y ya no arribarían más barcos con lingotes.

Al tercer día, en todos los confines de América empezó la fiebre del oro. Los ferrocarriles de las líneas del Pacífico llevaban al oeste multitudes de buscadores de la felicidad, emocionados, llenos de desconcierto, de dudas, todos ellos exaltados a más no poder. Los trenes se tomaban al asalto. Aquella oleada de estupidez humana era una expresión de enorme desconcierto.

Con retraso, como siempre suele ocurrir, el gobierno de Washington dio la orden siguiente: "Acordonar con tropas de policía los buques cargados, según se dice, de oro. Detener a los oficiales y marineros y precintar las escotillas". La orden fue cumplida.

Las enfurecidas multitudes que habían acudido en busca de la dicha desde los confines del país, abandonando sus asuntos y su trabajo para llenar los calurosos muelles de San Francisco, en los que todo lo comestible había sido destruido, como por una nube de langosta, aquellas enloquecidas multitudes rompieron el cordón de la policía y peleaban como fieras rabiosas, con revólveres, cuchillos y dientes: echaron al agua a un montón de policías, pusieron en libertad a las tripulaciones de los barcos fletados por Garin y, pistola en mano, hicieron cola para comprar oro.

De la Isla de Oro llegaron tres barcos más. Las grúas descargaban los lingotes en el muelle y los amontonaban en pilas. Aquello infundía un espanto irresistible. La gente temblaba, mirando desde las colas los tesoros que fulgían sobre el empedrado.

Mientras tanto, los agentes de Garin habían terminado de montar altavoces en las calles de las grandes ciudades. El sábado, cuando los habitantes de las ciudades terminaron el trabajo y llenaron las calles, en toda América se oyó una voz que, con un acento espantoso, pero con un aplomo extraordinario, decía:

"Americanos, habla con vosotros el ingeniero Garin, esa persona que ha sido declarada fuera de la ley y con cuyo nombre se asusta a los niños. Americanos, yo he perpetrado muchos crímenes, pero con todos ellos he perseguido un solo fin: la dicha de la humanidad. Me he apropiado de un rodal de tierra, de una miserable isla, para llevar a cabo en ella una empresa grandiosa y sin precedente. He resuelto penetrar en las entrañas de la tierra, hasta alcanzar vírgenes yacimientos de oro. A ocho kilómetros de profundidad he alcanzado una gruesa capa de oro hirviente. Americanos, cada cual comercia con lo que tiene. Yo so ofrezco mi mercancía: oro. Gano diez centavos por dólar, vendiéndolo a dos dólares y medio el kilogramo. Eso no es abusivo. Pero ¿por que me prohíben vender mi mercancía? ¿Donde está vuestra libertad de comercio? Vuestro gobierno pisotea los sagrados cimientos de la libertad y del progreso. Yo estoy dispuesto a resarciros los gastos de la guerra. Reintegro al Estado, a las compañías y a los particulares todo el dinero que el "Arizona" ha requisado en barcos y bancos usando los fueros de guerra. Únicamente pido una cosa: dejadme en libertad de vender mi oro. Vuestro gobierno me lo impide y confisca mis barcos. Yo me pongo bajo la defensa de toda la población de los Estados Unidos".

Los altavoces fueron destruidos aquella misma noche por los policías. El gobierno apeló a la sensatez de la población, lanzando un llamamiento que decía:

"...Admitamos que sea cierto lo que comunica el famoso bandido ingeniero Garin, oriundo de la Rusia soviética. Ello únicamente dicta la imperiosa necesidad de cegar cuanto antes la mina de la Isla de Oro y de destruir la posibilidad misma de que existan inagotables reservas de oro. ¿Qué será del equivalente del trabajo, de la dicha, de la vida, si empiezan a extraer el oro con pala, como si fuera arcilla? La humanidad regresará inevitablemente a los tiempos primitivos, al trueque, al salvajismo y al caos. Perecerá todo el sistema económico, perecerán la industria y el comercio. La gente no tendrá estímulo para poner en tensión las fuerzas supremas de su espíritu. Desaparecerán las grandes ciudades, se cubrirán de hierba los ferrocarriles, se apagarán las luces en los cinematógrafos y en los parques. El hombre de nuevo tendrá que conseguir su alimento con la pica de pedernal. El ingeniero Garin es el mayor de los provocadores, un servidor del diablo. Se propone depreciar el dólar. Pero no lo logrará..."

El gobierno pintaba el terrible cuadro de la depreciación del oro. Sin embargo, la gente sensata resultó ser muy poca. Todo el país se había vuelto loco. En las demás ciudades, lo mismo que en San Francisco, iba quedando paralizada la vida. Los trenes y millones de automóviles volaban hacia el oeste. A medida que se acercaba el Pacífico, aumentaban los precios de los comestibles. No había con qué transportarlos. Hambrientos buscadores de la felicidad asaltaban los ultramarinos. Una libra de jamón llegó a costar cien dólares. En San Francisco, la gente moría en las calles. Muchos se volvían locos a causa del hambre, de la sed, del insoportable calor.

En las grandes estaciones veíanse en las vías los cadáveres de la gente muerta en los asaltos a los trenes. Por las carreteras, los caminos vecinales, los montes y las llanuras iban, de regreso al este, pequeños grupos de afortunados que llevaban a cuestas sacos con lingotes de oro. A los rezagados los mataban los vecinos de los lugarejos y los bandidos.

Empezó la caza de los "afortunados", que eran atacados incluso con aviones.

El gobierno adoptó, por fin, medidas extraordinarias. El Congreso aprobó una ley de movilización general de los ciudadanos de diecisiete a cuarenta y cinco años; los desertores serían juzgados por un consejo de guerra. En las barriadas pobres de Nueva York se fusiló a unos centenares de personas. Patrullas de soldados armados aparecieron en las estaciones. Detenían a la gente, la sacaban de los vagones, disparaban contra ella y al aire. Pero los trenes partían abarrotados. Los ferrocarriles, pertenecientes a compañías privadas, estimaban más ventajoso no hacer caso de las disposiciones del gobierno.

Llegaron a San Francisco cinco barcos más fletados por Garin, y en medio del puerto, a la vista de todos, ancló el bello "Arizona", el "terror de los mares". Los barcos descargaron el oro protegidos por sus dos hiperboloides.

En tal situación llegó el día de la apertura de la conferencia de Washington. Un mes atrás, América poseía la mitad de todo el oro del globo terrestre. Aquel día, se dijera lo que se dijese, el valor de las reservas de oro de América era doscientas cincuenta veces inferior. Con dificultades, con monstruosas pérdidas, vertiendo mucha sangre, aún se podría salir de aquello, pero ¿y si al loco de Garin. al bandido aquel, se le ocurría vender el oro a dólar o a diez centavos el kilogramo? Los viejos senadores y los miembros del Congreso iban y venían por los pasillos con ojos empalidecidos de espanto. Los reyes de la industria y las finanzas se encogían de hombros impotentes:

"Esto es una catástrofe mundial, peor que el choque con un cometa".

"¿Quién es el ingeniero Garin? -preguntaban-. ¿Qué es lo que quiere? ¿Arruinar al país? Eso es necio, incomprensible... ¿Qué busca? ¿Desea ser dictador? No tenemos nada en contra, ya que es el hombre más rico del mundo. A decir verdad, este régimen democrático también a nosotros nos tiene más hartos que la margarina... En el país reinan el desorden, el bandidaje, la anarquía, la insensatez... ¡Vive dios que vale más que nos gobierne un dictador, un jefe con mano de hierro!".

Cuando se supo que Garin asistiría a la conferencia, afluyó al salón tanto público, que la gente colgaba de las columnas y los apoyos de las ventanas. Apareció la presidencia. Tomó asiento. Todos guardaban silencio. Esperaban. Por fin, el presidente abrió la boca, y todos los que estaban en la sala volvieron la cabeza hacia una alta puerta blanca con molduras de oro. La puerta se abrió. Entró un hombre bajo, muy pálido, de negra y puntiaguda barbita y ojos negros con oscuras sombras. Vestía una chaqueta gris corriente, lazo rojo y botas marrón, de suela muy gruesa; en la mano izquierda sostenía unos guantes nuevecitos.

El hombre aquel se detuvo y aspiró profundamente por la nariz. Saludó a los presentes inclinando apenas la cabeza y, ágil, subió a la tribuna. Se irguió. Su barbita apuntó al público. Apartó al borde de la tribuna la botella con agua, (En toda la sala se oyó el glu-glu del agua, tal era el silencio.) Con voz alta y feroz acento, dijo:

-Caballeros... Soy Garin... Yo he traído al mundo oro...

La sala se venía abajo de los aplausos. Todos se levantaron como un solo hombre y gritaron a una voz:

-¡Viva mister Garin...! ¡Viva el dictador...!

Una muchedumbre de millones de personas rugía en la calle pataleando al compás.

-¡Lingotes...! ¡Lingotes...! ¡Lingotes...!

119

El "Arizona" acababa de regresar a la bahía de la Isla de Oro. Jansen informaba a madame Lamolle del estado de cosas en el continente. Zoya estaba todavía en la cama, entre almohadas con fundas de encaje (era aquélla la pequeña recepción matutina). La habitación, sumida en la penumbra, la llenaba un penetrante aroma de flores, procedente del jardín. Una manicura estaba ocupada con la mano derecha de Zoya. Con la izquierda sostenía ésta un espejo y, mientras hablaba, se miraba en él con aire de disgusto.

-¡Pero, querido amigo -dijo a Jansen-, Garin se está volviendo loco, deprecia el oro...! ¡Quiere ser dictador de un mundo de pordioseros!

Jansen examinaba de reojo el lujoso dormitorio, recién terminado. Respondió, la gorra sobre las rodillas:

-Al despedirnos, Garin me dijo que no se preocupara usted, madame Lamolle. No se aparta ni un paso de su plan. Echando el oro por los suelos, ha ganado la batalla. La semana que viene, el Senado lo proclamará dictador. Entonces elevará el precio del oro.

-¿De qué modo? No comprendo eso.

-Editará una ley prohibiendo la importación y la venta del oro. Dentro de un mes. el metal recobrará su antiguo precio. No hemos vendido tanto como parece. Más ha sido el ruido que las nueces.

-¿Y la mina?

-La mina será destruida.

Madame Lamolle frunció el ceño. Encendió un cigarrillo y dijo:

-No comprendo nada.

-La cantidad de oro debe ser limitada, pues de otro modo perderá el tufo del sudor humano. Como es natural, antes de destruir la mina, se extraerá lo necesario para que Garin posea más del cincuenta por ciento de todo el oro del mundo. Así, si baja su precio, lo hará tan sólo en unos cuantos centavos por dólar.

-Perfecto... Pero ¿cuánto asignan para mi palacio, para mis caprichos? Yo necesito mucho, muchísimo.

-Garin le ruega que haga usted el presupuesto. Se promulgará una ley concediéndole todo lo que pida...

-¿Acaso sé yo cuánto necesito...? ¡Qué estúpido resulta todo...! En primer lugar, donde hoy se encuentran las colonias obreras, los talleres y los almacenes se construirán teatros, hoteles y circos. Será la ciudad de las maravillas... Puentes como los que se ven en los antiguos dibujos chinos unirán la isla con los bancos y los escollos. Allí edificaré casetas de baños, pabellones para juegos, puertos para los balandros y los hidroplanos. En el sur de la isla alzaremos un enorme edificio que se vea en muchas millas a la redonda: "La casa donde reposan los genios". Saquearé todos los museos de Europa. Reuniré todo lo que ha creado la humanidad. La cabeza, querido, me da vueltas de tantos planes. Hasta en sueños veo escalinatas de mármol que se pierden en las nubes, fiestas, bailes de máscaras...

Jansen se irguió, sin levantarse, en la elegante silla con adornos de oro:

-Madame Lamolle...

-Espere -cortó impaciente Zoya-, dentro de tres semanas llegará aquí mi corte. A toda esa jauría hay que alimentarla, vestirla y distraerla. Quiero hacer venir de Europa a dos o tres reyes auténticos y a una docena de príncipes de sangre. Traeremos en dirigible al Papa de Roma. Quiero ser ungida y coronada con todas las de la ley, para que dejen de componer vulgares foxtrots acerca de mi persona...

-Madame Lamolle -dijo implorante Jansen-, no la he visto a usted en todo un mes. Aprovechemos la ocasión y, ahora que usted puede, hagámonos a la mar. El "Arizona" acaba de ser retocado. Quisiera verme de nuevo con usted en el puente de mando, bajo las estrellas.

Zoya lo miró con expresión tierna. Sonriendo apenas, tendió la mano. Jansen aplicó a ella los labios y permaneció inclinado largo rato.

-No sé, Jansen, no sé -dijo Zoya, pasando la otra mano por la nuca del marino-, a veces me parece que la felicidad se encierra únicamente en su busca... y en los recuerdos... Pero eso es en los momentos de cansancio... Alguna vez volveré a usted, Jansen... Sé que me esperará con paciencia... Recuerde... Recuerde el Mediterráneo, el día azul en que lo nombré comendador de la orden de la "Divina Zoya..." (Zoya rió y oprimió la nuca del capitán.) Y si no vuelvo, Jansen, ¿acaso soñar en mí, echarme de menos, no es una dicha? ¡Ay, amigo mío, nadie sabe que la Isla de Oro es un sueño que tuve un día en el Mediterráneo: me dormí en cubierta y vi unas escalinatas que salían del mar, y palacios, palacios, uno sobre otro, formando terrazas, a cual más precioso... Y multitud de personas bellas, de súbditos míos, míos, ¿comprende? No, no conoceré la quietud mientras no acabe de construir la ciudad con que soñé aquel día. Sé, fiel amigo, que usted me ofrece su persona, el puente de mando y el desierto del mar a cambio de mi loco delirio.

Usted no conoce a las mujeres, Jansen... Somos frívolas, derrochadoras... Eché como si fueran guantes sucios los miles de millones de Rolling porque, de todos modos, no me hubieran salvado de la vejez, del agostamiento... Corrí en pos de un mendigo, de Garin... La cabeza me dio vueltas al oír sus locos sueños. Pero no lo amé más que una noche... Desde entonces no puedo volver a amar como usted desea... Jansen, querido Jansen ¿qué debo hacer...? Debo volar en alas de mi vertiginosa quimera hasta que mi corazón deje de latir... (Jansen se levantó de la silla, y Zoya tomó de pronto su mano.) Sé que sólo una persona en el mundo me quiere. Esa persona es usted, Jansen. ¿Acaso puedo garantizar que un buen día no acudiré a usted para decirle: "Jansen, sálveme de mí misma..."?

120

En la blanca casita en la orilla del pequeño y solitario puerto de la Isla de Oro estuvieron discutiendo acaloradamente toda la noche. Shelgá leyó un llamamiento que había escrito a vuela pluma. Decía así:

"Trabajadores de todo el mundo: Conocéis la magnitud y las consecuencias del pánico que cundió en los Estados Unidos cuando arribaron al puerto de San Francisco los barcos de Garin cargados de oro.

El capitalismo se tambalea: el oro pierde su valor, todas las monedas bajan, los capitalistas no tienen con qué pagar a sus mercenarios: la policía, las tropas de castigo, los provocadores, los tribunos populares a sueldo. Se ha alzado en toda su talla el fantasma de la revolución proletaria.

Pero el ingeniero Garin, que ha asestado ese golpe al capitalismo, lo que menos desea es que su aventura desemboque en la revolución.

Garin va al poder. Garin barre la resistencia de los capitalistas, que no han comprendido todavía con la suficiente claridad que Garin es una nueva arma de lucha contra la revolución proletaria.

Garin se pondrá muy pronto de acuerdo con los más grandes capitalistas.

Ellos lo proclamarán dictador y jefe. Garin se apropiará de la mitad del oro del mundo y entonces mandará cegar la mina en la Isla de Oro para que la cantidad de oro en el mundo sea limitada.

De consuno con una pandilla de grandes capitalistas, saqueará toda la humanidad y convertirá a los hombres en esclavos.

Trabajadores de todo el mundo, ha llegado la lucha decisiva. Así lo afirma el Comité revolucionario de la Isla de Oro. El Comité declara que la Isla de Oro, con la mina y con todos los hiperboloides, pasa a manos de los insurrectos del mundo entero. A partir de hoy, los trabajadores tienen en sus manos inagotables reservas de oro.

Garin y su camarilla se defenderán encarnizadamente. Cuanto antes pasemos a la ofensiva, tanto más segura será nuestra victoria".

No todos los miembros del Comité revolucionario aprobaron el llamamiento. Algunos vacilaban, asustados por su audacia: ¿Lograrían levantar tan rápidamente a los obreros? ¿Conseguirían armas? Los capitalistas disponían de las marinas de guerra, de poderosos ejércitos, de policía, armada con gases y ametralladoras... ¿No sería mejor esperar y, en caso extremo, declarar la huelga general...?

Shelgá, haciendo esfuerzos por reprimir su cólera, decía a los vacilantes:

-La revolución es la estrategia superior. La estrategia es la ciencia de la victoria. Vence quien toma la iniciativa en sus manos, quien es audaz. Sopesar

tranquilamente las cosas podréis después, cuando, una vez obtenida la victoria, se os ocurra escribir, para las generaciones venideras, la historia de nuestra victoriosa lucha. Si ponemos en tensión todas nuestras energías, lograremos levantar la insurrección. Las armas las conseguiremos en el combate. La victoria está asegurada porque quiere vencer toda la humanidad trabajadora, y nosotros somos su destacamento de vanguardia. Eso dicen los bolcheviques. Y los bolcheviques no conocen la derrota.

Al oír estas palabras, el mocetón de los ojos azules, que todo el tiempo había callado, se sacó la pipa de la boca y dijo con su densa voz:

-¡Basta! ¡Ya hemos perorado bastante! ¡Manos a la obra, muchachos!

121

El alto y cano ayuda de cámara, con librea y medias blancas, entró de puntillas en el dormitorio, dejó en la mesita de noche una jícara de chocolate con bizcochos y, con leve susurro, descorrió los estores de las ventanas. Garin abrió los ojos y dijo:

-Un cigarrillo.

No podía desembarazarse de la costumbre, muy extendida en Rusia, de fumar en ayunas, aunque sabía que la alta sociedad americana se interesaba por cada paso, por cada movimiento, por cada palabra suya y estimaba que fumar en ayunas era un síntoma de depravación.

Toda la prensa americana publicaba a diario artículos para justificar el pasado de Piotr Garin. Si antes bebía vino, era por fuerza mayor, ya que en realidad odiaba el alcohol; sus relaciones con madame Lamolle eran puramente fraternales, y se basaban en su afinidad espiritual; resultaba que la ocupación predilecta de Garin y de madame Lamolle en sus horas de ocio consistía en leer en voz alta capítulos de la Biblia; sus acciones violentas (el asunto de Ville d'Avray, la voladura de las fábricas químicas, el hundimiento de la escuadra americana, etc.) se debían, unas a fatales casualidades y otras a la falta de precaución al manejar los hiperboloides; en todo caso, el gran hombre estaba sincera y profundamente arrepentido de todo ello y dispuesto a creer en la santa madre Iglesia para borrar definitivamente sus involuntarios pecados (entre las iglesias protestante y católica ya había comenzado la lucha por Piotr Garin); por último le atribuían que, desde la infancia, practicaba, por lo menos, diez deportes.

Después de fumarse un grueso cigarrillo, Garin miró de reojo el chocolate. Si hubiera sido en los tiempos en que lo consideraban un canalla y un bandido, hubiera pedido un sifón y coñac, para entonar bien los nervios, pero, ¿acaso podía el dictador de medio mundo beber coñac por las mañanas? Tan inmoral conducta hubiera apartado de él a toda la gran burguesía, que, cual segunda guardia napoleónica, se agrupaba en torno a su trono.

Con una mueca de disgusto, probó el chocolate. El ayuda de cámara, que se encontraba de pie junto a la puerta, preguntó a media voz, con una expresión de solemne tristeza:

-¿Permite el señor dictador que pase su secretario particular?

Garin se sentó perezosamente en la cama y se puso un pijama de seda:

-Que pase.

Entró el secretario. Se inclinó dignamente tres veces ante el dictador: una junto a la puerta, otra en medio de la habitación y la tercera cerca ya de la cama. Dio los buenos días. Miró por un segundo, con el rabillo del ojo, la silla cercana.

-Siéntese -dijo Garin y bostezó con tanta fuerza que se oyó el chocar de sus dientes.

El secretario particular tomó asiento. Iba vestido de negro y era de edad media, huesudo, de frente surcada de arrugas y mejillas hundidas. Siempre tenía los ojos entornados. Lo consideraban el hombre más elegante del Nuevo Mundo y, como lo sospechaba Garin, los grandes financieros le habían proporcionado el cargo aquel para que espiase al dictador.

-¿Qué hay de nuevo? -preguntó Garin-. ¿Qué tal el oro?

-Sube.

-Despacio, ¿sí?

El secretario levantó los párpados melancólicamente y respondió:

-Sí, despacio. Por ahora, despacio.

-¡Canallas!

Garin metió los pies en sus zapatillas de brocado y se puso a ir y venir por la blanca alfombra del dormitorio.

-¡Canallas, hijos de perro, asnos!

Espontáneamente se llevó la mano izquierda a la espalda, con el pulgar de la derecha se sujetó los tirantes del pijama y, un mechón caído sobre la frente, prosiguió sus idas y venidas por la habitación. Por lo visto, el momento aquel le pareció también histórico al secretario, pues se irguió en la silla, sacando el pescuezo del cuello postizo almidonado, y parecía escuchar los pasos de la historia.

-¡Canallas! -repitió Garin por última vez-. Yo estimo que esa lentitud con que sube el oro es desconfianza en mí. ¡Desconfianza en mí!, ¿comprende? Editaré un decreto prohibiendo la venta libre de lingotes de oro bajo pena de muerte... Escriba.

Garin se detuvo y, mirando severo las rosadas posaderas de "Aurora", que volaba en el techo, entre nubecillas y cupidos, se puso a dictar:

"A partir de hoy, por disposición del senado..." Cuando hubo terminado con el decreto, se fumó otro cigarrillo. Tiró la colilla en la jícara de chocolate, a medio tomar. Luego preguntó:

-¿Qué más novedades hay? ¿No se ha descubierto ningún complot contra mi vida?

Con sus finos dedos de largas y pulidas uñas, el secretario sacó de la cartera una hoja de papel, la leyó en silencio, miró al dorso, le dio la vuelta y dijo:

-Ayer por la tarde y hoy a las seis y media de la mañana, la policía ha descubierto dos nuevos complots contra su persona, sir.

-¡Ah! ¡Muy bien! Publíquenlo en los periódicos. ¿Quién ha sido? Confío en que la muchedumbre misma habrá ajustado las cuentas a los canallas. ¿Eh?

-Anoche fue descubierto en el parque, frente al palacio, un joven, al parecer obrero, que llevaba en los bolsillos dos tuercas de medio kilo cada una. Desgraciadamente, era tarde, en el parque no había nadie, y sólo algunos transeúntes que se enteraron del peligro que había corrido la vida de nuestro adorado dictador dieron de puñetazos al canalla. Ha sido detenido.

-Esos transeúntes ¿eran particulares o agentes de la policía?

Al secretario le temblaron los párpados, sonrió con un ángulo de la boca, con aquella inimitable sonrisa, que no tenía igual en todos los Estados Unidos:

-Por supuesto, sir, eran particulares, honrados comerciantes, fieles a usía, sir.

-Establece cómo se llaman esos comerciantes -dictó Garin-, y expresales en la prensa mi caluroso agradecimiento. Al bandido ese, castigarlo con todo el rigor de la ley. Una vez se haya dictado la sentencia, lo indultaré.

-El segundo atentado también se ha producido en el parque -continuó el secretario-. Se ha descubierto a una dama que miraba hacía las ventanas de su dormitorio, sir. Se le ha quitado un pequeño revólver.

-¿Es jovencita?

-Tiene cincuenta y tres años. Es una solterona.

-¿Y que ha hecho la multitud?

-Se ha limitado a arrancarle de la cabeza el sombrero, a romper su paraguas y a pisotear su bolso. Ese entusiasmo relativamente débil se debe a lo temprano de la hora y al triste aspecto de la dama esa, pues la acometió un desmayo al ver a la enfurecida muchedumbre.

-Dar un pasaporte para el extranjero a esa vieja lechuza y expulsarla inmediatamente de los Estados Unidos. La prensa no debe comentar mucho el incidente. ¿Qué más hay?

A las nueve menos cinco, Garin se dio una ducha y luego se puso en manos del peluquero y de sus cuatro ayudantes. Tomó asiento en un sillón especial, parecido a los de los dentistas y cubierto con una sábana de lino, que se encontraba ante un triple espejo. Al mismo tiempo que le daban en la cara un baño de vapor, dos rubias cuidaban con limas, tijeras y *polissoires* las uñas de sus manos, y dos avezadas mulatas, las de sus pies. El pelo se lo perfumaron con distintas aguas aromáticas y esencias, se lo rizaron con tenacillas y se lo peinaron de modo que le cubriera la incipiente calvicie. Un barbero a quien se había otorgado el título de baronet por su maravilloso arte, afeitó a Piotr Petróvich y luego le perfumó la cara y la cabeza con distintas esencias: el cuello con agua de rosas, las orejas con Chipre, las sienes con *Bouquet Vernais*, las comisuras de los labios con "Rama de manzano" ("*Grab Aple*") y la barbita con la deliciosa esencia "Crepúsculo".

Después de todas aquellas manipulaciones, el dictador estaba como para envolverlo en papel de seda, meterlo en un estuche y enviarlo a una exposición. Garin tuvo que hacer un gran esfuerzo para aguantar hasta el fin. Era objeto de aquellas manipulaciones todas las mañanas, y los periódicos hablaban de su "cuarto de hora después del baño". ¡De aquello no había quien lo salvara!

Pasó luego Garin al guardarropa, donde le estaban esperando dos lacayos y el ayuda de cámara, a quien ya conocemos, con los calcetines, las camisas, los zapatos, y demás accesorios de su atavío. Aquel día, Garin eligió un traje marrón jaspeado. Los canallas de los reporteros habían propalado que el dictador escogía sus corbatas con un gusto extraordinario. En fin, tuvo que resignarse y afinar todo lo posible. Detuvo aquella mañana su elección en una corbata con todos los colores de las plumas del pavo real. Blasfemando a media voz, en ruso, se la anudó él mismo.

Mientras se dirigía al comedor, de estilo medieval, exclamó mentalmente:

"¡Este maldito régimen no hay quien lo aguante mucho tiempo, qué diablos!"

Mientras desayunaba (por cierto sin una gota de alcohol), el dictador debía examinar su correspondencia. Sobre una bandeja de porcelana de Sevres podían verse unas trescientas cartas. Mientras engullía un pescado ahumado frito, insípido jamón y papillas de avena sin sal (el desayuno de los deportistas y los hombres de buenas costumbres). Garin tomaba al azar algunos sobres, crujientes como el hojaldre. Los abría con el sucio tenedor y leía:

"Mi corazón late desbocado, la emoción apenas si me deja escribir estas líneas... ¿Qué pensará usted de mí? ¡Dios mío! Le amo. Le amo desde el instante en que vi en el periódico (aquí venía el título) su retrato. Soy joven. Hija de padres muy respetables. Me llenaría de entusiasmo ser esposa y madre..."

Por lo común, adjuntaban una fotografía. Las cartas llegadas de todos los confines de América eran mensajes de amor. Aquellas fotografías (en el transcurso de un mes se habían acumulado decenas de millares), aquellas caritas de opulenta cabellera, ojos inocentes y naricillas estúpidas infundían un tedio espantoso, mortal. ¿Valía la pena haber recorrido el vertiginoso camino desde la isla Krestovski hasta Washington, desde el frío cuartucho en la solitaria casa de la barriada Petrográdskaia por el que Garin iba y venía de un ángulo a otro, estrujándose las manos, buscando una salida, si es que existía, a su situación, la fuga en el "Bibigonda", -hasta su dorado sillón presidencial en el Senado, adonde debería ir pasados veinte minutos- valía la pena haber horrorizado al mundo, haber alcanzado el océano de oro y haber llegado a ser dueño y señor del universo, para caer en la ratonera de aquella aburridísima vida propia del último filisteo?

-¡Puf, diablos!

Garin arrojó la servilleta y tabaleó con los dedos en la mesa. No se le ocurría nada. Nada más podía desear. Había llegado a la cumbre. Era dictador. ¿Y si exigía que lo coronasen emperador? No, entonces le harían la vida imposible del todo. ¿Y si se escapaba? ¿A dónde? ¿Para qué? ¿A reunirse con Zoya? ¡Ay, Zoya! En sus relaciones con ella había desaparecido lo principal, lo que nació aquella noche húmeda y tibia en el viejo hotel de Ville d'Avray. Entonces, bajo el rumorear de los árboles en el parque, entre morbosas caricias, nació la fantástica aventura de Garin. Entonces aleteaba el entusiasmo de la lucha en perspectiva. Entonces le fue fácil decir: pondré el mundo a tus pies... Garin había vencido. Había puesto el mundo a sus pies... Pero Zoya estaba lejos de él, era una extraña, madame Lamolle, la reina de la Isla de Oro. Y el aroma de su pelo y la fija mirada de sus ojos fríos y soñadores volvían loco a otro. Mientras, él, Garin, el vencedor del mundo, comía papillas sin sal y examinaba, entre bostezos, las necias caritas de las fotografías. El fantástico sueño que viviera en Ville d'Avray se había esfumado... Ahora tenía que editar decretos, desempeñar el papel de gran hombre, ser decentísimo en todos los aspectos... ¡Diablos...! ¡Qué a gusto pediría una botella de coñac...!

Se volvió hacia los lacayos, que se encontraban plantados junto a la puerta, con trazas de muñecos de panóptico. Inmediatamente, dos de ellos se adelantaron, uno se inclinó con aire interrogante, y el otro dijo con voz de marica:

-El automóvil está esperando, señor dictador.

El dictador entró en el Senado taconeando insolente. Después de sentarse en su dorado sillón, profirió con voz metálica la frase de ritual con que abría las sesiones. Su rostro, con las cejas fruncidas, expresaba energía y decisión. Decenas de máquinas de retratar y de cámaras de cine lo filmaron en aquel instante. Centenares de bellas mujeres que ocupaban los palcos para el público lo miraban arrobadas, dándole a entender que eran suyas.

Aquel día, el Senado debía conferirle los títulos de lord de Gales del Sur, duque de Nápoles, conde de Charleroi, barón de Munchausen y coemperador de todas las Rusias. En nombre de los Estados Unidos de Norteamérica donde, desgraciadamente, por ser un país democrático, no había títulos, le asignaron el tratamiento de *Businessman of God* lo que, traducido, significa, más o menos, "Comerciante por la gracia de Dios".

Con el mayor de los placeres hubiera cubierto de escupitajos aquellas grasientas y respetables calvas que llenaban el anfiteatro de la sala con dos ventanales. Pero comprendió que, en vez de escupir, se levantaría inmediatamente para expresar su agradecimiento.

"Esperad, canallas -se dijo, pálido, pequeñajo, con su puntiaguda barbita, de pie ante los senadores que lo aclamaban-, buen regalo pienso haceros con el proyecto de depuración racial y de selección del primer millar..." Pero se daba cuenta que se hallaba atado de pies y manos y, con sus títulos de lord, duque, conde y comerciante por la gracia de Dios, no se atrevería a hacerles el regalo aquel... Y de la sala del Senado tendría que ir, sin demora, al banquete de rigor...

En la calle, el coche del dictador era acogido con aclamaciones. Si se fijaba uno, saltaba a la vista que quienes gritaban eran unos mocetones con pinta de policías disfrazados. Garin saludaba y agitaba la mano, calzada en guante de color limón. Sí, de no haber nacido en Rusia y no haber vivido la revolución, quizás le hubiera producido el más vivo placer cruzar la ciudad por entre las jubilosas muchedumbres que expresaban su lealtad al dictador con gritos de "hip", "hip" y arrojándole flores. Pero Garin estaba envenenado. Se enfurecía, y pensaba: "¡Comedia, pura comedia, cerrad esas bocas, borregos, que no hay de que alegrarse!". Se apeó del automóvil a la puerta del Ayuntamiento, donde decenas de manos femeninas (las hijas de los reyes del petróleo, los ferrocarriles, la industria conservera y otros) vertieron sobre él una lluvia de flores.

Subía rápido la escalera, lanzando besos a diestro y siniestro. En la sala rompió a tocar la orquesta, en honor del comerciante por la gracia de Dios. Se sentó, y todos se sentaron. La mesa, blanca, nívea, estaba llena de flores y de cristal de Bohemia. Cada cubierto constaba de once cuchillos de plata y de once tenedores de distintos tamaños (sin contar las cucharas, las cucharillas y las pinzas para la langosta y los espárragos). Había que saber con qué cuchillo y con qué tenedor se comía cada plato.

Garin rechinó los dientes: ¡aristócratas de pega! De las doscientas personas sentadas a la mesa, las tres cuartas partes habían vendido arenques en las calles, y ahora consideraban poco fino comer usando menos de once tenedores. Pero todos los ojos estaban puestos en el dictador, y esta vez tuvo también que ceder a la presión del público y mantener durante la comida una actitud irreprochable.

Después de la sopa de tortuga, empezaron los discursos. Garin los escuchaba de pie, la copa de champagne en la mano. "¡Ahora agarro una curda!" le pasó rápidamente por la cabeza. ¡Vano intento de rebelión!

El dictador dijo a sus vecinas de mesa, dos señoritas muy bellas y locuaces, que, efectivamente, leía la Biblia por las tardes.

Entre los postres y el café contestó a los discursos, diciendo:

"Señores, el poder de que ustedes me han investido lo considero yo la voluntad del Altísimo, y el sagrado deber de mi conciencia me ordena emplear este poder, sin precedente en la historia, para ensanchar nuestros mercados, para que florezcan opulentos nuestra industria y nuestro comercio, para aplastar los insanos intentos que pueda hacer la plebe con el fin de derrocar el régimen existente..." Y etc., etc...

El discurso produjo grata impresión. Verdad es que, al terminarlo, el dictador añadió, como para su capote, tres enérgicas palabras en un idioma incomprensible, en ruso, por lo visto, que pasaron desapercibidas. Después Garin saludó a todos con una profunda reverencia y salió acompañado del estrépito que

armaban trompetas y timbales y de las jubilosas aclamaciones de los presentes. El dictador se marchó a casa.

En el vestíbulo del palacio arrojó al suelo el bastón y el sombrero (pánico entre los lacayos, que se precipitaron a levantarlos), hundió las manos en los bolsillos y, alzando la barbita, subió la escalera, pisando furioso la mullida alfombra. En el despacho lo estaba esperando su secretario particular.

-A las siete de la tarde, en el club "Pacific", se da en honor del señor jefe del Estado una cena amenizada por una orquesta sinfónica.

-Bien -dijo Garin, y de nuevo añadió tres incomprensibles palabras en ruso-. ¿Qué más?

-A las once, en la sala blanca del hotel "Indiana" hay un baile en honor...

-Dé un golpe de teléfono a un sitio y a otro y diga que se me han indigestado los cangrejos que he comido en el Ayuntamiento.

-Me permito expresar el temor de que su ficticia indisposición pueda reportarle más molestias todavía: inmediatamente se personará aquí toda la ciudad para expresarle su condolencia. Además, no olvidemos a los reporteros. Tratarán de penetrar aunque sea por las chimeneas...

-Tiene razón. Iré. -Garin tocó el timbre-. Prepárenme el baño. Tengan dispuestos un frac, las insignias y las órdenes.

Luego se puso a ir y venir, mejor dicho, a trotar por la habitación, y dijo:

-¿Qué más?

-En la antesala esperan audiencia unas señoras.

-No recibo.

-Esperan desde el mediodía.

-No quiero. Dígales que no.

-Es demasiado difícil convencerlas. Me permito señalarle que son damas de la alta sociedad. Tres famosas escritoras, dos estrellas de cine, una viajera que ha recorrido el mundo en automóvil y una dama célebre por sus obras de beneficencia.

-Está bien... Que pase... una cualquiera... Garin se sentó a la mesa de despacho (a la izquierda tenía un aparato de radio, a la derecha, los teléfonos y ante él, un dictáfono). Se acercó una cuartilla limpia, mojó la pluma y, súbitamente, quedó pensativo...

"Zoya -escribió en ruso con letra grande y de trazo firme-, querida amiga, sólo tú puedes comprender de qué modo he hecho el tonto..."

A su espalda sonó un siseo de advertencia.

Garin se volvió con movimiento brusco. El secretario ya se había desvanecido por la puerta lateral, y en medio del despacho había una dama vestida de color verde lechuga. La mujer aquella, emitió un gritito, estrujándose las manos. Su rostro daba a entender que se hallaba ante el hombre más grande de la historia. Garin la examinó un instante. Se encogió de hombros.

-Desnúdese -ordenó seco, y continuó escribiendo.

A las ocho menos cuarto, Garin se acercó presuroso a la escribanía. Iba de frac, con todas sus estrellas e insignias y con una banda por encima del chaleco. Se oyeron unos pitidos en el receptor, siempre, sintonizado en la onda de la Isla de Oro. Garin se puso los auriculares. La voz de Zoya, clara, pero apagada, como si llegara de otro planeta, repetía en ruso:

-Garin, estamos perdidos... Garin, estamos perdidos... En la isla ha estallado una insurrección. Han capturado el gran hiperboloide. Jansen está conmigo... Si nos da tiempo, escaparemos en el "Arizona".

La voz se cortó. Garin quedó plantado junto a la mesa, sin quitarse los auriculares. El secretario particular esperaba junto a la puerta, sosteniendo el sombrero de copa y el bastón de Garin. De pronto, el receptor de nuevo dejo oír unas señales. Pero fue otra voz, brusca, masculina, la que dijo en inglés:

"Trabajadores del mundo entero: Conocéis las proporciones y las consecuencias del pánico que cunde en los Estados Unidos..."

Después de escuchar hasta el fin el llamamiento lanzado por Shelgá, Garin se quitó los auriculares. Muy pausado, con una sonrisa torcida en los labios, encendió un cigarro puro. Sacó de los cajones de la mesa un fajo de billetes de cien dólares y un aparato niquelado que parecía un revólver de cañón muy grueso: era el último invento de Garin, un hiperboloide de bolsillo. Arqueando las cejas, el dictador indicó al secretario que se acercara y le dijo:

-Ordene que dispongan inmediatamente mi cabriolé.

Por primera vez desde que estaba al servicio del dictador, el secretario levantó los párpados, y sus ojos rojizos miraron punzantes a Garin.

-Pero, señor dictador...

-¡Silencio! Transmita inmediatamente al jefe de las tropas, al gobernador de la ciudad y a las autoridades civiles que desde las siete queda declarado el estado de guerra. El fusilamiento es la única medida a emplear para reprimir los desórdenes en la ciudad.

El secretario desapareció al instante tras la puerta.

Garin se acercó al triple espejo. Llevaba encima todas sus insignias y estrellas y estaba tan pálido como los muñecos de cera de un panóptico. Se miró largamente y, de pronto, uno de sus ojos hizo un guiño burlón... "Pon pies en polvorosa, Pierre Harry, pon pies en polvorosa sin pérdida de tiempo", se dijo a sí mismo Garin.

122

Los sucesos de la Isla de Oro comenzaron el veintitrés de junio por la tarde. Durante todo el día estuvo alborotado el océano. Negros nubarrones se arrastraban desde el sudoeste. Zig-zags de fuego resquebrajaban ruidosos el firmamento. El líquido polvo de las salpicaduras se esparcía, como niebla, por toda la isla.

Al atardecer se alejaron los nubarrones, los relámpagos fulguraban lejos, en el mismo horizonte, pero el viento no amainaba y seguía doblando hacia el suelo los árboles, combando los altos postes de los faroles, rompiendo las alambradas, llevándose, como si fueran lonas, los tejados de las barracas y silbando por doquier con tan satánica furia que no había un alma viva que no se hubiera ocultado en las casas. En los atracaderos del puerto crujían los buques, y algunas barcas, rotas las amarras se perdieron en el océano. El "Arizona" se encontraba solo en la pequeña bahía frente al palacio y saltaba en las aguas como el flotador de una caña de pescar.

La población de la isla había disminuido considerablemente en los últimos tiempos. Se habían suspendido los trabajos en la mina. Las grandiosas obras de madame Lamolle no habían comenzado todavía. De los seis mil obreros, quedaban allí unos quinientos. Los demás habían abandonado la isla, cargados de oro. Estaban vacías las barracas de la colonia obrera. El Luna-Park y las casas de trato los habían derribado, y estaban nivelando el terreno para las futuras obras.

La guardia real ya nada tenía que hacer en aquel pacífico pedazo de tierra. Los Blanqui-amarillos ya no iban y venían como perros de presa, por las rocas y a lo largo de las alambradas, haciendo chasquear los cerrojos de sus fusiles de un modo nada ambiguo. Empezaron a emborracharse a diario. Añoraban las grandes ciudades, los restaurantes de lujo, las mujeres de vida alegre. Pedían permiso y amenazaban con sublevarse. Pero Garin había ordenado categóricamente que no se dieran ni permisos ni licencias. El gran hiperboloide estaba permanentemente enfilado hacia el cuartel de la guardia real.

En el cuartel se jugaba día y noche a las cartas. Se pagaban con vales, pues el oro, amontonado por allí cerca en pilas, los tenía a todos más que hartos. Se jugaban sus amantes, las armas, pipas ya curadas, botellas de coñac añejo y bofetadas. Al atardecer, todos en el cuartel estaban como cubas. El general Subbotin se veía y se deseaba, no ya para mantener la disciplina, sino para hacer que guardasen, por lo menos, las apariencias.

-Es una vergüenza, señores oficiales -berreaba todas las tardes el general Subbotin en el refectorio de los oficiales-, se han abandonado ustedes por completo, el suelo está lleno de gargajos, y el aire es aquí el de un burdel. Andan ustedes en calzoncillos, se han jugado los pantalones... Me apena tener la desgracia de mandar a semejante hato de granujas.

Todas las medidas que se tomaban eran vanas. Sin embargo, jamás se había observado una melopea tan espantosa como la del veintitrés de junio, el día de la tormenta. Los aullidos del viento infundieron a los oficiales un tedio espantoso y trajeron a su mente lejanos recuerdos; se dejaron sentir las viejas heridas. Las salpicaduras de las olas batían las ventanas, como gotas de lluvia. La artillería celeste hacía un fuego huracanado. Temblaban las paredes, trepidaban los vasos en las largas mesas. Los oficiales, acodados en ellas, apoyaban en las manos sus bizarras cabezas, despeluzadas, sucias, y entonaban una canción que solía cantar el enemigo, los rojos: "Manzanita, adonde has ido a rodar..." La canción aquella, que había llegado a la isla perdida en el océano desde una vida infinitamente lejana, parecía oler a la tierra madre. Beodos, los oficiales mecían sus cabezas y lloraban. El general Subbotin se quedó ronco llamándolos al orden; por último, los envió a todos al cuerno y agarró él mismo una curda fenomenal.

El servicio de reconocimiento del Comité revolucionario (en la persona de Iván Gúsiev) informó de la difícil situación en que se encontraba el enemigo, concentrado en el cuartel. Poco después de las seis, Shelgá, con cinco corpulentos mineros, se acercó al calabozo (se encontraba ante el cuartel) y se puso a cambiar improperios con dos centinelas, bebidos también, que montaban guardia junto a las pirámides de fusiles. Entusiasmados con los enérgicos ternos rusos, los centinelas perdieron todo espíritu de vigilancia y, de pronto, se vieron en el suelo, sin armas y maniatados. Shelgá se hizo con cien fusiles. Inmediatamente los distribuyó entre los obreros, que se acercaron corriendo de poste a poste, ocultándose tras los árboles y matojos y arrastrándose por los charcos.

Cien hombres irrumpieron en el cuartel. El revuelo fue de los grandes. Los oficiales hicieron frente a los obreros lanzándoles botellas y taburetes, retrocedieron, cerraron filas y dispararon sus revólveres. Se combatía en escaleras, pasillos y dormitorios. Borrachos y serenos luchaban a brazo partido. De las ventanas con los cristales rotos salían salvajes alaridos. Los atacantes eran pocos -uno contra cinco-, pero con sus callosas manazas zurraban de lo lindo a los señoritos Blanqui-amarillos. Acudieron refuerzos. Los oficiales

saltaban por las ventanas. En varios lugares brotaron llamas; una nube de humo envolvió el cuartel.

123

Jansen corría por las desiertas y oscuras habitaciones del palacio. La resaca se abatía con ruidoso hervor sobre la terraza. Silbaba el viento, sacudiendo los marcos de las ventanas. Jansen llamaba a voces a madame Lamolle y, todo angustiado, aguzaba el oído, esperando oír su voz.

Bajó a las habitaciones de Garin, saltando los peldaños de cuatro en cuatro. Allí se oían disparos y gritos. Asomó al jardín interior. Estaba vacío, allí no había un alma. En el lado opuesto, alguien trataba de derribar, desde afuera, la puerta bajo el arco tapizado de hiedra. ¿Cómo había podido dormir tan profundamente? Lo despertó una bala que hizo añicos el cristal de su ventana. ¿Habría huido madame Lamolle? ¿Y si la habían matado?

Jansen abrió al azar una puerta. Entró. Cinco globos de azulenco cristal iluminaban mesas abarrotadas de extraños artefactos, bancos de mármol con aparatos de medición, barnizados cajoncillos y armaritos con lámparas catódicas y cables eléctricos y una escribanía atestada de diseños. Era aquello el gabinete de Garin. Sobre la alfombra vio Jansen un estrujado pañuelito. Lo levantó y percibió la fragancia de la esencia con que se perfumaba madame Lamolle. Entonces recordó que un pasadizo subterráneo llevaba del gabinete al ascensor del gran hiperboloide y que allí debía de haber una puerta secreta. ¡Claro, madame Lamolle habría corrido a la torre al sonar los primeros disparos! ¡Cómo no se le había ocurrido antes!

Jansen miró en torno, buscando la puerta secreta. Pero de súbito oyó tras la pared un estrépito de cristales rotos, pisadas y acuciantes voces. ¡Habían irrumpido en el palacio! ¿Por qué remolonearía madame Lamolle? Jansen se llegó de un salto a la puerta tallada de dos hojas y la cerró con llave. Empuñó el revólver. Todo el palacio parecía lleno de pasos, voces y gritos.

-¡Jansen!

Ante él se encontraba madame Lamolle. Sus labios, lívidos, se movieron, pero el capitán no oyó lo que decían. La miró, jadeando pesadamente.

-¡Estamos perdidos, Jansen, estamos perdidos! -exclamó ella.

Llevaba un vestido negro. Apretaba contra el pedio sus finas manos. Sus ojos, inquietos, llenos de zozobra, parecían un alborotado lago de azules aguas. Dijo:

-El ascensor del gran hiperboloide no funciona; alguien lo ha subido. Por la torre anda alguien. Han trepado por las vigas. Estoy segura de que ha sido cosa de Gúsiev, del chiquillo ese...

Haciendo crujir sus dedos, Zoya miró hacia la puerta tallada. Sus cejas se fruncieron. Un numeroso grupo de hombres pasó en loca carrera ante la puerta. Sonó un salvaje alarido. Se oyeron un ruido de lucha y precipitados disparos. Madame Lamolle se sentó impetuosa a la mesa y conectó el interruptor: zumbó suave la dínamo y se encendieron con lilácea luz las periformes lámparas. Tecleó la llave, enviando señales al espacio.

-¡Garin, estamos perdidos... Garin, estarnos perdidos...! -dijo Zoya, inclinándose hacia la red metálica del micrófono.

Al instante crujió la puerta tallada, golpeada por puños y pies.

-¡Abran la puerta! ¡Abran la puerta! -gritaron unas voces.

Madame Lamolle agarró a Jansen del brazo, tiró de él hacia la pared y apretó con el pie una de las molduras, junto al piso mismo. Un zócalo revestido de estofa se hundió entre dos columnas sin hacer ningún ruido. Madame Lamolle y Jansen se deslizaron por la puerta secreta al pasadizo subterráneo. Después, el zócalo volvió a su sitio.

Después de la tormenta, las estrellas titilaban y lucían con vivo fulgor sobre el agitado océano. El viento soplaba a ráfagas. La resaca se alzaba muy alto. Rodaban con estrépito las piedras. Al bramar del océano se mezclaban los restallidos de los disparos. Madame Lamolle y Jansen corrían, ocultándose tras los arbustos y las rocas, hacia la bahía de la parte norte, donde siempre tenían presta una motora. A la derecha se levantaba, como un negro acantilado, la mole del palacio; a la izquierda corrían las olas, con sus luminiscentes crestas de espuma, y a lo lejos danzaban los fanales del "Arizona". Detrás se perfilaba la silueta de encaje de la torre del gran hiperboloide, que se perdía en el cielo. En lo alto de la torre se veía luz.

-Mire -dijo madame Lamolle volviendo la cabeza y señalando con la mano sin dejar de correr-, allí hay luz. ¡Eso es la muerte!

Madame Lamolle descendió por un abrupto terraplén a la bahía, inaccesible a las olas. Allí, al pie de la escalera que llevaba a la terraza del palacio, se mecía la motora junto a un pequeño atracadero. Madame Lamolle saltó a la embarcación, corrió a popa y, con manos temblorosas, puso el motor en marcha.

-¡Vivo, Jansen, vivo!

La lancha estaba amarrada con cadena. Metiendo el cañón del revólver en la argolla, Jansen se esforzaba por hacer saltar el candado. Arriba se abrió con gran estruendo la puerta de la terraza y aparecieron allí unos hombres armados. Jansen arrojó el revólver y se aferró con ambas manos al extremo de la cadena. Sus músculos crujieron, se le hinchó el cuello, y los corchetes de la guerrera le saltaron. El motor empezó de pronto a traquetear. La gente que había salido a la terraza echó a correr escaleras abajo, blandiendo sus armas y gritando: "¡Alto; alto!"

Haciendo un supremo esfuerzo, Jansen arrancó la cadena, empujó con violencia la motora y, a cuatro pies, se precipitó hacia el timón.

Describiendo un cerrado arco, la motora voló hacia la estrecha boca de la bahía. Unos fogonazos fulguraron en pos de los fugitivos.

-¡Echar la escala, diablos en salmuera! -gritó Jansen desde la motora, que danzaba junto a la banda del "Arizona"-. ¿Dónde está el segundo, durmiendo? ¡Lo voy a ahorcar!

-¡Aquí estoy, aquí estoy, capitán! ¡A sus órdenes, capitán!

-¡Cortar las amarras! ¡Poner en marcha las máquinas! ¡A todo gas! ¡Apagar las luces!

-¡A sus órdenes, capitán!

Madame Lamolle subió la primera. Asomándose por encima de la borda, vio que Jansen quería levantarse y caía de costado, aferrándose, convulsivo, a la maroma que les habían tendido. Una ola lo cubrió, junto con la lancha, y de nuevo apareció su rostro, crispado de dolor, escupiendo el agua salada.

-¿Qué le pasa, Jansen?

-Estoy herido.

Cuatro marineros saltaron a la canoa, cogieron a Jansen y lo subieron a bordo. Ya en cubierta, el capitán se desplomó, llevándose la mano a un costado: le había dado un desmayo. Lo llevaron a su camarote.

El "Arizona" se alejaba de la isla a toda velocidad, cortando las olas y precipitándose en las simas que entre ellas se abrían. Mandaba el yate el segundo. Madame Lamolle se encontraba con él en el puente de mando, aferrada a la barandilla. El vestido, pegado a su cuerpo, le chorreaba agua. Madame Lamolle contemplaba el resplandor del incendio, cada vez más vivo (ardían los cuarteles). Un humo negro, veteado de espirales de fuego, envolvía la isla. De pronto, madame Lamolle pareció advertir algo alarmante, pues agarró de la manga al segundo y le ordenó:

-Rumbo sudoeste...

-Podemos tropezar en los escollos, madame.

-Haga lo que le mandan... Navegue dejando la isla a babor.

Madame Lamolle subió a la torreta del hiperboloide. Una furiosa ola, barriendo la cubierta de proa a popa, cubrió a madame Lamolle y la derribó. Un marinero la levantó al instante. Mojada, enfurecida, se soltó de un tirón y subió a la torreta.

En la isla, muy alto, sobre el humo del incendio, lucía una cegadora estrella: era el gran hiperboloide, que buscaba al "Arizona".

Madame Lamolle resolvió luchar, pues por más nudos que hiciera el yate no lograría ponerse fuera del alcance del rayo, que llegaba, desde la torre, a muchas millas de distancia. Al principio, el rayo se agitó entre las estrellas, por el horizonte, describiendo en unos segundos una circunferencia de 400 kilómetros. En aquel instante, el rayo tanteaba la parte oeste del océano y corría por las crestas de las olas, dejando en pos densas nubes de vapor.

El "Arizona" navegaba, desarrollando su máxima velocidad, a unas siete millas de la isla. Se ocultaba hasta las puntas de los palos en las bullentes aguas, subía luego, como una cáscara de nuez, a la cresta de las olas, y, entonces, madame Lamolle, desde la torre de popa, proyectaba el rayo sobre la isla. En algunos lugares llameaban ya las casas de madera. Haces de chispas volaban muy alto, como si alguien atizara el fuego con un gigantesco fuelle. El resplandor del incendio se reflejaba en el negro y alborotado océano. El "Arizona" fue levantado por una ola, desde la isla vieron su silueta, y una aguja de una blancura deslumbrante danzó en torno suyo de arriba a abajo, describiendo zig-zags cada vez más cerca de la popa o de la proa.

Parecíale a Zoya que aquella cegadora estrella la hería en los ojos, y ella misma parecía querer clavar el cañón del aparato en la viva luz de la lejana torre. Las hélices del yate zumbaban frenéticas, la popa quedaba toda al descubierto, y el buque parecía dispuesto a hundirse en el océano, deslizándose por las olas. En aquel instante, el rayo, tanteando el blanco, se levantó, temblequeó en lo alto, como si afinara la puntería, y luego, ya sin titubeos, bajó poco a poco hacia la silueta del yate. Zoya cerró los ojos. Sin duda, a todos los marineros testigos del duelo se les cortó la respiración.

Cuando Zoya abrió los ojos, vio una pared de agua, el abismo al que se había deslizado el "Arizona". "Esto aún no es la muerte", se dijo. Quitó las manos del aparato, y los brazos le pendieron, rendidos, a lo largo del cuerpo.

Cuando las olas volvieron a levantar el yate, comprendieron por qué habían escapado de la muerte. Enormes nubes de humo tapaban la isla y la torre: por lo visto, habían estallado los depósitos de gasolina. A favor de aquella columna de humo, el "Arizona" podía alejarse tranquilamente.

Zoya no sabía si había logrado destruir el gran hiperboloide o si era que el humo no dejaba ver la estrella. Pero ¿qué más daba...? Bajó con gran esfuerzo de la torre. Agarrándose a las cuerdas, llegó al camarote, donde, tras las azules cortinas, se oía la alterada respiración de Jansen. Se dejó caer en un sillón y encendió un cigarrillo.

El "Arizona" se alejaba rumbo noroeste. El viento había amainado, pero el océano seguía intranquilo. El yate lanzó varias llamadas, a fin de comunicar con Garin, y centenares de miles de receptores dejaron oír en el mundo entero la voz de Zoya, que decía: "¿Qué debemos hacer? ¿A dónde debemos ir? Nos encontramos a tantos grados de latitud y tantos de longitud. Esperamos órdenes".

Al captar el mensaje, los barcos que cruzaban el océano se apresuraban a alejarse del terrible lugar en que de nuevo había hecho su aparición el "Arizona", "terror de los mares".

124

Nubes de petróleo en llamas envolvían la Isla de Oro. Después del huracán renació la calma, y el negro humo se elevaba hacia el límpido cielo, dejando caer sobre el océano una inmensa sombra que se extendía a muchos kilómetros.

La isla parecía muerta, y sólo en la parte de la mina se oía un incesante chirrido: eran los elevadores.

Después, una banda de música rompió el silencio, tocando una solemne y lenta marcha. A través de la cortina de humo se podía distinguir a unas doscientas personas que marchaban con la cabeza muy alta. Sus rostros, graves, expresaban decisión. Cuatro hombres encabezaban el cortejo, llevando en hombros algo envuelto en una bandera roja. Subieron a la roca sobre la que se alzaba la torre del gran hiperboloide, a cuyo pie dejaron el largo envoltorio.

Era el cuerpo de Iván Gúsiev. El chico había perecido la víspera, durante el combate contra el "Arizona". Trepando como un gato por las traviesas metálicas de la torre, llegó arriba, con el gran hiperboloide y se puso a buscar el "Arizona" entre las enormes olas.

La aguja de fuego que partió en respuesta del "Arizona" danzaba por la isla, incendiando los edificios, cortando los postes de los faroles y los árboles. "Víbora", susurró Iván, moviendo el cañón del aparato, para lo que, lo mismo que cuando estudiaba con Tarashkin las primeras letras, se ayudaba sacando la lengua.

El chico logró captar en el visor el "Arizona" y proyectó el rayo en el agua, ya junto a la proa, ya junto a la popa de la embarcación, cada vez más cerca de ella. Estorbaban las nubes de humo de los depósitos de petróleo en llamas. De pronto, el rayo del "Arizona" se convirtió en una cegadora estrella, que, brillante, hirió en los ojos a Iván. Atravesado de parte a parte por el rayo, el chico se desplomó sobre el gran hiperboloide...

-Descansa en paz, Iván, has muerto como un héroe -dijo Shelgá, y, arrodillándose junto al cadáver, levantó la punta de la bandera y besó al chico en la frente.

La orquesta tocó la Internacional, y doscientas voces cantaron el himno.

Poco después, de entre las nubes de negro humo se elevó un poderoso bimotor. Tomando altura, torció hacia el oeste...

125

-Todas sus órdenes han sido cumplidas, señor dictador...

Garin cerró con llave la puerta, se acercó a la plana librería y pasó la mano por la pared a la derecha del mueble. El secretario dijo, sonriendo torcidamente:

-El resorte de la puerta secreta está a la izquierda, señor dictador...

Garin le lanzó una rápida y extraña mirada. Apretó el resorte, y la librería se desplazó sin hacer ruido, dando acceso al estrecho pasadizo que llevaba a las habitaciones secretas del palacio.

-Tenga la bondad -dijo Garin, invitando al secretario a entrar el primero.

El secretario se puso lívido. Con fría cortesía, Garin levantó el hiperboloide de bolsillo a la altura de su frente y le dijo:

-Sería insensato desobedecer, señor secretario...

126

La puerta del camarote del capitán estaba abierta de par en par. Jansen yacía en la litera.

El yate apenas si se movía. En medio del silencio se oía el romper de las olas contra el casco de la embarcación.

El deseo de Jansen se había cumplido: de nuevo se veía en medio del océano, a solas con madame Lamolle. El marino sabía que estaba muriendo. Había luchado contra la muerte durante varios días -tenía una herida con orificio de entrada y de salida en el vientre- y por fin quedó rendido. Miraba las estrellas por la abierta puerta, que dejaba llegar a él el viento de la eternidad. No sentía ya ningún deseo ni temor, imbuido de la importancia del paso a la quietud eterna.

Entró, apareciendo como una sombra sobre el fondo de las estrellas, madame Lamolle. Se inclinó sobre él. Le preguntó con un susurro cómo se sentía. Jansen respondió moviendo los párpados, y ella comprendió que había querido decir: "Soy feliz, tú estás conmigo". Luego, su pecho subió y bajó convulso repetidas veces, respirando con ansia, y Zoya se sentó a su lado. Se veía que tristes pensamientos bullían en su cabeza.

-Amigo, mi único amigo -dijo Zoya con serena desesperación-. Es usted el único que me ha amado, el único que me ha querido de verdad. Si usted se muere... ¡Qué frío, qué frío...!

Jansen no respondió; dio a entender, moviendo los párpados, que sí, efectivamente sentía frío. Zoya vio que su nariz adquiría un perfil más acusado y sus labios esbozaban una débil sonrisa: El rostro del capitán, poco antes tan lozano y sonrosado, parecía de cera. Zoya esperó unos minutos y luego rozó con sus labios la mano del marino. Pero él no había muerto aún. Abrió lentamente los ojos, despego los labios, y a Zoya le pareció que había dicho: "¡Qué bien...!"

Después, el semblante de Jansen quedó rígido. Zoya volvió la cabeza y, lenta, corrió las azules cortinas.

127

El secretario, el hombre más elegante de los Estados Unidos, yacía de bruces, con sus rígidos dedos hincados en la alfombra: había muerto instantáneamente, sin proferir ni un grito. Garin, mordiéndose sus trémulos labios, se guardó

pausado en el bolsillo de la chaqueta el revólver-hiperboloide. Después se acercó a una baja puerta de acero. Hizo girar el disco de bronce, combinando letras de un modo que sólo él conocía, y la puerta se abrió. Entró en una cámara de hormigón armado, sin ventanas.

Era aquello la caja fuerte privada del dictador. En vez de oro o documentos había allí algo que para Garin tenía mucho más valor: el tercer doble de Garin, el emigrado ruso barón Korf, que se había vendido al ingeniero por una enorme suma. Al principio lo habían llevado de Europa, en secreto, a la Isla de Oro, y luego lo habían ocultado en las habitaciones secretas del palacio del dictador.

Korf estaba sentado en una mullida butaca tapizada de cuero, y sus pies descansaban en una dorada mesita en la que había fruteros y bomboneras (no se le permitía beber). En el suelo aparecían tirados unos libros: novelas policíacas inglesas. Aburrido, el barón escupía huesos de cereza a la pantalla circular de un aparato de televisión que se encontraba a unos tres metros de la butaca.

-Ya era hora -dijo, volviéndose perezosamente hacia Garin-. ¿En dónde diablos ha estado metido usted...? Oiga, ¿piensa tenerme mucho tiempo en este sótano? Le juro que prefiero pasar hambre en París...

Por toda respuesta, Garin se arrancó la banda y se quitó el frac con todas las insignias y órdenes.

-Desnúdese.

-¿Para qué? -preguntó algo intrigado el barón.

-Déme su ropa.

-¿Qué ocurre?

-Y su pasaporte, toda su documentación... ¿Dónde tiene la navaja de afeitar?

Garin se acercó al tocador. Sin enjabonarse, haciendo muecas de dolor, se afeitó rápidamente el bigote y la barba.

-Por cierto, en la habitación de al lado hay un hombre tendido en el suelo. Recuerde que es su secretario particular. Cuando adviertan su ausencia, diga que lo ha enviado usted a cumplir una misión secreta... ¿Comprende?

-Yo pregunto qué ocurre -vociferó el barón, cazando al vuelo los pantalones de Garin.

-Yo saldré por el pasadizo secreto, al parque, donde me espera el coche. Usted oculte al secretario en la chimenea y pase a mi despacho. Inmediatamente llame a Rolling por teléfono. Confío en que recordará bien todo el mecanismo de mi dictadura. Primero yo, después mi primer ayudante, el jefe de la policía secreta, luego mi segundo ayudante, el jefe de la sección de propaganda, luego mi tercer ayudante, el jefe de la sección de provocación. Por último, el consejo secreto de los trescientos, encabezado por Rolling. Si usted no se ha convertido definitivamente en un idiota, debe saberse todo esto al dedillo... ¡Quítese los pantalones, así lo trague el infierno! Dígale a Rolling que usted, es decir, Piotr Garin, se pone al frente de la policía y de las tropas. Tendrá usted que combatir muy en serio, querido amigo.

-Perdone, pero ¿y si Rolling adivina por la voz que yo no soy usted...?

-En fin de cuentas, a ellos les importa eso un comino... Lo que les hace falta es que haya un dictador...

-Perdone, entonces ¿a partir de este minuto me convierto en Piotr Petróvich Garin?

-Que tenga usted suerte. Le deseo que la goce ejerciendo el poder. En mi escribanía encontrará las instrucciones para todo... Yo me evaporo...

Lo mismo que antes al espejo, Garin hizo un guiño a su doble y se ocultó tras la puerta.

128

En cuanto Garin -solo en su cabriolé- cruzó las calles del centro de la ciudad, se desvaneció en él toda duda: había escapado a tiempo. En las barriadas obreras y en los suburbios alborotaban nutridas muchedumbres, centenares de miles de personas... En algunos lugares ondeaban al viento banderas revolucionarias. La gente levantaba con premura en las calles barricadas, utilizando para ello autobuses volcados, muebles -los tiraban de las casas por las ventanas-, puertas, los postes de los faroles y verjas y rejas.

Garin tenía buen ojo y pudo ver que los obreros estaban bien armados. Camiones que rodaban lentos entre el gentío distribuían ametralladoras, granadas y fusiles... Indudablemente, aquello era obra de Shelgá.

Unas cuantas horas antes, Garin no hubiera vacilado en lanzar las tropas contra los insurrectos. Pero ahora apretaba nervioso el acelerador del coche, que volaba por las calles, en las que se oían maldiciones y gritos de "¡Abajo el dictador! ¡Abajo el consejo de los trescientos!

El hiperboloide se encontraba en manos de Shelgá. Los insurrectos lo sabían y lo comentaban a voces. Shelgá hacía la revolución con el arte del director de una orquesta sinfónica.

Los altavoces montados por disposición de Garin cuando puso a la venta el oro. hablaban ahora en contra de él, lanzando a los cuatro vientos la noticia de la insurrección general.

El doble de Garin, contrariamente a lo que éste supusiera, actuaba con decisión y no sin éxito. Sus tropas escogidas asaltaban las barricadas. La policía arrojaba desde los aviones bombas con gases. La caballería cargaba contra la gente en las calles. Brigadas especiales rompían las cerraduras e irrumpían en las casas de los obreros, aniquilando todo lo vivo.

Pero los insurrectos oponían una firme resistencia. En otras ciudades, en los grandes centros fabriles, pasaban decididamente a la ofensiva. Al mediodía, la insurrección se había extendido ya a todo el país...

Garin sacaba al coche toda velocidad que podían desarrollar sus dieciséis cilindros. Pasaba como un huracán por las calles de las ciudades de provincia, atropellando a cerdos, perros y gallinas. Antes de que los transeúntes pudieran volver la cabeza, con los ojos desorbitados, el enorme, negro y polvoriento coche del dictador, disminuyendo en la distancia, se ocultaba rugiente tras una curva...

Garin únicamente se detenía unos instantes para repostar gasolina o echar agua al radiador... Aquella carrera duró toda la noche.

Al llegar la mañana, el dictador continuaba todavía en el poder. La capital ardía, incendiada por las bombas de termita, y en las calles había unos cincuenta mil cadáveres sin recoger. "¡Caramba con el barón!" exclamó sonriendo torcidamente Garin, cuando en uno de los altos oyó por radio aquellas noticias...

A las cinco del día siguiente, un grupo de insurrectos hizo fuego contra su coche...

A las siete, cuando cruzaba una ciudad, vio banderas revolucionarias y gente que cantaba...

Voló toda otra noche en dirección oeste, hacia el Pacífico. Al amanecer, cuando repostaba gasolina, llegó a él, saliendo de la negra garganta de un altavoz, la conocida voz de Shelgá:

-Victoria, victoria... Camaradas, tengo en mis manos el hiperboloide, terrible arma de la revolución...

Rechinando los dientes, sin acabar de oír lo que Shelgá decía, Garin prosiguió su fuga. A las diez de la mañana vio a mi lado de la carretera un gran cartel que con letras descomunales anunciaba:

"Camaradas... El dictador ha sido apresado vivo. Sin embargo, ha resultado ser el doble de Garin, un pelele. Piotr Garin ha desaparecido. Huye en dirección oeste... Camaradas, poned de manifiesto vuestra vigilancia, detened el automóvil del dictador... (Seguían las señas del coche.) Garin no debe escapar a la justicia revolucionaria..."

Al mediodía, Garin descubrió que lo perseguía una motocicleta. No oyó disparo alguno, pero a unos diez centímetros de su cabeza apareció en el parabrisas el redondo orificio de un balazo. Sintió un escalofrío en la nuca. Dio todo el gas, bordeó un cerro y torció hacia unas boscosas montañas. Una hora más tarde entraba en un desfiladero. El motor empezaba a ratear y, por último, se calló. Garin se apeó rápido, torció el volante, empujó el coche a un precipicio y, desentumeciendo con dificultad las piernas, escaló la abrupta ladera en dirección a un pinar.

Desde arriba vio que tres motocicletas corrían raudas por la autopista. La última se detuvo. Un hombre armado, desnudo de cintura arriba, se apeó de la máquina y se asomó al precipicio, en cuyo fondo se veía, destrozado, el automóvil del dictador.

En el bosque, Garin se quitó toda la ropa, menos los pantalones y la camiseta, se rajó con una navaja los zapatos y, a pie, se dirigió a la próxima estación del ferrocarril.

Tres días más tarde llegaba a una solitaria granja en las cercanías de los Angeles, donde, en un hangar, tenía, siempre dispuesto para partir, su dirigible.

129

La aurora matutina iluminó el límpido cielo. Una rosada neblina se extendía sobre el océano. Pegado a la ventana de la barquilla del dirigible, Garin apenas si distinguió desde lo alto con los prismáticos el estrecho cascarón del yate. La embarcación dormitaba en la quieta lámina de las aguas, que espejeaba a través del tenue cendal de la niebla.

El dirigible empezó a descender, brillando a la luz del sol. Lo vieron desde el yate e izaron la bandera. Cuando la barquilla del dirigible rozó el agua, una lancha se apartó del "Arizona". Zoya iba al timón. Estaba tan consumida, que Garin apenas si la reconoció. Garin saltó a la lancha, sonriendo como si nada hubiera ocurrido, se sentó al lado de Zoya, le dio unas palmaditas en la mano y dijo:

-Me alegro de verte. No te pongas triste, pequeña. Nos ha salido mal esta vez, pero no importa. Armaremos otra... No te desanimes...

Zoya frunció el ceño y volvió la cabeza, para no ver la cara de Garin.

-Acabo de dar sepultura a Jansen. No puedo más. Todo, todo me da lo mismo.

El sol asomó en el horizonte, su enorme disco apareció sobre el azul desierto, y la niebla se desvaneció como un ensabanado fantasma.

Una banda de luz solar se extendió sobre las aguas, espejeando, aceitosa, y sobre ella destacaba la negra silueta del "Arizona", con sui tres palos y con las torres de los hiperboloides.

-¡Ahora tomaremos un baño, almorzaremos y a dormir! -dijo Garin.

130

El "Arizona" puso rumbo a la Isla de Oro. Garin había resuelto descargar un golpe sobre el corazón mismo de la insurrección y hacerse con el gran hiperboloide y con la mina.

Cortaron los mástiles del yate y camuflaron con tablas y lonas las dos torres de los hiperboloides, para cambiar la silueta del barco y acercarse a la Isla de Oro sin ser descubiertos.

Garin estaba seguro de sí mismo y muy animoso y alegre: había recobrado su buen humor.

A la mañana del siguiente día, el segundo, que mandaba el barco después de la muerte de Jansen, señaló, alarmado, unas esponjosas nubes, que se elevaban rápidamente en la parte oriental del océano y cubrían el cielo a la enorme altura de diez mil metros. Se avecinaba una tempestad, quizás un huracán, un tifón.

Garin, absorto en sus pensamientos, envió al capitán a paseo.

-¡Valiente mierda! Aumente la velocidad...

Preocupado, el capitán observaba desde el puente de mando el cielo, que se encapotaba a ojos vistas. Ordenó cerrar las escotillas y sujetar mejor las lanchas y todo lo que pudiera ser barrido por las olas.

El océano se ensombrecía. El viento arreciaba violento y anunciaba con siniestro silbido a los hombres de mar la proximidad del huracán. Las altas y esponjosas nubes que lo anunciaran cedieron lugar a unos bajos y arremolinados nubarrones. El viento alborotaba más y más el océano, rizando siniestro las altas olas.

Por último, desde oriente se arrastró, baja, una nube negra como una piel de cordero y densa como el plomo. Las ráfagas del viento cobraron una terrible violencia. Las olas invadían la cubierta. Y las crestas de las frías y grises olas ya no se rizaban: el viento les arrancaba masas de agua y formaba una tupida niebla con el líquido polvo de las salpicaduras...

El capitán dijo a Zoya y a Garin:

-Vayan abajo. Dentro de un cuarto de hora entraremos en el centro del tifón. Los motores no podrán hacer nada.

El huracán embatió el "Arizona" con toda su furia. El yate, cabeceando terriblemente, bandeando tanto que a veces sólo la quilla quedaba sumergida, ya no obedecía ni al timón ni a las hélices y a una velocidad loca se acercaba, por espiras cada vez más reducidas, al centro mismo del tifón, a lo que los marinos llamaban "ventana".

La "ventana" alcanza a veces un diámetro de cinco kilómetros y es el centro en torno al cual gira el tifón; vientos de una fuerza espantosa giran en todas direcciones en torno al centro, equilibrando sus fuerzas en la periferia del mismo.

Hacia allí, hacia la "ventana" arrastraba el torbellino al miserable casaron que era en aquellos momentos el "Arizona".

Negros nubarrones rozaban la cubierta. Todo quedó oscuro como si fuera de noche. El casco del buque crujía. Para no caer, la gente se aferraba a todo lo que tenía cerca. El capitán hizo que lo ataran a la barandilla del puente de mando.

El "Arizona" se vio levantado a la cresta de una montaña de agua y, venciéndose sobre un lado, se precipitó a la sima. De pronto, apareció un sol cegador y el viento amainó repentinamente las olas, verdes, trasparentes y

brillantes como si fueran de cristal líquido, hacían chocar sus moles, de la altura de una casa de diez pisos, con ensordecedor estruendo, como si Neptuno, el dios de las aguas, se hubiera vuelto loco y estuviera batiendo palmas...

Aquello era la "ventana", el lugar más peligroso del tifón. Allí, las corrientes de aire se elevaban verticalmente, levantando el vapor de agua a decenas de kilómetros y esparciéndolo en finas capas de esponjosas nubes, que anunciaban desde lo alto la presencia del tifón...

Las olas barrieron del "Arizona" todo lo que había en cubierta: las lanchas, las dos torres con los hiperboloides, la chimenea y el puente de mando, junto con el capitán...

La "ventana", rodeada de oscuridad y de huracanados vientos, corría por el océano, arrastrando en su vorágine el "Arizona".

Los motores se quemaron, el timón fue arrancado.

-¡No puedo más! -gimió Zoya.

-Esto alguna vez terminará... ¡Oh, diablo! -dijo con voz ronca Garin.

Los dos estaban molidos de los golpes que se habían dado contra las paredes y los muebles. Garin se había lastimado la frente, y Zoya yacía sobre el piso del camarote, aferrada con ambas manos a la pata de una cama sujeta con tornillos. Por el suelo se arrastraban de un lado para otro, con ellos dos, maletas, libros caídos del armario, cojines de los divanes, chalecos salvavidas, naranjas y tiestos.

-Garin, no puedo más, tírame al mar...

Un golpe terrible obligó a Zoya a soltarse de la cama y la hizo rodar por el camarote. Garin dio una voltereta por encima de ella y se golpeó en la puerta.

Un terrible crujido. El estruendo de las olas al abatirse. Un alarido. El camarote quedó deshecho. Una poderosa corriente de agua arrastró a Garin y Zoya y los lanzó al bullente abismo del agua verde y fría...

Cuando Garin abrió los ojos vio a unos diez centímetros de su nariz a un pequeño cangrejo ermitaño medio oculto en una nacarada concha. El cangrejo lo miraba con los ojos muy abiertos, moviendo asombrado sus bigotes. Garin se dijo, comprendiendo apenas lo que había ocurrido: "Sí, estoy vivo..." Pero durante largo rato no se pudo levantar. Yacía en la arena, sobre un costado. Se había herido el brazo derecho. Con el rostro crispado por el dolor, hizo un esfuerzo y se sentó.

Cerca, inclinado su fino tronco, se alzaba una palmera, cuyas hojas acariciaba la fresca brisa... Garin se levantó y echó a andar con paso vacilante. En torno, donde quiera que mirase, corrían hacia la orilla y rompían en ella bulliciosas olas verdiazules, saturadas de luz solar... Unas decenas de palmeras extendían al viento sus hojas anchas como abanicos. Sobre la arena veíanse, dispersos, pedazos de madera, cajones, trapos, cuerdas... Aquello era todo lo que quedaba del "Arizona", que se había estrellado, con toda su tripulación, contra los escollos de aquel islote de corales.

Garin se dirigió renqueando hacia el interior de la isla, donde, en los lugares más altos, crecían pequeños arbustos y lozana hierba. Allí se encontraba Zoya, tendida de espaldas, con los brazos en cruz. Garin se sentó a su lado, temeroso de tocar su cuerpo, por si percibía el frío de la muerte. Pero Zoya estaba viva: sus párpados temblaron y sus resecos labios se entreabrieron.

En la isla había un pequeño lago de agua de lluvia, un poco amarga, pero potable. En los bancos cercanos a la orilla había conchas, chinas, pólipos y camarones, todo lo que en tiempos constituía alimento al hombre primitivo. Las

hojas de las palmeras podían servir de vestido y proteger contra el rigor del sol del mediodía.

Aquellas dos personas desnudas, arrojadas por el mar a una tierra desnuda también, podían vivir allí... Y empezaron a vivir en aquel islote perdido en el desierto Pacífico. Ni siquiera podían abrigar la esperanza de que pasara cerca un barco, los viera y los tomara a bordo.

Garin recogía conchas o, valiéndose de su camisa, pescaba en el lago. Zoya encontró en uno de los cajones arrojados allí por el mar cincuenta ejemplares de la lujosa edición de los proyectos de los palacios y pabellones de recreo que pensaba construir en la Isla de Oro. También figuraban allí el código de leyes y la etiqueta de la corte de madame Lamolle, la soberana del mundo...

A la sombra de una choza de hojas de palmera, Zoya se pasaba el día mirando el libro aquel, fruto de su desbocada fantasía. Los cuarenta y nueve ejemplares restantes, con tapas de tafilete y oro, los utilizó Garin para hacer una cerca que los protegiese del viento.

Garin y Zoya no hablaban. ¿Para qué? ¿De qué podían hablar? Habían sido toda su vida lobos solitarios y, por fin, se veían en la más absoluta soledad.

Perdieron la cuenta de los días y dejaron de registrar la marcha del tiempo. Cuando se desencadenaba una tormenta sobre la isla, el pequeño lago se llenaba de agua fresca. A veces, durante meses enteros, un sol abrasador quemaba implacable desde el límpido cielo. Y entonces, bebían agua putrefacta...

Es muy posible que Zoya y Garin continúen hoy día recogiendo moluscos en aquel islote y que, cuando se harten, Zoya se ponga a hojear el libro con los maravillosos proyectos de los palacios en los que, entre columnatas de mármol y flores, se alza su bella estatua de mármol. Garin, tendido de bruces, la nariz en la arena, cubierto con los restos de su chaqueta, acaso ronque, viendo en sueños las mas emocionantes aventuras.

FIN